

desde que los
INDOSAURIOS
se lavaban los
dientes



José Antonio Moreno



Desde que los
DINOSAURIOS
se lavaban los
dientes

José Antonio Moreno

Título: Desde que los dinosaurios se lavaban los dientes.
© 2018, José Antonio Moreno

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-09-03714-8

Depósito Legal: MA1114-2018.

Diseño de portada y contraportada: Adyma Desing.

Edición y maquetación: Adyma Desing.

Corrección: Carol RZ.

Impresión y encuadernación: Estugraf (www.estugraf.com)

Printed in Spain-Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o autores o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia.

© Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta

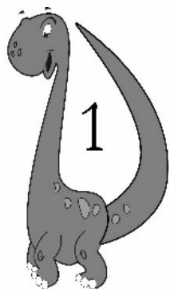
obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Para Ainara

Índice

1. [Puños fuera.](#)
2. [Petit suisse.](#)
3. [Un, dos, tres](#)
4. [Cuate, aquí hay tomate](#)
5. [Amor mío](#)
6. [Blancanieves](#)
7. [Hoy quiero confesar](#)
8. [Soy una cabrona](#)
9. [¿Loca?](#)
10. [Houston, houston, tenemos un problema](#)
11. [Allá voy](#)
12. [Agua negra y *cagalistrosa*](#)
13. [Fuera dramas, fuera penas y más comedia](#)
14. [Slim](#)
15. [Una sirena atrapada en una licuadora](#)

- 16.[CPS69](#)
- 17.[Muchos mocos en la garganta](#)
- 18.[Buen café](#)
- 19.[Mayday: código rojo](#)
- 20.[Martes](#)
- 21.[Zasca](#)
- 22.[Jueves de realidades](#)
- 23.[Lágrimas](#)
- 24.[Una sevillana triste & una rumba salerosa](#)
- 25.[Agosticidio](#)
- 26.[Un fantasma muy vivo](#)
- 27.[Duro de pelar](#)
- 28.[Agradecimientos](#)



PUÑOS FUERA

Si los días tuvieran cuarenta y ocho horas en lugar de... Uhm, ¿cuántas tienen? ¡Uiuiuiii, pero qué mal estoy! Déjame un segundo para cavilar, por favor.

Tic, tac... Tic, tac... Tic, tac... Tic, tac...

Por cierto, ¿pensar es gratis? Ehm... sí, creo que sí.

Tic, tac... Tic, tac... Tic, tac... Tic, tac...

Mierda, los días tienen veinticuatro horas. ¡Qué horror! Joder. Joder. JODER. Veinticuatro horas nada más. ¿Quién puede hacer en tan poco tiempo todo lo que yo tengo pendiente? Pfff... ¡qué desesperación! Si al menos tuvieran treinta y cinco horas... Bah, da igual. Aunque los días tuvieran treinta

y cinco, cuarenta y ocho, setenta y siete o ciento cincuenta y nueve mil doscientas treinta y ocho horas, tampoco me daría tiempo para hacer todas las tareas que rellenan las páginas de mi agenda, esa que, por otro lado, nunca abro por la sencilla razón de que siempre está en el fondo del bolso. La hija puta parece que me rehúye.

He de reconocer que mi agenda siempre está muy cargadita de mensajes, notas, horarios de clase, sesiones de evaluación y visitas al ginecólogo. Diosss... Solo de pensar en ese hombre me pongo... uff... uff... uff... Cada vez que ese *quemabragas* me mira con sus impresionantes ojos verdes y me dice con su voz profunda, seductora y varonil: «Cata, abre las piernas», me pongo cardíaca. El pulso se me dispara, me entra un sudor frío por la espalda y... ay, Cata. Para. ¡Para! Deja de pensar en el doctor Molina o al final te vas a... te vas a... uhm... te vas a correr y... ahhh... Lo siento. Al final, ha ocurrido lo que no quería. ¿Qué le vamos a hacer?

Como te iba diciendo...

El peso en Newtons —sí, sí, has leído bien: en Newtons— de las casi doscientas páginas de la agenda y el centenar de *post-it* y papeles que lleva siempre en su interior hacen que esa loca gravedad que a todas nos afecta —a unas más que a otras, todo sea dicho de paso— tire de ella hacia abajo buscando el centro de la tierra, un punto que, si te soy sincera, no creo que exista a pesar de lo que dicen los geofísicos. ¿Por qué? Pfff. Es muy simple. De ser así, es decir, si existiera, yo sé de uno que ya habría intentado encontrar la manera de perforar el manto terrestre para llegar hasta él, aunque para ello hubiera tenido que utilizar solo un palillo de dientes. ¡¿Cómo?! ¿No te lo crees? Ay, pues... créetelo porque mi marido es el hombre más cabezota que te puedas imaginar. Para muestra un botón...

—Javi, ya está bien.

—Cata, ¿qué te ocurre?

—Para. ¡Para, por favor!

—¿Por qué?

Otra vez Javier y sus malditos porqués. ¡Me tiene hasta el coño! Llevo todo el día esperando este breve instante de tiempo en el que me relajo con un libro, suplicando por él en medio del caos que me rodea, y ahora va él y...

—Joder, Javi —suspiro entre dientes—. Te he dicho que pares.

—¿Qué?! —Alza las dos cejas.

—Que pares. Ya sabes. Parar. Dos puntos. Del latín *parāre*. Detener e impedir el movimiento o acción de alguien.

—No digas tonterías, Cata. Tú mejor que nadie sabes que no quieres que me detenga.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Sonríe y hace un mohín extraño con la nariz antes de decir:

—Lo huelo.

—¿Lo hueles? No me digas que a estas alturas de la vida estoy compartiendo la cama con un perro porque...

—Cata... —susurra junto a mi oreja—. Rrrr...

¿Por qué hoy no habrá fútbol en la tele? ¿Por qué Javier no se habrá quedado con Juan Antonio, con Raúl o con Jaime tomando unas cervecitas en el bar? ¡Ufff, está visto y comprobado que tener un momento de relax en mi casa es más caro que el oro!

—Joder, Javi. Apártate.

—Cata... —suspira con los ojos infectados de deseo.

Ay, joder, que ya empieza otra vez. ¡No me lo puedo creer!

—Javi.

—Rrrr...

—Apártate.

—Rrrr... —gruñe como un perro mientras mordisquea el lóbulo de mi oreja izquierda.

Joder. Joder. ¡Joder! ¿No se da cuenta de que es más pegajoso que la canción aquella del anuncio de los bolígrafos Bic?

*Bic naranja escribe fino,
Bic cristal escribe normal,
Bic, Bic, Bic, Bic, Bic.*

—Javi, tienes pelos en las orejas —le bombardeo en un fútil intento por espantarlo de mi lado.

Me dedica su característica sonrisa oblicua y comenta con un marcado deje sarcástico:

—Y tú celulitis desde hace años y yo no me quejo. —Asombrada, abro los ojos de par en par—. Al contrario, cada día estás más sexy.

Odio cada vez que Javier se mete con mi cuerpo, ese precisamente del que

no me siento satisfecha desde hace años. La edad —ya no soy una cría— es una de las causas. La flaccidez de la piel, algo que he heredado de mi madre y que me ha traído de cabeza desde que con veinte años hice una dieta milagro que encontré en una revista, la otra.

En su momento, aquella dieta me permitió adelgazar unos kilitos. No muchos, la verdad, pero sí los suficientes como para que se me descolgaran un poco las tetas y se me formaran unas bolsas muy extrañas en la papada similares a las de un perro pachón que, y esto lo digo con total convencimiento, ni el famosísimo doctor Pitanguí podría disimular. Lo recuerdas, ¿verdad? Me refiero al doctor Pitanguí. Era cirujano estético y fue muy famoso en la década de los noventa, sobre todo, cuando Emilio Aragón incluyó su nombre en una de sus canciones. ¿Uhm? Creo que era aquella que hablaba sobre una tal Paloma. Sí, sí, sí. Aquella que decía: *Cuidado con Paloma que me han dicho que es de goma*. Bueno, da igual. La cuestión es que tengo papada. Punto.

Cierro el libro que tengo entre las manos, ese precisamente que me tiene acaloradita y con el corazón latiendo a dos mil kilómetros por segundo, lo dejo en la mesilla y me cruzo de brazos. Lo miro. A Javier. Por supuesto. Y, durante un breve instante de tiempo, él me observa también. Cuando creo que ya todo ha quedado claro entre los dos, vuelvo a coger el libro. Pero, al parecer, la única neurona que le queda a mi marido en la cabeza no ha transmitido el mensaje correcto y... joder, se acerca a mí otra vez, me besa detrás de la oreja y me dice mientras sus dedos culebream por mi brazo:

—Cata. Te quiero.

¡¿Cómo?! ¿Desde cuándo Javier dice esas ñoñerías? Tiene fiebre. Sí, sí, sí. Seguro que tiene fiebre. De lo contrario, no me besaría el hombro como si estuviera chupando un helado medio derretido ni estaría diciendo tales sandeces.

—Déjate de coñas, Javi.

—La realidad solo tiene un camino, Cata —murmura él con educación y en tono de disculpa—. Los cuerpos cambian con los años, pero... uhm... hay que reconocer que el tuyo todavía está de chupa pan y moja.

¡¿Qué ha dicho?! Ay, lo mato. ¡¡LO MA-TO!!! Y después me hago un bolso con la piel de su... Bueno... Pensándolo bien... ehm... Pensándolo bien no creo que ese pellejito me dé ni para una cartera para los centimillos.

—Eso no hace falta que lo jures —respondo con un deje furioso—. ¡Mi

dinero me cuesta!

Es verdad. En otra cosa no, pero en comer me gasto una pasta gansa.

—Nuestro dinero —me corrige él y, extendiendo una finísima capa de saliva por mi cuello que a mí me da un asco que me muero, musita envalentonado—: ¿Lo hacemos otra vez?

—¡Menos lobos, Caperucita!

—Más bien soy el guardabosque de pelo en pecho que carga una pesada escopeta entre las piernas.

—Una escopetilla de feria, diría yo. —Asiento con una sonrisa titilando en mis labios—. Una de esas que disparan balines.

Los labios de Javier se detienen en seco justo al alcanzar el perfil de mi *Wonder Bra push up*, el único modelo de sujetador que consigue mantenerme las «Catalinas» en su posición correcta.

—Joder —suspira y yo con él, pero por lo hartita que me tiene—. Cata. ¡¿Vamos a echar un polvo de una vez?! Estoy... estoy... ¡estoy que reviento!

Últimamente una sensación agria, extraña y ponzoñosa se ha instalado en la boca de mi estómago y me ha quitado las ganas de echar un casquete con mi marido. Aun así, hago una sensual caída de pestañas y, arrastrando la palma de la mano por su muslo hasta tropezar con la montaña que, poderosa, exigente y juguetona, abulta el pantalón vaquero justo allí donde habitualmente no se marca nada... o casi nada, contesto melosa y con un cierto deje de suspicacia:

—¿Sí?

—Por supuesto —confiesa acelerado.

—Vaya, Javi. Yo creía que ya no se te levantaba ni con una grúa.

A pesar de que no hay otra cosa en el mundo que me guste más que el momento en el que el pene de Javier se endurece como un bate de béisbol y se abre camino entre mis piernas acoplándose a la cavidad estrecha, profunda, aterciopelada y juguetona de mi vagina, ya no me apetece entregarme a él.

—Cata, ¿por qué me martirizas de esta forma?

—¿De qué va esto, Javi? —respondo sardónica—. Estoy cansada.

—Coño, Cata. Tengo la sensación de que ya no me quieres. —Pongo los ojos en blanco y me encojo de hombros—. ¿O es que te estás acostando con otro?

Javier tiene un gravísimo problema: es un garrulo. Y como todos los garrulos no piensa. Lo que no sabe, y yo sí, es que las mujeres somos muy sibilinas cuando nos lo proponemos. Somos capaces de «SACAR LOS PUÑOS

FUERA» como Mazinger Z y devolver los golpes con efecto. Así que, ni corta ni perezosa, cojo mi mano, la coloco sobre su nada despreciable paquete y comienzo a friccionar, calentándolo como una freidora cargada de rabas.

—Javi —musito sin levantar la vista—. ¿Esto te parece bien?

Suspira, se acalora, se enciende... Lo noto por la presión que su pene hace en mi mano a través del vaquero.

—Jo... joder, Cata. No... no... no seas guarrilla —tartamudea con dificultad—. Como sigas tocándome así... ahhh... al final... al final vas a conseguir que me corra antes de tiempo.

—Mejor, Javi, mejor —le digo con una sonrisa perversa—. Ya sabes que no es bueno mantener la tensión durante mucho tiempo.

—Cata. Uhm... Por... por favor...

Me acerco provocativamente a su oreja para envolverla con mi aliento. Sus ojos se centran en el bonito escote que forma mi *Wonder Bra push up*. ¡Bendita lencería!

—Shhh... —siseo.

—¡Cata!

—¡¡¡Javi!!! —grito besándole con desenfreno mientras mi mano se mueve de arriba abajo por encima del pantalón.

Siento a través de la tela cómo su pene se alarga un poco más y comienza a convulsionar enérgicamente. El corazón le va a mil, a dos mil, a tres mil por hora.

—Joder —gruñe.

—Estás... estás como una moto de alta cilindrada —ronroneo como una gatita en celo junto a su oreja—. Como una *Harley Davidson CVO Limited 2017* con motor *Twin-Cooled Milwaukee-Eight 114*, 1868 caballos de cilindrada con seis marchas y un régimen de giro del motor para la par de ciento sesenta y cinco revoluciones por minuto.

—¡Cata, por Dios! Uhm... ¡Y por la Virgen, también! —Aprieta los ojos y las muelas. Su respiración se acelera. Sus músculos se ponen en tensión—. Me voy... me voy a correr.

—¿No es eso lo que querías? —susurro percibiendo cómo a él se le descompone el ritmo y se le perla la frente de sudor.

Excitado, a punto de desfallecer y dejando caer la cabeza hacia atrás, murmura entre dientes:

—No así, Cata. Joder. ¡Uhm!

—Javi, relájate. Déjate llevar. —Siento cómo me suben los colores a lo Heidi cuando él apoya su mano sobre la mía y me insta a ejercer un poco más de presión—. Eso es. Eso es, pequeño. Así. ¡Así! Muy bien.

Agitado, acalorado, encendido como una tea y con la sangre concentrada entre las piernas; así es como está Javier cuando le oigo gruñir al desplomarse en la cama.

—¡Cata, por Dios! Ya. Ya. Ya llega... Joder. Joder. ¡JODER, ya llega! Me voy a... ahhh...

Media hora después, tras un sueñecito ligero, relajado y reparador, Javier enciende un cigarro y aspira profundamente. El humo carga mis pulmones y comienzo a toser mientras él está en ese momento en el que el clímax aún perdura en el cuerpo.

Odio que fume en la habitación. También en la cocina, en el salón e incluso en la terraza. La pintura de las paredes se amarillea y las cortinas... ¡ufff, ni te cuento! Cómo se nota que él no es el que se sube a la escalera para descolgarlas. Ni el que le quita los dichosos pinchitos para que la tela no se astille cuando las cortinas comienzan a dar vueltas en la lavadora. Ni el que hace la operación inversa para colgarlas con el peso del agua para que vayan perdiendo las arrugas mientras se secan. Nooo. Mi marido es el típico hombre que se escaquea de las tareas del hogar con la excusa absurda de que en la obra está todo el día encaramado a la escalera. Destila un tufillo sexista y una filosofía vital que muchos hombres ya no mantienen, pero que él —yo no sé por qué— ha rescatado de sus antepasados. Esa actitud machista, retrógrada y repulsiva me saca de quicio.

—Javi, ¿tú y yo qué somos? —pregunto con gravedad mirándolo fijamente.

—Solo pronombres.

—¡Coño, ya salió el maestro! Eso ya lo sé.

—Cata, no digas palabrotas —me regaña sacudiendo la cabeza antes de regresar al baño para dedicarse a saber qué delante del espejo.

Pero bueno, ¿quién se ha creído este tío que es?!

—Coño, puta, reputa, cabrón, hijo de... —suelto con vehemencia—. Bueno, eso no. Tu madre, que en paz descansa, era una santa y no se merece que a su hijo le diga eso.

Las cosas como son. Mi suegra era una gran mujer —una señora de las antiguas, de las de misa todos los domingos, de las del golpe en el pecho y

lutos que guardar por el padre, por una tía, por un primo... ¡incluso por un vecino!— y se merece el mayor de los respetos por mi parte porque fue como una madre para mí.

Javier se asoma por la puerta y alza una ceja después de que su cuerpo haya priorizado su rol de hombre que demanda sexo al de marido absurdo. Algo típico en él.

—Cata, ¿y qué me dices de lo anterior?

—¿A qué te refieres?

Dejo por enésima vez el libro encima de las piernas.

—A lo de cabrón —resopla cuando se sienta otra vez en la cama.

—Fíjate, Javi. —Le acaricio el mentón con la uña, justo debajo del labio inferior donde comienzan a dibujarse unas canas—. Lo de cabronazo me lo tengo que pensar porque algunas veces dudo si tu actitud merece otro apelativo más dulce que ese.

Siento que mis palabras se le clavan en el corazón como si fueran alfileres, pero... ME DA IGUAL. Y me encanta que me dé igual. Es más. La estoy gozando como Mario Vaquerizo cada vez que salta como un descosido en el escenario junto a las Nancys Rubias y grita: *Me da igual, me encanta, me da igual*.

—Javier, ¿de verdad que me consideras una mujer sexy? ¿A pesar de la celulitis?

Veo cómo mi marido se pone nervioso. Lo noto porque el labio inferior le comienza a temblar. Algo que, por otro lado, sería imperceptible para quien no lo conoce, pero que, para mí, que llevo más de veintisiete años acostándome con él todas las noches, no pasa desapercibido.

—Cata —suspira—. El mundo está lleno de mujeres guapas por dentro y por fuera.

—Ya.

—Sin duda, hay un pequeño grupo muy selecto en el que todas las mujeres que lo componen son guapas reversibles —continúa— y tú... TÚ, precisamente, eres la jefa de ese grupo. ¿Qué te parece?

—Que se te ha ido la olla después del polvo —suelto como si estuviera regalándole un caramelo o el piropo más bonito que jamás se haya escrito.

—¿Polvo? —Sus cejas forman una perfecta línea horizontal en su frente—. Joder, Cata. ¿A eso le llamas tú echar un polvo?

—Llámalo como quieras, Javi.

—Yo creo que ha sido un magreo en toda regla porque esta que está aquí lo único que ha hecho ha sido mojar los calzoncillos.

Asiento y sonrío con suspicacia cuando sus índices señalan su poderoso paquete. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Siento mucho que Rigoberta no haya salido a pasear hoy.

—¿Rigoberta? —Javier alza una ceja y la frente se le llena de pequeñas arrugas. Afortunadamente, la edad está pasando también para él. ¡Bien!—. ¿Desde cuándo tú le has puesto nombre a...?

—Yo qué sé —respondo con voz quebrada volteando los ojos disimuladamente para no reírme en su cara—. Creo que le pega ese nombre.

—Joder, para bajarle a uno la libido eres la mejor.

Eso digo yo. JODER. Me tiene encendida. ¡EN-CEN-DI-DA! Entre el calorcito que me ha dejado en el cuerpo el protagonista de mi novela y las palpitations que están empezando a aparecer ahí donde últimamente no me toca más que el agüita caliente cuando me meto en la ducha, exploto:

—Pues deja de tocarme el coño porque me tienes ¡¡harta!! ¿Me oyes?
HARTA. H-A-R-T-A. ¿Sabes lo que significa eso?

—Mírala ella qué fina —responde él como un ciclón. Y cuando pienso que va a dejarme tranquila, al menos cinco minutos, comienza a acariciarme las piernas por encima del camisón—. Muñeca, ¿así te parece bien?

Sus ojos brillan por la ansiedad. Hay que reconocer que el masaje empieza a gustarme, aunque preferiría que fuera MI ginecólogo, y no él, el que estuviera haciéndomelo.

—Quita tus sucias manazas de ahí si no quieres que te las corte y se las eche a los gatos de Jimena —suelto entre dientes—. ¡Era una metáfora, so tonto!

Él alza el labio superior en lo que presupongo que es una mueca, acerca unos centímetros su boca a mi oreja y lo oigo decir:

—Preciosa, ya sabes que yo no entiendo mucho ese tipo de lenguaje que usas a veces.

¡¡¿Cómo?!! ¿He oído bien? ¡¿Me ha llamado preciosa?!

—¿Qué has dicho, Javier? —Hace tiempo tuve un tapón en el oído y estuve varios meses un poco teniente.

—Que no entiendo mucho ese tipo de lenguaje que usas a veces.

—Mira, *pichurra* —respondo con el corazón danzando como una potra cartujana en mi pecho—. Tú solo entiendes el aquí te pillo aquí te mato y eso

se va a terminar como que me llamo Cata.

—¿Cata? —Abre los ojos de par en par—. Joder. Tú te llamas Catalina, por mucho que quieras hacerte la pija.

Siento ganas de correr a la cocina, coger el cuchillo de trinchar el pavo y repetir la escena de la película *Psicosis* en la que la secretaria Marion Crane es asesinada en la ducha.

—¿Por qué no te vas a la mierda?

—Cata. No me jodas. Por favor.

—Mira, Javi. Uso el sarcasmo porque el homicidio es ilegal, así que ¡no me provoques! Cata o Catalina, ¡¿qué más da?!

—Hay una diferencia de cuatro letras —me replica envalentonado, dejándose caer sobre el cabecero. Mi espalda rebota en la madera—. ¿Te parece poco?

—No me lo puedo creer —expreso incendiaria—. ¿Has aprendido a contar?

—Fui al colegio.

—¿A pasear?

—¡¡Cata!!

—¡¿Qué?! —estallo—. ¿Tú no te llamas Javier y te gusta que te digan Javi? Pues lo mismo me pasa a mí, con la diferencia de que yo le quito a mi nombre cuatro letras y tú solo dos. A ver si te enteras de una puta vez que Cata es el coloquialismo de Catalina.

Molesto, salta otra vez sobre la cama —casi me cuelga en la lámpara— y, moviendo las manos como si estuviera espantando moscas, me dice:

—Joder, Cata. ¡Otra vez con esas palabras que no entiendo!

—Eso te pasa por acostarte con una Catedrática de Filología Hispánica. La carrera me convirtió en una experta de la lengua española y me dio profundos conocimientos de fonética, fonología, sintaxis, semántica, gramática, pragmática y todo lo necesario para entender perfectamente el idioma, tanto hablado como escrito —suelto casi sin aliento—. Tal vez deberíamos separarnos para que puedas casarte con una frutera y así...

—¿Separarnos? ¡Tú estás loca!

—Oye, piénsatelo. Si nos separamos te puedes liar con Maite y hablar con ella de pepinos, tomates, patatas, zanahorias y pimientos.

—¿Con Maite?

—Ya sabes lo coladita que ha estado siempre por ti, Javi.

—No digas tonterías.

—Yo me lo pensaría porque tiene mejor dote que la nieta de Onassis. ¿Habrá captado mi marido el mensaje? Más directa no he podido ser.

—Qué graciosa, Cata. ¡Qué graciosa!

—¿Yo? —respondo sintiendo cómo se me nublan los pensamientos.

Mañana va a ser un día complicado. Uno de esos días peliagudos en la Universidad en los que el segundero se mueve muy despacio evitando completar las horas. El día, precisamente, en el que voy a valorar el aprendizaje de mis alumnos después de cuatro largos meses en los que he estado dedicada en cuerpo y alma al análisis, la interpretación y el juicio valorativo de los textos literarios.

Estoy deseando sacar punta al boli rojo y eso que a los bolis no se les saca punta. Por alguna extraña razón que aún no logro entender, presiento que el número de roscos coloraditos va a superar el sesenta por ciento este cuatrimestre. Y eso me mantiene en tensión porque, en septiembre —si llego a septiembre—, no me va a quedar más remedio que pasar otra semana corrigiendo exámenes cuando, en realidad, podría estar tumbada en la playa con una cervecita bien fresquita en la mano o rascándome el chichi, algo que por otra parte se me da muy bien.

—Así es, Cata —declara Javier volteando los ojos—. Últimamente estás más graciosa de la cuenta.

—No tanto como me gustaría —lo agujoneo cuando me doy cuenta de que lo que acabo de escuchar no es el murmullo del viento—. Eso te lo puedo asegurar como que me llamo Cata.

Lo miro, me mira y cuando ya es incapaz de aguantar más las chispas que salen de mis ojos, se levanta de la cama, se sienta en el filo del colchón, se baja los pantalones, los calzoncillos —por cierto, tiene el culo blanco como si se lo hubiera lavado con lejía—, se va hasta el cuarto de baño con una erección del quince y me dice entre dientes y con la mandíbula a punto de desencajarse de su articulación:

—Buenas noches, sosa.

—Señor Hoover —susurro dirigiéndome al hombre tatuado de mirada golosa que aparece en la portada de mi novela—. Sigamos con lo nuestro. ¿Dónde lo habíamos dejado?



PETIT SUISSE

Voy de un lado para otro cogiendo algo de aquí, soltándolo allá, moviéndome sin ton ni son como si el fantasma de la incertidumbre se hubiera apoderado de mi cuerpo. Hace días que siento que estoy más nerviosa de lo normal. Sobre todo, por las mañanas cuando, después de horas de insomnio, me tengo que enfrentar a la cruda realidad. A Javier. Al espejo. Al tráfico. Al trabajo. Al mundo. A ese mundo que, precisamente, gira revolucionado y se desmorona como las cartas en un castillo de naipes porque nadie quiere hacer algo por evitarlo.

Me encantaría gritar a los cuatro vientos que estoy cansada, pero... ¿de

qué serviría? Es más. ¿De qué serviría decir también que tengo miedo, mucho miedo, en cantidades ingentes? A veces, ese recelo, esa desconfianza o ese desasosiego que camufla el miedo me sorprende como un hada con sus bonitas palabras, pero, desgraciadamente, esas estrellitas brillantes que desprenden sus alas al revolotear no tardan en convertirse en dardos envenenados que van directos a mi corazón y a mi mente. Y me enfrento a ellos —a los dardos envenenados, por supuesto— con el arma más poderosa que tengo: la palabra. Mis palabras. Esas palabras que, aun siendo duras y desafinadas, siempre salen de mi boca cargadas de la mayor de las sinceridades porque, como reza una canción de Alaska, *yo soy así, así seguiré, y nunca cambiaré*.

—Cata, me voy a la obra —suspira Javier, dejando la taza vacía del desayuno en el fregadero. Como de costumbre, los posos del café se resecarán en la loza y esta noche tendré que frotarla con el estropajo antes de meterla en el lavavajillas.

—Qué bien —resoplo encogiéndome de hombros y sin ver nada fuera de lo normal en su afirmación mientras repaso el perfil de mis labios con una barra marrón de Estée Lauder que me compré hace casi un año.

—Oye. No te pongas así. Simplemente te he dicho que me voy a la obra.

—Y yo te he contestado que me parece muy bien. Punto.

—¿Punto? —Javier abre la boca y me mira interrogante.

—Sí. ¿Pasa algo?

Guardo el lápiz de labios en el neceser y cruzo las piernas mientras reviso el resto de los indispensables de mi bolso, esparcidos sobre el sofá.

—No sé, Cata. Tú sabrás.

—Mira, Javi —suelto casi sin respirar comprobando que todas las varillas del abanico estén bien—. Yo también tengo que irme enseguida a la Universidad, así que... déjate de tonterías.

—Necesitaré un buen beso para soportar estar todo el día sin verte, ¿no crees?

—¿Un beso? —Javier mueve la cabeza afirmativamente—. Pues va a ser que no.

—¿No?

—Lo siento, Javi. Se me han agotado.

—Ya.

—Oye. Se me acaba de ocurrir...

—Miedo me das.

—De camino a la obra, ¿por qué no entras en el supermercado de la esquina para ver si venden algún paquete de besos? Según tengo entendido, los sirven por toneladas.

Un leve matiz apesadumbrado se aprecia en sus ojos.

—Cata.

—¿Qué? —resoplo.

—En el supermercado los besos no son gratis.

—Y ¿qué quieres que yo le haga?

—¡¡Cata!!

Ufff. Al final, mi marido me va a desgastar el nombre. Lo veo venir.

—¿Qué, Javi? —respondo con pesar otra vez—. ¿Me puedes decir a qué viene todo esto?

Javier abre los ojos de par en par y me observa concienzudo mientras yo lucho por mantener mis emociones en un segundo plano, pero... no puedo.

—Cata. ¡Ya! Olvídalo. Y... olvídate también de lo que te acabo de decir. ¿Vale?

—¿Qué es lo que vale? —respondo incisiva, tenaz y directa.

—Te he dicho que lo olvides. Punto.

Ahora soy yo la que se extraña de que Javier quiera cortar la conversación con tanto radicalismo. Hago una mueca rara con la nariz y repito interrogativa con cierto interés:

—¿Punto?

—Punto, dos puntos o punto y coma. Lo que prefieras, Cata, pero ¡basta ya! —Javier arquea una ceja, da un paso al frente, se sube el pantalón y me mira de soslayo—. No tengo ganas de discutir tan temprano. Lo de anoche ya fue suficiente para una buena temporada.

Un silencio atronador se instala entre nosotros agriándome la boca del estómago.

—Entonces vete de una puta vez a la obra a poner ladrillos y déjame tranquila, que yo ya me las apañaré sola con...

—Sola ¿con qué?

—Con esto, con eso y con lo de más allá. —Señalo el montón de ropa que descansa sobre la mesa, sobre una silla y sobre el sofá—. Cualquiera día vas a encontrarte el armario vacío y a mí me va a importar una mierda.

—Cata. Ese armario nunca podrá estar vacío.

—De TU ropa sí.

De pronto su expresión cambia y se crispa visiblemente.

—¿Y eso quiere decir que...?

—Que no importa lo grande que te creas porque... más altos están los postes y los perros los mean.

Se queda mirándome con el ceño fruncido y se me escapa una risa.

—¿Y? —se interesa él.

—Javi, coño. Que te espabiles. Que tienes que poner los pies en la tierra, joder.

—Ya. —Sonríe alzando ligeramente el labio superior—. ¿Me puedes explicar cómo voy a poner los pies en la tierra si cada vez que salgo a la calle solo hay asfalto en el suelo?

Ahí, mal que me pese, lleva razón. Últimamente, la línea que separa lo natural de lo artificial es muy difusa. Salvo cuando vives en mitad de la montaña como Heidi, claro está.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, Javi. Coger un martillo percutor de la obra y ponerte a picar. Ah, pero no se te ocurra colocarte muy cerca del portal porque hoy me duele la cabeza a rabiar. ¿Entendido?

—Perfectamente.

—Ahora, si me disculpas...

—Te disculpo, por supuesto, pero...

—¿Pero?

—Ehm... ¿te puedo hacer una pregunta antes?

—¿Otra? —Sonríe y él lo hace de vuelta—. Mira, Javi. Olvídalo. Tengo que terminar de organizar este lío.

—A ver...

—A ver, ¿qué? —respondo con chulería. ¿Hasta cuándo va a durar esto?—. Que te he dicho que no. Que como no me espabile voy a llegar tarde a la Universidad.

—Cata. Por favor. Te lo ruego. Pónmelo fácil.

Su apasionada urgencia me inmoviliza momentáneamente.

—Mira, Javier. No tengo por qué. Además, que ¡no! Que ya está bien. Que no quiero escucharte ni darte un beso ni dos ni cien. Ni... ni... —se me traba la lengua— ni darles el gusto a esos niñatos de primero de llegar tarde a clase el último día del curso.

—¿Niñatos?

Cierro los ojos intentando buscar algo de sentido a los pensamientos

desordenados que fluyen por mi cabeza en espiral haciendo una sinfonía bastante complicada de interpretar.

—Javi, no me toques el coño —respondo secamente masajeándome las sienes—. ¿Cómo llamarías tú a unos chavales de dieciocho años que piensan que todavía están en el instituto y que tienen el derecho de recibir las preguntas del examen con un mes de antelación?

—¿Tú lo haces? —titubea con el rictus contenido.

Por el rabillo del ojo veo que Javier da un paso al frente. Pronto, sus manos ásperas descansan sobre mis hombros. Intento no reír.

—¿Qué es lo que se supone que...?

—Darles las preguntas para que se aprendan las respuestas de memoria y las vomiten sin haber estudiado el resto del temario —responde.

—Que no, Javi. Que no. Que yo no les doy las preguntas por mucho que me las pidan. Que es solo una forma de hablar.

—Pfff. Ya me parecía a mí raro que tú fueras tan generosa con tus alumnos.

Comienzo a lanzar otra vez al sofá todos los indispensables que suelen formar parte de mi bolso: la cartera, el móvil, la maldita agenda con una burda imitación de piel de vaca y el neceser con un par de barras de labios, un *eyeliner* y los Tampax, que no me pueden faltar porque últimamente tengo un descontrol de padre y muy señor mío.

—¡Maldita sea, ¿dónde demonios se han metido las llaves?!

—¿Hace falta que te recuerde que no tienen vida propia?

—Ay, Javi, por favor... ¡déjate de coñas!

—No es coña.

—Pues no sé qué quieres que te diga, pero... ¡joder! Han hecho una conspiración contra mí.

—Cata.

—Joder. Joder. ¡¡JODER!!

—Cata —insiste con voz quebrada.

—¿Qué?!

Asustado, Javier se detiene en seco junto al sofá y abre los ojos de par en par. No sabe qué decir ni cómo actuar ni dónde mirar.

—Creo que eso ya lo has dicho antes —me reprocha al cabo de unos segundos de silencio.

—¿Qué me estás queriendo decir, Javierito?

Envuelve el labio inferior entre los dientes antes de decir:

—Yo soy un hombre que de vez en cuando suelta algún taco, pero... ¡Coño, Cata! Tú no paras. ¿Has pensado cuántas veces has dicho la palabra joder en los últimos diez minutos?

—No tengo ni idea, pero te aseguro que la pienso repetir cada vez que me salga del... —me muerdo la lengua—. ¡Coño, Javi! ¿Por qué estoy perdiendo el tiempo contigo? Déjame en paz.

—Como quieras, pero...

—¿Pero?

Sus labios dibujan una sonrisa perversa.

—Mira dónde está tu llavero. Si fuera un perro ya te habría mordido el pie izquierdo.

Algo más relajada, cuando el veneno que se acumula en la punta de mi lengua se expande por mis venas y recorre todo mi cuerpo, susurro:

—Por favor, Javi. Déjate de tonterías. —Mis uñas golpean la tapicería del sofá con... ¿inseguridad? ¿Impaciencia? ¿Determinación, tal vez?—. ¿Has visto las llaves? ¿Sí o no?

—Están en el suelo.

—¿Dónde?

Javier humilla la mirada.

—Junto a tu pie izquierdo —declara con sordina—. Ya te lo he dicho.

—Joder, Javi. No las veo.

—Ahora mismo las acabas de pisar y se han asustado. —Sonríe.

—¿Cómo que se han asustado?

Tras un leve asentimiento con la cabeza, comenta alzando las cejas rítmicamente:

—Creo que están debajo del sofá.

—¡Coño!

—Cata —protesta Javier, aunque lo hace con una voz dulce, melodiosa y tranquilizadora, casi tan empalagosa como el merengue con chocolate y almendras que me comí ayer por la tarde—. Para de decir tacos y... ¡relájate! Son las ocho menos cuarto de la mañana. ¿Cómo se supone que te voy a encontrar esta noche cuando llegue del trabajo?

Respiro hondo y me pongo en pie.

—Mira, majete. Estoy en mi casa y digo lo que me sale del coño, así que... ¡olvídame!

—¡Cata!

—¡¿Qué?! —grito exasperada otra vez y los almendrados ojos claros de mi marido se agrandan con disgusto asombro—. Como esto siga así, me vas a desgastar el nombre.

—¡¡¡Vale ya!!! ¿Se puede saber qué te pasa o qué bicho te ha picado?

Tengo una olla a presión en el pecho y, si no dejo que el vapor de la mala leche salga por mi boca, voy a explotar de un momento a otro.

—Que me suda el coño, Javi. —Miro al techo y suspiro sintiendo cómo la tensión hormiguea en mis venas antes de decir—: ¿Te parece bien esa respuesta o te lo enseño para que te quedes más tranquilo?

—Me estás preocupando.

—Pues... fijate. Ya tienes dos cosas que hacer: preocuparte y despreocuparte. ¿Qué te parece?

Roza sus labios con la yema del pulgar como el chico Martini y traga saliva. La nuez de Adán le ensombrece ligeramente la piel recién afeitada de su cuello.

—Oye, Cata. Tiempo muerto, ¿vale? —Asiento mientras ahueco uno de los cojines del sofá—. Hablo en serio. ¿Te pasa algo? ¿Es por lo de anoche?

—Es por TODO.

—¿Por todo lo de ayer?

—No, Javi. Por TODO. Por ti. Por mí. Por esta puta agenda que pesa más que un camión cargado de mierda. Por este jodido calor. Por... por TODO. Ya te lo he dicho.

Un suspiro punza mi garganta.

—Cata. Me parece fenomenal, pero... dime una cosa. ¿Cómo te puedo ayudar?

Meloso, me besa detrás de la oreja y apoya las manos en mi cintura.

¡¡PELIGRO!!

—¿Qué haces? —pregunto con sequedad abriendo los ojos de par en par.

—Deberías relajarte un poco y tomarte la vida con otra filosofía.

—¡Ajá! —jadeo complacida—. ¿Algo más?

Sus dedos se cuelan por debajo de mi camisa y culebrea hacia arriba.

—Deberíamos hacer un viaje. A Italia, por ejemplo. —El sonido húmedo de sus labios recorre mi cuello—. ¿Sabes que eres como esa última porción

de pizza que siempre sobra y yo me como al día siguiente para desayunar, aunque esté más fría que un témpano de hielo?

¿He oído bien? ¿Mi marido me ha comparado con una porción de pizza? ¡¡¡LO MATO!!! Y después de haberle sacado las tripas, hacer un sancocho con ellas en la perola e invitar a comer a todo el vecindario, soy capaz de llamar yo misma a la policía para pedirles que me encierren en el calabozo y me tengan a pan y agua durante veinte o treinta años para ver si consigo quitarme esos kilos que he cogido últimamente.

—¿Qué has dicho, Javier?

Me toma la cara entre sus manos y me mira intensamente a los ojos.

—Cata, podemos solucionar tu problema en cinco minutos si TÚ quieres.

¿Acaso se cree que soy tonta? Su único propósito es que su Robustiana se abra paso entre mis piernas. ¿O era Rigoberta? Bah, da igual. En este momento ese aspecto es irrelevante porque yo no tengo ganas de un polvo rápido ni de un «aquí te pillo, aquí te mato» ni de magreos ni de caricias ni de besos tiernos. Solo me apetece gritar y gritarle a pleno pulmón que me tiene hasta el coño, y no precisamente de gusto.

—Vete a cagar, Javi. ¡¿Qué polvo ni leches?! Lo que tienes que hacer es limpiar los muebles de vez en cuando porque están blancos. ¿Me oyes? ¡BLANCOS! Blancos del polvo que TÚ traes todos los días de la obra.

—Cata. Por favor. Escúchame.

—¡Que te he dicho que no! Que los polvos que TÚ quieres son pan para hoy y hambre para mañana. Javi, yo... yo necesito mi espacio y sentirme ansiada, codiciada, ¡deseada!

—¿Más?

—Claro que sí, Javi. Mucho más.

—Joder. Pues llevo una semana queriendo hacerlo contigo y tú no paras de darme largas: que si no es el momento, que si te duele la cabeza, que si no estás depilada... —enumera él con voz sucia—. Cata, estoy harto. ¿Lo sabes? ¡HARTO!

—Y ¿qué quieres decirme con eso?

—Joder, Cata. Que... que... que ¡¡me estás volviendo loco!!

—Vaya. Yo creía que ya lo estabas —grito acalorada, lanzándole un paquete de pañuelos a la cara porque sé que eso no le va a hacer daño. Soy mala, lo reconozco, pero no tanto como para saltarle un ojo.

Javier obvia mi comentario y sigue con lo suyo. Es hombre y pensar y

hablar a la vez es una tarea que se le complica demasiado.

—Cata. Te lo pido por favor. Escúchame. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Regalarme un cinturón de castidad a juego con un traje?

Sonríó perversa mientras mordisqueo un padraastro de mi dedo.

—No lo había pensado, pero... no es mala idea. Fíjate. Voy a proponerte un trato.

—¿Qué trato?

Inspiro profundamente.

—Esta tarde, cuando salga de la Universidad, busco un *sex shop*, compro un cinturón de tu tamaño y lo probamos esta noche. ¿Qué te parece?

—Genial. —Pone los ojos en blanco—. ¿No me ves la cara de alegría que se me ha puesto?

—Creo que a ti solo se te puso cara de felicidad el día que La Roja bailó el *Waka Waka* cuando ganó el Mundial de Fútbol.

—Cata. Por favor. No me toques los cojones porque yo nunca te digo nada cuando TU COSITA tiene algún pelo.

—¿¿Cómo?! —Creo que no he oído bien.

—Aunque me encanta así, peladito como te lo pones últimamente —insiste con tanta seguridad que no lo dudo ni por un instante—, está igual de sexy cuando está un poco más... ¿salvaje? ¿Poblado? ¿Tupido? ¿Fronroso? Llámalo como quieras.

—Vete a la mierda, Javi. Ya lo que me faltaba por escuchar esta mañana. —Cojo el bolso—. Me voy.

Una indignación rampante seguida de malestar, estupor, indignación y cabreo se apropian de mi cordura cuando el ascensor comienza a descender. ¿Cómo hemos podido llegar Javier y yo a este extremo? Estoy pensando en ello cuando el ascensor se detiene bruscamente en la cuarta planta y...

—¿¿Qué tal?! —vocifera mi vecina Soraya—. ¿Cabemos?

—Ehm... creo que sí —respondo estudiando las dimensiones del habitáculo y las del cochecito Bugaboo en el que va montada su hija Cristina.

—Por cierto. Buenos días, Cata.

—Buenos días —respondo distraída—. ¿Qué tal?

—Agotada.

Mi vecina tiene fama de ser más floja que un puñado de pelusas.

—Ya sabes que el calor aburre a cualquiera.

—Ufff. Pues cuando estés aburrída, dímelo, que yo te cedo encantada a

Cristina unas horas.

Abro los ojos de par en par como una de esas leonas de los documentales que ponen cara de ansia cuando ven pasar por delante a un antílope.

—¿A mí? No, no, no. Muchas gracias, Soraya, pero... ¡no! Va a ser que no.

—Piénsatelo, mujer. Seguro que las dos os lo pasáis bien. Así yo descanso un poquito.

—Ya veremos.

—¡¡Cristina!! —grita Soraya cuando la pequeña rompe la tapadera del *petit suisse* que lleva en la mano y lanza el contenido del vaso—. Pero ¿qué has hecho?

A la velocidad de un rayo, abre el bolso, saca una toallita húmeda y se pone a retirar los restos de pasta rosa que han impactado de lleno sobre el faldón de mi camisa nueva.

—Soraya, déjalo —comento entre dientes al observar el cerco rosa que está dejando la humedad de la toallita sobre la gasa de nueve euros con noventa y cinco céntimos.

Miro el reloj. Las ocho y diez. ¿Qué hago? ¿Subo otra vez hasta el sexto para cambiarme? ¿Cuánto tiempo me llevará localizar las llaves —las puñeteras seguramente se pondrán a jugar al escondite en cuanto meta la mano en el bolso—, enfrentarme otra vez a Javier y elegir otra camisa? ¿Cinco minutos? ¿Diez minutos? ¿Quince, tal vez? Ufff, qué pereza. Paso. Me niego a pasar por el suplicio de vérmelas con mi marido otra vez.

—Cata —murmura Soraya abatida—. No sé si esto va a salir así.

—Déjalo.

—Lo... lo siento. De verdad.

—Vale —me apresuro a contestar—. No pasa nada.

—Sí que pasa.

—Soraya, olvídalo. Ya no tiene solución.

—Ay, Cristina. Tienes que portarte bien. —Soraya le limpia las manos a su hija con la misma toallita que ha utilizado para solucionar el estropicio de mi camisa—. Cata ya no va a querer nunca quedarse contigo.

Ay, cómo lo sabe... Sonríe forzosamente cuando se yergue.

—Soraya, no te molestes por lo que te voy a decir, pero preferiría regalarte cincuenta euros, o cien si me aprietas mucho las tuercas, para que contrates a una niña...

—Miedo me das —me interrumpe antes de que pueda decir que el dinero

es para que contrate a una niñera porque yo, por descontado, no pienso quedarme con Cristina. Bueno... al menos me lo pensaría si Rhian Hoover, el protagonista de la novela que estoy leyendo, me lo pide de rodillas. ¿Quién puede resistirse a esa mirada castigadora? ¿A esos labios jugosos? ¿A esos tatuajes tan provocativos? ¿A esos poderosos músculos de piel bronceada? Ufff. Yo no. Por supuesto que ¡no!

Las puertas del ascensor se abren parsimoniosas cuando llegamos a la planta baja.

—Olvídalo.

Esta vez soy yo la que sonrío. O, más bien, la que aprieta las mandíbulas hasta que los dientes forman una perfecta línea horizontal.

—Cata, yo...

—Soraya. No me puedo entretener. Lo siento. Voy tarde —suspiro—. Tengo a trescientos veintisiete alumnos mordiendo las uñas en la Universidad y quiero llegar antes de que se queden sin dedos. ¿Lo entiendes?

—Cla... claro.

—Gracias. —Sonrío por no llorar.

—Ay, Cata. Perdóname. ¿Qué hora es?

Miro el reloj.

—Más tarde que pronto. —Por compromiso, me acerco a Cristina, le doy un pellizquito tierno en el moflete y le digo—: Preciosa, espero que otro día cuando nos veamos te portes mejor, ¿vale?

—Vale —repite como un papagayo estampando otra huella de *petit suisse* sobre mi camisa.

—¡¡Cristina!!

—Soraya —murmuro cariacontecida—. Olvídalo. No pasa nada.

—Ay, Cata. Lo siento. De verdad.

Impaciente, clavo la mirada en el techo teatralmente.

—Soraya. Discúlpame, pero... no llego.

—Va... vale —tartamudea con incomodidad—. Bájame luego la camisa si quieres y te la lavo.

¡Ja! En eso, precisamente, estaba yo pensando.



UN, DOS, TRES

Tengo la impresión de que a veces nuestros propios demonios nos impiden encontrar «esos ratitos» en los que disfrutar tranquilamente de una humeante taza de café porque se obcecán en arrastrarnos hacia un infierno más grande. Tengo también la certeza de que son muchos los factores que provocan que el sexo vaya desapareciendo en la pareja con el paso de los años y la confirmación clara de que todo se va propiciando poco a poco por el cansancio, la rutina del día a día, la desconfianza, los cambios físicos que experimentamos y las tendencias sociales disgregantes que tienen su origen en la inseguridad, en la pasividad y en la incertidumbre.

—Cata. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Seguro? Llevas más de media hora sin hablar.

Trini y yo somos amigas y compañeras en la facultad. Compartimos despacho desde hace seis o siete años y nos conocemos muy bien.

—Oye —suspiro soliviantada—. ¿Sabías que el acto sexual dura aproximadamente ocho minutos?

—¿Solo?

—Así es —confirmo repasando por encima el copete de la noticia que acabo de leer en el periódico—. El promedio de penetración del pene en la vagina es de treinta veces por minuto.

Abre los ojos de par en par.

—¿Qué?!

—Que el promedio de penetración del pene en la vagina es de treinta veces por minuto —confirmo sin mirarla.

—Ya. Eso son... uhm... déjame que piense.

—Piensa, piensa —siseo casi en un ronco susurro.

—Eso son doscientas cuarenta penetraciones, lo que significa que... ¡Ay, Cata! Espera un momento que voy a coger una calculadora.

—Coge lo que tú quieras —musito repasando con mis ojos la noticia del periódico mientras Trini abre uno por uno todos los cajones de su mesa.

Impaciente, pregunto al cabo de un par de minutos:

—Trini, ¿ya?

—Cata, ¿tú sabes dónde está la calculadora? No la encuentro.

—¿No lo recuerdas?

—No. ¿Qué se supone que tengo que recordar? —murmura malhumorada conteniendo el aliento a la espera de mi respuesta.

—Que no tenemos calculadora.

—¿Lo dices en serio? —Frunce el ceño.

Una sonrisa cáustica se perfila apenas en mis labios cuando le confirmo que no.

—¿A estas alturas del curso aún no te has enterado de que estamos escasas de material por culpa de los recortes presupuestarios?

—¿Sí? —pregunta extrañada—. ¿Hemos llegado hasta ese punto?

Muevo la cabeza afirmativamente.

—Al final no sé si este mundo cada vez está más caro o es que esta

Universidad cada vez está más pobre, pero...

—¿Me estás diciendo que cualquier día no vamos a tener ni papel higiénico para limpiarnos el chochete?

—Sí. —Sonrío.

—Esto lo soluciono yo en un momento.

—Eieieiii, ¿dónde vas?

Conociéndola, es capaz de salir corriendo para enfrentarse con el rector o con las de administración. Trini es capaz de eso y de más.

—A por el bolso.

—Ah, vale, vale, vale —suspiro aliviada enfocando los ojos en las letras del periódico.

Trini abre la cremallera, mete la cara en el bolso y empieza a sacar cosas de su interior.

—¡Magia!

—¿Magia?

Me muestra el móvil.

—Cata, ¿de cuánto estábamos hablando?

Ambas permanecemos unos segundos calladas hasta que yo caigo en la cuenta y respondo:

—Según el periódico, el promedio de penetración del pene en la vagina es de treinta veces por minuto.

Abro los ojos con asombro y la miro escrutadora mientras ella aporrea la pantalla táctil de su teléfono móvil. Siento que hoy no veo con claridad. Es una sensación extraña; algo así como cuando abres los ojos bajo el mar y ves que el agua está turbia. O como cuando miras a través de un visillo y ves las imágenes distorsionadas al otro lado.

—Entonces... ehm... quince centímetros de erección por...

—¿Quince? ¿Has dicho quince?

Vaya. Yo creo que Javier tiene... ¿algo más? Bah, da igual.

—Cata, no me mires así que algunos hombres tienen incluso menos.

—Sí, porque esa parte del cuerpo suele ser *algo pequeñita, ou ou ooo; algo chiquitita; ou ou ooo* —tarareo recordando la canción de Daniel Diges que representó a España en el 2010 en el festival de Eurovisión.

—...cosas simples que ahora no me das; que te pido con locura si no quieres terminar —canturrea Trini dando vueltas por el despacho—. ¿Recuerdas dónde se celebró?

—¿El qué?

—El festival, Cata, el festival. Hoy estás un poquito espesa, ¿no?

Asiento. Estoy peor que un flan de veinte huevos con siete kilos de azúcar.

—Se celebró en Oslo. En Fornebu. En el estadio de fútbol del Stabæk.

Trini se detiene, levanta la vista del móvil y frunce el ceño.

—Coño, Cata. Te ha faltado darme solo la talla de calzoncillo del presentador. ¿Acaso eres una *eurofan*?

—No. Lo recuerdo porque es el estadio donde habitualmente juega al fútbol el primo de Javier.

—¿Te refieres al muchacho que vino hace cuatro años a pasar el verano con vosotros?

—Sí. —Sonríe—. Tu león.

—Ay, Cata —suspira—. Es un león. O al menos lo era en aquel tiempo. Con ese pelo largo, esa barba espesa, esas piernas fibrosas, esos bíceps hinchados y ese abdomen que parecía una tabla de madera como las que utilizaba mi abuela cada vez que iba al río a lavar.

Alzo las cejas rítmicamente y la miro con un gesto que no sé si es de reconocimiento o estupefacción.

—Trini. ¡Ya! Que te pierdes.

—Ehm... sí, sí, sí. Allá voy. Quince centímetros de erección del Gusiluz multiplicado por las...

—¿Del Gusiluz? —logro balbucear—. Joder, Trini. ¿Qué coño es eso?

—Ay, Cata, por Dios. Así no hay quien se concentre.

—Lo... lo siento.

—Quince centímetros de erección de «eso»... ¿Te parece mejor?

—Sí.

—Vale. Pues quince centímetros de «eso» que a ti te parece mejor multiplicado por las ciento veinte entradas con sus respectivas salidas que hace en la vagina, dan un total de...

—¡Coño, Trini, ahora que lo pienso! Me recuerdas a una de las azafatas del *Un, dos, tres*.

—Ja. Ja. ¡Ja!

—Solo te faltan las gafas redondas y mostrar cacha para estar metida completamente en el papel —le digo observando la intensidad y la emoción con la que está haciendo los cálculos matemáticos.

—¿Así estoy mejor?

Se sube la falda, cruza las piernas provocativamente y se muerde el labio inferior mientras desliza sin parar las yemas de sus dedos por la pantalla táctil del móvil.

—Perfecto, pero no te distraigas —bromeo entre risas.

—Repito. El pene tiene un tamaño promedio de quince centímetros en erección y...

—Y son doscientas cuarenta las veces que entra y sale durante la penetración —confirmo con pesadez—. ¿Cuántas veces me lo vas a recordar?

—Eso significa que las mujeres nos metemos la friolera de tres mil seiscientos centímetros de «eso» entre las piernas.

—¡¡¿Cuánto?!!

Por poco no me caigo muerta en el suelo.

—¡¡Treinta y seis metros de pene por relación sexual, Cata!!

Abro la boca como el personaje de *La Máscara*. Mi lengua, que ya de por sí es larga, rueda por el suelo hasta tropezar con la estantería de libros antiguos de Literatura que atesoramos como si fueran las reliquias del museo Vaticano.

—Trini, ¿estás segura?

—Completamente. Si a esto le añadimos que la mayoría de las mujeres hacen con suerte el amor tres veces por semana, menos es preocupante, y que el año tiene cincuenta y dos semanas, eso significa que... ¡¡Joder!!

—¡¿Qué?! —Levanto significativamente las cejas, esperando con ansiedad una respuesta.

Trini frunce el ceño con preocupación. Unas arruguitas muy finas se marcan en su frente.

—Cata, esto no puede estar bien.

—¿Qué es lo que no puede estar bien?

—Esta aplicación.

—¿Qué le pasa?

—No sé. Ha dado un resultado raro.

—Trini, desembucha de una vez —exijo soliviantada—. ¿Cuánto te ha dado la cuenta?

—Cinco mil ochocientos ochenta y cinco.

—¡¡¡¿Cuánto?!!!

—Cinco mil ochocientos ochenta y cinco metros de pene anuales, Cata — repite con un ligero temblor en la voz mientras yo me tapo la cara con las dos

manos y suspiro avergonzada.

—¡¡¿He oído bien?!! ¿Casi seis kilómetros por año?

—Así es, Cata. ¡¡Seis kilómetros!! La misma distancia que hay de aquí a tu casa.

Cierro los ojos y suspiro en silencio. Mi mente se pone a trabajar a destajo.

—¿A ti te gusta verme sufrir?

—¿Por qué lo dices?

—Joder, Trini. ¡¡¿Me estás diciendo en serio que algunas se meten «AHÍ» medio kilómetro de polla al mes?!!

—Sí.

—¿Medio kilómetro de piel rosadita e hinchada por mes?

—No está mal, ¿eh?

Alzo la ceja izquierda con un deje travieso, estiro los labios en una mueca cínica y cierro el periódico.

—Pfff —resoplo—. Yo creo que por eso no pierdo peso, Trini.

El examen de uno de mis alumnos planea en el aire como si fuera una pluma cuando suelto el periódico sobre la mesa. ¿Por qué han tenido que admitir este cuatrimestre a tantos alumnos en mi asignatura? Joder, se dice pronto, pero he tenido que aguantar a trescientos veintisiete «nuevos adultos» durante cuatro largos meses. Ufff. ¿No podrían haber sido los setenta y dos del año pasado? ¡¡Joder, que son trescientos veintisiete!! Y, para más inri —y solo por dar por culo—, se han presentado TODOS al examen. ¡Maldita sea! ¿Por qué no habrán aprovechado las oportunidades que les brinda la Universidad? ¿Por qué no habrán gastado uno de los cuatro No Presentado que se les proporciona?

—Cata, pues ya sabes lo que tienes que hacer para cumplir con lo que establece la ciencia —insinúa Trini recogiendo el examen del suelo.

—¿Decirle a Javier que se espabile? —suspiro con desgana cuadrando milimétricamente las páginas de los trescientos veintisiete exámenes.

—Por ejemplo.

—Pfff. ¡Qué pereza!

Ya lo decía Jaime Balmes: «La pereza, es decir, la pasión de la inacción tiene, para triunfar, una ventaja sobre las demás pasiones, y es que no exige nada».

—¿Pereza? —Trini da un paso hacia atrás y se apoya con gesto indolente

en el quicio de la puerta—. No te entiendo, Cata.

—Yo tampoco lo entiendo —admito cruzándome de brazos.

—¿Qué te ha hecho Javier esta vez?

—Ese es el problema, Trini. ¡NADA!

—No seas tan rocambolesca.

—¿Rocambolesca? Oye, guapa. Que Javier no hace NADA, salvo tocarme el coño.

Siento cómo mis mejillas se encienden.

—Cata, ¿te parece poco?

La sonrisa traviesa de mi amiga me indica que está disfrutando con mi incomodidad. Niego categóricamente con la cabeza antes de decir:

—No exagero ni un ápice.

—Exageras —afirma Trini sacudiéndome ligeramente el hombro—. Siempre lo haces.

—Ya no.

—Cata. Mírame. —Giro la silla y me enfrento a su mirada ladina—. Exageras.

El corazón se detiene momentáneamente en mi pecho durante un par de segundos hasta que un hipido escapa de mi garganta.

—No puedo más, Trini. Te lo digo de verdad. Mis demonios se están llevando mi ilusión, mis esperanzas, mis fuerzas... ¿Sabes lo que me dijo Javier hace un par de días?

—Conociéndolo, cualquier cosa.

—Que soy una mujer microondas porque caliente, pero no cocino.

Trini abre los ojos atónita.

—Hermosa comparativa. —Sonríe.

—Hoy me ha comparado con una porción de pizza —declaro compungida—. Trini, ¡¡con una pizza!!

—¿Y tú qué le has dicho?

—Qué sé yo —musito con gravedad—. Seguramente lo habré mandado a la mierda con ropa y todo.

—Pfff. Menudo marrón, Cata.

—¿Marrón? Mi situación está más negra que los cojones de un grillo, Trini.

—Oye. Escúchame. Para que haya una buena relación de pareja hacen falta, además del sexo, otras muchas cosas. Ya sabes. Comunicación,

complicidad, conexión, amor...

—¿Amor? ¡Ja! Eso está totalmente perdido, Trini. Al menos por mi parte.

—Te veo mal, ¿eh?

—¿Mal? —Abro mucho los ojos, demudada—. Fatal diría yo.

—¿Se puede saber por qué no le dices de una vez a Javier que ya no sientes nada por él? Esto no es sano para ninguno de los dos.

—Cierto, no lo es.

—Lo que a ti te haría falta es echar un buen polvo con un hombre de verdad.

—Con un hombre de las hechuras del doctor Molina, por ejemplo.

—Por ejemplo —conviene.

—Ay —suspiro—. ¿Dónde cojones encuentro yo a un maromo como ese?

—¿En la calle?

—Trini, ese tío está MUY bueno.

—Ese tío no está bueno. Ni MUY bueno. —Mueve las cejas rítmicamente para llamar mi atención—. Está... está como un queso de tetilla.

Yo soy más de quesos fuertes y curados, pero... ¡sí! He de reconocer que MI ginecólogo está para comérselo enterito. Vamos, que si su cuerpo fuera un queso de tetilla y no uno de esos que te dejan un persistente saborcito en la boca durante varias horas, te aseguro que tampoco le iba a hacer ascos porque... uff... el tío está... está tremendo.

—Trini —exclamo con un tono de voz apremiante e incómodo—. ¿Crees que estoy loca por estar casada con un hombre y tener fantasías con otros?

Definitivamente, tengo que estarlo. Claro que sí. De lo contrario, ¿a qué se deben esas ansias que me entran cada vez que pienso en MI ginecólogo? ¿A qué se deben esas palpitaciones y ese sudor atemperado que me recorre la espalda cada vez que estoy abierta de piernas en la camilla y me susurra al oído «Cata, no te asustes; puede que el espéculo esté un poco frío»? ¿Acaso no se ha dado cuenta de que yo agradezco esa frescura que me proporciona su herramienta porque mi cuerpo, en catarsis pura, se encuentra más caliente que el pico de una plancha?

—No, Cata. No estás loca. Tal vez un poco confundida, pero... entre tú y yo, es normal.

¿Confundida? Uhm... furiosa, diría yo.

—Mi vida es una mierda, Trini.

—No exageres. Ahora mismo simplemente es... un gran barullo. Un

revoltijo. O un puzle en el que las piezas no encajan bien, pero ¡ya está!

El molesto e inesperado rugido de una moto en el exterior me sobresalta.

—Una mierda, a fin de cuentas —respondo con el pulso atronando en mi sien.

—Cata, solo tienes que cambiar el chip.

—No es tan fácil, Trini. Llevo muchos años atada a Javier.

—Por eso mismo, un respiro no te vendría nada mal. —Trini se lleva el bolígrafo a la boca y comienza a mordisquear el tapón—. Es alarmante la cantidad de parejas que viven en conflicto en una relación que no les hace feliz y en la que sienten que los momentos de desdicha e insatisfacción son más que los de alegría. Cata, piénsalo. En este momento eres como una olla a presión a punto de reventar.

Trini ha dado en el clavo haciendo un análisis preciso de mi situación.

—O como una bombona de butano sin gas.

—También —replica sin mirarme.

—¿Suena mal si digo que... ya no puedo más?

—Sí. Básicamente porque imitas fatal a Camilo Sesto y lo sabes.

Sonrío.

—Hace tiempo que no disfruto con Javier como antes.

—Porque... *siempre se repite la misma histooria* —canturrea Trini como un papagayo.

—Hemos pasado de ser una pareja divertida y entrañable a tener un exceso de confianza en el que solo caben reproches —prosigo sin hacer caso a su salida de tono—. Ya no me apetece acostarme con él.

—Tienes un problema.

—Desde hace meses me limito a leer, a discutir, a hacerle disfrutar mínimamente porque me da lástima y soy consciente de que como hombre necesita aliviarse de vez en cuando, pero ya está.

—Hasta Velázquez tuvo que decir basta en algún momento cuando pintó *Las Meninas*.

—Pues si le hubiera dedicado una semanita más, estoy convencida de que a Mari Bárbola le hubiera afinado la cara —respondo con desdén dándole unos golpecitos en la espalda, a la altura de la escápula—. Sin duda.

—Tal vez. Pero no olvides una cosa, Cata. Hay días en los que todo está desordenado: el pelo, la cama, las palabras, el corazón y...

—Y la vida —concluyo tras una mirada admonitoria.

—La vida consiste en avanzar y TÚ estás anquilosada en el pasado.

Durante un par de segundos sopeso las palabras de Trini.

—Tal vez —declaro finalmente expulsando todo el aire que llena mis pulmones.

—Oye, Cata. Escúchame. Tienes que cambiar.

—Lo sé.

—Es muy común que uno de los integrantes de la pareja, o ambos, se desgasten por tratar de sostener la relación, aunque sientan que el amor se ha esfumado.

Me siento mal. Asquerosamente mal. En este momento solo desearía hacerme un ovillo, meterme bajo la cama y no salir en una semana. ¿Qué digo? En un mes por lo menos.

—Puede que tengas razón.

—¡Uuuh, uuuh! Tilín, tilín, tilín. —Trini imita la sirena y el sonido de la campana de las Tacañonas del *Un, dos, tres*—. Cata, sabes que tengo razón.

¿La tiene? Seguramente, aunque mi orgullo me impide reconocerlo.

Después de ese momento de... ¿locura?... ambas permanecemos en silencio durante más de media hora. Treinta y cinco minutos exactamente en los que mi mente viaja por sendas difusas, oscuras, siniestras... Caminos por los que, de repente, aparece Javier. Luego, MI ginecólogo. Y, al final, los trescientos veintisiete alumnos a los que he examinado esta mañana lanzando al aire los cuatro mil novecientos cinco folios que han escrito por delante y por detrás como si fueran confeti.

—Cata —susurra Trini empujando mi silla para que empiece a girar como un trompo—. ¿Qué te parecería si tú y yo...?

—Si tú y yo ¿qué? —respondo intrigada clavando las uñas en la tapicería como si fueran las garras de un halcón—. Joder, Trini. Para ya. Me estoy mareando.

—Es una tontería que me ha pasado por la cabeza como un *flash*, pero...

Si algo odio de la actitud de Trini es que saque esa vena misteriosa que con sus alumnos le va genial, pero que a mí me saca de quicio. Me levanto como si en el culo tuviera un reactor a propulsión, me acerco a la ventana, la abro, el aire caldeado del exterior acaricia mi piel invitándole a manchar un poco más mi camisa y le digo:

—Pues si no quieres que llame a Eusebio para que te abra la cabeza con el berbiquí y saque tus sesos para analizarlos en el laboratorio de la Facultad de

Medicina, ya estás tardando en hablar.

Eusebio es el conserje de la facultad, el «manitas» al que todos recurrimos cuando hay algún cajón que no abre o alguna estantería que baila. El berbiquí, ese extraño y antiquísimo manubrio giratorio con una broca metálica en un extremo y un mango horizontal en el otro, es para él como una extensión de sus manos. Odia los taladros y los destornilladores modernos con dobles o triples marchas como los que usa Javier. Aun así, el resultado de cualquiera de sus arreglos es incluso mejor que los que hace mi marido en casa.

—Cata, ¿tú serías capaz de hacerle eso a tu mejor amiga?

—Trini, hoy mi humor está en formato «voy a mandar a tomar viento a todo aquel que me sople», así que no me pongas a prueba —amenazo—. Suéltalo ya si no quieres que...

—Vaya. Veo que tienes una fierecilla indomable detrás de esa fachada de *femme fatale*.

—¿Has visto? Algunas veces el amor te transforma.

—Querrás decir el desamor.

Suspiro. Y lo hago porque es la única forma que tengo últimamente de generar endorfinas.

—Llámallo como quieras.

—No hay duda, Cata. Tú estás sufriendo por desamor.

—Me importa un bledo, Trini. Dicen que los sentimientos más puros provienen de los corazones de hierro y el mío debe ser de hierro fundido. —Miro el reloj. Son las dos y cuarto—. Por cierto, ¿nos vamos a comer ya o has decidido apuntarte a la moda del ayuno?



CUATE, AQUÍ HAY TOMATE

No sé por qué, pero siempre que estoy con Trini es ella la que conduce. Quizás porque, atendiendo a sus palabras, se sabe el código de circulación al dedillo. Todos los días, a las siete de la mañana, se sienta detrás del volante y se enfrenta a un caos llamado ciudad. A los autobuses que paran en mitad de la vía para recoger o dejar pasajeros. A los conductores que pitan por la vía lenta. A los lentos que van por la vía rápida. A los peatones imprudentes que cruzan por vías prohibidas. Y a los taxistas que le pitan, le gritan guapa y le hacen frenar en seco cada vez que ella les hace una peineta. Vivir a treinta kilómetros de la Universidad le obliga a enfrentarse diariamente a situaciones agobiantes que yo no sería capaz de soportar con la parsimonia con la que lo hace ella.

Para mí, manejar un vehículo es un dolor de cabeza que exagera mis demonios. Me saca sentimientos de todas las formas, clases y colores. Furia. Frustración. Preocupación. Congoja. Irritación. ¡Estrés! El maldito estrés me provoca taquicardias, sudoración, mareo, respiración rápida, temblores en las manos y un malestar general que va en contravía de la actitud positiva, preventiva y atenta que todo conductor debe tener a la hora de conducir un vehículo.

He de reconocer que cuando me matriculé hace siete años en la autoescuela, lo hice con muchos nervios e inseguridades. El teórico me lo saqué con los ojos cerrados. En tres días me leí el código de circulación. Tardé otros seis en aprenderme de «pe a pa» todas las señales. Y dediqué otros cinco a resolver los tropecientos setenta y siete mil doscientos cincuenta y tres exámenes tipo test que me obligó a hacer mi instructor. ¡Ufff, qué coñazo de tío!

Nunca he sacado más punta al lápiz que en aquellos días de frío invierno en los que la luz se iba cada dos por tres por culpa de la maldita nevera que, con sus casi diecisiete años y nueve meses, saltaba los plomos cada tarde. La muy puta se negó a cumplir la mayoría de edad y a enfriar la tarta de mi cuadragésimo cumpleaños. ¡Putas, putas, putas! Ni los cincuenta y siete euros con cincuenta céntimos que me cascó el técnico por los diez minutos que estuvo toqueteándola ni las barbaridades que yo le dije para animarla en sus últimos días de vida evitaron que dijera «hasta aquí he llegado» justo el día antes del examen práctico.

Las prácticas las había empezado muy ilusionada dos semanas antes. Me excitaba saber que yo dominaba a una máquina. Me motivaba ver que hacía lo que yo le pedía sin rechistar, sin emitir quejas absurdas, sin cuestionarme nada y sin pedirme explicaciones.

Matizo...

Elucidaciones era lo que me pedía el sinsorgo de mi instructor cuando me indicaba que debía reducir la velocidad a cincuenta y yo la aumentaba a setenta. O incluso cuando sugería que debía girar a la izquierda en la siguiente calle y yo lo hacía hacia la derecha tres manzanas después.

Reconozco que tengo una orientación y una visión espacial pésimas. Soy capaz de dar rodeos increíbles para llegar a cualquier sitio, incluso a los que están a la vuelta de la esquina. Cada día siento que paso por el desierto de Tabernas, por Sebastopol e incluso por la estepa siberiana en los escasos seis

kilómetros que separan mi casa de la Universidad. Y no lo puedo evitar. Cuando creo que he encontrado el camino adecuado, me encuentro con una calle cortada y me jode todos los esquemas. Al menos, no soy la única. La tonta parlanchina que habla con esa voz agilipollada cada vez que enciendo el GPS del móvil también se vuelve loca cuando se encuentra con un atasco, con un corte de carretera o cuando le falta una actualización a la aplicación. ¿Cuándo cojones van a inventar la teletransportación para que yo pueda llegar a tiempo a todos los sitios?

Hice el examen práctico con la «cara de perro». Todo el mundo hablaba de ella. Se insinuaba que hacía quince días que le había mordido a un alumno en el cuello cuando se saltó un STOP. Otros decían que había sido en la pierna y algunos que simplemente le había dado un lametazo en la cara a modo de felicitación por haberse saltado un ceda el paso y haber cubierto el cupo de suspensos del mes.

Tenía tal ataque de nervios por la puta nevera, por el examen, por el trancazo del quince que tenía Javier... que hasta las diminutas glándulas de Bartolino de mis labios vaginales se pusieron a temblar. A pesar de ello, arranqué, pisé el embrague, metí primera y manejé el volante con la precisión de un neurocirujano hasta que se me caló el coche al detenerme en un paso de peatones.

—Tranquilícese, Catalina —me dijo la perra con cara de perro cuando, tras un tercer intento, el jodido Seat Ibiza se volvió a calar—. Arranque otra vez y coja la segunda salida en la próxima rotonda.

Así hice. Pero como a perra no me gana nadie, en lugar de tomar la segunda salida tomé la tercera. En la segunda, escondido tras unos setos —malas puñaladas no le den al jardinero del Ayuntamiento que se olvidó de recortarlo el día anterior—, había una señal de calle prohibida.

«Ay, so puta... —pensé—, ¿acaso te crees que yo me he caído de un guindo? Puta tú, puta yo, que a mí no me vas a joder los dos mil doscientos cincuenta y siete euros con cuarenta y cinco céntimos que me he gastado en la mierda de clases teóricas y clases prácticas que me ha dado el sinsorgo que llevo a mi derecha. ¡Ja!».

—Deténgase en doble fila en cuanto pueda. —Me sonrió la examinadora cambiando el rictus de perro rabioso a caniche—. Felicidades, Catalina. Está aprobada.

Suelen decir que «de puta a puta, taconazo». Y a pesar de que aquel día yo

no llevaba tacones, el zapatazo que le di a mi examinadora fue en todos los morros. Hoy, sin embargo, agradezco más que nunca que sea Trini la que lleve el coche porque estoy de los nervios como aquel día y mis Bartolinas no paran de temblar.

—¿Dónde vamos? —me pregunta Trini cuando retiro sus tres libros de francés, el diccionario y la media docena de bolsas de patatas fritas que nos han salido por error esta mañana en la máquina expendedora de la tercera planta, y suelto en el asiento de atrás las dos bolsas de plástico y la caja con los cuatro mil cuatrocientos y pico folios que tengo que corregir en cuanto llegue a casa.

—Trini. Si ya sabes dónde vamos, ¿para qué preguntas?

—Es la costumbre, Cata —admite mientras mete las llaves en el contacto.

—Pues ten cuidado, guapa, porque las malas amistades echan a perder las buenas costumbres. Quien con lobos anda...

—A aullar se enseña —concluye tímidamente. Enciende la radio.

Despacito

Quiero respirar tu cuello despacito

Deja que te diga cosas al oído

Para que te acuerdes si no estás conmigo...

Me muerooo... ¡Cómo me pone esa canción!

Despacito

Quiero desnudarte a besos despacito

Firmo en las paredes de tu laberinto

Y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito...

—Eso precisamente es lo que a ti te haría falta, Cata. Que un hombre te desnude a besos muy despacito —me dice Trini mientras mi mente recrea la escena que me está describiendo.

Sé que mi amiga lleva razón. Mi cuerpo se muere por un buen polvo. Pero eso es misión imposible con Javier. Ya no me gusta, ya no me pone, ya no me atrae... Ya no me sirve ni como pañuelo para lágrimas ni para acompañarme entre las sábanas ni... ¡para nada! Donde esté mi ginecólogo, con esos brazos de hombros anchos y bíceps de escándalo, esa torneada curva invertida que

une a la cintura con las nalgas y esas orejas pequeñas y sin un pelo, que se quite Javier. ¡Definitivamente! Y no es por el hecho de que Javier tenga un cuerpo de los catalogados como «cuerpo escombros». No, no, no. Lo que pasa es que últimamente se ha abandonado demasiado y los brazos fuertes, robustos y vigorosos de antaño han pasado a ser fofos y flojos como la gelatina; la misma que recubre, por cierto, esa redondez que tiene en el abdomen por culpa de las cervecitas y las tapitas del bar y que solo le permite ver a su Robustiana, a su Rigoberta o como coño la queramos llamar cuando se pone dura y apunta como una escopeta hacia el frente.

—*Quiero ver bailar tu pelo, quiero ser tu ritmo, que le enseñes a mi boca, tus lugares favoritos...* —canturrea Trini mientras pone el intermitente y hace una incorporación precisa, estudiada en tiempos y en distancias, a la autovía.

¡Ay, precisamente, estoy que muerdo a la espera de que llegue el día de poder enseñarle a MI ginecólogo mis lugares favoritos!

Abro el bolso, cojo la agenda y reviso la interminable relación de mensajes, notas, horarios de clase y reuniones hasta que doy con la próxima cita.

El corazón comienza a latirme con insistencia en el pecho cuando compruebo que tan solo faltan seis días para que el doctor Carlos Molina Doncel me diga con su voz profunda, seductora y varonil: «Cata, abre las piernas» y sus impresionantes ojos verdes se posen DES-PA-CI-TO en mis lugares favoritos.

Excitada, siento cómo una serie de descargas rítmicas comienzan a recrearse en torno a mi clítoris cuando Trini frena en seco y murmura entre dientes:

—Cuate, aquí hay tomate.

Un camión ha hecho la tijera al intentar adelantar a un turismo, ha volcado y ha convertido el asfalto en una pista de patinaje de un brillante color rojo. ¡Ufff, cuántos macarrones se van a quedar secos por culpa de ese camión!

Suspiro. Y, tras un par de segundos en los que me concentro en exprimir al máximo mis pulmones, los inflo otra vez y vuelvo a suspirar. No sé si será por el olor a ácido que desprende el tomate, por el del humo del coche que tenemos delante y que amenaza con abrir un nuevo agujero en la capa de ozono o por la mala leche que tengo en el cuerpo después de una intensa mañana bregando con los alumnos de primero, pero... estoy que muerdo. Sobre todo,

porque el frenazo ha provocado que la sangre que comenzaba a acumularse entre mis piernas haya hecho un cambio brusco de sentido y se haya concentrado otra vez en mis sienes. Aprieto las mandíbulas hasta que casi me rechinan los dientes, cierro los ojos con fuerza y respiro acelerada.

—Cata, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

Abro el ojo izquierdo y veo cómo Trini acaricia el volante como si fuera el culito suave de un bebé recién bañado.

—¿Tú me ves bien?

—He de reconocer que te he visto en mejores condiciones y... en peores también —me dice con una risilla pícaro después de la fresca que le he soltado. Afortunadamente, Trini me conoce a la perfección y sabe de mis desmanes a la hora de hablar.

No tengo ni idea de a qué se refiere. Es más, prefiero no saberlo. Con Trini, lo mejor es no ahondar en determinados temas.

Seguramente, las discusiones con Javier, la preparación del examen y la novela que estoy leyendo que me tiene acalorada mañana, tarde y noche han tenido mucho que ver con este fortísimo e insoportable dolor de cabeza que me ha entrado de repente y que es muy similar al que se siente cuando la conciencia no se calla y te atormenta sin pensar que su cruz puede llegar después cuando yo me encargue de martirizarla con nuevas preocupaciones. El ginecólogo... ehm... En fin. Él no tiene culpa de nada, salvo de tener la agenda tan apretada y unos cautivadores ojos verdes que cada vez que me miran me dejan al borde del colapso.

—Estoy bien, Trini —le confirmo masajeándome el entrecejo.

—¿Seguro?

—Estoy un poco tensa por el examen, por lo de Javier y...

—Cata —me interrumpe—, la vida puede ser muy corta y debemos plantearnos lo que realmente esperamos de ella y quién queremos que nos acompañe durante el camino. No lo olvides.

Estiro el brazo, apago la radio y enciendo el aire acondicionado. Hace un calor insoportable. Mis axilas sudan como si estuvieran llorando a moco tendido y están dejando un corro blanquecino en torno a la sisa de mi camisa verde agua.

—¿Qué insinúas? —pregunto y me estremezco cuando el aire comienza a golpearme en la cara y a moverme el flequillo, las pestañas e incluso los polvos de maquillaje que envuelven mi cara y disimulan el reguero de

pequeñas arrugas que, a una velocidad rampante, están surgiendo en torno a los ojos, en la frente y junto a mis labios.

—Creo que he sido lo suficientemente directa como para que te des cuenta de que no puedes seguir así.

—¿Así, cómo?

—Amargándote la existencia al lado de Javier.

Trini pisa el embrague a fondo para meter primera. El coche renquea un par de veces como si el motor estuviera gripado. Tras unos segundos en los que nos movemos como si tuviéramos el baile de San Vito^[1], las ruedas comienzan a salpicar salsa de tomate.

Joder. Trini lleva razón. Por mucho que todavía me cueste reconocerlo, Javier y yo hace tiempo que hemos perdido esa chispa que ha mantenido viva nuestra relación durante más de veinticinco años. Nuestra vida ya no es la misma. Ni las necesidades. Ni los querer. Ni tan siquiera los respetos mutuos por mucho que él lo niegue y se escude en mi cansancio, en la crisis que nos tiene ahogados y no nos deja respirar, en los problemas del trabajo y en los aquí te pillo aquí te mato sin culminar.

—Trini. Déjalo, por favor.

—Cata, no sé tú, pero yo quiero cerca a la gente que día a día me quiere. Básicamente son cuatro grupos: la familia, los amigos de verdad, los casi amigos y el resto del mundo.

Vuelvo a abrir el ojo izquierdo y miro al frente. En el asfalto de un intenso color rojo comienzan a aparecer unas rayas negras justo allí donde el tomate se ha ido pegado a las ruedas. Desesperada —el dolor de cabeza no se va— ratifico:

—Pues yo me conformo con tener a mi lado a los tres últimos, Trini.

—¡Claro, porque la única familia que tienes es a tu prima la de Cuenca y a Javier! Y como Cuenca te pilla bastante lejos como para ver a Remedios todos los días, reducimos las variables de la ecuación a una única persona: a tu marido. A ese hombre al que hace meses deberías haberle dado una patada en el culo.

Volteo los ojos en un acto reflejo e involuntario.

—No me lo recuerdes, Trini. Al menos dame ese gustazo por unas horas.

—Allá tú, pero... Cata, la verdad solo tiene un camino.

—Y no es precisamente de baldosas amarillas —resoplo.

—Hay que reconocer que a Oz no te va a llevar. Tal vez a la libertad, a la tranquilidad, a un mundo en el que estés mucho más segura, más...

—A ningún sitio, Trini, ¡a ningún sitio! —le corto antes de que sus baterías se carguen de nuevo y empiece a enumerar todo lo que ya sé.

—Allá tú, pero...

—Ni peros ni leches, Trini. A estas alturas, ya sé toda la teoría.

—¿Y qué me dices de la parte práctica?

Joder. Me ha pillado...

Comprender la lógica de la teoría es mucho más fácil que ponerla en práctica. Lo sé. Entender que me tengo que divorciar de Javier porque ya no lo amo ni lo deseo ni lo quiero, al menos no como lo hacía antes, no requiere un gran esfuerzo. Podría estar horas y horas hablando sobre los motivos que han llevado a determinar que entre él y yo ya no puede haber otra cosa más que amistad, pero hasta que no actúe, hasta que no tome la decisión de dar el paso, no voy a estar a salvo.

Consciente o inconscientemente, he elegido quedarme como estoy y quejarme de lo difícil que es cambiar por miedo cuando en realidad debería responsabilizarme de ser y actuar de acuerdo a cómo me gustaría ser y/o actuar. ¿Por qué la vida es tan perra? ¿Estaré yo condenada de por vida a la desdicha y a la desolación?

—Ya sabes lo mucho que me cuesta reaccionar —le digo a Trini tras unos minutos de profunda y necesaria reflexión. Y, haciendo una comparativa absurda, añado—: Yo no soy una mujer de las que se lanza a la piscina hasta que no se ha refrescado perfectamente la nuca, los brazos, la tripa e incluso las piernas.

Trini me mira a través del espejo retrovisor y me saca la lengua.

—Pues deberías dejarte de tantas tonterías y tirarte a la piscina en bomba para sacar toda la porquería que tiene dentro y permitir que entre agua nueva, mucho más limpia, más fresquita y...

—Lo pensaré, Trini, lo pensaré.

Diez minutos después llegamos a nuestro destino, salgo del coche, miro la hora —las tres menos cuarto— y, cuando voy a dar un paso al frente, se me engancha el tacón y...

¡PUM!

No soy torpe. ¡Nooo! Lo que ocurre es que acabo de detectar que el suelo necesita un abrazo y yo, tonta de mí, se lo he dado. ¿Acaso el Papa Francisco no besa el suelo cada vez que se baja del avión al llegar a un destino nuevo?

Creo que es hora de confesar públicamente que, aunque uso tacones, los odio a muerte. Trini dice que una mujer en tacones exhibe de forma sensual su cuerpo. Que sus curvas se estilizan y se vuelven más atractivas. No lo dudo. ¿Por qué a ella estos inventos tan jodidamente (in)cómodos no le resultan tan traumáticos como a mí?

Subirse a unos zancos es la ilusión de cualquier niña. De hecho, recuerdo que con cinco o seis años me ponía a escondidas los zapatos de mi madre soñando con el día en el que me comprara los primeros tacones. Y no hablo de los típicos zapatos que se les compra a todas las niñas para el baile de las clases extraescolares. Para nada. Me refiero a los de aguja, a esos que te obligan a caminar sobre los deditos de los pies mientras un punzón te martiriza el espolón queriendo traspasar, precisamente, tu talón.

Tropezar no es malo. El problema es caerse con el mismo ímpetu e intensidad que las Torres Gemelas y encariñarse con el suelo. Y, al parecer, a mí me encanta el pavimento que hay frente a Los Olivos —el restaurante en el que Trini y yo comemos todos los martes—, ya que me he dejado las rodillas tres veces en él en lo que va de año. La última vez fue el martes catorce de abril a las doce y cuarenta y siete minutos del mediodía. ¡No he podido olvidarlo!

—¡Cata, ¿estás bien?! —me grita Trini con preocupación.

Veo cómo corre hacia mí dando pequeños saltos con los pies como si fuera un pingüino. Los taconazos y la estrechez de su falda, que se adhiere a sus caderas como una segunda piel, no le permiten hacerlo de otra manera.

—Es... estoy bien —resoplo aturdida.

Un hilillo de sangre comienza a recorrerme la pierna y me confirma que me he destrozado otra vez la rodilla. Joder. Joder. JODER. Es la misma que me laceré en abril: la derecha; la que aún no ha recuperado su tonalidad después de que se le cayeran los costrones de sangre seca.

—Ay, Cata —suspira Trini volteando los ojos—. ¿Te has visto? Pareces un pato.

«¡Y tú un pingüino!» me apetece gritar, pero al final, como veo que me socorre y me limpia la sangre con un *kleenex*, me muerdo la lengua y le digo:

—¿Has visto, Trini?

—¿Qué se supone que tendría que haber visto?

Siento cómo el labio inferior me empieza a temblar. Las lágrimas me nublan la vista. Hago un puchero imitando a Cristina, el terremoto que esta mañana me ha manchado de *petit suisse* la maravillosa camisa de nueve euros con noventa y cinco céntimos con la que había decidido impresionar a mis alumnos.

—El bordillo ha aparecido de repente y... y... —balbuceo afligida.

—Esto ha tenido la culpa —me dice Trini con una divertida sonrisa dibujada en los labios señalando el adorno de pedrería del cuello de mi camisa—. Cambias un día tu centro de gravedad y fijate lo que pasa. ¿Cómo puedes llevar este armatoste en el cuello? Vas a terminar con las cervicales hechas polvo.

Hoy todo va de polvos, pero no de los que yo necesito. Lloriqueo.

—¿Tú crees?

Trini se encoge de hombros y me seca un par de gruesas lágrimas que amenazan con estropear el poco maquillaje que aún me queda en la cara.

—Ay, Cata. La gravedad es una fuerza muy puñetera.

—¿Sí? —respondo sintiendo cómo mi corazón sangra por la impotencia y la vergüenza.

—Calla, anda. Deja que te limpie un poco esa herida si no quieres que...

—¡Auuu! —protesto dándole un manotazo en el brazo cuando acerca el pañuelo de papel a mi pierna—. Joder, Trini. ¡Dueleee!



AMOR MÍO

Me apoyo en la carrocería del coche de Trini y me levanto muy despacio. Siento como si acabaran de vapulearme como a un saco de boxeo. Es una sensación extraña similar a la que alguna vez he experimentado con Javier tras una noche loca jugando a los médicos hasta altas horas de la madrugada. De eso hace ya bastante tiempo, pero no he podido olvidar la sensación agria que experimenta el cuerpo al día siguiente y que ni el café ni las tostadas con mantequilla y mermelada de melocotón ni un ibuprofeno pueden aliviar.

Soplo sobre la herida abierta que tengo en la rodilla. Y me estremezco cuando comienza a escocerme, una impresión extraña que me hace recordar,

por otra parte, lo mal que lo pasaba cuando mi padre me curaba las magulladuras con alcohol aduciendo que el agua oxigenada solo era para las niñas blandengues. ¿Acaso yo no merecía ser blandengue? Estoy pensando en ello cuando de repente mi corazón da un *back in-full out* —un doble salto mortal atrás con un giro en el segundo mortal— e impacta contra mis costillas.

—Catalina, ¿estás bien?

Ay, todos mis males se disipan cuando veo a MI ginecólogo corriendo hacia mí. Lo miro obnubilada como si el tiempo se hubiera aliado conmigo y me permitiera ver todo el recorrido que hacen sus pies a cámara lenta. A la escena solo le falta el bañador rojo y la banda sonora de la serie *Baywatch: Los vigilantes de la playa*.

—¡Doctor Molina! —exclamo sintiendo cómo el calor se concentra peligrosamente en mis mejillas.

Ese hombre de poderosos músculos, ojos verdes y sonrisa Profident hace que mi corazón dé otro doble salto mortal con un tirabuzón invertido y mi pelvis se contraiga como cuando me avisa en su consulta de que el espéculo suele estar fresquito. Mis hormonas, que últimamente están más traviesas de lo normal, empiezan a saltar soliviantadas desequilibrando mis pulsos.

—Cata, ¿estás bien? —No contesto, al menos no inmediatamente—. Deja que te mire esa herida, por favor.

El corazón me da otro bote en el pecho cuando Carlos clava la rodilla en el suelo como un caballero del medievo y saca un pañuelo de papel de uno de los bolsillos de su pantalón vaquero, ese *slim-fit* de color negro deslavado y con cremalleras en los costados que se ajusta a su maravilloso trasero como un guante de látex.

—Es... estoy bien —consigo balbucear observando con atención a ese adonis de impresionantes ojos verdes—. Auuu...

Trato de moverme, pero él me retiene la pierna con estoicidad y evalúa la profundidad de la herida.

—Vaya. Esto no tiene buena pinta. Me temo que te va a salir una buena postilla.

La jodida saliva me estrangula la tráquea cuando su camisa, que está abierta hasta la mitad del pecho, me revela un esternón perfecto y unos pectorales hinchados y pétreos que amenazan con arrancar los botones de la tela. ¿Por qué al condenado doctor Molina le caen las camisas como si las tuviera cosidas al cuerpo? Definitivamente, ese tipo de prendas que atienden a

la moda *slim-fit* solo se las pueden poner grandes deportistas como él y no los *lorzalameros*^[2] como Javier que se han dejado llevar por el influjo descontrolado de las cañas y las dichosas tapitas del bar. Joder. Está... uhm... ¡está para comérselo! Y yo tengo tanta hambre...

—Es un rasguño sin importancia —afirmo a pesar de que la rodilla me duele mucho. Mucho, mucho, mucho.

—Yo no lo tengo tan claro —responde él mientras sus dedos culebrean por mi gemelo con movimientos vertiginosos—. Deberíamos ir a Urgencias.

Mis ojos brillan emocionados.

—No, no, no. Estoy... estoy... estoy bien. De verdad.

Me mira. Lo miro. Y suspiro. El pensamiento es un poderoso excitante sexual y el mío empieza a trabajar a toda velocidad cuando él humedece un pañuelo con su propia saliva y comienza a limpiarme la herida con ternura.

El calor me nubla. La humedad de junio me temple. Mi mente comienza a esbozar una tórrida escena en la que los carnosos labios del doctor Molina recorren con delicadeza mi desnudez acercándose peligrosamente al punto exacto que late errático a la espera del más dulce de los besos. Uhm, su aliento... su aliento me excita, me provoca, me subyuga y aherroja mis sentidos privándome de libertad.

Mi respiración se agita cuando su lengua abre lentamente los pliegues de mi sexo y explora con deleite la cueva estrecha, profunda y acaramelada que se esconde entre ellos. Me derrito. Me desbarato con su enloquecedora fricción. La envoltura pegajosa de su saliva es deliciosa. Exquisita. Placentera. Es como un perverso calmante para mi clítoris. Ahhh... Lo tranquiliza, lo apacigua, lo calma antes de que la rugosidad de la lengua le provoque escalofríos y comience a temblar como un pajarillo al salirse del nido. Arqueo la espalda sin dejar de balancear las caderas. Oh, sí. Me ofrezco a él con lujuria, con pasión y con voluptuosa necesidad cuando sus dedos se arremolinan en mi resbaladiza cueva y aplican la presión suficiente para hacerme gemir, gritar, vibrar... Gritar otra vez más. ¡Ahhh!

—Cata, mírame. ¿Estás bien?

—Ehm... ¿qué? —pregunto con los pulsos disparados cuando los dedos del doctor Molina reptan por mi barbilla y me obligan a enfrentarle otra vez la mirada.

—¿Estás bien? —repite.

Perezosa, como si me hubiera fumado todo el opio del mundo, abro los párpados y me concentro en esos espectaculares ojos verdes que tienen un aire de misterio y una tranquila autosuficiencia. Esos ojos llenos de lujuria y tan intensamente enfocados son, precisamente, los que me abruman, me encienden, me marean y me impiden hablar.

—Ehm... sss...

¡Joder, no me sale la «i»!

—Cata —me apremia. En su rostro se aprecian ciertos signos de preocupación—. ¿Estás bien?

Cierro los ojos, me doy un manotazo en la cara y lo vuelvo a intentar:

—Ssss...

Trini, a mi espalda, tose para contener una carcajada.

—¿Seguro? —insiste MI ginecólogo, MI adonis, MI TODO alzando rítmicamente las cejas. En su frente se forman tres arrugas profundas. Preciosas. Sensuales. Varoniles. Exquisitas.

—Ssss... ¡sí!

Trini se agacha, recoge mi bolso, constriñe el rostro en una cómica mueca cuando siente cómo la gravedad tira de él hacia abajo y me suelta muy fresca:

—Ja. Ja. ¡Ja!

Al igual que yo, mi amiga, mi compañera, mi casi hermana... le abre las piernas al doctor Molina cada vez que lo visita en la consulta. Eso, y que lo salude provocativamente con una sutil caída de pestañas cada vez que nos lo encontramos por la calle, me pone celosa. Muy celosa.

—Trini —exclamo confusa, mirándola directamente a los ojos—. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? —Asiento—. Nada. Afortunadamente.

El doctor Molina frota mi herida para retirar los restos de piel muerta.

—Auuu.

—Carlos, ¿habrá que amputar? —le oigo decir a Trini con sorna.

Asustada, sintiendo el burbujeante hormigueo de la sangre en cada rincón de mi ser, abro los ojos de par en par y grito entre dientes:

—¡¿Qué?!

—La situación es grave, pero no para tanto.

Como una hiena hambrienta, Trini coloca la mano en la espalda de MI ginecólogo y le acaricia el hombro. Atento como él solo sabe ser, se incorpora ligeramente y extiende su mano mientras ella se humedece los labios

provocativamente. Será put... ¡Cata, por Dios, contrólate!

La besa. Lo besa. Se besan. Sonríen.

Un escalofrío me recorre la espalda de arriba abajo. Los celos son un problema serio y nocivo para la salud emocional de quien los padece; una enfermedad que destruye la confianza y la comunicación y que deteriora el respeto, la convivencia y la amistad con amigas mucho más jóvenes que tú que tienen las tetas en su posición correcta sin necesidad de recurrir al *Wonder Bra push up*, unas caderas sin celulitis que entran en una talla treinta y ocho y no en una cuarenta y seis como las mías y un cutis exquisito. ¡Mierda! ¿Por qué Trini ha de ser tan jodidamente perfecta y yo tan imperfecta?

Hay mujeres que marcan el fin de su erotismo a los cuarenta y cinco, cincuenta o cincuenta y cinco años. En este selecto grupo me encuentro yo. Pero hay también otro grupo de mujeres que, sin importarles la edad, deciden romper moldes y viven una sexualidad plena, pasional, saludable y sin poner fecha de caducidad al amor junto a un hombre más joven. Desde hace un par de años, Trini vive su particular fenómeno *cougar*^[3]: mujer de más de cuarenta años, independiente y osada, que vive con intensidad su vida y que no teme tomar opciones diferentes a los arquetipos desgastados que propone la sociedad. ¡Vamos, que le pone involucrarse emocional, erótica y sexualmente con un pipiolo de treinta y seis años que no necesita recurrir a la Viagra!

Qué ilusa es...

El pene es un órgano que piensa por sí mismo cuando es joven. La erección aparece sin motivos aparentes y hace lo que quiere, aunque no lo creamos. Es, como suelen decir los urólogos, un barómetro para identificar lo que pasa con el sistema nervioso simpático del hombre. ¡Ay, ¿simpático?! Simpático es, precisamente, el pipiolo de Trini, pero eso es otra cuestión. Esa tontorrón que está devorando con la mirada a MI ginecólogo aún no es consciente de a lo que se va a tener que enfrentar dentro de dos o tres añitos más. A Pablo, como a todos los hombres, le llegará el momento de bajón. Estoy convencida de ello. Y ¿qué pasará con Trini? Pues que se va a tener que joder. No le va a quedar más remedio que aguantar que en el momento de mayor calentón su chico la deje durante unos minutos hornear a fuego lento mientras va al cuarto de baño a tomarse la fantástica pastilla azul. Esa que, ciertamente, obrará el gran milagro y le permitirá mantener el pene en tensión durante un encuentro que se prevé mucho más caliente, más placentero y más

jugoso. ¡En principio! Sí, sí, porque...

¡ATENCIÓN!

Esa piececita ancha, dura y larga de la que ella tanto se vanagloria volverá a languidecer y caerá afectada por la gravedad. O ¿acaso se piensa que esa fuerza solo ataca a mis tetas y a mi agenda? ¡Nooo! La gravedad es un fenómeno natural por el cual los objetos son atraídos entre sí con una fuerza directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que separa sus centros de gravedad. Y...

1. El pene de Pablo es un objeto.
2. Tiene masa y seguro que rondará la media, unos setenta y cinco gramos.
3. Su centro de gravedad está muy alejado del núcleo terrestre.

Desconozco la masa y el radio terrestre, sea dicho de paso. Pero ello no es óbice para que no sepa que, como las de cualquier hombre, las capacidades sexuales de Pablo van a disminuir cuando llegue a una determinada edad. O que los receptores de testosterona van a funcionarle mal. O incluso que su pene se va a hastiar y va a preferir mirar al suelo y no al cielo. Así es. Si Trini piensa que Pablo va a estar toda la vida erecto, duro y vigoroso lo lleva claro porque... ¡todo se acaba!

Aunque al *Zhaocai Mao*^[4] le pongas una pila de esas que duran y duran y duran, siempre llega el día en el que su brazo se detiene. Lo mismo le ocurre al mando a distancia de la televisión, al despertador, a... ¿a qué más? ¡Ah, sí, ya lo recuerdo: al pene!

En lugar de mostrarse orgulloso, altanero y marcial, a partir de cierta edad ese colgajo empieza a volverse tímido, a mirar hacia el suelo y a caminar constantemente parapetado entre esos dos guardaespaldas achaparrados y muy redonditos que durante años han seguido sus pasos a cierta distancia.

Llegado el momento, Trini tendrá que tomar una decisión importante de entre las siguientes posibilidades: cambiar a Pablo por otro hombre más joven —algo que, por otra parte, no descarto—, dejar de comprar zapatos e invertir el dinero en Viagra, o comprar una grúa torre. Esta última es, sin duda, la mejor opción ya que la construcción está muy parada por la crisis y se puede conseguir una grúa a muy bajo precio.

—Cata, ¿puedes caminar?

—No te preocupes, Trini —responde MI ginecólogo—. Yo me encargo de llevarla.

Sus venas se hinchan bajo las mangas cuando me rodea el cuerpo y me levanta. No existe nada más dulce que sentir los brazos poderosos y protectores de un hombre. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que Javier me cogió de esa forma tan tierna?

NUNCA.

Un gran número de historiadores coinciden en señalar a los godos como impulsores de la actual costumbre de entrar en brazos a la recién casada al interior de la casa. En la leyenda romana del rapto de las Sabinas también se hace referencia a este tipo de tradición cuando las mujeres de la población de Sabinia eran secuestradas a manos de los fundadores de la Antigua Roma con el fin de poblar de hembras la que después sería la capital del Gran Imperio. La costumbre indicaba que, para quedarse en propiedad con la mujer raptada, esta no podía pisar el suelo durante el trayecto que iba desde el lugar del secuestro hasta el que iba a ser su nuevo hogar.

Javier me secuestró el mismo día que nos casamos: el 29 de junio de 1989 a las cinco y media de la tarde. Pero, cuando a las seis y cuarto de la madrugada llegamos al que por aquel entonces iba a ser nuestro nidito de amor, fue incapaz de cumplir esa tradición ancestral de levantarme en volandas para cruzar el umbral.

Aquella noche no entré por la puerta como yo quería. Y por eso, tampoco nos hablamos, no nos sedujimos con miradas tiernas, no hicimos el amor ni echamos un polvito rápido. ¡NADA!

N-A-D-A.

No hicimos nada juntos porque yo no quise. Así que Javier se dedicó a roncar y yo, tonta de mí por no haber hecho caso a mi prima Remedios que me había aconsejado esperar un poco más para casarme, consagré el matrimonio llorando amargamente mientras escuchaba los latidos acelerados de mi corazón.

Precisamente, el latido del doctor Molina es el que acaricia en este

momento mis costillas. Su ritmo es incluso más atractivo que el de Javier y me embriaga, me seduce y me provoca.

—Gracias —susurro cuando Carlos me deposita cariñosamente en una silla y coloca otra para que pueda apoyar la pierna.

—Cata. —Me sonríe él. Y, al hacerlo, dos maravillosos hoyuelos se le marcan en las mejillas—. No tienes por qué dárme las.

Siento un tremendo calor por todo el cuerpo cuando la camisa se le abre un poco más y me revela esa espectacular piel bronceada sin vello. Me concentro en esa parte visible de su pecho y me intoxico con la ilusión de tocarla, de acariciarla, de estimularla con las yemas de mis dedos...

Estoy en ese momento crucial en el que el impulso por besarlo es mayor que el raciocinio de mi mente, cuando un hombre guapo, alto, de formas perfectas —muy parecidas a las de Dwayne Johnson—, se acerca a nosotros y dice:

—Hola.

Asombrada, Trini traga saliva presa de un creciente desasosiego y abre los ojos de par en par.

—Ho... hola —tartamudea.

Sé que ese hombre con cara de empotrador le pone porque se humedece los labios con sensualidad, envara la espalda y cruza las piernas dejando que la falda le suba hasta la mitad del muslo como hace un rato, cuando estaba jugando a ser una de las azafatas del *Un, dos, tres*.

—Cata, ¿estás cómoda? —me pregunta el doctor Molina.

—Ehm... Ssss... ¡sí! Sí, sí, sí.

—Tienes que ponerte un poco de hielo en la pierna para bajar esta hinchazón, ¿vale?

Suspiro profundamente con el corazón en un puño. Taquicárdica.

—Lo haré.

Siento que el gemelo de Dwayne Johnson se impacienta.

—Carlos, ¿te queda mucho?

—Amor mío —responde MI ginecólogo, guiñándole un ojo provocativamente—. Enseguida estoy contigo.

¡¡¡¿AMOR MÍO?!!!



¡¡¡¿HA DICHO AMOR MÍO?!!!



BLANCANIEVES

Tengo un cóctel molotov en la cabeza a punto de producir una deflagración que haga que mi cerebro, ese músculo pensante que en mi caso funciona demasiado, se convierta en cientos de miles de pequeños cerebros aplastados contra la pared. También tengo una bomba de relojería amenazando con desmembrar cada uno de mis pensamientos y mis sentimientos. Lo tengo todo. Y, al mismo tiempo, no tengo nada... salvo miedo, angustia y desesperación.

—Cata, ¿estás bien?

¿BIEN?

¿HA PREGUNTADO SI ESTOY BIEN?

—Coño —resoplo caótica—. ¡Un poco impresionada!

Trini apoya los codos sobre la mesa y me observa con rictus grave. Suspira afectada por mi respuesta y asiente para sí antes de decir con un tono de voz tranquilizador:

—Ya.

—Joder. Salvo ese pequeño detalle —murmuro apretando los dientes—, estoy... estoy perfectamente.

—¿Seguro? —insiste alzando las cejas con suspicacia.

—Tengo la rodilla como una puta mierda, si es lo que te preocupa, y estoy deseando llegar a casa para meter esta jodida camisa en el cubo de la basura porque... entre tú y yo, Trini: esta camisa está maldita, joder. Y, encima, el doctor Molina es... es...

¿Por qué no me salen las palabras de la boca?

Trini sonrío. Bueno... Es un decir porque, en realidad, lo que hacen sus labios es componer una mueca extraña que perfectamente podría haber ganado un premio a la contorsión más rara que se puede hacer con la boca.

—Cata.

—Dime, Trini. —Inclino la cabeza y apoyo la frente en la mano.

—Como se suele decir, no hay mejor ciego que el que no quiere ver.

—Eieieiii... Yo veo perfectamente —respondo observándola perpleja—. Lo que ocurre es que tengo una venda muy tupida sobre los ojos que me impide ver más allá de...

—Por Dios, Cata —me interrumpe súbitamente—. ¿De verdad me estás diciendo que tú no sabías que el doctor Molina es gay?

—¿Gay? —respondo tímidamente—. Joder, Trini. No tenía ni la más remota idea.

Suelto el tenedor. Unas gotitas de tomate saltan del plato e impactan de lleno en mi pecho proporcionándole a mi camisa un nuevo aspecto. Joder. Está gafada. Definitivamente. A esta puta camisa le han tenido que echar un mal de ojo antes de colgarla en el escaparate.

—Esta experiencia marcará tu vida para siempre, Cata —afirma Trini con interés, dando un sorbo a su copa de vino—. Lo veo venir.

Ufff. ¡Cuánta razón tiene! Mi corazón aún está dando tumbos en el pecho y a mi vagina se le ha cortado el chorro, ese que tan gustosamente lubricaba mis

pliegues cada vez que mi mente idealizaba un encuentro fogoso con ese bombón de impresionantes ojos verdes.

Con la precaución de que los comensales que hay en la mesa contigua no capten mis palabras, susurro con afectación tomando sus manos entre las mías:

—Oye, Trini. Dime una cosa. ¿Cómo voy a ser capaz de abrirme de piernas la semana que viene sabiendo que...?

—Cata, ¿sabiendo qué?

Joder. Otra vez ha vuelto a dejarme con la palabra en la boca.

Vuelvo a mirar a la izquierda —afortunadamente, nadie está pendiente de nosotras— y después a la derecha. Justo cuando voy a decir algo, el camarero fuerza una sonrisa y me mira de arriba abajo. ¿Verá reflejada la angustia en mi cara?

La sangre se diluye en mis venas y se concentra en ese sector llamado mejilla que hay bajo los ojos cuando suelto entre dientes y casi sin respirar:

—Sabiendo que ese hombre con el que he tenido un sinfín de fantasías eróticas se acuesta con OTRO que está casi tanto o más bueno que él.

Joder. ¿Por qué tiemblo? ¡Ay, ya sé! Por la sorpresa, la amargura y la desilusión que me ha generado el hecho de saber que MI ginecólogo, ese *quemabragas* de espectaculares ojos verdes, se acuesta con una persona de su mismo sexo.

La mirada de Trini varía entre la confusión y la diversión.

—Cata, te entiendo perfectamente. Yo también estuve unos días en *shock* cuando me lo contaron.

Mi mente, que aún está *flasheando* en colores, me indica que tengo que beber. El doctor Molina ha secado mi boca y la deshidratación amenaza con provocarme un colapso.

—Coño. —Los hielos, o lo poco que queda de ellos, titilan al golpearse contra el cristal cuando dejo el vaso con mi refresco de naranja sobre la mesa —. ¿Por qué no me avisaste?

Mi pregunta hace sonreír a Trini. ¿O es la forma atropellada en la que la formulo? No lo sé. La cuestión es que sus labios han formado una ligera curva hacia arriba que a mí me hierva la sangre. Espero que no se esté burlando de mí porque la venganza puede ser terrible.

—¿Avisarte de qué? —responde con un debilitado tono de voz.

Cabeceo en dirección a la mesa donde el doctor Molina mira embelesado al gemelo de Dwayne Johnson.

—De «eso».

—Por Dios, Cata. No me imaginaba que fueras tan antigua.

¿Lo soy? Nooo.

—No soy antigua.

Uhm... bueno... ehm... tal vez un poquito. Sí, solo un poquito.

—Tu ginecólogo se acuesta con otro hombre y ¿qué? ¿Se puede saber qué problema hay?

—¿Ahora es solo MI ginecólogo? —respondo con un acerado tono de voz que hace temblar a Trini.

—¿Por qué no eres honesta?

—Joder, Trini.

—¡¡Siempre lo ha sido!!

—No digas tonterías —resoplo mientras juego con el pico de la servilleta que, por alguna extraña razón, me mancha los dedos con una pasta anaranjada como si el tinte hubiera decidido saltar del papel.

—Mira, guapa. —Sonrío por lo de guapa—. Yo no sé si tú te habrás dado cuenta, pero cada vez que me acerco al doctor Molina sacas las uñas como una gata en celo.

—Pero ¿qué coño estás diciendo?

—Oye. ¿Tú te crees que yo soy tonta?

—A ver si al final va a resultar que yo tengo la culpa de todo.

—Por supuesto, Cata —pronuncia reflexiva en voz alta—. De TO-DO.

A Trini le encanta agujonearme. Y, aunque es una gran amiga, la odio. La odio por ser tan guapa. Por tirarse a un pipiolo diez años más joven que ella. Por tener esa cinturita de avispa que entra en una talla treinta y ocho. Por ser capaz de llevar esos taconazos de aguja sin que apenas le duelan los pies. Por tener esa melena espesa y brillante y no los cuatro pelos de rata lacios y sin vida que cuelgan de mi cabeza por lástima.

—Muchas gracias, Trini.

—No hay de qué. —Sonríe desconcertada.

—A partir de este momento es todo tuyo. Ya no lo quiero. ¡Te lo regalo!

Mis palabras están cargadas del mayor de los resentimientos. Trini lo capta.

—Cata...

—Olvídalo. No me hagas caso. Hoy tengo un día de perros.

—Eso son las hormonas.

—Las hormonas, el calor, el exceso de trabajo... yo qué sé. —Encojo los hombros.

—Estás sometida a mucho estrés.

—Y a Javier.

—Lo sé. Es duro.

—Cierto —suspiro.

—Piensa que julio está a la vuelta de la esquina —murmura Trini entusiasmada.

—¿A la vuelta de la esquina? Ufff. ¿Tú crees?

—Ay, Cata. Piensa en lo que significa julio. Sol. Playa. Cervecita. Cuerpazos con camisetas apretadas y bañadores ajustados marcando paquete. Uhm...

—Y Javier dando por saco en casa todas las tardes.

Los ojos relucientes de Trini apuntan en dirección a los míos.

—Porque TÚ quieres.

—Sí, ya.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Cata!

—¿Sí? —respondo con desesperación, mordisqueando una albóndiga con desgana.

—Espabilate. No seas tan testaruda y deja a ese hombre ¡ya!

—No es tan fácil.

—Nada lo es.

—Joder, Trini. Llevamos veintisiete años juntos.

—Veintisiete años de mierda por lo que me has contado.

En eso lleva toda la razón.

—A fin de cuentas, veintisiete años en los que ha habido cariño, amor y...

—Y ¿pasión? —se interesa Trini arqueando las cejas.

—Mucha —confirmo en tono cortante—. Aunque de eso hace ya bastante tiempo.

—Si a echar un par de polvos por pena de vez en cuando se le puede llamar pasión, te puedo garantizar que...

—Mira, guapa. Que yo no he echado ningún polvo por pena, ¿eh? Tal vez uno o dos, pero... ¡ya!

—Oye, Cata. Definelos como quieras, ¿vale?

—Trini, ¿tú crees que soy yo la que se está caducando?

Sonríe ante la expresión de desconcierto de mi rostro.

—Ay, Cata, por Dios.

—Por Dios, ¿qué, Trini?

Mis pensamientos se están enfrentando entre sí, cuerpo a cuerpo, como dos boxeadores en el *ring*.

—Abre los ojos de una vez.

—¿Así?

Trini niega categóricamente.

—A ver. Respóndeme. ¿Desde cuándo no lo haces con tu marido?

—Joder, Trini. ¿A qué viene eso?

—¿Lo de los polvos por pena? —responde alzando las cejas hasta que ambas forman, en connivencia con la arruga que se le marca en el entrecejo, una perfecta línea horizontal.

—Ehm... ¡TODO!

—Mira, Cata. Escúchame. —Hago una mueca y me paso las manos por el pelo—. Creo que tu marido es uno de esos hombres que echan polvos translúcidos.

—¿Eh?

—Polvos translúcidos. De los que solo te cuartean la piel —señala, y su rostro se ilumina con una amplia sonrisa.

—¡Trini, por Dios!

—Cata. Por favor. Contéstame a una pregunta. Te prometo que... ¡No! Te juro que te dejo en paz.

Pellizco un trozo de pan y jugueteo con la miga sobre el mantel.

—Vaya. ¡Qué detalle!

—Bah, poca cosa —responde guiñándome el ojo izquierdo.

—Oye, Trini. Venga. Dispara de una vez que tengo ganas de llegar a casa.

—Espera un momento. —Se levanta de la silla para desenganchar el bolso del respaldo.

—¿Qué haces? —me intereso.

—¿No confías en mí?

Una risa aguda y fría brota de mi garganta.

—No.

—Vale. Te lo voy a decir. Me has descubierto. Pensaba sacar el rifle, pero al final... ehm... voy a decantarme por la automática.

Levanta el brazo y le muestra la tarjeta de crédito al camarero para que

nos vaya preparando la cuenta.

—Ja. Ja. ¡Ja! ¡Qué graciosa!

—Yo también te quiero, Cata.

—Serás una de las pocas personas que lo haga.

—A ver. Dime. —Toma asiento de nuevo—. ¿Cuándo fue la última vez que entre Javier y tú hubo un buen...?

El camarero se acerca peligrosamente y Trini decide adornar sus palabras con un «da igual, tú ya me entiendes».

—No, Trini. No te entiendo.

No puedo evitar sonreír.

—¿Una semana? ¿Dos? ¿Tres? ¿Un mes quizás? —insiste en voz baja y con aire preocupado.

—Recuerda que soy YO la que no quiere nada con él.

—¿Cuánto?! —Abre los ojos de par en par.

—Cuatro meses, tres semanas y cuatro días —declaro bajando la mirada, casi con pudor, antes de fijarla en el horizonte.

Cuando vuelvo a entrar en casa, una hora más tarde, algo extraño llama mi atención. No es el olor a cerrado que genera el calor, ni el polvo blanco que recubre los muebles. No. Es... es una voz que jamás he escuchado antes y que me provoca cierta ansiedad.

—¡Caaataaa!

Estoy convencida de que esa voz no es la de Soraya. Ella no es de las de llamar a través del patio. Tampoco es la de Jimena, la octogenaria que convive con una docena de gatos en la puerta de enfrente y husmea a través de las cortinas como única distracción, porque hace una semana que está en el hospital. ¿Entonces? ¿De quién es esa voz? ¿De la radio? ¿Sí? ¿Se la habrá dejado encendida Javier? Suelto sobre el sofá las dos bolsas de plástico y la caja entre las que he repartido los cuatro mil cuatrocientos cinco folios que tengo que corregir antes del martes y me quito la camisa. La hago un ovillo y la dejo sobre la encimera de la cocina mientras bebo un vaso de agua. Luego, reviso el viejo transistor que hay sobre el mueblecito que cuelga de la pared, junto a la mesa, y observo que... está desenchufado.

—Catalinaaa —repite esa voz sibilante.

Conmocionada —me estoy poniendo de los nervios—, dejo escapar un gemido de horror y grito tan pronto como recupero la voz:

—¡La madre que me parió, ¿quién anda ahí?! Javier, ¿eres tú?

—Catalinaaaa...

El corazón da tumbos en mi pecho. Asustada, abro el cajón de los cubiertos para coger un cuchillo con el que protegerme y...

—Catalinaaaa —vociferan las tijeras del pescado. Joder. ¡Menudo susto me han dado las puñeteras!

Las tijeras sonríen expectantes mientras les lanzo una mirada furiosa y les amenazo con tirarlas al cubo de la basura. Rápidamente, como si el espíritu de la destrucción me hubiera poseído, comienzo a cortisquear la camisa. Cuando ya no queda ni un centímetro de gasa que destruir, me relajo y mis ojos dejan escapar unas lágrimas, las suficientes como para que en mis mejillas aparezcan unas rayas negras.

El estado de mi rostro es lamentable cuando poco después me enfrento al maldito espejo del salón, ese cabronazo que no se ha dignado a decirme lo bella que soy ni una puta vez en los veintisiete años que hace que Javier y yo lo compramos. Al parecer, esos piropos solo se los merece Blancanieves. Sí, sí. Me refiero a esa princesa con la piel tan blanca como la nieve, los labios tan rojos como la sangre y el pelo tan negro como las alas de un cuervo que se acuesta con Gruñón, Tímido, Dormilón, Mudito, Feliz, Sabio y Mocososo tras una jornada de duro trabajo en la mina.

¡Qué listos son los cabrones! El día se acaba y...

Ay ho, ay ho

nos vamos a cenar...

tararará tararará ay ho, ay ho, ¡ay ho!

Ay, ¡qué listos son! El día se acaba. ¡Claro que sí! Y comienza para Blancanieves que, con su carita angelical, les espera en casa con las piernas abiertas aguardando que la empotren una, dos, tres... siete veces contra la pared o en una de las camas revestidas con coloridas colchas tipo *patchwork*. O en el sofá. O sobre la mesa del comedor. O encima de la lavadora. ¡Qué más da! Para ellos seguro que no hay lugar malo para dar rienda suelta a sus habilidades. Ya lo dice la canción: *...la hora ya llegó y a casa vuelvo yo...* ¡Ja! Lo que omiten decir es que van con el pico en alto y no precisamente el que utilizan para sacar el oro de la mina. ¡Ay, pillines! Estoy convencida de que si folláis como yo imagino que hacéis sobre la lavadora, es porque tenéis el nivel *Proficiency* como empotradores. ¿Me equivoco?

Por cierto. ¿Cuántas coladas hay que hacer para lavar siete pantalones,

siete casacas, siete gorros, siete gayumbos y siete pares de calcetines apestosos? ¿Dos? ¿Tres? ¿Cuatro, tal vez? De alguna manera, esa idea ha dado caprichosamente tumbos entre la materia gris de mi cabeza desde el día que Javier y yo intentamos joder(nos) mientras la lavadora centrifugaba. Era de marca alemana y, a pesar de que era más antigua que el abuelo de Matusalén, tenía un diseño muy atractivo. Toda ella parecía decir: soy sexy, eficiente y el lugar perfecto para echar un buen polvo.

Javier siempre ha llegado de la obra con la ropa impoluta. Sin embargo, aquel día venía de polvo hasta las cejas al igual que los enanitos del cuento. Estaba tremendamente sexy y yo... ¡ufff, caliente como una perra! Hice que se quitara la ropa, la metí en el bombo y coloqué el programa de «ropa muy sucia». Incluso cargué el cajón con más jabón de la cuenta, por eso de que los pantalones azules y la camiseta de Javier se lavaran bien... muy, muy, muy bien.

Aquello comenzó a funcionar y nosotros también. Yo sentada sobre la parte superior de la lavadora con las caderas abiertas y Javier ensartado en mí con su cosita bien tiesa.

Rápidamente, el movimiento rítmico del electrodoméstico subió unos grados nuestra temperatura corporal. Yo jadeaba. Javier, sudoroso, gruñía y, como dice Luis Fonsi en su *hit Despacito*, era el imán y yo el metal. Nuestros sentidos iban pidiendo más... más... mucho más.

Despacito... no lo hicimos en una playa en Puerto Rico. ¡Ojalá!

Suave, suavcito, despacito... Uhm... Yo era un volcán en erupción y Javier el bombero que sobrepasaba mis zonas de peligro apagando los fuegos. Mientras me decía cosas al oído, mi corazón hacía BOM BOM. El suyo... PUM PUM. PUM PUM. PUMPUMPUMPUMPUM-PUMPUMPUMPUMPUMPUMPUMPUMPUM...

Agotado, cuando ya llevábamos unos minutos de provocativas y delicadas caricias, Javier apoyó las rodillas en el frontal de la lavadora e incrementó el ritmo con el que su pene profundizaba entre mis piernas. Estaba extasiado y yo... ¡ufff, yo estaba encendida como una tea!

Bien sabe Dios que cuando Javier se propone hacer algo, se entrega al máximo. ¡Vaaamoos! Aquel día se entregó como nunca. Ni la debilidad que provoca el exceso de calor ni el agotamiento del trabajo tras una larga jornada descargando pesados sacos de cemento habían conseguido mermar sus fuerzas. Estaba desatado. Movía rítmicamente las caderas como un taladro percutor mientras mi vagina succionaba con ansiedad. Con gusto. Con mucha

necesidad... Fogosos, nos entregamos a la pasión, al morbo y al padecimiento más brutal sin saber que en el contacto físico que supone una relación sexual pueden surgir fisuras.

Extasiada, percibiendo el traqueteo de la lavadora al centrifugar, cerré los ojos y me dejé llevar sintiendo aquellas manos fuertes y rotundas sosteniéndome, meciéndome, acariciándome con suavidad mientras que de mi garganta brotaban gemidos acalorados hasta que... hasta que el agua jabonosa comenzó a salir a chorro a través del agujero cuando la rodilla de Javier golpeó con fuerza la puerta de cristal. Joder. ¡Maldita sea su estampa!

La cocina se inundó. Yo me quedé con un calentón del quince y... ¡Javier no se corrió! Más bien, lo que hizo fue salir corriendo cuando yo comencé a gritarle como una loca al ver el desaguisado que había provocado.

Lo que es la vida. Algunas personas nacen con estrella; otras, estrelladas y yo, que soy el garbanzo negro de todas las ollas, estrelladísima.

Aquel día estuve más de tres horas recogiendo agua del suelo mientras que en el cuento, la dulce Blancanieves —aletargada en un mullido colchón decorado con cientos de flores silvestres— espera al príncipe azul saboreando el orgasmo con el que le han agasajado los siete enanitos cachondos del bosque. ¿Por qué la vida es tan injusta



HOY QUIERO CONFESAR

Paso una noche de perros. La angustia por la pérdida de la camisa verde agua no me deja dormir. La imagen de MI ginecólogo en compañía de un hombre de fuertes brazos, tampoco. ¿Por qué el mundo no es más equitativo y les da a todas las personas buenas como yo lo que quieren o lo que se merecen?

El mundo estaría mucho mejor si a todos se nos cumplieran nuestros deseos, nuestros sueños, nuestros anhelos... Definitivamente, debería ser más justo. Y mi vida también.

¿Por qué vivo en un estado en el que es tan fácil la tristeza y tan difícil la felicidad cuando, en realidad, debería ser al revés?

Es injusto que el amor duela, que el chocolate engorde y que los libros cuenten tanto. A pesar de ello, siento que no tengo derecho a quejarme porque, ¿quién decide realmente lo que es justo y qué no lo es? Es más, ¿es justo que yo me queje por una camisa o por el hecho de que a MI ginecólogo le gusten los hombres cuando en la India un ritual de «purificación» exige a las mujeres que han tenido la desgracia de ser violadas llevar sobre la cabeza una piedra de cuarenta kilos; o que en Somalia los niños mueran a diario porque sus padres no tienen nada con que alimentarlos?

¡NO!
¡NO ES JUSTO!

Así que... ¡Fuera quejas! ¡Fuera dramas! ¡Fuera penas! Como dice mi vecino Héctor, la pena es la mujer del pene y yo no tengo derecho a quejarme cuando el de Javier se muestra tan apetecible entre sus piernas porque lo rechazo cada día por orgullo.

Sí, lo reconozco, soy muy cabezota. Considero que no merezco disfrutar ni un segundo más de esa pieza tan golosa, tan graciosa, tan juguetona, tan apetecible..., tan..., tan..., tan preciosa cuando mi corazón ya no siente nada por su dueño.

No lo amo. Ya no. El amor es un foco de luz indirecta y mi foco ya no apunta hacia Javier. La dignidad tiene un precio muy alto y los dignos no aceptamos rebajas: ni en el amor ni en el supermercado ni...

STOP

Corrijo. Las personas dignas como yo solo aceptamos rebajas cuando la camisa es de un color verde agua y cuesta nueve euros con noventa y cinco céntimos, collar de pedrería incluido.

¡Maldita sea mi estampa! Con el color tan bonito que tenía, ¿por qué demonios tuve que destrozarla con las tijeras del pescado? Ahora ya no tengo ni camisa ni collar ni dinero... ¡ni dignidad! No me queda nada, salvo nueve mil ochocientos diez páginas —cuatro mil cuatrocientos cinco folios escritos por delante y por detrás— que corregir, un fuerte dolor en la pierna y un desamor enfermizo hacia Javier. ¡Ah! Y también un león en el estómago que

desde las tres de la madrugada no ha dejado de rugir manteniendo un encarnizado enfrentamiento con el que mi marido tiene en la garganta. Dios, no sé cómo puede roncar tanto...

Dormir bien es fundamental y hacerlo sin escuchar ronquidos un desafío constante al que tengo que enfrentarme cada noche. Las tiras nasales, los *sprays*, la pelota de tenis en la espalda... eso a Javier no le hace nada. Entre otras cosas más descabelladas, he llegado a colocar una llave de hierro que compré en un rastro debajo de su almohada y lo único que conseguí es que se levantara con un dolor de cuello de tres pares de narices que le obligó a coger la baja durante una semana entera. Reconozco que la llave era demasiado grande.

Y en cuanto a mí, ¿qué puedo decir? He probado de todo para dormir: contar ovejitas —una noche llegué a tener un rebaño de ciento cincuenta y siete mil doscientas trece ovejas—, taponos para los oídos de todas las formas, tamaños y modelos, pastillas para conciliar el sueño y... ¡no hay manera! Como Javier se acueste antes que yo, el animal que tiene en la garganta ruge como lo que es: un león. Y no valen ni los codazos en el costado para que cambie de postura ni los chasquidos de lengua ni las patadas que le doy en los gemelos con los pies congelados. Esa noche ya me puedo olvidar de dormir.

Al día siguiente, siempre vienen las típicas excusas:

—Cata, no he dormido en toda la noche.

—¡¡¡¿QUÉ?!!! Quien ronca sufre, Javierito, pero quien soporta los ronquidos sufre más.

—Pues para que te enteres, guapa, tú también roncas.

—¡Coño, Javi, y tu picha es corta y yo no me quejo!

¡*OPSSS*, ESO NO ES VERDAD!

Sintiendo cómo el león empieza a demandar comida —y no me refiero a Javier que, por cierto, debe estar teniendo un sueño de lo más calentito porque su cosita está cada vez más larga y más tiesa—, me levanto de la cama, abro el armario y me colocó una camiseta vieja a la que hace tiempo le corté las mangas y el cuello.

Javier suspira, respira y... *rrrr buff, rrr buff* ronca como si fuera el tubo de escape de una moto. Está desnudo, tumbado boca arriba como un guarrillo

en una charca, con las piernas abiertas. Un mosquito le ha picado en el muslo izquierdo. ¡Pobrecillo! La picadura le ha generado un verdugón que presiento va a dificultarle la deambulación por la obra. Suspiro melancólica al recordar aquella graciosa canción que tarareaba mi padre cuando yo era una cría de seis o siete años y me sentaba en sus rodillas:

*Pican, pican los mosquitos
pican con gran disimulo
unos pican en la cara
y otros pican en el...
CUANDO fui a la colina
me dijeron cuerpo a tierra
como no les hice caso
me mandaron a la...*

¡Mierda! ¿Qué habrá sido del mosquito? ¡Ayayayyy, seguro que ha sufrido una alferecía después de semejante picotazo! ¿Se habrá muerto?

Mi mente empieza a trabajar a toda velocidad componiendo un dulce epitafio cuando veo el cuerpo inerme y sin vida del minúsculo insecto entre las sábanas. Solemne, pongo la mano en mi pecho y susurro:

—Aquí reposan los restos de una criatura que fue bella sin vanidad, fuerte sin insolencia, valiente sin ferocidad y que tuvo el coraje de picarle en el muslo y no en el culo a este garrulo. Descanse en paz.

Sonrío. ¿Me estaré volviendo loca? Nooo, solo estoy afectada por la muerte de un díptero nematócero de la familia de los culícidos cuyo nombre común —derivado del término italiano *moschetto* y cuyo significado es pequeña flecha lanzada desde una especie de ballesta— fue introducido en el castellano hacia el año 1400.

Estoy valorando el grado de afectación de mi falta de cordura cuando veo que Javier rueda por el colchón y abraza mi almohada. ¡Será cabrón! ¿Después de veintisiete años todavía no se ha enterado de que odio que la estruje y la espachurre como si fuera una bolsa de plástico? Es mía, de mi propiedad... ¡Solo mía! Él tiene la suya y, salvo para cambiarle la funda o ahuecarla cuando hago la cama por las mañanas, yo no la toco.

¡¿Qué hago?! Su culo blanco, apetecible al pellizco, apunta hacia la lámpara y... ¡¡¡Uiuiuiiii, es TAN monooo!!! Tan redondito, tan esponjoso, tan...

tan... tan sexy.

Valoro la posibilidad de darle un cachete para espabilarlo. Sin embargo, después de unos segundos de profunda reflexión, decido no hacerlo. A cambio, me acerco sigilosamente a él y le doy un beso suave, tierno y delicado en el omóplato izquierdo, justo allí donde tiene esa pequeña mancha tostada del tamaño de una cereza. Es mi forma de decirle «lo siento». Que siento que tenga que bregar todos los días con mi desafecto, mi animadversión, con el desamor y la ausencia de compasión con la que lo trato aguardando que sea él, y no yo, el que dé el primer paso y me pida el divorcio. Un divorcio que, por cierto, se tendría que haber firmado ya hace meses.

—Uhm... —Parpadea adormilado—. ¿Qué haces?

—Duérmete, Javi. —Una media sonrisa asoma a mi boca—. Es pronto.

Bosteza, se estira, rueda otra vez sobre el colchón, me muestra otra vez su preciosa y más que tentadora erección y comienza a roncar de nuevo.

Huyo del peligro antes de que esos ronquidos que amenazan con debilitar la estructura del edificio me perforen otra vez los tímpanos.

Al igual que el espejo del salón, el frontal de la nevera no me dice lo guapa que soy y se limita a mostrarme a una mujer que no reconozco: despelucada, con la cara demacrada, las tetas caídas y una pierna marcada por el demoledor y terrorífico color negro.

La vida es un arcoíris que incluye el negro. ¡Lo sé! Y también sé que es el color que más estiliza, el más halagador, la quinta esencia de la elegancia... Pero cuando forma parte del cuerpo no es un color atractivo. Sin lugar a duda, el tono rojizo que adquiere la piel al hacer el amor es mucho mejor que el morado fuliginoso con el que se ha cubierto mi pierna.

¿QUÉ PASARÍA SI JAVIER Y YO...?

Ehm... ¡No! No, no, no. Me niego a acostarme otra vez con él.

¿QUÉ HAGO?

En la revista que estuve leyendo ayer en la Universidad aseguraba que tener relaciones sexuales ayuda a reparar ciertos defectitos como las arrugas, el envejecimiento, el deterioro del cabello y... Ay, ahora que caigo. ¿Será por la falta de sexo por lo que mi pelo ya no luce tan brillante como antes?

Nunca he tenido una melena espesa como Trini. Mi madre, que en paz

descanse, siempre decía que de mi cabeza colgaban cuatro pelos lacios de ratilla y no se equivocaba. Aun así, los lucía con clase. Sin embargo, últimamente mi cabello ha perdido fuerza, intensidad, color, frescura... y está metamorfoseando. En cuestión de un par de meses ha pasado del castaño dorado que siempre ha sido sinónimo de elegancia, madurez y estilo a un marrón pajizo con un centenar de... ¡CANAS!

¿Qué pasaría si echase un último polvo con Javier? Algo ligerito, por supuesto, para que mi pelo vuelva a brillar como antes. Sería como una despedida después de veintisiete años de matrimonio. Obvio el «feliz» porque a lo largo del tiempo hemos pasado por distintas etapas: felices —aunque no hayamos comido perdices—, graciosas, atrevidas, alocadas, tristes y dolorosas como la actual.

Abro la nevera y comienzo a sacar todo lo imprescindible para prepararme un buen desayuno antes de la batalla: el cartón de leche, un paquetito de jamón serrano al que le quedan un par de lonchas resacas, la mantequilla y la mermelada de melocotón. Llenar el estómago es primordial antes de un polvo, por ello de que se consume mucha energía.

—Javi, ¿estás dormido?

—Mmm... ¿¿qué quieres Cata?!

—Follar.

Javier enarca las cejas y se sorprende al verme al otro lado de la cama donde ya me he deshecho de la camiseta.

—¿Qué has dicho?

—Follar es un verbo que tiene varias acepciones, Javier: soplar con fuelle, expulsar gases intestinales sin ruido, formar o disponer una cosa en hojas, realizar y/o poseer sexualmente a una persona...

—Ehm...

—Elige la que más te guste antes de que me arrepienta —insisto esparciendo los dedos por la intrigante textura de cabello ralo que cubre su cráneo.

—Cata yo...

Suspira. Está desconcertado. Puedo percibir su respiración nerviosa después de cuatro meses, tres semanas y casi cinco días de espera.

—Javi. ¿Te apetece o me voy a corregir exámenes?

Mi marido me mira, se mira la entrepierna que apunta golosa hacia el techo y me vuelve a mirar. Sus ojos echan chispas de todos los colores: rojo,

verde, azul, magenta, cian, amarillo, marrón, violeta, naranja, blanco, gris, negro... Nervioso, se pasa la mano por la cabeza, salta en la cama, se incorpora, tira de mí, me rodea la cintura con sus brazos de oso y tartamudea:

—Cla... claro, mi amor. ¿Por qué no?

¿Ha dicho que soy su amor? Yo podría decirle que él es mi desamor, pero prefiero obviar el comentario. Retiro la sábana que tiene arrugada entre las piernas y permito que sus manos fuertes, rotundas y firmes me sostengan y me mezan con suavidad.

Se recrea en mí y yo, por compromiso, me recreo en él.

—Pídeme que pare y lo haré, Cata. —No contesto. Me limito a acercarme a su cuello, y a inspirar su aroma mientras percibo el roce de su mentón en mi sien y la carnosidad de sus labios recorriendo mi cráneo con provocativos besos que hacen que en mi nuca surja un exquisito cosquilleo—. ¿Lo harás?

—Sí —jadeo al sentir el recorrido que las descargas eléctricas hacen por mi espalda regando con exquisita estimulación cada célula de mi cuerpo.

—Javi... —suspiro enfebrecida, acelerada, alocada... acariciando su torso y sus hombros sin ningún pudor cuando su lengua pasa sin descanso de un pezón a otro. Una y otra vez... y otra vez... otra vez más.

¡Me provoca!

—Ahhh...

Me siento como una pluma flotando en el aire. Disfruto con el calor de sus besos y con las oleadas de ferviente pasión que Javier sabe despertar en mi ansioso cuerpo.

¿Me excita? ¡Por supuesto que sí! Mi marido enciende una chispa incandescente que provoca mi combustión más profunda. Disfruto con el enloquecedor roce de su lengua que invade, saquea y arranca jadeos con fervor a mi garganta.

—Mírame, Javi —exijo—. Quiero verte.

Necesito que ese brillo especial que tienen sus almendrados ojos claros se quede grabado en mi mente para siempre. Es una sensación extraña. En los últimos veintisiete años, Javier ha estado desnudo entre mis piernas miles y miles de veces y nunca me he preocupado por mirarle a los ojos. Sin embargo, hoy necesito verlos. Necesito recrearme en su color, en su necesidad, en su pasión...

¿Soy una descerebrada? Tal vez, pero una descerebrada alocada que no desea compartir con ese hombre nada más que un polvo de despedida en el

que solo haya lujuria, desenfreno y... ¿amor?

No. Esto que siento por Javier ya no es amor. Es cariño, compasión, piedad, humanidad, caridad y... quizás también un poquito de necesidad. Pero no amor. Más bien a esa palabra hay que añadirle un prefijo procedente del latín que denota negación o inversión del significado: «DES-». DESAMOR. Esa es la palabra exacta que define lo que siento en este momento por Javier.

Desde hace mucho tiempo llevo colocando a esta situación tres puntos suspensivos. Hace días que borré dos y convertí los tres puntos suspensivos en un punto y seguido.

Esta noche de insomnio me ha servido para darme cuenta de que Javier y yo somos como dos párrafos de contenido diferente en un mismo texto. Nuestras vidas han de comenzar a escribirse en líneas distintas, con su sangría, con su letra capital al inicio del párrafo y con su historia propias.

El punto final, ese signo que va a dar el cierre a este breve cuento que comenzó hace veintisiete años, está cerca. Puede que este acto íntimo que estamos compartiendo sea la última escena de nuestra historia y el orgasmo que está a punto de llegar como la apoteósica ovación que el público regala a los actores al finalizar la función.

A mis cuarenta y ocho, y tras veintisiete años de matrimonio con Javier, necesito quererme un poco más a mí misma, valorarme, disfrutar, experimentar cosas nuevas y... VIVIR. Me he dado cuenta de que la vida es un juego fabuloso para los que desean jugar y un juego muy aburrido para los que como yo solo se sientan a ver cómo lo hacen los demás. A veces es necesario que te suceda algo para comprender que solo tenemos una vida y que debemos disfrutarla al máximo. Por eso, hoy quiero confesar que... *Opsss*, ¿esto no era una balada de la Pantoja?



Quiero confesar que he perdido en el camino muchas cosas y que la estrella de la felicidad, esa que alguna vez garabateó en mis ojos un sinfín de epopeyas y cantos resplandecientes, ha dado paso a la tristeza, al hastío, al desamor y a la desilusión. Quiero también confesar que Javier ya no se merece

mis lágrimas. Que odio al doctor Molina por haber destrozado mis fantasías. Que estoy cansada de estar gorda, de tener los pelos de rata, de no entrar en una talla cuarenta, de no poder follar como Blancanieves hasta quedarme sin aliento, de no poder ponerme un tanga por vergüenza y... Bueno, esto último me lo tengo que pensar porque ¿qué necesidad tiene una de que el culo se le roce, nalga contra nalga, por no marcar una gomita que hoy en día ya está muy disimulada gracias a las nuevas tecnologías?

En fin... Todo eso y mucho más es lo que... *Hoy quieeero confesaaar...* dando una patada a mi vida actual al igual que hace la Pantoja con la bata de cola para que los volantes ondeen como mariposas en el aire.

—Cata, despacio, despacio... —me advierte Javier con infinita ternura cuando yo acerco mis manos a su erección e intento dirigirla hacia el punto exacto donde mi necesidad impera con fuerza.

—No quiero ir despacio, Javi —respondo con ansiedad disfrutando con la respuesta de su cuerpo—. Te quiero dentro de mí ¡ya! Estoy... estoy...

—Estás hirviendo —me dice empujando ligeramente para abrir mis pliegues que, encantados, lo reciben gustoso.

—Ohhh...

Una montaña rusa de éxtasis con quince *loops*^[5] surge desde lo más profundo de mi ser. Convulsiono, vibro y toco el cielo con los dedos cuando Javier se mueve impetuoso y comienza a bombear mi vagina que, angustiada después de tanto tiempo sin recibir a su inquilino, lo abraza con rotundidad y llora de gusto, lubricándolo, envolviéndolo, seduciéndolo con su exquisita humedad.

Nos lanzamos uno contra el otro en una implosión animal, instintiva, visceral y convulsa de necesidad mutua. Tengo la sensación de que el polvo de hoy está siendo el mejor de mi vida.

Dejándome sin aliento, mi marido me penetra al tiempo que su lengua invade mi boca. Salvo en lo racional, estoy completamente rendida a él. Rodeo su cintura con la pierna que no me duele —la otra tiembla asustada cada vez que Javier apoya su áspera mano cerca de la herida y del cardenal— y le golpeo en el trasero.

Sin descanso, sus caderas comienzan a darse más brío entrando y saliendo de mi cuerpo con fogosidad y con un ímpetu que me deja sin aliento por enésima vez en cuestión de minutos. Siento que me voy a correr de un

momento a otro. ¡Ufff, estoy tan empapada!

—¡Ayayayyy, jo... jo... jodeeerrr!

—¡Coño, Javi, ¿qué te pasa?! —respondo con el corazón en un puño—. No me asustes.

Parece no escuchar las súplicas de mi vagina y sale de mí dejándome con un calentón del quince. Acalorado, rueda con ímpetu por el colchón y corre hasta el cuarto de baño. Aún siento sus latidos en mi pecho, su aroma en la nariz y el calor de su sexo entre mis piernas. ¿Qué cojones le pasa? ¡Maldita sea, ¿no le da vergüenza dejarme así?!

—Espera un momento, Cata —suplica Javier cuando aporreo la puerta del baño. De fondo, suena el runrún misterioso del grifo de agua fría.

—¡Javi, que sepas que acabas de gastar tu ración de suerte! —lo aguijoneo—. ¿Me estás escondiendo algo?

—Yo a ti no te escondo nada, solo la cartera de vez en cuando.

—¡La madre que me parió! ¡¡Tú... tú... ¿tú de qué vas?!!

Javier no me contesta. Lo oigo gemir como si se estuviera... ¡Ay, no puede ser verdad! ¿Así que Javier ha sucumbido ante la necesidad de hacerse un masaje a cinco en lugar de satisfacerme con alegría y con mimo?

Mis ojos brillan como los de Transfer, el zorro gris que constantemente trata de hacer fracasar el reto de Phileas Fogg en la famosa serie de dibujos animados *La vuelta al mundo en ochenta días*, cuando me asomo al lavadero y cierro la llave de paso del agua. ¡Qué le zurzan!

Fatigada por la carrera y enfadada por el calentón que aún tengo en el cuerpo, voy al salón, abro el bolso, saco mi boli rojo, cojo un examen al azar de la caja de cartón que hay sobre el sofá y me pongo a corregir. Por las primeras líneas que leo, presiento que va a caer otro cero.

Javier no tarda en aparecer.

—Vaya, vaya, vaya... —resoplo curvando los labios con malicia.

—Cata, tenemos que hablar.

¡Ay, mi madre! Cuando un hombre le dice a su mujer esas palabras no presagian nada bueno. ¿Lo habrán despedido del trabajo y todavía no ha sido capaz de contármelo? ¿Va a decirme que estamos en la ruina, cosa que, por otro lado, es cierta? ¿O se habrá animado a dar el paso y va a pedirme el divorcio?

—¿Qué te pasa, Javier? —Suelto el examen sobre uno de los cojines floreados y descoloridos del sofá y apoyo los codos en las rodillas.

—Creo que...

Mi marido está nervioso. ¡No! Más bien está... ehm... ¿acojonado?

—Creo que... —repito alzando las cejas a la expectativa.

—Cata, creo que tengo fimosis —suelta casi sin respirar—. Hace tiempo que me duele un poquito ahí abajo y... y...

Pfff. Reconocer que hay situaciones que no puedes resolver tú solo y para las que necesitas ayuda profesional no es fácil y sí bastante duro. Sobre todo, para un hombre como mi marido.

—¡Anda, coño! Eso se soluciona fácil, Javi.

—¿Cómo? —Abre los ojos de par en par.

—Yendo al médico para que te corte el pellejo sobrante.

Veo como traga saliva con dificultad. La nuez de Adán, que generalmente está muy disimulada detrás de la grasa que recubre su cuello, hace un ligero recorrido ascendente para luego bajar a doscientos kilómetros por hora hasta el socavón que se le acaba de formar entre las clavículas.

—¡Cata, por Dios, que estoy hablando en serio!

—Y yo, Javi, y yo.

Lo oigo suspirar. Y lo hace con el mismo tono y con la misma dificultad con la que lo hizo ayer cuando mi mano se posó en su paquete. Realmente tiene un problema.

—No te puedes hacer una idea del dolor que tengo —me dice cuando se recuesta en el sofá y me muestra la mata de pelo entre la que se oculta su preciosa y nada despreciable cosita.

—¡Ufff, cómo la tienes!

—¿Qué le pasa, Cata?! —Sus ojos están a punto de escaparse de sus órbitas—. ¡Dímelo, por favor, ¿qué ves?!

—*Algo pequeñito, ou ou ooo; algo chiquitito; ou ou ooo* —canturreo.

—Joder, Cata. Te estoy hablando en serio. Tengo un grave problema.

¿GRAVE?

¿HA DICHO GRAVE?

—Mira, Javi. No digas tonterías. Alrededor de la quinta parte de los hombres de todo el mundo han sido circuncidados.

—¡Cata!

—Uhm... ¡fíjate! Estoy pensando que con el pellejo que te quiten podemos

hacer una funda para el colchón. ¿Qué te parece?

El rostro de mi marido cambia en cuestión de segundos. Del rojo al azul y después al morado.

—Que estás como una cabra.

—Oye. Pues suelen decir que la piel de prepucio es muy elástica. Yo creo que nos daría para cubrir el colchón y así nos ahorramos los veintitrés euros con cuarenta y cinco céntimos que cuesta el protector que vi la semana pasada en el bazar de la esquina. Ya sabes que la cosa está jodida y hay que ahorrar de donde sea.

—¡Cata, por Dios! —resopla—. Tienes el corazón envuelto en piedras, joder. Te estoy hablando en serio.

—Anda coño, y yo. —Sonríó apática y, dirigiéndome al miembro que languidece entre sus piernas, añado—: Mira, bonita. Aunque me pasaría el resto de mi vida mirándote, tengo que decirte que te odio.

—¿A qué viene esto?

Pongo los ojos en blanco. Ignoro a Javier y continúo diciendo:

—Has estado más fina que el coral, pero me has dejado más caliente que el tubo de escape de una moto de alta cilindrada.

—¡¡¡Catalina!!! —exclama mi marido mientras se incorpora de golpe.

Uhm... su cosita se pone a mi altura y me mira expectante. La toco y aumenta ligeramente de tamaño. Está más tiesa que la rodilla de un *click* de Playmobil. Javier entorna los ojos y aprieta los dientes cuando el dolor comienza a ser otra vez insoportable. Presiono el glande con el fin de reducir la tensión. Maravillada por la capacidad que tiene esa hermosa parte del cuerpo de Javier de reducir y aumentar de tamaño a mi antojo, le digo:

—Aunque tú y yo tenemos menos futuro que el pretérito perfecto simple, te aseguro que vas a quedar preciosa cuando te liberen de este odioso capuchón.

—Javier se revuelve, aunque al mismo tiempo agradece la dulce caricia que mis yemas hacen en torno a su glande—. Durante unos días estarás un poquito inflamada por culpa del zurcidito que te van a hacer, pero...

—¡Joder, Cata!

—Mira, Javierito, eres más pesado que un collar de melones. ¡Me tienes hasta el coño! ¿Por qué no cierras el pico y me dejas hablar tranquilamente con Robustiana? —Sonríe con pesar—. Como te iba diciendo, no tienes que preocuparte por el pespunte que te van a hacer. Tengo entendido que desde hace unos años han incluido la asignatura de corte y confección en la

especialidad de urología. Además, cuando se te baje la inflamación estoy convencida de que vas a tener más éxito que un canapé de estiércol en una convención de moscas. ¿Qué te parece?

—Dando ánimos eres la hostia, Cata.

—Javi, debemos ser realistas. Esta hermosa, inocente, a la vez que decidida pieza que te cuelga entre las piernas está asustada.

—¡Yo soy el que está sufriendo!

—¡Por Dios, Javi! Siempre tú, y tú, y solamente tú —digo levantándome enérgicamente del sofá para enfrentarme a sus ojos—. ¿Por qué eres tan casino?

—Porque vivir a tu lado es una locura.

—Ufff. La vida debe ser una aventura imprevisible con sorpresas para que sea vida —respondo guiñándole un ojo con picardía.

—Eso digo yo, Cata, ¡ufff! Me encantaría seguir jugando así toda la vida. Me vuelves loco con este juego de manos que te traes, con esos dedos que se entrelazan, se entrecruzan y solo conocen ese momento que se olvida del tiempo y hace vislumbrar la felicidad, pero...

Se pasa la mano por la cara.

—¿Pero? —repito mientras él traga saliva y contrae los músculos de la cara—. No puedes negar que cada minuto que pasas conmigo es una experiencia inolvidable, Javi. Por cierto, quiero el div...

Piii.

¡Mierda, ¿quién ha osado interrumpir mi discurso?!

—Ese debe ser Raúl —comentar Javier envolviéndose otra vez en la toalla—. ¿Qué hora es?

Miro el reloj.

—Las siete y cuarto.

—Tiene que estar desesperado.

—Ya somos dos.

—Cata, luego hablamos, ¿vale? Y no te olvides de pedir cita con el médico, por favor. No puedo seguir así mucho más tiempo.



SOY UNA CABRONA

Una escopeteante corriente arrugada de risas escandalosas se filtra a través de la puerta, cruza el vestíbulo y llega hasta el salón. Desde hace más de una hora estoy revisando el examen de Natalia, esa chica dulce que durante todo el cuatrimestre se ha sentado en primera fila, ha participado en clase y ha realizado puntualmente las tareas. Y por esa razón, estoy estudiando con ahínco de dónde rascar unos puntos para aprobarla. No sé qué narices le ha pasado, pero su examen está muy flojito.

Sin lugar a duda, el chiste tiene que ser de lo más divertido porque las risas que provienen desde la escalera reverberan violentamente en mis tímpanos. La curiosidad me puede, me vacila, me invita a dejar el examen

sobre la mesa. Dado que Jimena se encuentra aún en el hospital, me propone ser la gran cotilla del sexto.

Descalza, agradeciendo el frescor que el mármol proporciona a mis pies, camino sigilosamente hasta la pequeña entradita donde al perchero ya no le caben más bolsos. Sin hacer ruido —de hecho casi ni respiro—, me coloco de puntillas como una bailarina de *ballet*, entorno el ojo izquierdo y pego el derecho en la mirilla.

Soraya está al otro lado de la puerta con un pareo de gasa transparente y un biquini sin tirantes de rayas horizontales. Seguro que va de camino a la piscina donde Alberto estará bañando a Cristina aprovechando los últimos rayos de sol antes de que la sombra que proyecta el bloque que tenemos en frente deje al recinto de la comunidad en

tinieblas.

En el universo de la frivolidad, podría decirse que la muy puta tiene un cuerpo de escándalo gracias a lo bien que la folla Alberto, pero es incierto. Aunque no lo diga, sé que ha pasado más de una vez por el quirófano para recolocarse los pómulos, subirse las tetas y reubicar estratégicamente los tres preciosos lunares que tiene en el pecho izquierdo. Hace meses Soraya pasó de una discreta talla ochenta y cinco a una ciento cinco aduciendo que la voluptuosidad de su busto era el resultado de una ilusión óptica provocada por un nuevo modelo de sujetador que había adquirido a precio de riñón en la sección de lencería de El Corte Inglés. ¡Papanatas!

De primeras, no distingo quién es el hombre que está con Soraya. Estudio con detenimiento esa espalda ancha, esos bíceps marcados, ese hermoso trasero... Uhm... Esa mancha oscura en el omóplato izquierdo solo puede pertenecer a... JAVIER. ¿Por qué ha vuelto tan temprano de la obra? Algo no va bien.

Mis pestañas acarician el cristal cuando acerco otra vez el ojo a la mirilla. El roce con la lente me angustia y me provoca una sensación extraña en la nuca. Un cosquilleo anómalo, similar al que te recorre las piernas cuando estás en una montaña rusa y sientes que la sangre te bombea en el sentido inverso, viaja de arriba abajo por mi espalda.

Rebusco entre los bolsos que cuelgan del perchero hasta que doy con mi agenda. La cabrona, como siempre, me rehúye y comienza a temblar parapetada entre el neceser donde siempre llevo un par de barras de labios, un *eyeliner*, los Tampax y el estuche de croché que tejí el verano pasado para que no se me estropeen las varillas de marfil del abanico que me regaló Trini por mi cumpleaños.

—Ehm... ¿cuándo empieza Javier la jornada intensiva? —digo en voz alta a medida que voy pasando las páginas. Los *post-it* tiemblan. Las tarjetas de visita, que tienen más arrugas que el culo de una gallina, me suplican para que las deje tranquilas. Algunos papeles caen al suelo.

Una nota manuscrita que encuentro en la página del lunes 26 de junio hace que mi corazón se paralice momentáneamente.

¡¡¡ATENCIÓN!!!
JAVIER COMENZARÁ

A DARTE HOY
LA LATA A PARTIR
DE LAS TRES

Aunque soy de letras, no me cuesta mucho descubrir que son diez los días que aún restan para que Javier comience la jornada intensiva. Entonces, ¿qué demonios hace hablando con Soraya si son las... —vuelvo a mirar el reloj—, si son las... ¡seis y diez!?

Estoy que echo humo por las orejas. Solo espero que no me la esté pegando con ella porque después del calentón con el que me ha dejado esta mañana soy capaz de cortarle yo misma el pellejito que le sobra de un bocado y hacerle un respunte a mano con la aguja colchonera.

Dejo la agenda en el bolso y pego otra vez el ojo en la puerta. Mi transpiración va dibujando figuras extrañas sobre la madera. Observo. Javier acaba de meterse la mano izquierda en el bolsillo del pantalón. Robustiana está despertando.

—Querido —susurro cuando entorna los párpados, pone la mandíbula en tensión y aprieta los dientes—, esto que te está pasando no es mala suerte; se llama KARMA.

El corazón comienza a latirme alocadamente cuando Javier saca las llaves del bolsillo. Como el Correcaminos, el velocísimo pájaro que es perseguido por el Coyote por las carreteras del desierto del sudoeste de Estados Unidos, reproduzco el característico *mic, mic* que imita el sonido de una bocina de un Volkswagen escarabajo e inicio una carrera de obstáculos por el salón.

—Soy yo —vocifera Javier desde la entrada cuando la puerta se cierra estrepitosamente. La ventana de la cocina está abierta y hay un poco de corriente.

Salto por encima del respaldo del sofá imitando a Allen Johnson, uno de los mejores vallistas de todos los tiempos que ganó la medalla de los Juegos Olímpicos de Atlanta en 1996 por completar los ciento diez metros valla en menos de trece segundos, y respondo:

—¿Qué tal?

Javier se acerca a mí por detrás y me besa en el hombro.

—Cata, ¿cómo te ha ido?

—¿Qué? —respondo acelerada. El corazón golpea como un martillo

percutor mis costillas.

—La final de Wimbledon, ¿no te fastidia! ¿Qué va a ser, Cata? El día, la corrección del examen y... —Javier clava sus ojos en mi cara y frunce el ceño. Está sudoroso—. ¿Cómo tienes la pierna?

Después de corregir cincuenta y tres exámenes y haber puesto veinticuatro ceros, dos unos, quince doses, siete cuatros, dos cincos, un seis, un nueve y un diez, ver cómo se le iban los ojos al escote de Soraya y saltar por encima del sofá, lo que menos me apetece es que se interese por mi pierna.

—Ni me lo recuerdes —respondo atropelladamente.

—¿Te pasa algo? —me pregunta desde la cocina.

—Que estoy muy cansada, Javi. Eso es lo que me pasa.

Coge una lata de cerveza de la nevera, la abre y da un par de sorbos.

—Lo normal de un día de trabajo, ¿no crees?

—Ahora mismo me pinchan y te aseguro que no me sale sangre —suspiro.

Me encantaría meter la cabeza bajo tierra como los avestruces y olvidarme de todo: de la fluctuación de la bolsa, del Euribor y la maldita cláusula suelo que está agobiando a la población de media España, de la guerra de Siria, de los tremendos incendios de Portugal en los que han fallecido más de sesenta personas, del tremendo dolor de la pierna, de mis alumnos, de Soraya, de MI ginecólogo y de... ¡JAVIER! Sobre todo, de él.

—Yo te puedo quitar ese cansancio en un santiamén, Cata. —Suelta la lata en la mesa, estira el cuello como un pavo real y me sube los brazos por encima de la cabeza—. Si tú quieres, claro.

Se me revolucionan las hormonas al percibir el olor a «eau de albañil» de mi marido. Su sudor me embriaga, me empalaga, me excita... Hoy está más sexy que nunca. La camiseta que lleva le sienta de escándalo y sus bíceps, tatuados con el polvo y el cemento de la obra, están hinchados.

Me besa en el hombro, justo donde el tirante del sujetador ha creado a lo largo de todos estos años un socavón, y mi flujo sanguíneo se revoluciona azarosamente.



Como sea, tengo que detener esta situación porque no quiero dar pie a algo sobre lo que más tarde me pueda arrepentir.

—Joder, échate para atrás y afeitáte, Javi, que pinchas como un jabalí y yo soy de piel sensible.

—Cata, ¿otra vez te duele la cabeza? —dice pasándose la mano por el mentón donde ya comienzan a dibujarse pequeñas sombras más oscuras.

—¡No me jodas, Javi, que tú tienes un grano en el culo y no voy a explotártelo! Todavía no sé cómo el mosquito no se atrevió a picarte en la lengua o en la punta del... No, mejor que no lo haya hecho en ese punto tan estratégico porque mañana se lo tienes que enseñar a la doctora.

—¿Qué?! —Abre los ojos de par en par.

—¿No me dijiste esta mañana que te pidiera cita con el médico?

—¡Sí, tú lo has dicho! Con el médico.

—Pues resulta que está de baja y la persona que lo está sustituyendo es una mujer.

—Pfff...

—Eso digo yo, Javi, pfff... Saúl debe estar cagándose por la patilla porque, conociéndolo, ese tío no abandona a sus pacientes ni aunque su madre esté en la U.V.I.

—¡Joder!

—No te equivoques, Javi —respondo con una divertida sonrisa en los labios—. Joder es precisamente lo que no puedes hacer y el motivo por el que tienes que enseñarle tu cosita a la doctora.

—¡Cata!

—¿Acaso no es la pura verdad? —Encoge los hombros ante la evidencia—. Por cierto, ¿qué narices haces aquí tan temprano?

La conversación se queda ahí. Javier me da la espalda y se encierra en el aseo, un cubículo minúsculo con tres piezas: lavabo, inodoro y ducha de setenta por setenta que hace años que está a medio reformar. Por lo visto, a mi marido hoy no le apetece lavarse en el cuarto de baño en *suite* con preciosos alicatados en color beige que tenemos en el dormitorio donde el agua caliente no llega desde que yo me cargué el grifo sin querer. ¿Será tontorrón?! ¿Aún no se ha enterado de que el agua fría es más barata y mucho más efectiva a la hora de calmar el escozor que generan las picaduras de los mosquitos?

Suena el teléfono. Me estiro, descuelgo el auricular y contesto con mi característico mal humor:

—¿Quién es?

—Cata, soy yo. Trini. ¿Cómo estás? ¿Llamo en mal momento?

—Hola. Peor que mal. No, no, no. —Parezco un robot—. ¿Y tú?

—¡Hasta el mismísimo de corregir! Y encima, Pablo se ha...

—¿Cuántos suspensos has puesto ya? —le corto. En este momento no deseo que me diga lo bien que se lo pasa con Pablo cuando yo estoy manteniendo una lucha encarnizada con mis propios sentimientos.

—Unos cuantos —admite—. Esta evaluación va a ser un desastre.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Fíjate cómo ha traducido Andrés Martínez la oración: *Les oieaux chantaient dans les arbres*^[6].

—¡Sorpréndeme!

—*Las ostras cantaban en los árboles.*

—Joder. ¿Desde cuándo las ostras viven en los árboles?

—Y yo qué sé, Cata, ¡yo-qué-sé! Seguro que ese niñato no sabe ni lo que es una ostra.

—A lo mejor ha pensado que es un tipo de ave —bromeo. Por primera vez, sonrío en todo el día.

—Pfff. Conociendo la visión de la realidad de los jóvenes y su forma de pensar, no me extrañaría lo más mínimo. —Hace un chiste absurdo—. Tienen menos cerebro que que que que queee... ¡coño, ahora no me acuerdo!

Durante unos minutos no podemos parar de reír hasta que mi humor vuelve a decaer y la conversación deriva en un tema mucho más profundo y doloroso para mí: JAVIER.

—Trini, ¿no te das cuenta? Quiero una persona que me diga que el motivo por el que se levanta cada mañana soy yo.

—Eso lo queremos todas, Cata; o casi todas.

—No estoy para que me pinten pajaritos ni para que me hagan sentir esas tontas mariposas de las que todo el mundo habla. El amor es mucho más que eso. Mucho más que un «te quiero», un «te extraño» o un «te deseo». Estoy para amar y para que me amen de verdad, para que me hablen de frente y me digan las cosas con total seguridad, con sinceridad, con determinación... y no me vengan con promesas ni con unas sencillas palabras. O para que me hagan... ¡Ufff, yo qué sé, Trini! —resoplo con desesperación, con la voz tintada por la rabia—. Da igual. Hoy es uno de esos días en los que siento un vacío tremendo. Uno de esos días en los que pienso que la vida es injusta. ¿Por qué las mejores personas son las que más sufren siempre y las peores las

que están acompañadas de aquellas que no lo merecen?

—La vida es así, Cata. Por desgracia, hay personas buenas y malas, egoístas, generosas y...

—¡Yo!

—Y tú —reafirma Trini con un suspiro.

—Soy una cabrona. Lo sé —lloriqueo. Tengo un nudo en el estómago que no se va. Se ha instalado ahí como un okupa y por mucho que intento decirle que no lo quiero a mi lado, no me abandona.

—Catalina, ¿por qué dices eso?

Enmudezco. Por la velocidad con la que Javier ha formulado la pregunta, percibo que está preocupado. Mi corazón se detiene. Cuando retoma el ritmo, tapo ligeramente el micrófono del teléfono y pregunto exaltada:

—¡Javier, ¿desde cuándo estás ahí?!

—El suficiente como para descubrir que...

—Ya no te amo, Javi —le interrumpo soltando la granada que desde hace días amenaza con explotarme en la garganta. Al otro lado de la línea, Trini no deja de gritar mi nombre.

Los nebulosos ojos de Javier son más oscuros, más sombríos, más opacos cuando se enfrentan a los míos y me pregunta:

—Cata, ¿se puede saber a qué ha venido eso?

Cuelgo el teléfono.

—Me he dado cuenta de que la persona que se encargaba de sacarme una sonrisa cada mañana, de besarme, de abrazarme, incluso de amarme desinteresadamente ya no está.

—No te sigo.

—Esperar que los demás hagan cosas o dejen de hacerlas para que tu vida funcione no tiene sentido, Javier. Y mucho menos cabrearte terriblemente o amargarte la existencia porque esa persona que convive contigo no llega a actuar, a decir, a disculparse, a expresarse como tú esperas o como tú necesitas que haga —suspiro. Es la única forma que tengo para armarme de valor y soltar lastre. Javier se pasa la mano por la cabeza—. Voy a hacerte una metáfora absurda que espero que comprendas.

—Un momento, Cata. —Abre los ojos de par en par—. ¿No estarás embarazada?

—¡No! —grito con desesperación—. ¿Cómo puedes ser tan idiota?

—Soy un idiota que te gusta, ¿verdad? —No respondo—. Eso te convierte

en una doble tonta, una tonta perfecta para mí, muñeca. Por cierto, menudo susto me has dado. No vuelvas a hacerme una broma como la de antes. Aún tengo el corazón dando tumbos en el pecho.

—Eso son las jodidas mariposas que quieren escapar y se han equivocado de recorrido, Javi.

—Cata —suspira—. Tú eres la única mariposa que revolotea en mi estómago.

¡Wow! Mi corazón hace un triple mortal hacia atrás. Es la primera vez en veintisiete años que mi marido me piropea. Pero ya es tarde... ¡muy tarde!

—Pues las mías se han marchado y han dado paso a un enjambre de abejas asesinas. —Javier empieza a reír—. ¿Te parece divertido?

—Me pareces preciosa, Cata —dice pasándose otra vez la mano por la cabeza—. ¿Recuerdas el primer beso que nos dimos? Fue tierno, dulce, sincero...

—Ahora no nos besamos ni por compromiso.

—Cata, yo te quiero.

—Eso no es cierto, Javi. Te has acomodado. Y la monotonía nos ha consumido.

Mi libido está en ultratumba. Más bien, la gravedad ha conseguido alejarla de la superficie terrestre y acercarla a su núcleo. ¿Conseguirá Javier alcanzar ese punto con el palillo desgastado que siempre lleva en la oreja? Lo dudo.

—Cata, es muy bonito conocer a alguien que te ponga nervioso, que te haga sentir extraño, que te haga hacer tonterías, que haga que te quedes sin palabras y que no puedas dejar de mirar.

—No sé si algún día lograré encontrar a esa persona que me respete y me quiera de verdad.

—¿Pero...?

—Joder, Javi. ¿Qué no has entendido? Soy una cabrona y no te quiero.



¿LOCA?

Javier entra en la cocina con cara de funeral a las dos y cuarto de la madrugada. Camina transmitiendo agotamiento, como si no hubiera dormido en una semana. Como si estuviera agobiado por una pesada carga. Como si se hubiese cansado de estar cansado o estuviera afectado por un problema respiratorio crónico.

—¿Qué horas son estas de llegar?

—Buenas noches, Cata —responde secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Su cara está conturbada, sus ojeras más profundas y su barba, moteada con ligeras sombras blanquecinas, más oscura.

—¿Vas a cenar?

La ensalada y la tortilla de patata se han quedado reseca en el plato. ¡Maldita sea, aún me escuecen los ojos por culpa de la cebolla! ¿Por qué soy yo la que llora siempre si es ella la que está siendo mutilada?

Personalmente amo la cebolla y la odio a partes iguales por la irritación que me causa en los ojos. He utilizado todos los métodos habidos y por haber para manipularla. Cortarla con un cuchillo de sierra. Pinchar un tenedor en una patata mientras la pelo con la puntilla untada en mantequilla. Poner el pie izquierdo en una banqueta mientras la pico. Meter el cuchillo en el congelador diez minutos antes de manipularla e incluso ponerme gafas de bucear. Y, salvo perder el

tiempo y correr el riesgo de rebanarme un dedo, no he conseguido dejar de llorar cada vez que pico cebolla.

Después de preparar la cena, he pasado muchos ratos muertos entre examen y examen tratando de desentrañar si el hecho de decirle a Javier que ya no lo amo ha sido solo un capricho o algo más.

Hasta no hace tanto tiempo, he estado colgada de él como una quinceañera, fantaseando con ser la princesa de un cuento de hadas en el que cada página estaba llena de mil locuras. Pero ¿quién quiere ser un príncipe azul o una princesa y vivir en un castillo si la vida está llena de mentiras y nadie cree que la conciencia sea un pequeño grillo? Yo no, por supuesto. ¿O sí?

Todos los días me reúno con mi Pepito Grillo a solas. A veces, para tomar un café, una cervecita o un refresco de cola. Otras, en cambio, para rociar sobre él kilos y kilos de insecticida porque me tiene hasta el coño de tanto quejarse.

—Cata, contrólate. Piensa seis veces antes de actuar y veinte antes de hablar —suele decirme.

—*Unodostrescuatrocincoseis...* ¡Ufff, joder, esto es agotador! Lárgate.

—Auuu —le oigo protestar cuando muevo la mano para espantarlo—. No, no, no. Así no se hace, señorita Pulpón. Recuerde que debe contar seis antes de actuar y veinte antes de hablar.

No sé por qué, pero Pepito Grillo siempre saca lo peor de mí. Javier, también.

—Uuuno, dos, tres, cuaaatro, cinco, seis, siete, ooocho, nueeeve, diez, ooonce, doce, trece, catoorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciooocho, diecinueve y... ¡veinte! —cuento en voz baja antes de saltar—. ¡Javier, te he preguntado si vas a cenar y no me has contestado!

—Cata, no tengo hambre —me responde con crudeza abriendo la nevera para coger la botella del agua.

Bebe a morro y la vacía casi por completo, pero no la rellena. ¡Allá él! A mí no me gustan las bebidas frías así que la próxima vez que eche mano de la botella va a tener que beberse sus propias babas.

—Tú mismo.

Sin más, me levantó de la silla, doy un paso al frente, cojo el plato con la tortilla y la ensalada y, sin contar hasta seis, lo estampo en el suelo.

—¡Cata, ¿a qué ha venido eso?! —Abre los ojos de par en par.

Como en una batalla, nuestras miradas pertenecen a bandos contrarios y se enfrentan con su artillería pesada.

—No me toques las narices, Javi.

Por inercia, salgo de la cocina y me voy al salón. Me siento grácil, ligera, etérea... Me muevo como esa pelusa que campa a sus anchas impulsada por las imperceptibles corrientes de aire que barren el suelo. ¡Y no es porque la compresa que llevo se haya puesto a batir las alas y haya levantado mis pies del suelo! En absoluto.

Hace días leí en el periódico que una empresa valenciana ofrece la posibilidad de romper todo tipo de objetos —vasos, platos, botellas e incluso algún pequeño electrodoméstico: ordenadores, tostadoras, microondas o impresoras—, como terapia para combatir el estrés. Por treinta euros se pueden llegar a destrozarse hasta treinta y cinco objetos con un bate de béisbol o un martillo.

A cambio de romper un plato de la vajilla, yo me he ahorrado los casi ciento veinte euros de gasoil que me harían falta para llenar el tanque del Volkswagen Polo dos veces, los noventa euros de una noche de hotel, otros doscientos euros más que suponen tomarse tres o cuatro cafés y acompañarlos con un bocadillo durante el camino, el menú de dos días, la cena de una noche y los treinta euros de la entrada a la *Crash Therapy*. Cuatrocientos cuarenta euros a cambio de un euro y medio que vale un plato en el bazar de la esquina. Definitivamente, ha sido la mejor elección.

Mi marido, que es peor que un chicle cuando se pega en la suela del zapato, se acerca a mí por detrás y, bajo el disfraz del amor romántico, se rinde ante mí.

—Cariño, tranquilízate. —Masajea mis hombros como solo él sabe hacer—. Estás muy tensa.

Frunzo el ceño y lo miro incendiaria.

—¿Qué coño estás haciendo, Javi?

—Lo sé, lo sé, lo sé —responde con una ligera curvatura en la comisura de los labios—. Entre tú y yo no va a haber nunca más eso que a mí tanto me gusta. Ya me quedó claro ayer.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer entonces, Javi: ahuecar el ala y dejarme tranquila porque en lo que a ti y a mí respecta ya solo nos une esta casa. ¡Nada más!

¿Dónde han quedado las treguas de diez minutos que nos concedíamos antes para besarnos, para acariciarnos, para seducirnos otra vez después de una tensa discusión? En el fondo del océano, seguramente, junto a los botones de bronce del elegante uniforme de color azul marino que utilizaba el capitán Edward Smith en el Titanic.

—Eieieiii, Cata. Corta el rollo y no me toques los cojones.

Javier se deja caer en el sofá y doy un bote que casi hace que mis huesos acaben en la calle. El balcón está abierto buscando esa brisa fresquita nocturna del mes de junio que no es fresca ni es brisa ni es nada.

—¿Qué?!

Enfebrecida, me abanico con la mano. Estoy sudando como si estuviera metida en una sauna.

—Esta casa la pagamos entre los dos, así que...

—Mira, guapo. Lo único que hiciste tú fue acompañarme al banco a llevar el cheque que me dio mi madre. Así que no me jodas, Javi. Te lo pido por favor. Mucho ojo con lo que dices o con lo que haces porque como se me crucen los cables te mando a la puta calle y me quedo tan ancha. ¿Capito?

Cruzo las piernas, apoyo el codo en la mesa, la cabeza en mi mano izquierda y me concentro en la corrección del examen que hace el número ciento siete. Aún me quedan doscientos veinte. Si sigo a este ritmo, en un par de días, tres a lo sumo, puedo tenerlos todos corregidos.

—Me voy a la cama —murmura Javier dándose por vencido.

Muerdo el tapón del bolígrafo que ya presenta algunas marcas antiguas de mis dientes y digo:

—Vaya, Javi. ¡Qué detalle! —Mi marido se detiene en seco y me mira por encima del hombro, a la expectativa—. La angustia por saber qué cojones ibas a hacer me estaba matando.

Siento que mi corazón es de madera como el de Pinocho. ¿A qué ha venido esa tontería? ¿Por qué he sido tan borde?

Mi almohada, esa precisamente que no quiero que Javier espachurre cuando yo no estoy en la cama, me dijo hace meses que el amor es una gran mentira, un sentimiento que inventa el corazón para llenar un espacio que nunca existió. Es como una cerilla que se va consumiendo poco a poco a pesar de la velocidad con la que se prende cuando el fósforo de la cabeza se frota contra la superficie rugosa de la cajetilla. Walter Riso lo concibe como un acto de mutilación psicológica donde el respeto propio y la esencia de uno

mismo son ofrendados irracionalmente al prójimo a cambio de... LÁGRIMAS. Sucintamente, las lágrimas guardan en su interior una verdad muy dolorosa: que los cuentos son historias inventadas y que yo no soy una princesa. Al menos, no tengo corona.

Desde niña he crecido con la ilusión de que un día iba a encontrar al hombre de mis sueños. Y, aunque Javier no posee un gran castillo ni es tan guapo como esos príncipes que aparecen en las películas y van al rescate de su amada en un hermoso corcel blanco de largas crines, he de reconocer que ha sido el gran amor de mi vida.

¡Pero ya no lo es!

Vivo encorsetada en un matrimonio que hace aguas. Un matrimonio en el que los vicios y la desolación han invadido mi cama. Un matrimonio en el que la desesperanza se ha empeñado en desayunar conmigo cada mañana mientras la soledad me espía desde otra ventana.

He tratado de disimular frente a los demás haciéndoles ver que soy feliz, que amo a Javier y que nuestra convivencia es idílica, respetuosa, amorosa y eterna como nos dijo el cura hace veintisiete años. Pero estoy harta de falsedades porque el que mira lo que no debe, se entera de lo que no quiere. Porque... con el tiempo todo se descubre. Las mentiras más ocultas. Las razones más ciertas. Las personas más falsas. Los sentimientos fingidos. Los odios más profundos. La confianza solapada. Los hondos rencores. Las recónditas antipatías. Las tirrias y los resentimientos injustos. La inquina más amarga... Prefiero llorar un día por una verdad que reír el resto de mi vida rodeada de mentiras con el miedo de que el supremo arte de esa verdad se cierna sobre mi conciencia y me saque los colores.

Por cierto, ¿quién cojones se inventó que el matrimonio —que no deja de ser un contrato con su letra menuda como en todos los acuerdos— es honorable? Es más, ¿a quién se le ocurrió que «hay que amarse y respetarse hasta que la muerte (n)os separe»?

Aún recuerdo las palabras del sacerdote el día de nuestra boda:

El amor es paciente, es bondadoso.

El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso.

*No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente,
no guarda rencor.*

El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija con la verdad.

Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

¡Pfff! Esa descripción del amor es diametralmente opuesta a como yo lo siento. Porque ni soy paciente ni bondadosa y estoy harta de disculpar, de creer que todo va a cambiar, de esperar y... ¡de soportar! Sobre todo de soportar. Estos últimos meses he vivido una pasión ligera, vacía, barata, llena de soledad. He invertido mi tiempo erróneamente en un amor de pocos besos, en un amor que se dibujaba eterno como el de los cuentos, pero que solo estaba buscando su final. No quiero, es más, no deseo esperar a la muerte para alejarme de Javier. Creo que no me merezco ese sacrificio. ¡Ya no! Estoy cansada, agotada, consumida... ¡Reventada de tanto aguantar! Quererse a uno mismo y respetarse consiste en ser congruente con las emociones. Y las mías están todas abocadas hacia el mismo fin: la SEPARACIÓN.

El tiempo me ha hecho entender que, a falta de una fórmula mágica que augure para siempre la felicidad, huir no es un acto de debilidad sino de fortaleza. Hay que asumir algo muy importante: EL AMOR TIENE FECHA DE CADUCIDAD COMO LOS YOGURES porque el cariño, el afecto, la pasión y el amor se erosionan como esas rocas embestidas una y otra vez por el oleaje.

Necesito ordenar mis sentimientos, poner nombre a esas emociones que me impiden ver la vida con felicidad, entender por qué siento lo que siento y aceptarme a mí misma como soy: con mis kilos, mi cutis imperfecto, mis pelos de rata, mis tetas caídas, mi mal humor y... ¡yo qué sé qué más! La cuestión es que necesito...

ASIMILAR

SENTIR

ACEPTARME

¡Sobre todo aceptarme y caminar sin el equipaje tan pesado en el que se ha convertido mi matrimonio! Y liberarme, también. Y enriquecerme por dentro para tomar el camino más indicado y equilibrado para mí. Y reponerme del dolor, del desamor, del sufrimiento... Descolgarme de ese tendedero de pasiones marchitas, cariños superfluos y amor insincero. En definitivas cuentas, necesito necesitar la necesidad de necesitarme porque vivo en un abismo al límite de la locura, ese estado donde el odio envenena tu alma y en el que la felicidad deja de ser inalcanzable.

—Cata, ¿no vas a venir a la cama?

—No.

Javier se acerca pausadamente como el depredador que estudia a su presa antes de devorarla y me dice:

—No puedo dormir.

Resisto la urgencia de cerrar la agenda donde acabo de ver que el martes tengo cita con MI ginecólogo y lanzársela a la cabeza.

—Cuenta ovejitas.

—¿Por qué no dejas eso para mañana y...? —La saliva se le estrangula en la garganta cuando clavo mis ojos en los de él con una expresión que destila un profundo desprecio—. Cata, creo que tenemos una conversación pendiente.

—Javi, son casi las tres de la madrugada. —Intuyo cuáles son sus intenciones—. ¿Por qué insistes tanto si sabes que nunca vamos a volver a estar juntos?

—Y tú ¿para qué respiras si sabes que algún día vas a morir?

Su respuesta me deja con la boca abierta. ¿Desde cuándo Javier tiene esas salidas de tono?

—Hace mucho calor, Javi. Acuéstate y déjame en paz de una puñetera vez.

A las cuatro, después de llorar, corregir siete exámenes, reír a carcajadas con las respuestas de uno de mis alumnos y martirizarme con mensajes autodestructivos, me quedo dormida. Una siempre debe encontrar recursos para poder superar cualquier bache y, al parecer, dormir ha sido el mío.

En torno a las cinco, me despierto con una mezcla de desorden, caos y resaca emocional como cuando acabas de hacer una mudanza y tienes las cajas por abrir, la casa hecha un desastre y no sabes por dónde empezar.

Me duele el cuello. Como decía mi padre que en paz descansa: «un sofá no es una cama». Aun así, los escasos sesenta minutos que he permanecido con los ojos cerrados me han permitido desprenderme de la inseguridad, del miedo y del juez que llevo dentro y comprender que reinventarse es necesario porque la muerte es como un paisaje exótico con muchos rincones, con sitios maravillosos por donde entra la luz y con bosques cerrados donde no entra ni un poquito.

Me quito el sujetador y me miro en el espejo. Como siempre, no me da los buenos días ni me dice lo hermosa que soy. Se limita a mostrarme el cuerpo de una mujer que no conozco con piernas bonitas, caderas anchas y abdomen plano. Pechos preciosos con pezones duros y puntiagudos como lanzas de

acero. Melena espesa de brillantes ondas castañas que caen en cascada sobre hombros de curvas suaves hasta la mitad de la espalda. Cutis perfecto. Pómulos prominentes. Labios jugosos, suaves, delicados y muy tiernos curvados en una sonrisa como si estuvieran disfrutando de un divertidísimo sueño. Ojos de color violeta bajo abanicos de sedosas y arreboladas pestañas. Y...

—¿Quién eres? —murmuro trazando un lento recorrido por mi cuello, el contorno de mi clavícula y la curva de mis senos que no se parecen en nada a los de esa mujer.

—Tú —me contesta Javier con una sonrisa traviesa abrazándome por detrás.

Parpadeo grácilmente.

¿ESTOY SOÑANDO?

Miro hacia atrás.

¡JAVIER NO ESTÁ!

Sus manos anchas, rugosas y firmes no son las que se han apoyado en mis hombros. Su aliento caldeado no es el que ha envuelto mi oreja al hablar.

Asustada, recorro el pasillo a toda velocidad y abro la puerta del dormitorio. El corazón se salta unos pulsos en mi pecho cuando lo encuentro tumbado en la cama.

¡¿ME ESTOY VOLVIENDO LOCA?!



¡LOCA!

Javier está completamente desnudo, abrazado a mi almohada. Está enfadado. Lo noto. Lo intuyo. Lo percibo... Lo siento por la modulación de sus ronquidos y la cadencia que confirma unívocamente la transición de un semitono temperado hacia la fuerte, potente y plena tonalidad monofónica de un tenor dramático.

—¡Javier! —Golpeo la cama con la palma de la mano.

—¡Cata, ¿qué coño haces?!

Puedo percibir los latidos acelerados de su corazón cuando se estira como un felino para estudiar los dígitos blancos que aparecen en la pantalla de mi despertador.

—¿No te vas a levantar? Son las cinco y cuarto —declaro.

—Es pronto —bosteza mirándome impresionado los rosados pezones que apuntan al frente.

—¿Pronto?! Ja.

Voy al salón y enciendo el equipo de música a toda voz. Comienzo a mover los pies al ritmo de *Jai Ho*, la canción de A. R. Rahman versionada en 2009 por The Pussycat Dolls que ganó el Óscar a la mejor canción original tras formar parte de la banda sonora de la película indobritánica *Slumdog Millionaire*, una de mis favoritas.

Jai Ho!

Jai Ho

El edificio tiembla. Y mi corazón con él cuando me tropiezo con Javier por el pasillo. Está desnudo... muy sexy... tremendamente sexy. Guapo como solo él sabe estar cuando se levanta, con esa barba seductora cubriéndole la zona del bigote y el labio inferior. Coqueto con esas arruguitas tan monas que las sábanas han dejado en su cara, en su hombro, en su espalda. Hermoso como el David de Miguel Ángel. Curioso como siempre. ¿Cuánto tiempo hace que no lo miro así: con el corazón, con cariño, con admiración?

I got shivers

When you touch my face

I'll make you hot

Get all you got

I'll make you wanna say

Jai Ho Jai Ho

—Apaga eso de una puta vez, Cata. Me duele la cabeza.

—Joder, Javi. Eso te pasa por beber más de la cuenta.

—¡Tú qué sabrás!

Y es verdad. Yo no sé nada, salvo que no lo quiero y que en unas horas tiene que enseñarle el pajarito a la doctora Sanjurjo.

*You are the reason that I breathe
(Jai Ho) You are the reason that I still believe
(Jai Ho) You are my destiny
Jai Oh Oh-oh-oh*

—*Jai Oh Oh-oh-oh* —le provoco.

Bajo ligeramente el volumen del equipo de música; algo que, por otra parte, me agradecen los tabiques, las vigas, los pilares y los cristales que no han dejado de temblar. Mi corazón, también.

Un cosquilleo eléctrico me recorre de pies a cabeza cuando mi marido se abalanza sobre mí y, posando una mano en mi costado, me dice provocativamente:

—Cata, ¿de qué va todo esto?

Con un roce erótico que provoca escalofríos en su espalda, poso mis labios sobre los suyos. Muy despacio, los saboreo deleitándome con su tersura. Ese beso lo seduce, lo excita, lo incita... Mis pezones vuelven a endurecerse y, como rocas graníticas, arañan la piel de su torso.

—No lo sé —susurro sensualmente.

—Uhm... —se queja artificiosamente alejándose de mí—. ¡Joder!

—Dile a tu Robustiana que se tranquilice, Javi. En unas horas tenemos que ir al hospital.

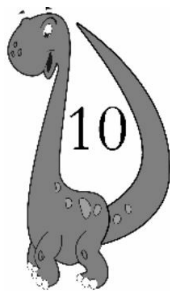
—¿Tenemos? —responde sin poder disimular el malestar que le genera la tensión con la que martiriza el prepucio a su glande.

—Soy TODAVÍA tu mujer.

Javier cierra los ojos con fuerza y se deja caer en la cama otra vez.

—Cata, no le vengas con mentiras a uno que estudió con Pinocho.

—¡Ja! —Su comentario enerva mi lengua y enciende mi mal humor—. Pues quiero que sepas que por mucho que lo intentes tu nariz no va a ser más pequeña que la suya. La polla, quizás.



HOUSTON, HOUSTON, TENEMOS UN PROBLEMA

Crema hidratante, corrector de ojeras —hoy tengo dos manchas negras como las de un oso panda que me llegan hasta la mitad de la cara—, base, polvos, colorete, *eyeliner*, máscara de pestañas... Aunque sin maquillaje soy fantástica —corrijo, fantásticamente fea— con este amplio listado de potingues que extendo cada mañana sobre mi cara me convierto en una mala obra de arte.

—Cata, ¿puedo pasar?

—¿No puedes esperarte cinco minutos a que termine? —respondo con desdén separándome del espejo. Tengo un ojo a medio pintar.

Dicen que el maquillaje es la práctica de decorar la piel y otras partes visibles del cuerpo para resaltarlas. Un arte, vamos... En mi caso, por mucho que me esfuerzo en enmascarar el sinfín de imperfecciones que tengo en la cara: pecas, arrugas, surcos nasogenianos, patas de gallo... soy consciente de que nunca voy a tener los ojazos ni la boquita de piñón ni los pómulos marcados ni el cutis perfecto de Jennifer López por mucho que me gaste una pasta gansa en comprar los mismos productos con los que a ella le maquillan cada vez que tiene que hacer acto de presencia en alguna gala benéfica, en un concierto, en los Óscar o en una sesión publicitaria. Así que me voy a quedar solo con la idea de que los cosméticos elevan la autoestima y mejoran el humor. Bueno, esto último no lo tengo claro tampoco. Da igual. Al fin y al cabo, para bien o para mal, el proceso de «chapa y pintura» nos cambia. Punto.

—Cata, tardas más que una novia en arreglarte —resopla Javier levantando la tapa del váter.

—¿No te irás a poner a mear ahora?

Javier se baja la cremallera. Vigoroso, su pene apunta al frente cuando con una magistral labor de contorsionismo sale de esa cárcel de algodón elástico que lo recubre. La goma negra del calzoncillo de rayitas celestes acaricia a dos hercúleos guardaespaldas. Rápidamente, el recluso al que protegen comienza a espabilarse, preparándose para la micción.

—Pfff —resopla Javier cuando la piel rosadita y arrugada por el cautiverio de su ¿cosita? adquiere algo de volumen—. Tengo la vejiga a reventar, Cata.

—Mira, Javi, no tengo ninguna necesidad de verte la polla tan temprano. ¿Por qué no te vas al otro cuarto de baño?

¿Quién puede soportar ver algo tan precioso, apetecible y tan... tan... tan travieso sin que le entren los «siete males»? Ignoro si esta expresión procede de los siete pecados capitales, de las siete plagas de Egipto o de las siete trompetas del Apocalipsis. O incluso de otras maldades bíblicas que siempre se agrupan de siete en siete por eso de que el siete es un número mágico. La cuestión es que ver la polla de Javier tan temprano me acalora, me provoca, me excita y... joder, que una ya no está preparada para tener un caramelo tan dulce cerca y no echárselo a la boca. Metafóricamente hablando, por supuesto.

—Joder, Cata, lo dices como si a estas alturas de la vida no estuvieras harta de verla todos los días. Ahhh... —suspira aliviado en el instante en el

que el primer chorro del litro y medio que tiene almacenado en la vejiga abandona su cuerpo.

—Más te vale que no te salpiques los pantalones porque acabo de echar lejía en el váter.

¿Por qué sigo preocupándome por él? Soy tonta... tonta, tonta, tonta. ¡Tonta de remate!

—Tendré cuidado. Te lo prometo. —Frunce el ceño, mira a Robustiana con ternura, con cariño, casi con admiración y después enfoca sus ojos al techo. Está sufriendo. Lo noto por la forma de apretar la mandíbula y las paradas imprecisas que hace su disimulada nuez de Adán al recorrerle el cuello—. Auuu...

Asustada, doy un respingo e inclino la cabeza hacia adelante para ver qué pasa.

—Javi, no me digas que a tus años te ha saltado una gota en los ojos.

Envara la espalda, echa la cabeza hacia atrás y comienza a hacerse un masaje a diez.

—Ahhh...

—¡Javier!

—Cata, cállate. Ahhh... —Unas lágrimas escapan de sus ojos. Su agitada respiración da paso a un grito de sorpresa y después a otro más desgarrador—: ¡¡Ayayayyy, Cata, por Dios!! Joder. JODER. ¡¡¡JODER!!!

—¡¿Qué?! —grito atacada dejando el *eyeliner* en el neceser. Me está asustando. Pongo el dorso de mi mano en su cara. Está fría. ¿Qué digo fría? Está congelada como un témpano de hielo, más fría incluso que las neveras del Yeti.

—Un méd... un médic... —Javier comienza a hiperventilar. Le brillan los ojos y salta con desesperación—. ¡Ay, preciosa, no me hagas esto, por favor!

Por alguna extraña razón que desconozco, los hombres establecen desde pequeños una relación de amor y dominación con ese apéndice de un solo ojo que les cuelga entre las piernas y entablan con él intensas conversaciones —monólogos más bien— que siempre terminan con una erección repentina. Es más, creo que el tamaño del pene es algo que ha preocupado, especialmente a los varones, desde que el hombre es hombre.

No creo que haya otra parte del cuerpo que reciba más apelativos que esta parte de la anatomía masculina: polla, pito, verga, falo, picha, pistola, escopeta, cipote, minga, cola, rabo, nabo, frijol, salchicha, butifarra, espetec,

fuet —intuyo que en Italia será *salami*; en Alemania, *bratwurst*; *jocho* o *dogo* en México, *cabanossi* en Australia y Nueva Zelanda, *Käsekrainer* en Austria, *kohlwurst* en República Checa y *cervelat* en Suiza— aunque el nombre científicamente más correcto sea pene o miembro viril. Y por supuesto, el número de calificativos no se queda atrás: preciosa, bonita, linda, guapa, sublime... Ahora que lo pienso, ya entiendo por qué Javier nunca me dice cosas bonitas. Su mejor amiga, su consentida, esa que no habla, no protesta y no maldice, esa que se ruboriza y lo mira a los ojos cuando está en modo ON y se oculta tímidamente bajo su «sabanita» cuando está en modo OFF, es a la que le dice todos los piropos.

—Javi, ¿qué te pasa? ¿Qué te ha entrado?

Aunque Javier en más de una ocasión ha disfrutado solito a lo largo de estos veintisiete años de (in)feliz matrimonio con SU PRECIOSA TROMPETA, intuyo que estos jadeos no son el resultado de la autosatisfacción. Algo no va bien.

—Aaayyy...

—¡¡¡Joder, JODER, JO-DER!!! —Me está atacando de los nervios. Y lo peor es que cuando estoy nerviosa no doy pie con bola—. Javi, dime algo. Lo que sea. ¡Háblame!

—¡¡Cata, esto me duele a rabiar!!

Salgo acelerada del baño y busco el móvil. ¿Dónde demonios lo he dejado? No está en la mesilla de noche ni sobre la cómoda ni en el aparador del pasillo donde habitualmente suelo dejarlo sobre un cenicero mientras lo tengo conectado a la red. Tampoco está sobre la mesa del salón ni entre los cojines del sofá donde se suele esconder casi todas las tardes cuando me siento a ver la televisión ni junto al equipo de música.

—Eso es —digo en voz alta—. ¡Cata, seguro que está en el bolso!

—¡¡¡CATA!!!

—¡Voy! —Me asomo al baño. La cosita de Javier está morada—. Coño, Javi, eso está fatal. Vuelvo enseguida.

Javier abre los ojos de par en par, aguanta la respiración durante unas milésimas de segundo y tartamudea entre dientes:

—Cata, por tu madre. Llama a... Aaayyy...

—Voy, voy, voy —grito acelerada desde el salón. El corazón ya se ha saltado un par de pulsos en mi pecho con la carrera. ¿Qué más da que se salte otros dos?

Cojo el bolso, esa extensión de mi forma de vida, abro la cremallera y lo

giro ciento ochenta grados. La agenda cae pesadamente afectada por la fuerza de la gravedad. Le sigue el neceser con las dos barras de labios, el *eyeliner* y los Tampax, un peine, un paquete de toallitas íntimas, un botecito de alcohol en gel para limpiarme las manos de los gérmenes a los que se exponen en la Universidad, en el banco, en la frutería, en el... ¡Da igual! La cuestión es que ha caído también al igual que el abanico con varillas de marfil que me compró Trini por mi cumpleaños junto a dos paquetes de pañuelos, un calendario de la Virgen del Carmen que perteneció a mi madre y que siempre me acompaña, un bolígrafo, tres tarjetas de visita, las papeletas de la Primitiva, el estuche con forma de supositorio de las gafas de sol, la cajetilla de mentolados que compré hace quince días en la farmacia y que me han salvado el aliento en más de una ocasión, dos ampollas de Channel N°5 que me regalaron en la droguería de la esquina por el veinticinco aniversario del local y la cartera con el dinosaurio de color malva bordado en la solapa que me regaló Javier el catorce de febrero.

—Mierda, Javi, no encuentro el móvil —vocifero desde el salón.

—¡Cata, por Diosss, date prisa!

—¿Dónde tienes el tuyo?

—En el bar.

—¡Coño, Javi, ¿y qué hace allí?!

—Tuve que sacarlo para mirar una... —resopla—, para mirar una cosa y como un imbécil me lo dejé encima de la barra.

—Joder, Javi. ¡Qué oportuno!

Me llevo las manos a la cabeza. ¿Por qué cuando estamos nerviosos nos da por saltar, por movernos, por tirar las cosas al suelo o incluso tirarnos de los pelos? La adrenalina bulle por mi cuerpo a dos mil kilómetros por hora. ¡¿Qué digo a dos mil?! A la velocidad de la luz.

Estoy sudando, tengo un nudo en el estómago, la boca seca, un dolor horroroso en la pierna, un ojo a medio maquillar, los labios pálidos y los pelos tiesos de tantos estirones que me estoy dando. ¿Dónde cojones he metido el móvil? «Piensa, Cata, piensa».

Repaso mentalmente todo lo que hice anoche. Llorar por culpa de la cebolla y por Javier. Pelar patatas, picarlas, sofreírlas. Una tortilla. Volver a llorar. Corregir exámenes. Reír. Llorar. Protestar por el calor. Beber agua. Llorar. Leer las noticias en Internet. ¡Coño, eso es! Anoche dejé el móvil sobre la encimera de la cocina, junto al microondas, entre la botella del aceite

y la figura de porcelana con forma de cochino que tiene clavado en la espalda una cuchara y dos tenedores de madera como si fueran dos banderillas.

—Corre, Cata, corre —me insta mi Pepito Grillo golpeándome en el cuello con la empuñadura de su bastón.

Uhm... ¿a qué me suena esa expresión? Ah, sí. «Corre, Forrest, corre» es lo que le dice Jenny Curran a su amigo Forrest Gump cuando es acosado por los matones del colegio. Y, al igual que Forrest echa a correr con esos hierros en las piernas mientras aquellos pequeños gánsteres le persiguen con las bicis, yo me doy patadas en el culo. Sin hierros, sin gánsteres y sin bicis de por medio, por supuesto.

Cuando accedo a la cocina me muevo con cuidado hacia adelante como un explorador que no conoce el peligro, salto por encima de la tortilla, la ensalada y el plato roto que aún siguen en el suelo y me lanzo a por el móvil. ¡Bien!

—Javi, ya lo tengo —anuncio con la voz ronca. El corazón bombea acelerado en mi pecho.

Aprieto el botón de desbloqueo y...

HOUSTON, HOUSTON, TENEMOS UN PROBLEMA.

El móvil está sin batería, muerto como si le hubiera dado un paro cardíaco. ¡CAPUT!

—Cataaa. —Javier no para de gritar aumentando la frecuencia de mis latidos—. ¡Ayayayyy, joder, cómo duele esto!

—Javi, vuelvo enseguida.

—¡¡¡CATA!!!

—¿Qué?! —respondo mecánicamente desde el vestíbulo.

—No me dejes solo, por favor.

—Joder, Javi. Tengo que buscar un teléfono.

No soy capaz de distinguir lo que me contesta porque ya voy como las locas, escaleras abajo, en busca de algún vecino.

En el quinto no vive nadie. Los tres pisos, que pertenecen a un ricachón de Salamanca que ha hecho toda su fortuna a base de vender jamones, chorizos y morcillas, llevan casi un año sin alquilar. A Soraya excuso de llamarla. Seguro que Cristina está dormida y no voy a ser yo la que perturbe la rutina de sueño que a sus padres tanto les ha costado establecer. Paquita, mi vecina del cuarto

B, y Lucas, el del cuarto C, tampoco están. Hace una semana que ella se marchó de vacaciones a Castellón de la Plana y él a Sanlúcar de Barrameda. Ambos no vuelven hasta dentro de dos o tres semanas. Mejor. Esa mujer es insufrible y él más pesado que un kilo de mierda en las pestañas. Cuando llego a la tercera planta me acuerdo de... ¡Héctor! Corro escaleras abajo como si me estuviera persiguiendo un toro por la calle Estafeta y cuando llego al segundo aporreando la puerta de la letra C con insistencia.

Héctor aparece vestido con un ceñido pantalón rosa repleto de tachuelas y cadenas, una blusa floreada y unas gafas con montura de pasta roja con cristales en forma de corazón. Siempre ha sido muy histriónico a la hora de vestir y de actuar.

—¿Qué ocurre, *darling*?

—Necesito tu ayuda.

—Ay, *my baby*. Me gustaría ayudarte, pero tengo prisa —anuncia con actitud laxa y despreocupada cogiendo un par de bolsas, un pelucón azul cobalto y unas antenas luminosas que no dejan de parpadear.

—Y yo —resoplo agarrándolo de la pechera—. ¡Acompáñame!

—Uiuiiiii, querida. Te hablo en serio. Tengo mucha prisa. He quedado *with my friends* para ir a una fiesta.

—Pues vas a hacer una parada primero en la sexta planta porque Javier tiene un problema entre las piernas y...

—¡*Oh, my God!* —Nunca he llegado a entender la absurda manía de Héctor de mezclar el español con el inglés—. Yo no soy médico, *my love*, solo soy...

—¿Tú no eres enfermero? —Abro los ojos de par en par.

—No, *my darling*. Aún no. Ayer hice el último examen del primer curso.

—Vaya —digo casi sin resuello—. Y seguro que llevas todo el cuatrimestre dándole la matraca a tu profesor para que te diga las preguntas del examen. Eso es algo típico de los de primerillo.

—¿Cómo dices?

—No importa —respondo forzando una sonrisa—. Seguro que sabes más de pichas que yo. Eres hombre y...

Héctor se atusa el rizado y larguísimo flequillo rubio que le cae en cascada por la frente y oculta esos espectaculares ojos ahumados cargados de rímel. Va maquillado como una puerta. Su piel luce suave y sin desigualdades de tono. ¡Qué cabrón! Tiene un cutis tan perfecto que para mí lo quisiera. No

sé si es por la base que lleva o por los kilos de polvos dorados que se ha echado en la cara, pero no se le nota ni un pelito en la barba ni un poro ni tan siquiera esa peca tostada que tiene bajo el ojo izquierdo. Su kit de belleza tiene que ser más grande que el mío. Estoy convencida de ello.

—¿Y? —repite con cautela.

—¡Da igual, Héctor! —Lo miro de arriba abajo—. Espabílate porque Javier tiene algo en la polla y tienes que ayudarlo.

Sus ojos hacen chiribitas. No sé si es por miedo o por la ansiedad que le genera saber que va a ver la trompeta de mi marido. La cuestión es que se lleva las manos a la cara y se muerde el labio inferior antes de gritar histérico una, dos y hasta tres veces:

—¡¡¡Oh, my God!!! ¡¡¡Oh, my God!!! ¡¡¡Oh, my God!!!

Me detengo en seco al llegar a la quinta planta y me apoyo contra la pared tratando de insuflar aire a mis pulmones.

—Héctor, corazón, dame tu móvil. Ten... tengo que llamar a una ambulancia.

Veo cómo se mete la mano en el pantalón y saca un iPhone 7 envuelto en una exclusiva funda de Swarovski con un expresivo diseño dorado inspirado en las tallas facetadas del cristal y un toque de *Crystal Rocks*. Al ver mi cara de asombro, me dice con una divertida sonrisa en los labios:

—¿Te gusta? Me la regaló mi novio la semana pasada.

—Joder con tu novio. Debe estar forrado. ¿Cuántos años tiene?

—*Sixty one*.

Durante un par de segundos repaso mentalmente los números en inglés. *Thirty* es treinta; *forty*, cuarenta; *fifty*, cincuenta...

—¡¡¡QUÉ!!! —Lo miro con los ojos descajados mientras seguimos el ascenso al Mont Blanc. Voy sin bombona de oxígeno, con la lengua fuera y sin fuerzas para hinchar los pulmones—. Pero si tú tienes...

—Diecinueve.

Me estremezco al ver el *piercing* que perfora su lengua. ¡Joder, qué dolor! En tiempos del nacionalsocialismo, las perforaciones de la piel eran una señal de humillación o incluso un método de identificación. En la época punk, un elemento de protesta. Hoy, un accesorio de moda que va más allá de los clásicos pendientes en las orejas. El *body art* normalmente responde a demandas estéticas, pero en ocasiones supera al simple deseo de mejorar la imagen, siendo otros los motivos como la osadía, la provocación, el riesgo, el

placer sexual o la búsqueda de la propia identidad como le está ocurriendo a Héctor.

—¿Me estás diciendo que te acuestas con un tío que te lleva la friolera de...?

—Cuarenta y dos años, *darling* —declara—. Me gustan talluditos, *my life*.

—Y a las puertas de la jubilación, no te jode —digo casi sin resuello—. Por favor, Héctor, sigue tú, corazón. Javier está en el baño.

Un grito pavoroso hace que mi corazón vuelva a saltarse unos pulsos cuando mi vecino entra en mi habitación y de ahí, al cuarto de baño.

—¡¡¡*Oh, my God!!!* ¿Qué te ocurre, macho *man*? Cuéntale a Héctor tu problema.

—¡Cataaa! —grita mi marido a punto del colapso.

—Lo siento, Javi —resoplo viendo cómo Héctor comienza a masajearle el glande para reducir la inflamación que está produciéndole el pellejito que se ha deslizado misteriosamente hacia atrás—, la ambulancia está de camino.

—¡La madre que te parió, aparta tus sucias manos de...!

—Eieiei, Javierito. —Le lanzo una mirada incendiaria cuando mi vecino se sienta sobre la taza del váter y se cruza de brazos—. Ojito con lo que dices. Héctor es enfermero y sabe lo que hace.

—*My darling*, ¿tienes unas pinzas de esas que se utilizan para darle la vuelta a la carne cuando está en el horno?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Tráelas, por favor.

Javier abre los ojos de par en par y comienza a hiperventilar.

—¡Cata! No, no, no, por favor.

—Cariño —le dice Héctor a Javier—, te prometo que con las pinzas se te va a encoger la salchicha en un pispás.

—Por encima de mi cadáver.

—Ricura, te puedo asegurar que no te va a doler. Hace un mes me puse un Príncipe Alberto y...

—¡¿Qué coño es eso?!

—Un *piercing* que se pone justo aquí —admite Héctor acariciándole el glande amoratado—. Se llama así en honor al marido de la reina Victoria de Inglaterra.

—Yo no sé quién es ese gilipollas.

—Ni yo, *darling*. Durante el primer cuarto del siglo XIX los hombres se

perforaban el glande para colocar una anilla justo aquí para engancharse el pantalón. Así mantenían su trompetita en la posición correcta y las damiselas no se acaloraban cuando se les ponía tiesa como una bandera. Algo muy *chic*, ¿verdad?

—¡¡¡CATALIIINAAA!!! —Javier rechina los dientes, echa la cabeza hacia atrás y se apoya contra el alicatado de la pared. Amenazante, observa a Héctor y le dice entre dientes—: Suéltame ahora mismo la polla si no quieres que te destroce de un mamporro esa cara de tonto que tienes.

—Como tú quieras, guapetón. Pero te aseguro que tu pistolita no va a tardar en apuntar al frente otra vez en uno, dos, dos y medio y...

—Ayayayyy —se queja Javier antes de que Héctor anuncie el tres.

—Te lo dije, *darling*.

—Te lo ha dicho, Javi —confirmo yo desde la cocina mientras revuelvo el cajón donde guardo todos los elementos más grandes de la cubertería—, ¡TE-LO-HA-DICHO!

—¿Te das cuenta, *my love*? Si lo suelto se vuelve a llenar de sangre y te duele. Tú y yo vamos a hablar muy seriamente, *darling*, porque tienes un serio problema entre las piernas.



ALLÁ VOY

Hace tan solo un par de horas que Javier se ha marchado y ya me siento más ligera, más grácil, más liviana incluso. También un poco culpable. Lo de ayer no tuvo que ser fácil para él. Para mí tampoco.

A eso de las seis, mi marido se ha levantado y se ha encerrado en el cuarto de baño muy sigilosamente creyendo que yo dormía. ¡Error! Los casi treinta grados que ha habido esta noche me han hecho sudar como un pollo cuando lo asan en la rosticería y han mezclado la sal de mi transpiración con los aceites naturales que cohabitan en la superficie de mi piel, causándome una sensación pegajosa e incómoda.

Durante toda la noche mi mente ha sido incapaz de dejarse seducir por las

maquiavélicas proposiciones de Morfeo que me invitaban a salir de la cama, correr hasta el lavadero, buscar un calcetín apestoso dentro del cesto de la ropa y colocárselo a Javier en la boca para ver si se callaba. ¡*Lamadrequemeparió*, el cabrón no ha parado de roncar en toda la noche! Al parecer, los calmantes que le recetó el médico de Urgencias han hecho su efecto por duplicado: a él lo han relajado y a mí, me han crispados los nervios.

Desde la cama, he percibido que se ha afeitado. Su *aftershave* es inodoro pero cada vez que se lo unta en la cara yo percibo un aroma que no he conseguido apreciar en ningún otro hombre: a madera acetrinada. Después se ha duchado, se ha lavado los dientes e incluso se ha echado gomina en el pelo, ha preparado una pequeña bolsa con

un par de mudas, un vaquero, tres camisetas —una de ellas, su favorita, esa de AC/DC que yo le regalé hace un par de años por su cumpleaños— y se ha marchado silenciosamente, sin despedirse. No ha habido un «adiós», ni un «hasta luego» ni un simple «ya te llamaré»; tan solo un sonoro BOOM y el traqueteo de los cuadros de la entrada al cerrar la puerta. Ah, y también el sibilino chirriar de la reja del ascensor que, desde hace meses, está pidiendo a gritos un arreglo.

Se acabó. Siento como si mi vida se estuviera descongelando poco a poco, como si esa rigidez extrema en la que he estado encorsetada se fuera diluyendo y estuviera ofreciéndome las primeras pinceladas de un cuadro que indefectiblemente me ha hecho meditar en búsqueda de capas semánticas y símbolos secretos que hasta el momento no he logrado encontrar. He vivido debajo de capas y capas de resignación y conformismo durante estos años cuando en realidad soy una mujer inconformista que odia resignarse. Al menos en lo referente a la teoría porque en lo que respecta a la práctica soy tonta. Ayer lo demostré con creces.

Tener una nueva oportunidad de vida sin duda es para estar feliz y celebrarlo. Y yo quiero serlo. Quiero emborracharme de mi propia felicidad. Sin que me importen los kilos ni las arrugas que llevo encima o lo destrozada que tengo el alma. Ha llegado el momento de gritar a los cuatro vientos ¡basta! ¡Ya está! ¡*C'est fini!* ¡*Arrivederci!* ¡*Bye bye!* Adiós a todo aquello que adormece mi gran carácter y me impide actuar como me merezco.

Terminar una relación no es un fracaso. Un fracaso es continuar con una relación llena de sufrimientos. La vida tiene muchos capítulos y uno malo no significa el final de la historia. De TU historia. Es hora de subirse a la noria de la vida y permitir que la rueda gire nuevamente sin la obligación de mirar atrás para contar el número de personas que se han quedado en la cola esperando el turno para comprar su entrada.

Hasta el momento todo mi mundo ha bailado en torno al odio y la desesperación. ¡Ya no! A partir de hoy voy a comenzar a vivir. A gritar. Y a comerme el mundo como cuando era una adolescente malcriada y viajaba por la vida sin preocupaciones. Sin martirizarme por el qué dirán unos cuantos a los que nada debo. Sin inquietarme por su reacción a mi forma de pensar, de hablar, de actuar... Soy Catalina Pulpón y mi apellido tiene fuerza. Al menos eso es lo que me decía mi padre cada vez que llegaba llorando del colegio y

corría con lágrimas en los ojos al calor de su abrazo.

—*Cata, cariño, princesa...* —me susurraba al oído para tranquilizarme—
con el apellido que tienes, vas a comerte el mundo.

Desafortunadamente, de lo que nunca fue capaz de advertirme mi padre es que todo lo que iba a comer de ese mundo idílico al que hacía referencia se me iba a acumular en las caderas, en la tripa, en los brazos, en la geta y en las tetas. Al respecto de esto, te ruego que me guardes el secreto porque salvo Trini, Héctor y Javier nadie sabe que utilizo el *Wonder Bra push up*.

Soy gordita en un mundo esclavo por la belleza, pero sonrío, camino y me muevo segura sobre mis propios pies. A las pruebas me remito...

He abandonado a Javier tras veintisiete años de (in)feliz matrimonio sin pensar en el futuro, en lo que voy a hacer mañana... ¡ni siquiera dentro de cinco minutos!

La vida es dura. Lo sé. Y también demasiado corta para que las páginas de mi agenda se tiñan de lágrimas. Javier no está. Se ha ido. Y Robustiana, también. Y sus problemas con el jerseycito de cuello vuelto que ayer amenazaba con acabar con su vida. Eso implica asumir mi nueva soledad: una vida en la que no va a haber un peso muerto hundiendo el otro lado de la cama cuando me levante por las mañanas o una marmota roncando abrazada a mi almohada cuando me acueste tarde. Ya no voy a poder hacer la cucharita, ni discutir ni tirarle el plato con la cena a nadie. Se terminaron los «buenos días» por compromiso, los «te quiero» insinceros y esas asquerosas gotitas en la taza del váter con las que tenía que lidiar cada mañana cuando Javier se levantaba con la tienda de campaña a cuestas y su mano adormilada se ponía a temblar como los platillos en una pandereta.

Una pesada carga recorre mi pierna cuando me siento en el filo de la cama y mis pies tocan el suelo. El fuliginoso color que la maquilla brilla acerado como las oleosas patas del moscardón que acaba de entrar por la ventana batiendo enérgicamente sus alas membranosas y transparentes de color grisáceo.

—Maldita sea tu estampa —le digo cuando se detiene sobre la almohada de Javier y me mira con sus enormes y sanguinolentos ojos facetados—. Acaba de salir por la puerta el dueño de esa almohada y ¿ya quieres ocupar tú su lugar?

La miro teatralmente con el ceño fruncido y ella extiende sus alitas hasta apoyarlas sobre su lomo. Tengo la sensación de que su pequeño cerebro busca

una respuesta sencilla, pero no las hay a preguntas complicadas.

Me observa detenidamente con esa sonrisita que se te pone cuando sabes que vas a hacer algo incorrecto y vas a disfrutarlo a base de bien. La muy puñetera me está desafiando. Lo intuyo. Pero lo que no sabe es que yo me crezco ante los desafíos.

—Que te quede clara una cosa, guapa —le digo—. Ser desafiado en la vida es inevitable. Ser derrotado, opcional. Así que cuidado con lo que haces porque de tonta no tengo un pelo y mi cerebro funciona más enérgicamente que el tuyo.

Ahora soy yo la que la mira con el ceño fruncido. Bato mis pestañas y sus minúsculos pelillos, casi imperceptibles a simple vista, se mueven a la misma velocidad que los labios vaginales de Beyoncé Knowles cuando canta *Single Ladies* delante de tres ventiladores industriales a máxima potencia.

All the single ladies
All the single ladies
All the single ladies
Now put your hands up
Oh, oh, oh
Oh, oh, oh, oh, oh, oh

—¿No piensas contestarme?

La moscarda no me responde, pero se acojona. Lo percibo. El miedo es una respuesta bastante compleja ya que involucra pensamientos, emociones y reacciones fisiológicas y conductuales amenazantes que hacen que supures sangre, fluidos sexuales, excrementos y sudor por todos los poros de tu cara y los de tus globos oculares. Y, precisamente, esta mosquita está acojonada porque su culito, que debe ser más pequeño que la punta de un alfiler, ha soltado una cagarruta sobre el blanco algodón donde aún permanecen algunos pelitos muy cortos de Javier. Supongo que de la cabeza, pero no lo puedo garantizar porque los tiene un poco ondulados y no se distinguen bien con los de más abajo. Bueno, bueno, bueno, ya está, Cata, ya vale de tantas explicaciones.

—Serás...

Me muerdo la lengua. No está bien insultar a las visitas, aunque he estado a un *ay* de llamarla guarra. ¿Qué le parecería a ella si yo voy a su casa y suelto

un zurullo en su cama?

Hay quien piensa que una almohada es como un *kleenex*, como un pañuelo para lágrimas o como un hombro sobre el que llorar y martirizarse cuando algo te sale mal. ¡Nada más fuera de la realidad! Aunque es leal, te acompaña entre las sábanas y escucha tus lamentos, tus gemidos e incluso tus pedos, también es un elemento que no entiende de dueños. A los hechos me remito. Mi almohada me ha sido infiel muchas noches al permitir que los labios del mejor *follalmohadas* que hay sobre la faz de la Tierra —Javier— sobrepasen sus zonas de peligro.

—¿Te das cuenta de que voy a tener que frotar la funda con lejía por tu culpa? —le recrimino a la moscarda.

La muy puñetera vuelve a no contestarme. Ni tan siquiera zumba.

Cansada de una conversación tan absurda, saco mi libro del cajón de la mesilla y me arrebujó entre los almohadones de satén e historiados colores que me regaló Trini el año pasado cuando le dio un arrebató y cambió toda la decoración del salón después de seis meses de dudas complejas en los que yo no dejé de provocarla para que lo hiciera.

Muy zen yo, cruzo las piernas como un monje budista y me pongo a leer. Rhian Hoover está seduciendo a Heather Rothscill, provocándole escalofríos con sus besos, tentándola con sus espectaculares ojos azules, con el dibujo de sus tatuajes y...

¡Ayayayyy, joder! Los dedos de mis pies no tardan en enfrentarse a un hormigueo extraño que comienza a subir provocativamente por mis piernas, adormeciéndolas. ¿Por qué cojones siempre que estoy en la escena más tórrida de un libro me tiene que ocurrir algo que impide que pueda terminarla de leer?

Suelto el libro, me levanto de la cama, empiezo a patear el suelo para reactivar la circulación de la sangre y me asomo a la ventana. En la calle se escucha la habitual marcha de los viernes: la furgoneta que suministra el pan a la tienda de comestibles de la esquina, el ladrido del perro labrador de Conchita, mi vecina del tercero B, el claxon de los coches junto al taller de Marcial, los gritos de Soraya para que Cristina deje de tirar juguetes por el balcón, los estrepitosos borborigmos de mis tripas...

—¿Te apetece bajar a comprar media docena de churros? —le pregunto a la mosca que acaba de apoyarse en el marco de la ventana y valora los metros de caída libre que hay hasta llegar a la calle.

Siento que va a darme una respuesta cuando el móvil comienza a vibrar

sobre la mesilla de noche interrumpiendo nuestro *tête à tête* y aparece el número de Trini. Descuelgo y, sin darle tiempo a decir nada, le suelto:

—¡Adivina qué ha pasado esta madrugada!

—Cualquier cosa —resopla—. Cata, buenos días. Ya me encargo yo de las formalidades sociales por las dos. ¿Cómo estás?

—Agotada, rota, exangüe, fundida... —suspiro—. Me dan ganas de hibernar, pero con este calorín no sé si es la opción más correcta. Por cierto, ¿qué planes tienes hoy? Si quieres podemos ir al centro a darnos una vuelta, tomarnos un café y...

—No puedo, Cata. A las once tengo que acercarme al Ayuntamiento porque no he recibido los malditos papeles del IBI y me los está pidiendo el asesor por algo de la declaración de la renta. Ah, y por supuesto, he de terminar de corregir los exámenes.

—¿Y esta tarde?

—¡Imposible! Pablo y yo hemos pensado ir al cine cuando salga de trabajar. Quiere ver a su adorada Jessica Chastain en *La Casa de la Esperanza*. No me apetece mucho, pero...

—Ah, vale, vale —respondo casi sin respirar, dejándola con la palabra en la boca.

—Cata, ¿ocurre algo?

—No. Puedes estar tranquila, Trini. De verdad.

El tono de mi voz parece no convencerle. Me recuesto en la cama y la escucho como me echa la bronca mientras miro los desconchones del techo. De hecho, solo la escucho a medias hasta que me dice:

—Cata, por Dios, desembucha de una vez.

Todo secreto para alargar la vida consiste en no acortarla así que, sin pensarlo dos veces, digo con tono ausente:

—Trini, anteanoche le dejé las cosas claras a Javier y...

—¿Y? —me interrumpe, sacándome brutalmente de mi ensueño.

Aunque estoy sola, miro mis pies, intentando que no se me note la vergüenza que me genera decir:

—Esta mañana se ha marchado definitivamente. O al menos eso pienso porque se ha llevado una bolsa con cuatro trapos y la camiseta de AC/DC que le regalé hace un par de años por su cumpleaños.

—Vaya. Ehm... ¡Qué bien, ¿no?! Felicidades.

—Gra... gracias.

Tiemblo al darlas. Me da la impresión de que pronunciar esas siete letras ha sido más duro que subir el Everest sin bombona de oxígeno tres veces seguidas. Cierro los ojos, apoyo la espalda en los almohadones de satén y respiro a través de la boca entreabierta. Tengo una sensación extraña en el pecho.

—Eso es lo que querías, ¿no?

—Uhm... —dudo—. ¡Sí!

—¿Y estás bien? Me refiero a si necesitas un hombro sobre el que llorar y esas cosas.

—Estoy... estoy bien, Trini —confirmo, aunque no estoy convencida al cien por cien de que eso sea verdad.

Dicen que hay un truco sencillo para saber el TAMAÑO de una MENTIRA —medir el LARGO de la EXPLICACIÓN y multiplicarlo por el ANCHO de la EXCUSA—. A pesar de que el engaño hiere, destruye, rompe, desgarrar y no es una buena decisión ni un buen cómplice yo experimenté esa agria sensación que se siente cuando alguien descubre tu mentira a la edad de trece años. Y eso que, según Eduardo Alighieri, «saber cuándo alguien te miente puede ser complicado, con independencia de los trucos que existan, porque los mentirosos suelen ser muy buenos para que las cosas que dicen parezcan la absoluta verdad». A los hechos me remito...

—Cata, ¿qué tal te ha ido el examen de matemáticas?

—Muy bien, papá. Estaba chupado.

Aún recuerdo cómo mi padre levantaba la ceja izquierda y me miraba profundamente a los ojos como si estuviera leyendo mis pensamientos mientras que mi madre, abstraída en su novela, hacía como que no escuchaba.

—¿Seguro?

—Sí, papá.

—Déjala, Samuel —sugería mi madre con una sonrisa enigmática—. Ya se verá cuando recojamos las notas en junio.

Hay que reconocer que las madres son muy cucas y se enteran de todo porque tienen rayos X en los ojos que les permite ver a través de los cuerpos opacos. Aquella mujer arcana de mirada sombría me siguió el juego durante todo el curso. Consintió que la pequeña bola de nieve en la que se había convertido mi mentira durante el primer trimestre fuera aumentando de volumen y se rompiera como el vidrio cuando llegó la última semana del curso. El 22 de junio de 1982, nueve días después de la inauguración de la

décimo segunda edición de la Copa Mundial de Fútbol con Naranjito al frente, mi madre descubrió el pastel. Pero no era dulce, ni tenía azúcar ni guindas ni siquiera las frutas escarchadas que tanto me gustan.

—Catalina, ¿estás lista?

—¿Para qué, mami?

—¿No tienes que contarnos algo?

—¿Yo? —disimulé cuando mi padre se asomó por la puerta del lavadero. Estaba cambiando un geranio chuchurrío a un macetero más grande—. No.

—Está bien —suspiró mi madre tras dejar la espumadera sobre un plato vacío. Estaba friendo albóndigas—. Siéntate.

Comencé a temblar. Mi madre era una mujer recia que te hablaba con voz rasgada y profunda, como Robert de Niro en *El cabo del miedo*.

—A ver, mamá, yo...

—Shhh... Silencio, señorita. En este momento la que va a hablar soy yo.

Y habló. Mucho, mucho, mucho... Su lengua, que cuando se envalentonaba lo hacía de verdad, cogió carrerilla. Tanto que, cuando dieron las diez de la noche, yo aún seguía temblando.

Siento que el mes que marca el ecuador en el calendario es un mes fatídico para mí. Por lo general, los problemas más graves a los que he tenido que hacer frente a lo largo de mi vida —los suspensos, la amenaza de embarazo con tan solo diecisiete años, la muerte de mi perrita Lúa, el fallecimiento de mi padre... y ahora la marcha de Javier— han sido siempre en este mes.

Mi madre destapó mi mentira con las notas de matemáticas el 22 de junio de 1982. Cuatro años después, el jueves 19 de junio de 1986, tuve un susto con esa desgraciada oportunista que nos visita a las mujeres todos los meses y me obligó a hacerme un test de embarazo ante el peligro de haberme quedado en estado. Ayer, 15 de junio, hizo siete años del fallecimiento de mi padre. Mañana tres de mi perrita Lúa. Hoy, viernes 16, se ha marchado Javier y el 29... ¡Ufff! El 29 hará veintiocho años que me casé con Javier si no firmamos antes algún papel que confirme nuestra ruptura.

Como suele decir Eusebio, las cosas buenas llegan cuando menos te lo esperas siempre y cuando te hayas preocupado antes de curar bien tus heridas, por supuesto. La herida que me ha dejado la «no-despedida» de Javier es muy superficial. Salvo un tremendo calentón y la incertidumbre por no saber si me va a dejar el pellejito que le sobra para hacer algo con él —véase el protector del colchón que me hace falta, una funda para el móvil o incluso un tapete para

la mesa, ¡qué sé yo!—, la marcha de Javier solo me ha generado paz.

—Cata, en serio —me dice Trini—, me alegro de que estés bien.

Un ruido extraño como el del plástico al arrugarse se cuela a través de la línea. Después de revisar los dígitos de color blanco que aparecen en la pantalla del terminal, anuncio con vehemencia:

—Estoy perfectamente.

—Me alegro, Cata. Perdóname por dejarte hoy sola, pero aún tengo más de diez exámenes que corregir.

—¡Solo diez?! Te los corrijo ahora mismo si tú te encargas de los míos.

—Ay, Cata. No digas tonterías.

—*Bien que je déteste les Français, je pense que le changement est bon*^[7]. ¡¿Qué me dices?!
—Déjate de coñas, Cata. Pablo y yo queremos... —comienza a decir, pero yo la vuelvo a cortar inmediatamente.

—Joder, Trini. No sé yo si te conviene ese pipiolo.

—Catalina. Ese pipiolo como tú lo llamas me ha mostrado una filosofía de vida nueva.

—Belleza madura, relación sensible y repleta de erotismo, imaginación e inteligencia —enumero repitiendo las palabras con las que Trini me martiriza todos los días.

—Así es. Y también estabilidad emocional, algo de lo que tú careces, por cierto.

Suspiro. Como siempre, mi amiga, mi compañera, mi casi hermana ha dado en el clavo.

—No te preocupes —suspiro—. Ya buscaré algo con lo que entretenerme.

—Si necesitas que mañana nos veamos para tomar un café, soy toda tuya. —Preferiría que eso me lo dijera un hombre, pero... a falta de pan, buenas son tortas. Pasar un rato con Trini puede ser de lo más interesante si la noche anterior ha tenido una noche loca con su pipiolo—. Pablo ha quedado para jugar al pádel con su cuñado a eso de las once, a las doce y media tiene una reunión con un cliente y por la tarde tiene intención de ir a casa de su madre a por algún cachivache de los suyos. ¡Yo qué sé! La cuestión es...

Mi mente comienza a vagar por otra dimensión. Me da igual si el pipiolo de Trini va a casa de su madre a por los *tupper* de ensaladilla rusa, a por su sobrina o a bailarle una sardana a la vecina del quinto con la que, al parecer,

la dulce Pepita hace muy buenas migas. Lo único que me preocupa en este momento es lo pegajosa que estoy, el agobio que tengo y que la puta moscarda se ha cagado ya tres veces en las cortinas, dos en el tapete de la cómoda y una más en la pared. No me va a quedar más remedio que prepararle un poquito de suero fisiológico para que recupere los electrolitos que ha perdido o va a terminar deshidratándose.

—Trini, perdona. Ehm... tengo que colgar. —Interrumpo el listado interminable de actividades que tiene que hacer su pipiolo. No me interesa lo más mínimo la agenda de ese niño con cara de hombre—. Necesito darme una ducha urgentemente. Hasta mañana.

Las gotas de agua resbalan una a una por la mampara de cristal dibujando un elaborado e intrincado laberinto cuando abro el grifo. Los azulejos con horrosas rayas de color verde del aseo besan mi piel cuando accedo al minúsculo reducto de la ducha. Tengo que avisar al fontanero para que arregle urgentemente el grifo de la bañera del cuarto de baño en *suite* de la habitación principal antes de que mi cuerpo se quede atascado en esta ducha minúscula y asquerosa que se cae a pedazos. Ya imagino los titulares de los periódicos si se diera el caso:

«MUJER MUERE ATRAPADA EN LA DUCHA COMO UNA PATATA
ASADA GIGANTE POR CULPA DE LOS KILOS».

«CATEDRÁTICA DE LA UNIVERSIDAD FALLECE EN EXTRAÑAS
CIRCUNSTANCIAS AL SER ENGULLIDA POR HAMBRIENTOS AZULEJOS».

«MUJER SE QUEDA AISLADA EN LA DUCHA CUANDO LOS
AZULEJOS HACEN VENTOSA SOBRE SU CUERPO».

Paso veinte minutos bajo el agua caliente. Mientras me enjabono, mis manos navegan por mi cuerpo y, como barcos a la deriva, se detienen en las sinuosas olas de mi sexo. Me acaricio. Mi deseo se dispara. Este nuevo apetito me sorprende. Pego mi cuerpo desnudo contra las frías y húmedas losetas de cerámica y, caprichosa, arrullo el rosado botón que se oculta entre mis piernas. Sin frases banales, sin conversaciones fatuas y sin fórmulas preconcebidas me entrego al placer bajo esta ducha humeante. Mi dedo, como un taladro percutor, no tarda en horadar esa estrecha cueva que, desde ayer, late enfebrecida entre mis piernas. Solo existe un lenguaje: el de mi propio cuerpo.

El corazón comienza a bombear sangre por mis venas con fuerza cuando mi vagina succiona otro dedo y exige, acaloradamente, la presencia de un tercero.

—Ahhh...

Contraigo el abdomen. Con certeza sé que me estoy acercando al orgasmo. Mi sudor se convierte en un terso reguero que se abre camino sobre las curvas de mis pechos donde mis pezones chatos, bruñidos como monedas de cobre, se han calentado con el olor dulce y avainillado del untuoso gel con el que los he acariciado tímidamente.

Abochornada, me dejo llevar por la pasión, por la excitación, por el morbo... hasta que mis rodillas comienzan a temblar como la gelatina en el plato y mi vientre reverbera tras la descarga eléctrica que recorre mi cuerpo. De mi garganta brotan dos sonoros, profundos y prolongados suspiros que, como lágrimas, escapan entre un cúmulo de sentimientos arraigados en mi corazón.

—Ohhh... —Mis dedos se deslizan entre mis pliegues una y otra vez... y otra vez más—. Uhm...

Con los pies firmemente plantados en la porcelana de la ducha, apoyo la frente sobre el frío cristal y cierro los ojos. La tristeza, esa esponja que absorbe el agua de la vida hasta hacerla morir, ha dado paso a un sentimiento extraño que no logro reconocer, pero que se parapeta tras una falsa felicidad.

Mi sexo convulsiona brutalmente enfebrecido mientras mi mente navega por un océano de sufrimiento. Me estoy consumiendo de tanto pensar, de tanto soñar, de tanto perder el tiempo... de tanto imaginar.

Irónicamente, durante mucho tiempo he sido un rescoldo viejo cuando en realidad mi cuerpo es puro fuego que se enciende con prontitud con una simple caricia, con un simple te quiero... ese que nunca ha llegado y cuando lo ha hecho ha sido insincero.

Desde hace unas horas estoy sola. Aún me quedan ciento veinte exámenes por corregir, o lo que es lo mismo, un promedio de tres mil seiscientas páginas a las que hacer un estudio caligráfico con precisión para comprender qué narices ha escrito cada alumno. Por cierto, ¿dónde han quedado esos cuadernos de Rubio a los que los niños, y no tan niños, dedicábamos horas durante los veranos para mejorar nuestra caligrafía?

Hoy en día parece que escribir mal está de moda. Y no me refiero al hecho de escribir «ke» en lugar de «que», «pq» en sustitución de «porque» o «tp»

como abreviatura de «tampoco», sino a hacer una letra tan horrorosa que ni su propio dueño la entiende.

Hace tiempo leí un estudio al respecto en el que se barajaba la idea de que las personas que tienen letra fea son más inteligentes porque su cerebro trabaja más rápido que sus manos. Estoy convencida de que el cerebro de mis alumnos estuvo funcionando muy rápido el martes, pero no precisamente para concentrarse en las respuestas del examen. Me juego el cuello —y estoy segura de que no lo pierdo— a que la mayoría estuvo más pendiente de que no se le rompieran las botellas de whisky, de ron o de tequila que llevaban ocultas en la mochila para celebrar el fin de curso que del propio examen.

A pesar de todo —de los malos resultados de la prueba, de la moscarda y sus cagarrutas y del calorcito que me ha entrado cuando mis dedos han desatado esa furia salvaje que me bulle por dentro—, he decidido que me merezco un cambio si no quiero consumirme tímidamente.

Me seco. Y al hacerlo me recreo en cada pliegue, en cada curva, en cada peca de mi cuerpo. Uhm... soy un animal sexual rotundo, dinámico, enigmático, eróticamente fuerte... ¡Y muy bello también!

El olor a lavanda, a miel y a madera reseca de la crema hidratante reactiva mis pensamientos. Las cosas se ven de manera diferente en las distintas etapas de la vida y no solo el nivel de madurez es otro, sino también el físico, la piel... y la propia vida. A pesar de los kilos, acabo de darme cuenta de que soy una presa irresistible para cualquier depredador con dos dedos de frente. Necesito un buen revolcón. Al aire libre, bajo las estrellas, bajo el sol, bajo la lluvia... En la parte trasera de un coche, en el cine, en un probador... En la cama, en el sofá, en la ducha... ¡Y sobre la lavadora, por supuesto! Ya me encargaré yo de ponerle un protector a la puerta para que no se rompa el cristal antes de que llegue el momento de mayor calentón.

—Esta no, esta tampoco... —Saco las braguitas del cajón superior de la cómoda y comienzo a lanzarlas sobre la cama. Son bonitas, pero no lo suficientemente monas como para la nueva vida que hoy empieza para mí—. ¡Ufff, qué fea es esta! Y esta... Y esta también.

Definitivamente debo darle un sablazo a la tarjeta y comprarme un tanga. Bueno, o tal vez unas braguitas monas, con su encajito y su lacito en la cinturilla. ¡Ya veré!

Sé que hay tangas muy sofisticados y sensuales y de varios tipos: de hilo fino, de hilo intermedio y de hilo ancho. De encaje, de algodón y de

microfibra... Con dibujos y sin dibujos. Con mensajes y sin mensajes... Por mucho que Trini ha intentado hacerme ver que un tanga es uno de los estilos más cómodos de ropa interior, no estoy tan segura de ello. Soy consciente de que lo interior no debe renunciar a la sensualidad, pero... repito: ¿qué necesidad tiene una de que el culo se roce, nalga contra nalga, por no marcar la gomita de las bragas que hoy en día la tecnología se ha encargado de disimular a la perfección?

No entiendo cómo un trozo de tela sin gracia, tan poco fetichista como un calcetín doblado y tan complicado de tender puede gustar tanto a los hombres y ser cómodo para un alto porcentaje de mujeres. Aun así, como el momento del cambio ha empezado, voy a decir:

«Preparaos porque... ¡allá voy! Voy a comprarme un tanga, a permitir que mis nalgas se rocen una con la otra al caminar y a convertirme en una mujer cañón con las carnes bien prietas y las tetas...».

Bueno, bueno, bueno... a mis Catalinas vamos a dejarlas aparte porque la fuerza de la gravedad ya ha sido demasiado injusta con ellas.



AGUA NEGRA Y CAGALISTROSA

El local es sombrío, austero, demasiado oscuro para que el primer café de la mañana te caiga bien en el estómago. Aun así, disfruto de la tranquilidad que ofrece el Rusco, del olor a madera vieja de las intrincadas y abigarradas molduras de roble americano que cubren el techo, de las telarañas que cuelgan de las antiquísimas lámparas de latón, de las pesadas telas en tonos ocres que tamizan la entrada de luz en las ventanas, del reguero de servilletas de papel arrugadas que se acumulan en el suelo a lo largo de toda la barra y, sobre todo, de la media docena de churros con las que acompaño mi café. Están de muerte. Su punto de fritura es exquisito. No están secos. Tampoco aceitosos. Sí muy crujientes y con una textura muy suave para el paladar. El café... uhm... eso es otra historia.

—¿Están buenos? —me pregunta una voz masculina que proviene de la mesa que tengo a mi espalda.

Trago como los pavos, doy un sorbito al café ante la amenaza de comenzar a toser, dejo el churro en el plato, cojo tres servilletas, me limpio la boca y, mientras hago lo propio con mis dedos, digo sin mirar hacia atrás:

—Ha sido tal la satisfacción que me ha entrado al dar el primer mordisco y el segundo y el tercero... que estoy tentada a pedir otra media ración.

Por el rabillo del ojo veo cómo se levanta un brazo fuerte de piel bronceada y músculos prominentes que parecen querer estallar el dobladillo de una camiseta gris marengo bajo la que se oculta un poderoso hombro.

—¡Arturo! —exclama con su enérgica voz, llamando al camarero.

—Creo que no le ha oído.

El camarero está más concentrado en el escote de la presentadora del telediario matinal que en atender el negocio.

—*Chist.* ¡Arturo! Estoy aquí.

—Ay, sí, sí. Perdome, perdome —responde el interpelado pasando un trapo por la barra—. No le había visto entrar.

—Ya. —Sonrío.

—¿Puede ponerme un té con limón y media docena de churros como siempre, por favor? —solicita ese hombre fuerte y musculado que está que se rompe.

Menudo... ehm... menudo brazo. Joder. Y menudo cuerpazo tiene el tío. Chris Hemsworth a su lado es una mosquita muerta. Incluso Arnold Schwarzenegger en sus buenos años. Joder. Joder. JODER. ¿De dónde cojones ha salido ese atlante?

—Marchando un té con limón y media docena de churros —vocifera Arturo, el camarero, soltando el trapo sobre las tazas para que el vapor que desprende la cafetera lo vaya secando.

—Mejor que sean dos, por favor.

—¿Dos? —pregunta Arturo extrañado levantando la tapa de la churrera donde el aceite humea preparado para la próxima fritura. Rápidamente, abre la boquilla, la masa cae a la sartén y comienza a formar una gran rosca con los palos de rodar.

—Sí. Una para mí y otra para esta mesa de aquí.

—Marchando entonces dos medias de churros y un té con limón.

Me giro un poco más para observar a este hombre de piel tostada, cintura

estrecha y espalda ancha que, sin duda, rompe moldes. Sus ojos de un intenso color negro, enmarcados por larguísimas y arreboladas pestañas, llaman la atención dentro de un rostro de mentón anguloso y firmes pómulos.

—No, no, no —tartamudeo violándolo con la mirada—. Se lo agradezco, pero...

—Un día es un día, mujer.

—Y dos, media docena —admito chasqueando la lengua.

Una bonita sonrisa con la que se podría iluminar todo el mundo sin necesidad de gastar en electricidad asoma en sus labios y me permite ver el reguero perfecto de piezas blancas y alineadas de su boca. Empiezo a toser.

—Disculpa. Ehm... ¿Te encuentras bien?

Mi vecino de mesa o mi «nuevo mejor amigo», como prefieras llamarlo, coloca pesadamente una de sus manos sobre mi hombro izquierdo para tranquilizarme. Tiemblo como un corderito recién nacido cuando con la derecha me da unas palmaditas en la espalda. El fuego que desprende su piel me provoca quemaduras de tercer grado. Ufff. ¡Qué calores me están entrando!

Obnubilada en el recorrido rítmico que hace la pronunciada nuez de Adán y que misteriosamente se queda parada unos segundos en la base del cuello antes de ascender de nuevo, boqueo como una imbécil sin saber qué decir:

—Ehm... Sí, sí, sí... est... estoy bien.

Inevitablemente, tengo que mirarlo otra vez a los ojos y no al goloso paquete que atesora entre las piernas. Joder. Dios se esmeró, pero bien, con este espécimen humano. Bueno... Dios o su madre al follarse a un tío que tenía que ser casi tan guapo como él.

No quiero exagerar, pero este hombre es... ¡joder! Es un hombre de verdad. Punto. Es un canalla en toda regla. Esa cabeza rapada, esa minúscula cicatriz que cruza longitudinalmente su ceja izquierda, esa nariz chata y esos labios insinuantes son... uff... son... son... Joder. Que no puedo describírtelo porque... ay, como siga... me voy a correr. Bueno... lo intentaré. Este... ehm... ¿adonis?... de hombros anchos, cuadrados y bastante altos, tan anchos y tan altos como para dar sustento a una cabeza de postura altiva que descansa sobre un cuello exuberante, es un hombre de esos que te roban el aliento solo con mirarte. Es... es... es un empotrador.

Siento la cabeza en las nubes y los pies inestables. La sonrisa se me escurre al ver su expresión risueña. Mirar a este hombre da vértigo. Más incluso que subirse a la Torre Eiffel. O que observar el vacío bajo los pies a

través de la pasarela de cristal del Skywalk de la reserva india de los Hualapai en el parque nacional del Gran Cañón. Su aura tiene algo salvaje e incontrolable que me provoca, que me excita, que me incita y que hace que se me salten los pulsos, descontrolándolos ferozmente.

—Ufff. Me has dado un susto de muerte —suspira cuando dejo de toser. Al hacerlo, coloca el labio inferior entre los dientes de una forma extraña, enigmática... de una forma tan provocativa que las pupilas se escapan de mis ojos.

Alto voltaje recorre cada nervio, cada fibra, cada poro de mi piel produciendo descargas eléctricas allí donde hace mucho tiempo no me toca un hombre, ni tan siquiera Javier. Desmembrándome. Segmentando mi placer. Expandiéndolo por todo mi cuerpo en un reguero de insufribles caricias que a punto están de robar un gemido a mi garganta.

—¿Sí? —contesto ufana cruzando las piernas. Siento cómo se humedecen mis bragas.

—Así es.

De pronto me siento cortada, acalorada, sonrojada como una fresa pasada. O como un tomate maduro justo antes de estrujarlo para hacer un gazpacho. Debo parecer un cangrejo.

—Mientes fatal. —Suspiro tímidamente.

—Claro que no.

—Claro que sí —insisto con una sonrisa enigmática.

—¿Sí? —me pregunta alzando las cejas—. ¿Estás segura?

Ese hombre misterioso me mira fijamente a los ojos durante un par de segundos. Dos segundos que son eternos. Largos. Muy largos. Más largos que un día sin pan, que una semana sin chocolate o que un mes sin un buen polvo. Bueno... Olvidemos mejor lo de los polvos porque mi cuerpo, aunque aliviado, está muy necesitado y los muebles del salón están a reventar de polvo también. No me queda más remedio que ponerme a limpiar en cuanto llegue a casa.

—Hoy en día nadie se preocupa por algo o por alguien a quien no conoce —declaro.

Respira hondo. Sus cejas forman dos líneas perfectas sobre su extensa frente cuando las levanta y responde:

—Yo tengo que ser entonces un fantasma porque si no soy alguien ni nadie ni...

—No, no, no —digo al borde de la histeria dibujando una mueca terrible con la nariz—. No me refería a eso. Lo que quería decir es...

—Sé lo que querías decir —me interrumpe tras un carraspeo de lo más sexy mordisqueando uno de los churros provocativamente. Ay, me derrito... me deshago en sudor cuando frunce el ceño y me sonrío otra vez mostrando la perfección de sus dientes blancos—. Por cierto, no nos hemos presentado. Ehm... Me llamo Andrés.

—Encantada.

Le doy la mano mientras me obligo a respirar hondo. ¿Por qué cojones se ha parado el motor que impulsa a mis pulmones a hincharse y deshincharse al tomar y expulsar el aire?

—Encantada —murmura él manteniendo esa bonita sonrisa en los labios—. Bonito nombre.

Cuando caigo en la cuenta de lo que acaba de decir, abro los ojos de par en par y, con un inusitado tembleque en las manos, añado a modo de disculpa:

—No, no, no. Encantada ¡no!

—¿No qué? —Frunce el ceño y se humedece los labios.

Joder. Le estoy liando. ¡Lo sé! Lo percibo por cómo levanta la ceja izquierda unos milímetros. Por las arruguitas que se le forman en su extensa frente. Por la manera en la que mueve la cucharilla dentro del té y por el sonido arrítmico que hace el metal al golpear la porcelana.

—Que no me llamo Encantada.

—¿No? —Alza las cejas con extrañeza.

—Por supuesto que no. Yo me refería a que ESTOY encantada de conocerte y tú has pensado que yo...

—¿Que tú qué?

—Joder. —Resoplo cuando sus dientes envuelven sutilmente sus labios—. Está bien. Me callo, me callo, me callo. Hablo demasiado.

Sonríe y yo tras él.

¿Cuánto tiempo hace que un hombre no dibuja esa expresión en mi cara? ¿Un mes? ¿Dos meses? ¿Tres? ¿Una eternidad, quizás? Por más que lo pienso no puedo determinarlo con exactitud.

Ni trapos ni potingues ni perfumes caros. La sonrisa es la mejor medicina, la distancia más corta entre dos personas, el trapo que limpia las telarañas del corazón y permite que las semillas que crecen en él luego florezcan en los labios. Es, en realidad, el único virus que no hace daño al alma y, sobre todo,

el mejor maquillaje para cualquier mujer.

Desafortunadamente, aunque una sonrisa cuesta menos que la electricidad y da más luz, sonreímos poco. A pesar de que es una de las pocas cosas que se entiende a la primera en cualquier idioma —inglés, francés, alemán, ruso, mandarín, bengalí, hindustaní... e incluso en el walmajarri que solo hablan mil seres humanos en Australia Occidental o en el miwok, un idioma indio que únicamente conocen cuatro personas—, preferimos demonizar la sonrisa y apartarla de nuestro día a día. Y, de carambola, la metemos en un baúl bajo siete candados y tiramos las llaves al fondo del mar. ¿Qué digo al fondo del mar? En mi caso hace años que metí esas nueve llaves, y no siete, en un cohete que envié al espacio con autopropulsión porque sé que nunca voy a viajar hasta allí. Me dan miedo los aviones, así que, sobre los cohetes, mejor no hablar.

—Perdona, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Si no me equivoco estamos en un país libre —respondo disimuladamente. Me ha pillado con los ojos puestos justo en esa parte de su cuerpo que debe estar esculpida en acero... En el pectoral, ¿qué pensabas? Bueno, reconozco que también le he mirado el paquete, pero no sé si será de acero o de hierro forjado así que... Bah, da igual—. Puedes preguntar lo que quieras. Otra cosa es que yo te conteste.

Andrés gira completamente la silla para estar en una posición más cómoda. Se enfrenta a mí y me mira detenidamente a los ojos. Parpadeo para que le llegue el aire de mis pesadas pestañas, lo más destacable y bonito de mi cara.

—¿Sabes alguna palabra diferente al «no»? —Ahora soy yo la que frunce el ceño—. Si no me equivoco, creo que en los últimos cinco minutos la habrás dicho unas veinte veces. Por lo menos.

Desde el otro lado de la mesa me llega su aroma. Una mezcla a limón y a flores silvestres me embriaga y despierta las células que tengo dormidas entre las piernas. Bueno, más bien están echando un sueño reparador después de haber estado de juerga esta mañana junto a mis dedos y al chorrillo de la ducha. Mis pulsos se disparan.

—Ehm... no...

—Veintiuno —me corrige con un jadeo.

Frunzo el ceño mientras trato de contener... ¿El qué? ¿La ira? ¿La frustración? ¿El miedo? Ufff, exactamente no sé a qué me enfrento.

—Oye. No vayas a pensar que no soy capaz de...

—Veintidós. —Sus preciosos ojos negros se amplían con horror—. Perdón, perdón, perdón. Veintitrés.

—Lo siento. Es la primera vez que... Bueno... No te lo vas a creer, pero...

—Veinticuatro.

—¡Joder! Estoy muy nerviosa. —Mi tono es ártico—. A veces no sé lo que digo.

Sé que él sabe que soy consciente de que he vuelto a decir «no», pero ninguno de los dos hace referencia a ese detalle.

—¿Nerviosa por qué? ¿Vas a una entrevista?

Ay, si yo te contara, guapetón —me encantaría decirle cuando las terminaciones nerviosas de mi estómago comienzan a tejer un mapa de cosquillas sobre mi piel—. *Voy a comprarme un tanga, o dos, o tres, o media docena si hace falta para que TÚ me los arranques con los dientes y puedas acceder a....*

—¡Cata, ya está bien! —me recrimina Pepito Grillo dándome un puntapié con su bota.

—No te preocupes. Lo que ocurre es...

Sonríó cuando él me guiña un ojo y articula un «veinticinco». Travieso, apoya los codos sobre la mesa y me susurra:

—Lo que ocurre es que los churros que ponen aquí son una maravilla, pero el café una porquería, ¿verdad?

Mis mejillas se sonrojan de nuevo. El fuego bulle hasta instalarse en mi estómago y cae en caída libre por mis piernas. En el camino, envuelve al botón que retoza entre mis pliegues. El muy golfillo se eriza preparándose para disfrutar otra vez. Ay, ¡pillín, pillín, pillín!

Miro el plato con los seis churros que acaba de colocar el camarero en mi mesa y después al agua negra y *cagalistrosa* que humea en la taza.

—Más o menos —respondo entre dientes.

—Encantada, ¿te lo puedes creer? Nunca he llegado a entender esa expresión.

—Ni yo —bromeo—. Y eso que soy Catedrática de Filología Hispánica.

Andrés se rasca la cabeza. Es una cuestión en la cual entran en juego el pudor, la curiosidad, la admiración, el buen sentido, la discreción y la urbanidad antes de mirarme el escote. Es hombre. Y como tal, la racionalidad

que se supone que tiene para controlar las hormonas, las neuronas y su reacción no impide que el animal que lleva dentro se ponga en tensión. Lo intuyo por el bulto que comienza a crecer peligrosamente entre sus piernas.

Hay miradas de muchos tipos: curiosas, lascivas, acariciantes, furtivas, viscosas, francas, avergonzadas, descaradas, temblonas, fascinantes... Las hay también que son halagadoras y otras asquerosas. La que recae sobre mi escote, que recuerda a un mostrador de frutería gracias al *Wonder Bra push up* que me he puesto esta mañana, es dulce, cariñosa y muy golosa. Siento que a Andrés le han gustado mis pechos. ¿Le ocurriría lo mismo si los viera al natural cuando la imperiosa fuerza de la gravedad tira de ellos buscando el núcleo terrestre? *Je ne sais pas; qui sait*^[8].

Después de ese extraño momento de irreflexiva conversación en el que ambos convenimos que el café del Rusco es peor que un matarratas, Andrés mira el reloj y, al ver que son casi las diez, dice:

—Ehm... vaya. El deber me llama. Me alegro de haberte conocido.

—Encantada.

Sonríe maliciosamente.

—Bonito nombre.

—Lo es. Pero no es mío.

Me niego a decirle cómo me llamo. Aún no. Esta situación me pone.

—He de irme. Lo siento.

—Perdona. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Rápida? —se burla.

—¿Eres policía? —Alzo las dos cejas. Esta vez son mis labios los que dibujan una sonrisilla pícara—. Lo digo por eso del deber.

—Más o menos.

—Ahora has sido tú el que ha utilizado esa expresión tan horrorosa.

Me mira algo cortado y se pasa la mano por la cabeza en un acto involuntario que ha repetido hasta en seis ocasiones.

—¿Cuál?

—El más o menos —informo tras carraspear algo confusa, humedeciéndome los labios con coquetería.

—Ah, vale, vale. Ya caigo. Soy idiota.

—¿Por qué? —me intereso.

Me guiña un ojo mientras yo respiro a través de la boca entreabierta.

—Olvídalo. He de irme. —Tembloroso, se acerca a mí para darme un par de besos. Su perfume se funde con mi agua de rosas—. Hasta otro día, EN-CAN-TA-DA. Ha sido un placer conversar contigo.

¿A un diálogo de besugos como el que hemos cruzado se le puede llamar hablar?

Mi bolso comienza a cantar.

No quiero más dramas en mi vida, solo comedias entretenidas. Así que no me vengas con historias de celos, llantos y tragedias, no. ¿Qué más da, si todo es mentira? ¿Qué más da, deja que me ría? ¿Qué más da, si al final el día...? ¿Qué más da? Va a acabar igual.

—¡Mierda!

Ese tono... ehm... ese tono es el que producen las llamadas de Javier cada vez que aprieta el número dos dentro de la lista de contactos favoritos. Levanto la mano a modo de disculpa, saco el móvil y me lo acerco a la oreja.

—Dime, Javi. ¿Cómo estás?

—Jodido.

Tapo mi boca para amortiguar mi voz y que no se expanda. Zalamera, me atuso el cabello y miro por el rabillo del ojo. Andrés mueve la mano y articula un silencioso adiós con sus labios. Cuando sale por la puerta siento un tremendo vacío. Es la primera vez en mucho tiempo que he mantenido una conversación divertida con un hombre.

—¿Y Robustiana?

—Joder, Cata. Parece que disfrutas martirizándome.

—Eso nunca, Javi —digo muy despacio—. Yo no soy una mujer a la que le gusten los látigos. El BDSM no va conmigo. ¿Para qué has llamado?

—Quería escuchar tu voz —susurra afectado.

Me cuesta mantener la boquita cerrada. Tengo una lengua que coge carrerilla y cuando me envalentono, lo hago de verdad y no dejo títere con cabeza. Pero que quede claro que en mí no hay maldad... solo unas gotitas de sarcasmo y muchas horas a rebufo aguantando carros, carretas y carretones a su lado.

—Vamos, Javi, no me jodas. ¿Cómo está Robustiana? —repito—. Seguro que debe estar asustada y morcillona después de la que liaste ayer.

Estiro el cuello como un pavo para ver por última vez la silueta de

Andrés. Tiene un culo tan perfecto, tan redondo, tan... ay, no sé. ¿Qué quieres que te diga salvo que no puedo dejar de mirarlo?

—Cata, me operan el próximo jueves.

—Coño, qué casualidad. —El jueves es el día que hacemos veintiocho años de (in)feliz matrimonio—. Menuda forma de celebrar nuestro aniversario. ¿A qué hora?

—A las tres.

Puedo apreciar su nerviosismo por la modulación de su voz.

—Pfff. ¡Qué hora más mala, Javierito!

—Cata, por favor...

—¿Por favor, qué, Javi? —digo con la boca llena.

—Solo quería que lo supieras.

—Pues ya lo sé. —Soy odiosa. Lo sé. Lo reconozco. Lo admito—. ¿Algo más?

—Ehm...

Incertidumbre. *Tic, tac... Tic, tac...* Uno, dos, tres segundos, cinco tal vez de silencio.

—Javi, ¿algo más? —insisto levantándome como un reactor del asiento.

—No, Cata. Nada más.

—Adiós.

Hace años nos costaba colgar. Cada uno de nosotros quería ser el último en hablar.

—Javi, te quiero —le decía cuando mi marido me llamaba desde la obra con aquel modernísimo *Alcatel One Touch Easy* al que se le podía poner un par de pilas de voltio y medio cuando se quedaba sin batería y que era tan grande como un ladrillo.

—Yo más —contestaba él.

—No, yo un poco más.

La despedida podía durar un cuarto de hora perfectamente. Éramos como besugos. Y nuestras conversaciones las de dos besugos completa y rabiosamente enamorados. Nunca sabíamos quién iba a cortar primero. Y cuando alguno lo hacía nos llevábamos —al menos yo— el móvil con forma de ladrillo al pecho, suspirábamos y nos decíamos telepáticamente lo mucho que nos queríamos. O gritábamos a los cuatro vientos lo mucho que nos deseábamos. En definitivas cuentas, soñábamos. Porque era GRATIS. Y muy necesario para una pareja como la nuestra que se admiraba, que se quería, que

se respetaba y, sobre todo, que se amaba.

Ambos no despertábamos de nuestros sueños idílicos hasta las ocho de la tarde cuando Javier llegaba a casa de la obra y nos volvíamos a besar como dos tórtolos enamorados.

El primer beso, el de la mañana, siempre era tierno, puro, limpio... ¡sincero! El de la tarde, mucho más sensual, pasional, lujurioso, provocativo, posesivo, animal... Casi todos los días a ese beso le seguía un polvo rápido en el sofá o en la cama. Raras veces en la ducha. Casi nunca de pie, ni a cuatro patas como los perritos ni tampoco apoyados contra la pared. Salvo aquel fatídico día que lo intentamos sobre la lavadora con muy malos resultados, Javier siempre ha preferido follar en horizontal.

Una relación se vuelve monótona cuando la capacidad de asombro se esfuma. Eso es lo que nos ha pasado a nosotros. La magia del amor se ha ido apagando poco a poco como la temblorosa llama de una vela a la que ya no le queda cera para quemar. Como el gas que humea en la hornilla cuando la bombona de butano está a punto de terminar. O incluso como la tea cuando se ve amenazada por el viento. A estas alturas de la vida, la rutina ha hecho que entre Javier y yo ya no haya besos, ni caricias tiernas ni soñadoras llamadas ni despedidas de más de quince minutos en las que los labios no dejan de pronunciar dulces «te quiero».

No hay amor. Ni seguridad ni comodidad ni protección. Ni tan siquiera esa intimidad tan necesaria para que entre dos personas haya una buena relación. Nuestras vidas han comenzado a alejarse como dos troncos arrastrados por la corriente porque la seguridad, la comodidad, la protección y la intimidad no se han encontrado con la pasión, el riesgo, la aventura y la excitación necesarios para que la balanza del amor se equilibre. Sin este contrapeso, la seguridad se traduce en desolación y aburrimiento, la comodidad se reduce al inmovilismo, la intimidad se vuelve claustrofóbica y la dependencia... uff... la dependencia se transforma en indiferencia, ese enemigo que mata lentamente el amor, el cariño y la admiración por la otra persona.

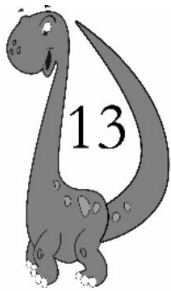
¡Qué paradójica puede ser la vida, ¿verdad?! Los sueños no se hacen realidad mágicamente. Hay que sudar para conseguirlos. Hace falta determinación, constancia y trabajo duro y ¡un tanga para que la victoria sea completa, también! ¿Por qué no?

—Arturo, ¿qué le debo?

Cojo el bolso y me lo echo al hombro mientras el camarero se inclina en

la barra para recoger su bloc y revisar sus apuntes.

—Hoy es su día de suerte, señora. —Sonríe—. Le han invitado al desayuno.



FUERA DRAMAS, FUERA PENAS Y MÁS COMEDIA

En pleno siglo XXI, con los grandes almacenes dominando casi la totalidad de nuestras compras, puede parecer extraño que una mujer de más de ochenta y cinco años tenga la habilidad de mantener un establecimiento capaz de surtir a lencerías, corseterías y establecimientos de moda de mayor calado. Pero no lo es.

El antiguo café Apolonia, transformado hace más de cien años en mercería, se ha convertido en un punto de referencia de las modistas, de las amantes de las puntillas y de todas aquellas amas de casa aficionadas al *handmade*. De todas aquellas mujeres que desean abandonar los conjuntos

clásicos de ropa interior y abogan por la comodidad y por lo orgánico. De aquellas que quieren adaptarse a las nuevas modas con independencia de si su cuerpo sigue el deseado 90-60-90 o si no. De las que buscan que la lencería cumpla su función. Y de las que, como a mí, nos encantan la funcionalidad, las prendas básicas, minimalistas, sencillas, los tejidos muy cómodos y las composiciones originales sin añadidos innecesarios.

En este local, regentado desde hace más de setenta años por Rosario, se pueden encontrar artículos de costura, cintería, botones, hilos, corchetes, agujas, blondas, dedales, hombreras, coderas, rodilleras, sobaqueras —¿desde cuándo no se utiliza esto?—, adornos textiles de todos los tipos, formas y tamaños, bordados, pasamanerías, flecos, galones, encajes —incluso de bolillos—, ganchillo, macramé, lana para hacer punto en un surtido muy extenso de colores y gramajes, almazuela —lo que ahora a todo el mundo le ha dado por definir como *patchwork* por esa absurda idea de que los anglicismos nos hacen pertenecer a una sociedad mucho más *chic*—, artículos de estética personal como pinzas, pasadores, horquillas, peinetas y peinas, bisutería, toallas, cinturones, medias, ropa íntima más antigua, más moderna, de los cincuenta, de los sesenta, de los setenta... actual. Y tangas.

Hace años Rosario creó un apartadito muy mono —al fondo, tras un pilar en torno al que hay una serie de estanterías que otrora fueran de melamina blanca—, donde colocó una serie de percheros con tangas de todos los colores, texturas y formas. Un rincón que, por cierto, yo siempre he sabido que está ahí, pero al que nunca me he acercado por pudor, por temor, por... Ay, yo qué sé. Que he sido una tontorróna durante mucho tiempo y... Bueno, da igual.

La cuestión es que hoy va a ser el día en el que voy a visitar ese rincón porque he tomado la decisión de dar un paso al frente en mi vida. ¡Sí! De olvidarme de esas antiguallas que tengo en el cajón. ¡Sí! De tirar esas bragas de cuello vuelto y esas fajas que aprietan las carnes estratégicamente desplazándolas hacia otros puntos de MI cuerpo que viven mucho más libres. Por supuesto. Y de cambiar el sentido del ~~mal~~ buen vestir que me ha acompañado durante tantos años.

Precisamente, en lo que respecta a mi forma de vestir, he de reconocer que necesito darme una segunda oportunidad y amigarlo con mi apariencia, con mi esencia, con mi forma de ser, con mi propio yo: mujer sumamente orgullosa que preferiría morirse antes de pedir ayuda para encontrar una dirección, de cuarenta y ocho años, 1,62 m de estatura, talla cuarenta y seis, setenta y seis

kilos con los cinco o seis que he descontado porque estamos próximos a las rebajas, cabello pajizo, lacio y sin vida como el de las ratas, tetas afectadas dramáticamente por la dichosa fuerza de la gravedad y caderas con celulitis, entre otras muchas fatalidades.

Aunque hay cosas de MI cuerpo que no acepto —sí, tengo celulitis, ¿y qué? ¿Pasa algo?—, he decidido que no merece la pena lamentarse más. Fuera dramas, fuera penas y más comedia. Mi tripa es la que es y por mucho que quiera o por mucho que lo intente no va a cambiar.

Vivimos en la era de lo digital donde el Photoshop está haciendo estragos en una sociedad perversa que valora más el continente que el contenido. ¿Por qué naturalizamos tanto los ideales que sutilmente nos impone la publicidad —yo la primera— y nos olvidamos de aprender a ser felices?

Soy consciente de que por mucha hambre y privaciones que pase mi cuerpo nunca va a ser igual que el de las modelos que salen en las portadas de las revistas; ni tan siquiera igual al de las modelos antes de que le hagan el severo repaso con el Photoshop. Incluso las divas son imperfectas. No dejan de ser mujeres de carne y hueso y, salvo una mayor sofisticación a la hora de vestir, de peinarse o pintarse las pestañas, mean y cagan como todo hijo de vecino. O ¿acaso el inodoro de las divas solo se llena de Channel N° 5 y cristales de Swarovski?

Llevo odiándome toda mi vida —quizás ese haya sido otro de los motivos por los que he empezado a odiar también a Javier. Bueno... Tal vez, odiar no sea la palabra apropiada para definir lo que siento por él. Simplemente, se nos rompió el amor de tanto usarlo. Sí, lo sé. Esto lo cantaba LA MÁS GRANDE, la célebre, inconfundible e inolvidable Rocío Jurado, pero me viene al pelo para describir el motivo por el que he decidido dejar de alimentar una pasión que se había estacionado en el fracaso—, así que voy a empezar a quererme y aceptarme tal como soy.

Aunque me asusten, voy a probar cosas nuevas. ¡Cuidado! Con esto no me refiero a fumarme un porro o a tomar algún tipo de droga más dura. No, no, no. Soy consciente de que la marihuana y el resto de las drogas denominadas «recreativas» tienen consecuencias muy negativas para el organismo que sobrepasan por mucho sus cortos placeres. No hay que consumirlas ni con quince ni con veinte ni con treinta ni con casi cincuenta años como tengo yo. ¡JAMÁS!

Las cosas nuevas a las que yo me refiero no van más allá de hacer *topless*

en la playa sin que el simple hecho de tener que quitarme la parte de arriba del bikini me provoque un paro cardíaco. Bañarme desnuda en la impresionante cascada Ulaan Tsutgalan del río Orkhon, ese paraje de extraordinaria belleza situado en el centro de Mongolia prácticamente inalterado por la mano del hombre. Hacer el amor en una palapa hondureña con... ¿Andrés? ¿Por qué no? También quiero montar en globo, tirarme en paracaídas, viajar a Australia, hacer un safari por Kenia, conducir en una pista de carreras —me conformo con montarme en un *kart* por eso de que la velocidad y yo no somos muy buenas amigas— y hacer submarinismo frente a las costas de Quintana Roo.

Cuando abro la pesada puerta de hierro del antiguo café Apolonia me sorprende el musical tintineo de los cristales del avisador que pende del techo. Los sonidos nos ayudan a armonizarnos con ese todo invisible que nos rodea y en el local de Rosario, envuelto en un soporífero ambiente cargado de polvo y humedad, adquieren todavía mayor fuerza.

—Buenos días. —Como si me acabaran de dar un puñetazo en la boca del estómago, comienzo a toser—. ¿Cómo está?

Rosario me mira de arriba abajo con sus ojos verde esmeralda desde el viejo y desgastado mostrador, el punto de observación y vigilancia más importante del local. Sus piernas vacilan cuando apoya sus correosas y apergaminadas manos de laboriosos dedos en la madera y se pone en pie.

—Cuánto tiempo, reina. —Sonríe.

—Ay, Rosario —respondo extendiendo mis manos para envolver las suyas a modo de saludo—. Dejé de sentirme la reina del baile el día que me miré al espejo y no me dijo NADA. ¿Sabe lo que eso significa?

—Que eres una gran exagerada, Cata. Recuerda que no hay amor suficiente capaz de llenar el vacío de una mujer que no se ama a sí misma.

—Vaya... —resoplo.

—¡¿Qué tal está Javier?!

—Hartito de tanto cargar sacos de cemento. Imagínese. Cuando no le toca subirlos a una primera planta es a la tercera y cuando no, a la octava.

Podría contarle que Javier y yo nos hemos dado un tiempo. O, como es habitual escuchar entre los famosos, que hemos decidido hacer un cese ~~temporal~~ en nuestra convivencia. Sin embargo, siento que aún todo está muy reciente como para ir gritando a los cuatro vientos mis miserias. Prefiero darme un puntito en la boca —o dos, sin son pequeños—, obviar los detalles y actuar como si no pasara nada; como si Javier siguiera compartiendo mi cama,

mi vida y mi alma y yo hiciera lo mismo con la suya.

—Déjalo, mujer. Eso le viene bien para bajar la barriga.

—Ay, Rosario —musito con un hilo de voz—, más quisiera yo. Javier es el típico hombre que baja ochenta gramos en la obra y coge cien cuando se mete en el bar. Como en el parchís, siempre suma y se cuenta veinte por si acaso.

—Eso es muy típico de los hombres. —Sonríe moviéndose con sordina, con la lenta y sólida seguridad de un continente—. Bueno, preciosa. Vamos al lío. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Pues la verdad es que me gustaría comprar una barra de pan, Rosario —digo guiñándole un ojo con picardía.

—Uiuiuiii, qué cosas tienes, Cata. En tiempos de Mari Castañas, en esta tienda se podía comprar de todo: *je ne sais quoi*. —Me quedo en silencio y la escucho pacientemente. Acudir al Apolonia implica venir sin prisas—. Incluso cerdos vendió mi padre junto a esa puerta.

—Su padre tuvo que ser un hombre de armas tomar.

—Fue un hombre muy emprendedor.

—¿Un culo inquieto?

—Efectivamente. Tuvo la sagacidad y la capacidad de cambiar el uso de este negocio cuando lo heredó, tras el fallecimiento de su padre, mi abuelo, Don Apolonio Ramírez... ehm... Ay, una ya no tiene la memoria para tantos nombres. ¿Cuál era el segundo apellido de mi abuelo? Ehm... Aguirrezabalaga. Don Apolonio Ramírez Aguirrezabalaga.

—Seguro que su madre era vasca.

—De la tierra llana de Bizkaia.

—¿Entonces?

Siento como si estuviera viendo una película en el cine, pero sin tener que soportar los fognazos de luz del proyector sobre la gran pantalla ni el sonido atronador del Dolby Surround.

—A mi padre no le gustaba el sacrificio de un café-teatro. Sopesó varias opciones. Y tanteó otras cuantas hasta que finalmente, el 13 de noviembre de 1916, inauguró esta mercería. Al principio, vendía máquinas de coser, cuatro cortes de tela, algunos hilos... Fíjate. Cada máquina de coser se vendía a 950 pesetas.

—Hoy en día con su equivalente en euros, no somos capaces de comprar ni un kilo de ternera para guisar.

—En aquellos años, cuando todo el mundo se quitaba el hambre a tortas, la única manera de vender máquinas de coser era financiarlas. Yo era muy pequeña, pero creo que cada letra era de ochenta reales. Casi como pagar hoy en día una hipoteca, pero sin intereses.

—Este local tiene magia, Rosario.

Sonríe.

—Así es, Cata. Así es —suspira con suavidad—. Por aquí han pasado embaucadores, políticos, mercaderes, zares, reyes, infantes, próceres, obispos, militares de las más altas esferas y...

—¿Alguna madame, supongo?

—Seguro. Pero cuando era un café-teatro.

—Y ¿brujas también? —pregunto intrigada.

Sus dedos temblorosos señalan un pequeño hueco en la pared. Entre decenas y decenas de estanterías en las que no entra ni un alfiler por lo cargadas que están, la luz mortecina de una vieja bombilla se conjuga con las sombras produciendo un embrujo tal que casi puedo ver ante mí la gigantesca silueta de un dragón amenazante, cuando, en realidad, allí dentro solo hay cajas viejas y destartadas con género de todas las épocas.

—Si hablasen las paredes de esa trastienda seguro que revelarían más de un oscuro secreto.

—Rosario, debería escribir un libro con la historia de este local.

—Ufff, a estas alturas de la vida no tengo aliento para eso, Cata. Mi vida ya solo se limita a vender medias, bragas, calzoncillos, camisones y botones, aunque cada vez menos. Por cierto, ricura, ¿a qué has venido? —repite con su voz dulce y aterciopelada.

Apoyo la palma de la mano en el mostrador para no perder el equilibrio al echarme hacia adelante. No hay nadie más con nosotras, pero el temor que me inspira que los fantasmas que pululan por el local puedan escuchar lo que tengo que anunciar debilita el movimiento de mis cuerdas vocales. Acelerada, digo finalmente:

—Quiero un tanga, Rosario.

—¿Un tanga? —corea abriendo los ojos de par en par. No está acostumbrada a que yo sea tan directa a pesar de que en otros temas voy a saco y hablo sin pensar. Al igual que Trini, ella me conoce muy bien.

—Sí, una braga de esas con la cuerdecita metida por el culo —admito avergonzada.

—Ya, ya, ya. Me queda claro, reina. No voy a decir que no me sorprenda, pero...

—Pues no lo diga, Rosario. —Me muerdo el labio inferior con picardía—. Me ha dado un arrebató y...

—Da igual, Cata, da igual. Explicaciones las justas. ¿De qué tipo lo quieres?

—De los que hacen babear a los hombres —sugiero—. Nada de tonterías. Javier nunca ha apreciado mi ropa interior y eso solo puede ser por un motivo: no le gusta.

—Acompáñame.

Rosario gira sobre sí misma, cual gacela, mientras algo pesado cae al suelo a escasos centímetros de su diminuto cuerpo. Con dificultad, me agacho para recoger el antiquísimo ejemplar de *Jane Eyre* con tapas desgastadas que está leyendo y lo deposito en el mostrador.

Un mundo nuevo se abre ante mis ojos cuando me adentro en el pequeño reducto que Rosario ha dedicado a los tangas y que, a diferencia de otras prendas de ropa íntima, cuelgan como murciélagos de las perchas ordenados por colores. Negro, rojo, azul cobalto, visón, granate, rosa, crema, blanco... El surtido de colores y modelos es extenso.

—El hilo dental es más grueso que la cuerdecita que tengo que meterme entre los dos cachetes —comento un tanto abrumada al coger un tanga granate que me entra por el ojo.

Ligeramente desconcertada, Rosario tensa la espalda y analiza a través de las dos líneas horizontales que se dibujan en sus párpados mi reacción.

—Este de color visón le va a gustar, Cata —admite refiriéndose a Javier—. Estoy convencida.

No lo va a ver. Me niego a ejercer de modelo para él. El universo ha confabulado para que ya no estemos juntos. Nuestra vida se ha desmoronado por completo como ese tembloroso e inestable castillo de naipes acartonado que construí la semana pasada en mi despacho. Al igual que la lluvia cae porque la nube ya no puede soportar el peso y yo porque soy una patosa y me tropiezo hasta con las migas de pan, a Javier se le tiene que caer la venda de los ojos y darse cuenta de que entre él y yo ya no puede haber otra cosa más que... resentimiento, dolor, indiferencia... cero amor. NADA.

—Tal vez. —Lo miro. Estudio ese pedazo de tela minúscula unida con tres cuerdecitas más delgadas que el hilo con el que habitualmente coso los

tomates en los calcetines del trabajo de Javier. Es suave, delicado, agradable al tacto—. Rosario, me lo llevo. Y este también. Y...

—Los que quieras, Cata, los que quieras —contesta abriendo los ojos como un búho.

Los míos se salen de las cuencas y ruedan como dos grandes canicas por un suelo pulido cuando Gruñón, Tímido, Dormilón, Mudito, Feliz, Sabio y Mocosito me sonrían desde uno de los percheros.

Con una pose muy sugerente, los siete están estampados en el minúsculo triángulo de un tanga blanco con un fondo de estrellas celestes. En formación, posan con los brazos cruzados a la altura del pecho y una sonrisilla pícaro.

Me tientan... Cuando acaricio el suave algodón, frotan sus lenguas contra mi palma avisándome de lo que pueden llegar a hacer si les concedo el deseo de tenerlos cerca de... AHÍ. Uhm...

¡Ay, qué lástima me dan! Para lo que han quedado. Ellos, que estaban tan acostumbrados a follar después de llegar sudorosos de la mina, a acariciar esa piel blanquecina por la falta de sol, a fundirse entre los primorosos pliegues de la mujer más bella del reino... han sido destronados —nunca mejor dicho— por un príncipe con sangre azul y la cartera bien llena. Y no voy a decir que no lo entienda. Nooo. A pesar de que Blancanieves tenía todo con esos siete hombrecillos del bosque, que gritaba, jadeaba, gemía y suspiraba como una loca cada vez que la empotraban contra un árbol, en el jardín o sobre un colchón, ha conseguido el objetivo por el que ha estado luchando toda su vida: ser la mujer más bella del reino por la mañana, cuando otras nos levantamos despelucadas y sudorosas después de una noche de insomnio por culpa del calor. Por las tardes, cuando las demás nos colocamos una pinza en lo alto de la cabeza porque no aguantamos tener esa manta —la mía es muy fina, por cierto— cubriéndonos el cuello. O incluso por la noche cuando tras varias horas enfrentándote al secador la almohada acaba con más pelos electrizados que la moqueta del hombre lobo.

Blancanieves ha sido y será la más bella. ¡Siempre! Siempre, por supuesto, que el príncipe le pague una peluquera, le compre los mejores trajes de alta costura, las joyas más hermosas, los zapatos más caros y la acompañe a los cirujanos plásticos más prestigiosos del reino. Si no, ¿de qué?

—¿Qué me dice de este?! —pregunto con entusiasmo—. ¿Tendrá mi talla?

—No sé, preciosa. Tendría que mirar...

—Hágalo.

Aplaudo entusiasmada cuando Rosario sale de la trastienda con una bolsita con más polvo que el sombrero de Indiana Jones y me muestra a Gruñón, Tímido, Dormilón, Mudito, Feliz, Sabio y Mocososo a través del plástico.

—Hoy es tu día de suerte, Cata. Este es el último que quedaba en la caja.



SLIM

Héctor está sentado en la escalera con la espalda contra la pared y una pierna flexionada sobre la que apoya el codo cuando salgo del ascensor con una docena de bolsas en la mano. Está más trasnochado que las ojeras de Drácula y yo más triste que un cangrejo ermitaño desahuciado por impago del inmueble. Es una sensación rara, extraña... diferente. Como de relax. Pero es un relax pesado. Fastidioso. Cargante. Soporífero. Inoportuno.

—Ya era hora, *my baby*. —Una arruga afilada se le forma en mitad de la frente—. Me tenías preocupado.

—Siento el retraso, Héctor —me disculpo rápidamente. Reviso las

manecillas del reloj. Son las seis y cuarto—. Sé que llevas más de una hora esperándome.

—*One hour, darling. Sixty minutes.* Tres mil seiscientos segundos de mi vida.

—Aunque no te lo vas a creer, tengo una buena excusa. —Pone los ojos en blanco—. Lo siento mucho, Héctor. Me he perdido otra vez. Soy un desastre.

Lo soy. Pero ¿qué le hago? El GPS de mi cabeza funciona fatal los viernes. Vale. Lo reconozco. Los lunes, los martes, los miércoles y los jueves, también. De los sábados y los domingos mejor ni hablar. Estoy segura de que el premio Nobel a la adaptación al lugar no me lo van a dar nunca porque me ubico fatal.

—Lo eres, *my life*.

—Me declaro culpable de los cargos que se me imputan, Héctor —digo con remordimientos, asintiendo con la cabeza mientras él da una calada profunda a su Slim mentolado.

Lo miro. Aunque es un joven que tiene más peligro que remachar la Torre Eiffel con chinchetas, que los Gremlins cantando bajo la lluvia o incluso que un biberón de leche cortada, me encanta su carácter afable, bonachón, amigable y, sobre todo, que haya acudido a mi llamada sin pedir explicaciones.

Necesito un hombro sobre el que... ¡Ufff! Necesito un hombro sobre el que llorar, protestar, quejarme, compadecerme y desahogarme. Mi parte cobarde ha rebotado del fondo más oscuro y más profundo del océano en el que se encontraban mis miedos repentinamente. Bueno... es un decir... Javier ha sido el culpable de que me sienta así. Hace un par de horas que me ha llamado y...

—Joder, Cata. ¿Preferirías que me hubiera casado con...?

—¿Con una princesita pija hemofílica centroeuropea que no hubiese pagado una hipoteca en su puta vida? Sí, Javi. Lo preferiría. Así me hubieran ido mejor las cosas. ¿Hace falta que te recuerde que por tu culpa mi vida es una auténtica mierda?

He estado tentada a meter el móvil en un contenedor de basura. Si no lo he hecho es por no gastarme luego un dineral en uno nuevo.

—Bah. ¿Qué dices?

—Pues que...

—No estoy sordo, Cata. —El desdén con el que Javier ha pronunciado mi nombre me ha dado miedo—. Era una pregunta retórica, joder.

—Mira, guapo. Tengo más trabajo que los pulgones asesinos del Padre Mundina^[9] o que la gallina Caponata incubando huevos Kinder. No, no, no. Tengo más trabajo que la Viagra en un asilo, así que... —Todavía recuerdo el sonido estertóreo que han producido mis pulmones al deshincharse—. Da igual, Javi, te voy a decir una cosa, ¿vale? Lo voy a hacer con la mayor de las tranquilidades. E incluso te lo voy a pedir con un «por favor» porque hoy me he levantado generosa. ¡¿Qué digo generosa!? Magnánima. Vete a... ¡VE-TE-A-LA-MIER-DA, JAVI! ¡¡¡POR-FA-VOR!!!

—¡Ja! POR-FA-VOR. —Su burla me ha encendido la lengua.

—Me tienes hasta el...

—Joder, Cata, ya lo sé. ¡Hasta el coño! Lo que tú no sabes es que tu actitud a mí me tiene hasta los... —En este punto de la conversación, Javier ha reducido el tono de voz hasta convertirlo en un susurro—. Hasta los cojones.

—Mira tú qué bien. ¿Algo más?

Si hay algo que me saque de quicio en esta vida es que me cuelguen el teléfono sin un «adiós», sin un «hasta luego», un «hasta pronto» o incluso un «hasta nunca». ¿Por qué cuando alguien corta la llamada sin avisar se nos pone cara de psicópata asesino y nos entran ganas de estampar el terminal en el suelo, contra la pared o incluso lanzarlo al otro lado de la calle para que un camión cargado con siete toneladas de hierro le pase por encima y lo convierta en algo tan finito como una hoja de papel?

Resoplo mirando al techo, iluminado con esa luz tenue que tan poco me gusta. El humo blancuzco que exhala Héctor parsimoniosamente dibuja en el aire aros concéntricos que se desvanecen ante la llegada de las siguientes bocanadas con forma de nuevas figuras.

—¿Me das uno?

—Por supuesto, *darling*. Te puedo dar... —Revisa la cajetilla de los Slim—. Uno, dos, tres y hasta seis cigarrillos si hacen falta. No tengo más. *Sorry*.

Mis pulsos se relajan cuando el humo del Slim mentolado acaricia mis pulmones. Mi respiración se resiente. Y yo cierro los ojos como siempre que me sobrevienen esas traumáticas descargas eléctricas previas al orgasmo.

—Ahhh... —Expiro—. Gra... gracias.

Sé que fumar relaja. Y que al mismo tiempo te lleva un paso más cerca de la muerte. NO FUMÉIS. El tabaco es la droga que presenta la mayor

probabilidad de dependencia con tan solo probarla una vez. La nicotina tiene la capacidad de modificar el funcionamiento del cerebro actuando sobre los receptores colinérgicos que forman parte del circuito de recompensa. Libera dopamina de forma rápida. Te relaja... y te engancha.

Gozo de la tranquilidad que me proporciona el Slim que me acaba de entregar mi vecino Héctor a pesar de que sé que el tabaco MATA. Saboreo la menta. Percibo el regusto amargo que se genera en el paladar después de exhalar el humo y disfruto de cada uno de los mensajes subliminales que me envía el cilindro de papel blanco a medida que se va consumiendo.

A mí, este cigarro me está hablando con palabras enmarañadas de la edad, de la salud, de las temibles patas de gallo que me están saliendo en torno a los ojos y de sexo. También, mientras me MATA, me habla del dolor, del asco y de la vergüenza de pertenecer a un mundo donde las verdades son mentiras. De un mundo donde no palpita la culpa cada vez que cometes un error. O dos. O media docena. De un mundo lleno de vacíos de saber y de poder, de miedos, reticencias, desconfianzas y sospechas. Y de sombras. Muchas sombras. Oscuras. Demasiado oscuras. Casi tan oscuras como la boca de un lobo y los fuliginosos ojos de Andrés.

—No sabía que fumaras, *baby*.

—Y no fumo —admito entornando los ojos mientras mis labios juegan a boquear el humo—. Pero hoy me apetece ser mala y hacer todo lo que no he hecho estos años atrás.

Abro el bolso. Mis llaves vuelven a jugar al escondite con la agenda. ¿O será que se las ha comido el dinosaurio que hay bordado en la solapa de la cartera que me regaló Javier el catorce de febrero? Pobrecito. No quiero ni imaginarme lo que le va a doler el ojete cuando las suelte. A fin de cuentas, todo lo que entra por la boca tiene que salir por algún sitio, ¿no?

—De vez en cuando hay que soltarse la coleta, *darling*.

—Por cierto, ¿qué haces así vestido?

Héctor va enfundado en un semitransparente pantalón pitillo de color gris con pedrería superpuesta que trata de ocultar estratégicamente, bajo un entramado floral de tonalidades turquesas, un paquete que no se ve a simple vista.

—Todos tenemos un punto de exagerado de vez en cuando. —Cabecea y su flequillo rubio platino cae en cascada por su frente y se adhiere a sus pestañas postizas cargadas con kilos y kilos de rímel—. ¿Estás bien, *baby*?

A lo largo del día de hoy he disfrutado de mi cuerpo, de mis pensamientos, de mí misma. He sido feliz por cuenta propia. Me he sentido ligera, volátil, etérea... como si tuviera un colocón de psicofármacos. O incluso como si me hubiera tomado dos botellas de whisky y mi mente estuviera manteniendo una conversación beoda con mi subconsciente.

—Más o menos.

Suelto una risita, pero Héctor es inmune a mi sentido del humor. Además, no conoce a Andrés, ni el diálogo que hemos mantenido esta mañana en el Rusco al respecto del «más o menos» ni... ¡Qué carajo, no sabe nada de nada!

—Jimena regresó anoche del hospital. Me la he encontrado en el portal y me ha dicho que Javier y tú habéis discutido esta mañana.

Me flaquean las piernas. Supongo también que la cara me cambia porque Héctor se levanta como un reactor, deja caer sus brazos pesadamente sobre mis hombros y me dice con un tono de voz más empalagoso que el merengue que pienso comerme esta tarde:

—*I'm sorry, my love*. He metido la pata. Lo siento.

Me siento vacía. Incompleta. Como el bolsillo de un mendigo. Como los besos de alquiler. Como el corazón del rico. Como si todas las palabras que han estado enmarañadas durante tanto tiempo en mi cerebro hubieran decidido que es hora de dormir. ¿Me habré vuelto una infeliz por cuenta propia?

Durante horas, me he entregado a la compulsión de las compras en un fútil intento por reflotar ese barco perdido en mitad del océano en el que me he convertido. Sin embargo, es de idiotas pensar que un fajo de billetes puede cicatrizar las heridas del alma.

Esa sensación de éxtasis que ha experimentado mi cuerpo a lo largo de la mañana después de masturbarme, comer una docena de churros, conocer a Andrés y comprar tres tangas, cuatro camisas, tres faldas, seis camisetas, dos pareos, un camión, tres pares de sandalias y una pinza nueva para el horno se ha esfumado repentinamente con la llamada que me ha hecho Javier en torno a las tres. Sin vida... sin rumbo... sin norte. Así me han dejado sus palabras.

—Tonto, tonto, tonto —exclama Héctor con expresión seria, dándose golpecitos en la cara con la palma de la mano—. No me imagino cómo tienes que estar, *darling*. Supongo que tendrás que sentirte desesperada, acongojada, desilusionada...

—Coño, Héctor, déjalo; que para no imaginarlo, bien creativo que te pones.

Cuando por fin consigo abrir la puerta, cuelgo el bolso en el perchero, me quito las sandalias —el calor me ha hinchado los pies y las tiras las tengo clavadas en el empeine— y lanzo las bolsas con todas mis compras sobre el sofá.

—Sí, reina. Mis poros rezuman ilusión, creatividad y...

—Y purpurina —me burlo—. En cualquier momento voy a tener que salir corriendo a por las gafas de sol. Joder, Héctor, creo que cuando sacuda los cojines por el balcón y escupan toda esa mierda que está soltando tu cara no los voy a reconocer. Pienso cobrarte hasta el último céntimo como tenga que llevarlos a la lavandería. ¿Me oyes?

—No te preocupes, *darling*. La purpurina sale sin problemas en la lavadora. Seguro que estas flores agradecen que les des una agüita ligera.

Lo mato. ¡¡¡LO MATO!!!

Chasqueo la lengua, pongo los brazos en jarras y respiro profundo antes de decir:

—¿Me estás llamando guarra, Héctor?

—¿Yooo? —Como los de un pececillo, sus labios forman una minúscula «o»—. ¡Ayayayyy, Cata; ni loca, *darling*, ni loca!

—Mira que soy capaz de coger el canasto de las pinzas y colgarte de las pestañas en el tendedero.

—Uiuiuiiii... —Se coge un rizo y lo enrolla alrededor del dedo con aire pensativo—. Caeré como una pesada carga al vacío, *baby*. Estas pestañas son de quita y pon.

—Y de las baratas, por lo que veo. Las tienes totalmente despegadas.

—El calor hace estragos, *darling*. Solo hay que verte. Arráncamelas, por favor.

—¿Las pelotas? —bromeo.

—¡Ay, nooo! —grita alocado tapándose los labios con una mano—. Esto es peor que la casa del terror, *my love*. Me refería a...

—A esta mierda con forma de pelo que llevas sobre los dos abanicos de preciosas pestañas naturales que tienes.

Pego un pequeño tirón y veo cómo el párpado izquierdo se estira por culpa del pegamento.

—Uisss... Me estás dejando desnudo.

Siento que sonrío a pesar de no verlo.

—Definitivamente, te ves mucho mejor así, Héctor. Dónde va a parar.

—No sé. Yo creo que he perdido todo el glamour.

—Lo vas a perder de todas maneras cuando te metas en la cama.

Suelto las pestañas postizas sobre la mesa y abro la ventana del salón. Estoy más acalorada que el Papa Francisco en un *sex shop*. Bueno, dejémoslo en que estoy acalorada porque hoy en día no nos podemos fiar de nada ni de nadie.

—Gracias, *my darling*. Hoy hace un día *hot*. *Very, very hot*.

Doy una calada al cigarro y lo dejo sobre un viejo centro de mesa que me compró Javier hace casi veinte años y que no he tirado por lástima.

—Héctor, vuelvo enseguida.

Tardo tres minutos en quitarme la ropa. Uno más en desprenderme del sujetador y ponerme una camiseta de algodón vieja con tirantes que me llega hasta la mitad de los muslos. Está pasada. Es una caca. Una porquería. Una mierda. Pero es MI mierda.

Estoy convencida de que en la basura habrá un centenar de camisetas mejores que esta. Pero no las quiero porque esta no es esa ni aquella ni la de más allá. Es ESTA. A pesar de que tiene varios agujeritos, el dobladillo descosido y una mancha de lejía a la altura del... —imagínatelo—, adoro esta prenda. Tiene algo especial. Un no sé qué que me recuerda que en otro tiempo fui feliz, que alguna vez tuve veinte años... y treinta... y... bueno da igual.

—Serás cabrón. ¡Cómo se nota que no eres tú el que paga la factura de luz!

—Lo siento, *my life*. Este bomboncito de chocolate se estaba derritiendo.

—Dios, por favor, permite que este calor derrita la grasa que hay en mi cuerpo —susurro cuando aprieto el botón del OFF en el mando del aire acondicionado y vuelvo a abrir las ventanas—. ¿Qué coño haces con eso en las manos?

Héctor arquea las cejas con comicidad mientras me muestra una de mis nuevas adquisiciones: el tanga de color granate.

—Uiuiuiii, *my love*, ¿esto qué es?

Pizpireta, frunzo el ceño y a él se le escapa una carcajada de sorpresa de entre los labios pintados de rosa. Cojo el cigarro que se ha consumido hasta la mitad en el improvisado cenicero y doy una calada profunda.

—Un tirachinas. —El humo acaricia mis pulmones con sensualidad—. ¿No lo ves?

—¿Y esto?

—Una casa con siete okupas con ganas de marcha —contesto refiriéndome al precioso tanga blanco con estrellitas celestes sobre el que están estampados los siete enanitos del bosque—. ¿Quieres una cerveza?

—¿Por protocolo debería decir que sí, *darling*?

—Héctor, yo el protocolo me lo paso por donde amargan los pepinos. ¿Quieres una cerveza, sí o no? —No responde, al menos no inmediatamente—. Seguro que en el examen de ayer no había preguntas tan fáciles de contestar como esta.

—Cata, *my princess, my love*... ¿Seguirás insistiendo si te digo que no?

Abro los ojos de par en par y lo miro estupefacta durante unos segundos.

—Perfecto. —Sonrío—. Más barato me sales. Gracias.

Los cojines sufren una parada cardíaca cuando regreso de la cocina con una lata de cerveza y me dejo caer a plomo en el sofá. El central, que tiene la cremallera reventada desde el día que Javier saltó sobre él tras una victoria del Real Madrid, resopla antes de hacerme burla con la lengüeta que aún no he tenido tiempo de coser. De eso hace ya tres meses. Lo siento. Para los temas de la casa soy un desastre. Corrijo: soy un desastre en mayúsculas para cualquier cosa.

—¿Por qué me das las gracias, *darling*?

—No tengo ni idea. Tal vez... —cojo aire—, tal vez por ahorrarme cuarenta y tres céntimos de la lata de cerveza, por evitar que a la mesa le salga un corro porque seguramente en algún descuido ibas a olvidarte de colocarla sobre el posavasos, por acompañarme en este momento de bajón repentino que me ha entrado, por ayudarme ayer con Javier... No sé. Por todo en general.

Las palabras botan en mi cabeza creando un galimatías que confirma que estoy mal, que me siento mal, que me odio a mí misma por haber hecho lo que hice ayer. Y anteayer. Y... Pfff. Otra vez me da igual. Y ya no sé la de veces que me ha dado igual todo en las últimas dos horas.

El silencio es el mejor método para conservar la energía, reequilibrar el ser profundo y preservar la salud física y emocional. Durante más de media hora, Héctor y yo nos mantenemos en un silencio reflexivo, casi espiritual. Mirando al techo. Fumando como carreteros a pesar de que NO HAY QUE FUMAR PORQUE EL TABACO MATA. Evitando las palabras. Pateando nuestros pensamientos...

—*Baby*, ¿qué te pasa? —Me encojo de hombros. Un amasijo de pensamientos culpables destroza mi cabeza—. ¿Te ha comido la lengua el

gato?

—No tengo gato, Héctor. Tan solo un *Zhaocai Mao* al que cualquier día se le va a terminar la pila.

—Pues dime qué te pasa, *my love*.

Coge el cigarro que está humeando en el improvisado cenicero, da una calada con aire de satisfacción y exhala una nube de humo que flota hacia arriba, frente a su cara. Cuando se deshace, sus ojos se encuentran con los míos y, pese al opresivo calor, de repente un escalofrío baja por mi espalda. Se me pone la carne de gallina.

—Nada —declaro con una voz apenas audible.

Es más fácil decir que estás bien y que no te pasa NADA a tener que explicar por qué estás triste y que te pasa de TODO.

No quiero a Javier. No lo amo, no lo deseo... NO LO ODIÓ.

No soy capaz de odiarlo porque el odio es, precisamente, una cadena herrumbrosa que nos ata al pasado y nos impide avanzar. Porque es un sentimiento y yo por él ya no siento nada. Porque como una eficaz, violenta, selectiva y fría máquina de matar o como un veneno que se diluye en la sangre, el odio te arrastra hasta una muerte lenta. Muy lenta... Más lenta que una tortuga en una maceta. O que el caballo del malo en una película del Oeste. O incluso que el beso sin azúcar que se daba aquella pareja en 1988 al ritmo de la balada de Otis Redding titulada *I've been loving you too long* para anunciar los chicles Trex.

—Uiuiuiii, Cata, esa palabra es como un pozo negro, reina.

—No llego ni a princesa, Héctor. Mi vida tiene más puntos oscuros que una radiografía de los *Ciento un dálmatas*.

—Eso se puede disimular fácilmente con un infartante labial rojo y un buen *make up, darling*. Fíjate en mí. Sin maquillaje soy fantástico. Maquillado soy una obra de arte.

—Sí, para exponer en el Centro de Arte Reina Sofía o en el Thyssen-Bornemisza, no te jode. Héctor, por favor, que ya tienes diecinueve años para decir semejantes chorradas.

—El maquillaje es un artificio, *my love*, un arte de seducción.

—¿Y la mentira es lo más seductor que existe en este mundo? No me digas que sí, Héctor, por lo que más quieras, porque eso es lo último que me falta por escuchar hoy.

—Uhm... —Se da golpecitos en la punta de la nariz con el dedo índice

como siempre que está pensando—. Sobre todo para los hombres, *darling*.

—Cuéntame otra milonga. —Resoplo—. Los hombres solo quieren una criada sin sueldo, una puta gratis o una mujer que les caliente la cama, aunque se maquille como una puerta.

Un aroma empalagoso acompaña al humo que desprende mi nariz causándome una sensación de repulsiva suavidad cuando Héctor se atreve a decir:

—¡Ayayayyy, Catalina, *my baby, my darling, my love!* Pero ¿qué te pasa hoy? ¿Te arrepientes de haberme llamado?

—Ehm... No. Bueno, no, pero... —Suspiro. La atmósfera del salón coge peso de golpe. El humo de mi cigarro se eleva hasta posarse con languidez en el techo de la estancia y nos cubre como si fuera un paraguas.

—¿Cata?

Comienzo a llorar desconsoladamente. La desesperación es un enemigo que te guantea la cara cuando menos te lo esperas y te desgarrá por dentro sin compasión.

—¿Te ha contado algo Javier? —balbuceo.

Héctor se muerde el labio inferior, zarandea sus rizos y comienza a escanear mi rostro.

—No, pero yo sé leer entre líneas, *my life* —asegura entornando sus ojos cubiertos con purpurina rosa sobre un maquillaje intenso de color humo—. Parece mentira que no me conozcas.

—Ya. —Lloriqueo.

—Jamás desespere, aun estando en las más sombrías aflicciones, pues de las nubes negras cae agua limpia y fecundante, *my life*.

—¿Eso es un proverbio chino?

Su ceño fruncido se va relajando a medida que su boca convierte un gesto incierto en una sonrisa traviesa.

—Lo leí anoche en Facebook y me gustó —susurra bajito, afirmando vehementemente con la cabeza.

—Héctor, ¿qué haces?

—Mirarte a la cara —suspira más fresco que la nevera del Capitán Frudesa—. ¡*Oh, my God!*

—No hay posibilidad de mejorarla, así que no te esfuerces. Corres el riesgo de que se te salten los ojos.

—Soy como Napoleón Bonaparte, *baby*. La palabra imposible no está en

mi diccionario. Tienes un perfil más difícil que la etapa reina de la vuelta ciclista al Himalaya y menos glamour que la lencería de Manuela Carmena, pero no hay nada que yo no pueda arreglar con mis pinceles. Cuando quieras te lo demuestro. Si el hada de Cenicienta pudo transformar ratones en corceles, estoy convencido de que yo también puedo reconciliarte con el espejo.

—Otro día, Héctor.

—No hay nada como unos polvitos mágicos para unificar el tono del rostro y eliminar de forma rápida estos brillos tan horrorosos que tienes aquí, aquí y aquí. —Me da un golpecito seco con la yema de su índice en la frente, sobre la nariz y en los pómulos—. *Baby*, el secreto está en utilizar poco y dar ligeros toques sobre la cara. Y sí. Te he mentado. Javier me contó por encima lo vuestro.

—Olvídalo. —La conversación corre el peligro de volverse más excitante que una sobredosis de cine porno—. Seguro que el hecho de que le tocaras la polla le provocó una parálisis neuronal.

Trago saliva. Mi respiración es agitada. Doy un trago largo a la lata de cerveza.

—Cata, Cata, Cata. —Héctor me mira con intensidad, tratando de sonsacarme algo más de la historia—. A las mujeres os afectan las fases lunares, los ciclos menstruales, los movimientos de las mareas, las direcciones en las que sopla el viento, las estaciones y...

—Joder. Nadie dijo que las mujeres fuéramos sencillas —le corto, golpeándole la mano para que deje de estirarme los pellejos. Estoy sudando y lo que menos me apetece es tener a un niño que pierde más aceite que la freidora de Elton John toqueteándome la cara—. Y digo yo, Héctor. ¿Todo esto es igual para los hombres o es que sois seres impertérritos? Lo digo porque hay hombres dulces, fuertes, intensos y calientes como el café, suaves como los churros y...

—Depende del hombre, *my life*. Algunos son como las palomas.

—Claro. Cuando pueden, te cagan la vida y se van.

Soy consciente de que tengo menos tacto que un cirujano con manoplas. Pero yo soy así. ¿Qué puedo hacer? Hay que llamar a las cosas por su nombre. Madurar consiste en desarrollar la capacidad de decir las verdades sin tener ningún miedo a las consecuencias. Es más. La verdad es como el sol. Jodida. Puta. Muy cabrona. No porque te haga sudar, que también, sino porque, aunque se puede ocultar durante un tiempo, no va a desaparecer por mucho que se

disfrace.

—¿Lo dices por Javier?

Chasqueo la lengua contra el paladar y me echo el flequillo hacia un lado.

—Por supuesto.

—No desesperes, Cata, *my darling, my love*. Los hombres también son como los autobuses...

—Héctor, odio los autobuses.

Es cierto. Odio que me magreen, que me empujen y que me pongan el sobaco a la altura de la boca cuando se agarran a la barra superior.

—...pierdes uno y a los cinco minutos llega otro —concluye.

Bueno, en ese caso, ya me van gustando un poco más. ¿Será Andrés el hombre que ha venido a sustituir a Javier?



UNA SIRENA ATRAPADA EN UNA LICUADORA

Un sudor frío me recorre la espalda cuando a las seis y diez de la madrugada comienza a silbar el jodido pajarraco del WhatsApp anunciando la llegada de un mensaje. Un pitido. Dos pitidos. Tres pitidos. Cuatro pitidos. Joder, ¿quién coño se pone a enviar mensajes tan temprano?

Con cuidado de no despertar a Héctor que desde las dos y cuarto duerme como una marmota sobre el sofá, me levanto del suelo con la idea de estampar el móvil en la pared. Estoy entumecida. Corregir treinta exámenes con los cachetes disfrutando del frescor del mármol y la espalda apoyada en la pared

no es la mejor opción para recibir el amanecer. Al moverme, Tímido, Mudito, Feliz, Sabio y Mocososo me dan un beso tierno de buenos días entre las piernas.

—Dormilón, es hora de despertar —resopla Gruñón.

—Uhm... —protesta cuando este le da un codazo en el costado—. Tengo sueño.

—¡Espabílate, Dormilón! —le urge Sabio al ver cómo Tímido, que no es tan tímido como aparenta, horada la cueva húmeda y profunda que se oculta entre mis pliegues. Rápidamente, Feliz y Mocososo empiezan a incitarlo, a provocarlo, a seducirlo animosamente con una pegadiza canción:

*Cavar, cavar, cavar, cavar, cavar,
en la mina quiero yooo.*

*Cavar, cavar, cavar, cavar, cavar,
no acabas, nunca, nooo.*

Quien cava más muy rico es.

Si tú al pico das, al derecho y al revés...

Definitivamente, no hay nada mejor en esta vida que siete aguerridos hombres de pequeña estatura, hombros anchos y poderosos brazos te den los buenos días con tanta alegría como los siete enanitos del bosque. Hay que reconocer que están muy faltos de cariño —y de sexo— desde que Blancanieves se fugó con el Príncipe Azul hacia tierras de Alejandría. Pobrecitos.

¡Tengo cuarenta y tres mensajes de WhatsApp! Joder, ¿desde cuándo Javier se ha convertido en un hombre tecnológico? Estoy impresionada, ojiplática, alucinada... No es para menos, sinceramente. Esos dichosos pitidos que provienen del móvil me están destrozando los tímpanos y no dejan de recordarme una y otra vez, y otra vez, y otra vez... el descalabro emocional en el que estoy sumida.

Leo el primer mensaje de WhatsApp:

Catalina

¡Coño, pues sí que ha sido escueto Javier! El segundo, algo más largo, me roba una sonrisa:

Perdón, Cata

El tercero, con esa carita sonriente tan mona, me crispa:

Perdóname

Desmadejada como una marioneta a la que han cortado los hilos, me vuelvo a sentar en el suelo. Estoy hecha una mierda. Una puta mierda. Siento que he perdido mis súper poderes y que soy como una sirena atrapada en una licuadora, como una coplera sin bata de cola, como un tallo sin capullo o un lirio sin olor. Una piltrafa humana, en definitivas cuentas, que está haciendo frente a una debacle emocional sin precedentes.

He pasado una noche escandalosamente triste pensando precisamente en lo puta y en lo maravillosa que puede llegar a ser la vida al mismo tiempo. Justificando la infelicidad que tengo. Demonizando eso que separa lo que soy de lo que podría llegar a ser. Satanizando mis miedos... Durante horas, he sentido cómo mi corazón saltaba eufórico cada vez que Héctor contaba alguno de sus chistes picantes y se resquebrajaba en mil pedazos cuando las risas daban paso al silencio. Aunque me niego a morir en vida, a sufrir innecesariamente, a llorar y a darme cabezazos por las esquinas, saber que a partir de ahora todas y cada una de las decisiones que tome solo me van a afectar a mí, me da miedo. Mucho miedo.

Séneca afirmó que «hace falta toda una vida para aprender a vivir porque los sueños no se hacen realidad mágicamente». Hay que sudar, y mucho. Y para ello, hay que abandonar la zona de confort. Dejarse llevar sin pensar, sin preocuparse del qué dirán, de cómo actuar o de las consecuencias que de ello puedan generarse.

En realidad, lo que hay que hacer es fluir. Durante años he vivido en una especie de limbo sin saber que el mejor beso, la mejor sonrisa y el día más increíble de mi vida están por llegar. ¿Cuándo? Ni yo misma lo sé. Mi futuro se presenta incierto como el extenso adarve de la Gran Muralla China, una de las siete maravillas del mundo antiguo que durante sucesivas dinastías imperiales ha protegido la frontera norte del Imperio chino de los ataques de los nómadas xiongnu de Mongolia y Manchuria. Y, a la vez, ese futuro del que hablo también se vislumbra sinuoso como los elementos metálicos de aspecto modernista de una doble marquesina helicoidal. Como la carretera de montaña

que da acceso a la parte más alta del monte Tianmen. O incluso como los garabatos que suele realizar Cristina en la pared con sus deditos cada vez que Soraya se detiene a hablar con algún vecino en el portal.

Toda situación puede verse desde la perspectiva de lo positivo o de lo negativo. En este momento, esta encrucijada de incertidumbre que me muestra el futuro, MI futuro, hace que lo negativo esté desestabilizando la balanza que equilibra mis sentimientos. Sé que la naturaleza es sabia porque hasta los árboles dejan caer sus hojas en otoño para que crezcan otras nuevas, mucho más vigorosas. Y también soy consciente de que esta situación de catártica indefensión emocional en la que me encuentro va a cambiar. Estoy convencida de ello.

El cuarto mensaje de Javier es mucho más extenso, casi tan largo como la Biblia en verso. O como todas las ediciones juntas del libro de Petete. Ediciones que por cierto, para ayudar a la exageración, tendrían que estar impresas a tamaño Din-A0 con una tipografía Times New Roman 10 o similar e interlineado de un punto.

*Perdóname, yo no sabía lo que hacía.
Perdóname, la culpa ha sido solo mía.
Perdóname, yo sé que en todo te fallé.
Perdóname, creí que el mundo iba al revés.
Perdóname, la vida ya me ha dado un palo.
Perdóname, estoy desnudo y desahuciado.
Perdóname, te juro que no volveré a meter el pie.
Mi amor... PERDÓNAME.*

¡Será cabrón! Javier ha utilizado el estribillo del tango-pop que popularizó David Civera el verano de 2005 como si esos versos fueran suyos. ¿No podría haberse currado algo mejor? Definitivamente, esa idea absurda de que los hombres tienden a ser mucho más pragmáticos que nosotras es cierta. ¿Para qué ahondar en los sentimientos que atesora el corazón cuando puede recurrir al estribillo de una canción?

En mayor o menor grado, hay hombres sensibles, considerados, respetuosos, expresivos, compañeros, conectados con sus emociones y... JAVIER. Él es una especie rara en peligro de extinción. Como el Tamarino León Dorado, ese pequeño mono de Brasil de unos treinta centímetros de longitud y

novecientos gramos de peso. O como el Kiwa Hirsuta, el crustáceo decápodo del Pacífico sur conocido vulgarmente como el cangrejo yeti que Eusebio nos mostró a Trini y a mí hace unas semanas en una revista cuando lo llamamos para que nos arreglara el perchero del despacho. O incluso como el Picozapato, esa ave de patas extremadamente largas, pariente de las cigüeñas, que tiene un pico enorme en forma de zapato y que vive en las aguas estancadas y en las ciénagas del África tropical y oriental. Vamos. Decir que Javier es un antiguo hombre de las cavernas es... POCO.

Al parecer, los hombres tienen un software entre ceja y ceja que les permite formatear sus sentimientos y decir «borrón y cuenta nueva» con una facilidad pasmosa mientras que nosotras almacenamos todo tipo de recuerdos detalladamente y los repasamos una y otra vez. Y otra vez. Y nos olvidamos, precisamente, de lo mágico que puede ser el olvido. Atribuirles pensamientos o actitudes femeninas a los hombres porque son moneda corriente para nosotras, esperar a que reaccionen con el corazón y no con la polla, aguardar que comprendan nuestra emotividad, nuestros sentimientos o nuestra forma de querer e interpretar la vida en pareja es, en la gran mayoría de los casos, como pedirle peras al olmo.

Albert Einstein solía decir que «no hay que guardar nunca en la cabeza aquello que te quepa en un bolsillo». Tenía razón. Durante más de veintisiete años, he atesorado miles de recuerdos en mi mente que hoy en día han perdido toda su esencia puesto que las arrugas de mi piel, las ojeras, los pesares y mis lamentaciones han adquirido más matices e incluso más presencia que los propios recuerdos.

Las arrugas son un signo vital que te va abriendo camino a distintas etapas de la vida. Marchitan la piel, pero son el fiel reflejo de las vivencias y el espejo de mil experiencias. Son surcos formados por el afán, por la ardua tarea de sobrevivir en este rápido, dinámico, desafiante, apostador e inadaptado mundo en el que amarramos alegrías, celebramos triunfos, anidamos la ternura, mecemos las tristezas y navegamos entre la pérdida de los seres queridos que formaron parte de nuestra vida y los que están por llegar.

¿Qué hago? ¿Llamo a Javier? No, no, no. Definitivamente, no quiero caer en la tentación de llamarlo y agradecerle el esfuerzo de haberme cabreado tan temprano. ¿Le escribo un WhatsApp y le digo que se vaya a la mierda? Los mexicanos suelen decir que cuando alguien merece ser mandado a la

«chingada», no hay que dudar en hacerlo porque la diplomacia es para las embajadas. Yo no suelo ser muy diplomática, pero... ¡Ufff, no sé! Creo que mandar a la mierda a un hombre que ya de por sí se reboza en la mierda por culpa de su actitud no es correcto. Entonces, ¿le mando un SMS? Esto me va a costar dinero. ¿Lo bloqueo? Ay, qué dilema. ¿Por qué cuando más lo necesito no aparece Pepito Grillo para darme una respuesta?

Voy a borrar los mensajes. Lo he decidido. Voy a hacer frente a la situación de una vez. A regirme por el «borrón y cuenta nueva» que los hombres utilizan constantemente para evitarse quebraderos de cabeza. A coger el toro por los cuernos para impedir que esta situación se alargue mucho más tiempo. Estoy como una puta mierda. Y no por el hecho de que eche de menos a Robustiana, que también, sino porque me estoy consumiendo tontamente y no estoy dándole cancha a mi vida ni cumpliendo todo eso que me he propuesto durante estos días: vivir, disfrutar, reír y gritar a los cuatro vientos que estoy viva. Sí, señores. VIVA. Y con muchas ganas de comerme el mundo. Por cierto, ¿me engordará mucho el mundo? Lo digo porque ya estoy sobradita de kilos. Si tengo que hacer un esfuerzo y comérmelo en dos o tres sentadas no me importa, ¿vale?

Soy yo, precisamente, la que se vuelve a sentir como una puuu... como una pequeñísima molécula de polvo en el medio interestelar cuando decido borrar todos los mensajes de un plumazo y el jodido móvil se revela contra mí preguntándome si estoy segura de lo que voy a hacer. Es en ese segundo de vacilación cuando decido recular y no borrar nada. Un segundo de infructuosa deliberación, por cierto, que precisamente me lleva a leer como una idiota todos los mensajes que me ha enviado Javier.

«Cata, perdóname»
«Cata, quiero hablar contigo»
«Cata, ¿qué nos ha pasado?»
«Cata, te quiero»
« ♥♥♥♥♥♥♥♥♥♥♥♥♥♥♥♥ »
«Cata...»
«CATA»
«¡¡¡CATA!!!»
«Joder, Cata, contéstame»

Eso digo yo: JODER. Javier me vas a desgastar el nombre. ¿Acaso piensas que he olvidado cómo me llamo?

Hay media hora de diferencia entre el «Joder, Cata, contéstame» y el «Cata, ¿qué he hecho yo para merecer esto?!». A este mensaje le sigue un relojito de arena. Dos relojitos de arena. Tres relojitos de arena. ¡Seis relojitos de arena! ¡¡¡Veinte relojitos de arena!!! Coño, no me extraña que la Demarcación de Costas esté valorando la posibilidad de obtener arena de los fondos marinos para reponer la cantidad de árido que consumen los dichosos relojitos con los que Javier ha llenado mi móvil.

«Cata, ¿ya no me quieres?»

No, no y no. ¡Se acabó! Empiezo a borrar todos los mensajes, todos los relojes, los corazones y todas las veces que Javier ha escrito mi nombre.

«PERDÓNAME»

No le voy a perdonar porque no sé si hay algo que perdonar. No quiero hablar con él. No sé lo que nos ha pasado. Es más, no sé lo que me ha pasado. Pero sí sé que, sobre todas las cosas, no lo quiero. Repito: no, no y no.

—*Darling*, ¿tienes café?

Héctor estira los brazos por encima de los hombros, desperezándose como un lémur cuando me ve dando vueltas por el salón. Tiene los rizos como el león de la Metro Goldwyn Meyer, aunque algo más revueltos.

—Tengo café, mala leche y un desorden mental extraordinario —respondo pasándome la mano por la cabeza—. ¿Qué te parece, Héctor?

—Que estás *crazy*, *darling* —responde recurriendo al *spanGLISH* para anunciar que estoy loca.

Loca, loca... no sé. Un poquito, quizás.

—Héctor, si tú lo dices, te creo.

Verlo con la cara lavada me impresiona. Es mono. ¡Qué coño! Es un jovencito de diecinueve años muy guapo que se camufla en kilos de maquillaje para disfrazar su timidez. Durante nuestro desvelo nocturno, hemos llorado, hemos reído y hemos comido helado de chocolate hasta reventar. Y también hemos vomitado nuestras miserias. Esas precisamente que, en mi caso, han llenado el vaso de la insatisfacción, el desamor, la inseguridad y la

desesperanza.

—Ayayayyy, Catita, *my princess, my darling, my love*. No me puedo creer que aún sigas así después de la noche que hemos pasado. Con esa actitud no vamos a ningún sitio.

—Esta actitud es la que me ha permitido avanzar por la vida sin miedo a caer.

—Hasta ahora.

Ahí lleva razón. Por mucho que me duela reconocerlo, Héctor tiene la capacidad de dar en el clavo siempre. O casi siempre.

—¿Y qué me dices del después, *darling*?

—Que es un adverbio que denota posterioridad temporal, espacial o jerárquica e introduce un hecho o circunstancia que se toma como punto de referencia al indicar que alguna cosa es posterior a otra en el tiempo, inmediatamente o en un momento no muy lejano —respondo casi sin respirar.

—¡*Oh, my God*, qué verborrea! Me refería a...

—Sé a lo que te referías, Héctor. Pero me lo tengo que pensar. Me voy a la ducha. Prepara tú si quieres el café.

Una ducha rápida sustituye mi sudor por otro sudor. Eso es lo que tiene el verano. Que sudas, sudas y sudas sin parar y por mucho que te duches estás siempre empapada. Y no de gusto, precisamente. ¿Por qué no habrá un termostato para regular la temperatura ambiental?

El calor es horroroso, al menos para mí. Te salen granitos en las axilas, te pica la cabeza, el pelo se te pone grasiento... Es más, pienso que aunque digan que el sol es el rey del universo, en realidad es un resentido porque lo único que hace conmigo es amargarme la vida durante más de tres meses al año. ¿Qué digo tres meses? Más bien son cinco o seis si hacemos un cómputo general de todos los días en los que saca su lustroso rostro a relucir al cabo del año.

El ruido del secador atrae a Héctor hasta mi habitación.

—Ayayayyy, *darling*, qué horror. —Extiende la mano para que le entregue el secador que acabo de encender—. Dame eso, *my love*. Como sigas así no vas a tardar ni dos segundos en parecerte a la bruja Lola.

—Déjalo, Héctor.

—Siéntate, *baby*.

—Héctor, de verdad. Puedo hacerlo sola.

—Cata, Cata, Cata...

JODER. Otro que me va a desgastar el nombre como me descuide.

—¿Qué?

—¿Qué de qué, *darling*?

—No sé. Tú eres el que ha dicho con mucho retintín: Cata, Cata, Cata...

—¿Yooo?

—No, tú no. El bombero del bloque de enfrente que ha venido a apagar mi fuego, no te jode. Héctor, por Dios. Parece mentira que...

—¿Qué te pasa, *my love*? Cualquiera diría que estás con la regla.

—¿A mí? Nada de nada.

—Desde anoche no has parado de quejarte, de protestar, de pelearte con el mundo y de soltar improperios por esta boquita de piñón a la que por cierto le haría falta un poquito de ácido hialurónico para realzar esto de aquí. —Señala el arco de Cupido de mi labio superior.

—Mira, majo. Cuando tienes la autoestima por los suelos y la inseguridad grabada a fuego en el ADN, verte sexy no es nada fácil, sobre todo si, además, tienes que apechugar con los dramas de tu marido y...

—¿Y qué más?

—Oye, Héctor... —le interrumpo cuando toma un mechón de mi flequillo y comienza a estirarlo con el cepillo redondo y el secador—. Te agradezco mucho que hayas pasado la noche conmigo, pero...

—¡*Oh, my God!* —Abre los ojos de par en par.

—Eso ha sonado mal, ¿verdad?

—No, ¿por?

—Da igual. La cuestión es que...

—Que yo necesito una ducha y tú un garbeo, *my life*. Punto pelota.

—Así es, Héctor. Hueles peor que el aliento de una hiena.

—Sí, claro. —Sus manos giran el cepillo con la misma celeridad que el Diablo de Tasmania da vueltas sobre sí mismo—. ¿Cuántas veces has olido tú el aliento de una hiena?

—Ninguna, pero me imagino que debe oler fatal.

—Perra —me dice cariñosamente golpeándome el hombro con el cepillo.

—Héctor... no te pases. —Sonrío—. Todavía puedo ponerte un par de velas negras.

—Rrr... —gruñe componiendo una divertida mueca con la nariz—. ¿Y esa sonrisita, *darling*?

Lo miro a través del espejo y digo:

—Nada. Estaba pensando en...

—¿Javier? —Héctor levanta las cejas significativamente, esperando una mínima explicación del motivo por el cual yo estoy otra vez un tanto ausente—. Ay, no Cata, *my princess, my darling, my love*... no, no, no. No, por favor.

—Así es, Héctor. —Me cruzo de brazos—. No estaba pensando en él, precisamente.

—Ufff, menos mal.

—Auuu... —Menudo estirón me ha dado el cabrón—. En realidad, estaba valorando la posibilidad de afeitarte los huevos como no dejes de darme estos tirones de pelo.

—Uiuiuiii, *darling*. Llegas tarde. —Por poco me caigo en redondo—. Un escroto depilado es lo mejor del mundo. Queda suaaave, suave. Como el...

—¡¡Héctor, por favor, cállate!! No quiero saber, ¿vale?

—Eh... bien. Bien. Entendido. ¡Lista!

—Mucho. —Sonrío ufana.

—Me refería a...

—Ya sé a lo que te referías, Héctor —respondo sagaz—. Gracias por peinarme.

—Vale. Pues ahora abre las piernas, *my love*.

Si eso me lo llega a pedir Andrés no dudaría en abrirlas al instante e incluso pedirles a mis glándulas de Bartolino y a mis labios vaginales que le bailen una sardana, una sevillana o incluso un auresku^[10] si hace falta.

—¿Para qué? No me digas que te vas a arrodillar y me vas a hacer un cunnilingus porque la respuesta es...

—Ayayayyy, *darling* —me interrumpo, algo que por otra parte me saca de quicio—, eres más pesada que un traductor simultáneo tartamudo. Abre las piernas. ¡Ya!

—Y tú más agotador que hacerle la mudanza a Isabel Preysler con una carretilla. —Héctor acaba de estirarme la ceja izquierda—. ¿Qué estás haciendo?

—Voy a arreglarte estas cejitas porque parecen una autopista de camiones con siete carriles.

Noto la mueca de fastidio en sus labios sin maquillar. Ciertamente, hace meses que nadie me arregla las cejas. Están peor que las de Susan Boyle,

aquella desconocida que encandiló a medio mundo en el *Got Talent* británico de 2009 por su magnífica interpretación de *I Dreamed a Dream*.

—Creo que te estás metiendo en camisa de once varas, Héctor.

—Me temo que sí, *baby*. Aunque ya sabes que yo soy como Napoleón Bonaparte.

—Lo sé. —Recuerdo lo que me dijo ayer, que tengo un perfil difícil y menos glamour que la lencería de Manuela Carmena, y me revuelvo en mi asiento—. Y también que la palabra imposible no está en TU diccionario.

—Pues sí.

—Héctor, en serio. Déjalo. Creo que va a ser más fácil que construyan un túnel que cruce el Atlántico y conecte la bahía de Cádiz con Miami que descargar estas cejas densas y pobladas que he heredado de mi padre.

—No te preocupes, *my love*. Si en 1879 el francés Ferdinand de Lesseps fue capaz de plantear a la Sociedad de Geografía de París un proyecto de canal interoceánico sin esclusas para conectar el océano Atlántico con el Pacífico por el istmo de Panamá, te aseguro que yo voy a ser capaz de arreglarte esta selva que tienes sobre los ojos.

—Ten cuidado no te vayas a encontrar con algún león —susurro con guasa—. Auuu... me estás haciendo daño.

Una pequeña tortura de tirones y lagrimeo ha comenzado.

—*Baby*, diseñar bien unas cejas es un arte como otro cualquiera y hasta los leones de vez en cuando necesitan que alguien les mime.

—Ahora lo que me falta por oír es que tú eres un gran artista y un experimentado domador de fieras.

—¿Lo dudas, *my life*? —Obvio dar una respuesta a esa pregunta porque implicaría dar mi brazo a torcer y decir que sí—. Si unas cejas no están bien hechas da igual la sombra o el rímel que nos pongamos, incluso el peinado que llevemos. Estaremos... arggg.

Me he ido aclimatando a la idea de que ya no voy a ser nunca más la niña que fui. Que no voy a tener las tetas perfectas ni un abdomen plano ni unas caderas sin grumos como los que se forman cuando mezclas los polvos del Cola Cao con la leche y esta no está bien caliente. Así que tener unos pelitos más o menos me da igual.

—Cata, tienes una vida maravillosa.

—Y casi cincuenta tacos —suspiro.

—Hoy en día con cincuenta, con sesenta e incluso con setenta las mujeres

estáis en la flor de la vida, *baby*. Puede que con alguna arruguita, o con unos kilitos de más, o incluso con algunas canas. Pero eso no es nada porque todo eso os hace aún más bellas y estupendas. Y mucho más sabias, por supuesto.

—Una guerrera nunca sale indemne de sus batallas, Héctor. Créeme.

—Pero posee el coraje para volver a ponerse en pie tras la derrota, *baby*, y seguir peleando hasta consigo misma para aceptar y asumir sus errores y los ajenos. Para no volver a caer en lo mismo y poder enfrentar con más sabiduría los próximos envites. Para... Da igual. ¿Te parece poco, *my love*? —Encojo los hombros—. Fíjate hasta dónde llega vuestra perfección, Cata. Con los años las mujeres no corréis el riesgo de quedaros calvas como los hombres.

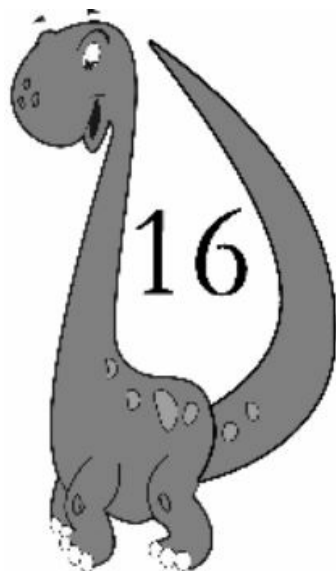
—¡Qué bien, Héctor! —Sonrío con desgana—. Y podemos cruzar las piernas sin aplastarnos el cerebro. Todo privilegios, por lo que veo.

—Cata, acércate al Rusco y habla con ese inspector. —Se refiere a Andrés. No sé por qué le he mentado diciéndole que es inspector de policía—. Ya sabes lo que dicen. La mancha de mora con otra verde se quita.

Abro los ojos de par en par.

—¿En serio? Yo creía que eso solo se conseguía llenando un balde con agua, poniendo la prenda a remojo, echando más jabón de la cuenta y frotando hasta que las yemas de los dedos se te arruguen como pasas. —Esta vez es Héctor el que se encoge de hombros—. Y ¿qué le digo, Héctor? Al inspector, me refiero.

—Ayayayyy, *my darling, my princess, my love*. Dile que has cometido el delito de abandonar a tu marido y quieres que te investigue el cuerpo.



CPS69

Me da vértigo mirarme en el espejo. Navegar durante tanto tiempo haciendo como si las olas o las tormentas no existieran ha provocado que el deseo de escoger el lado luminoso de mi vida no sea tan apetecible como yo me lo imaginaba.

—*Darling*, estás... estás...

Mi vecino da un paso hacia atrás, bate las pestañas enérgicamente y mueve el dedo índice en círculos para que yo dé una vuelta de ciento ochenta grados. Giro con movimientos mecánicos y duros, como los de un robot en lugar de como los de una dulce bailarina de *ballet* en una caja de música.

—Ay, *baby*, estás...

—Héctor, ¿puedo decirte algo?

—Claro. —Sonríe mirando el frasco de perfume que tiene entre las manos.

—La imagen de la mujer que me devuelve el espejo no es la mía. Hay algo... algo que...

—Ayayayyy, *baby*. Estás... estás... ¡estás preciosísima!

Sonríe. Espectacular es el adjetivo que describe realmente mi transformación. Aunque mi vecino no tiene varita mágica, su capacidad con el secador y con los pinceles y su buen gusto a la hora de elegir mi indumentaria le han permitido convertir a una Cenicienta —que por cierto odia limpiar— en una princesa que perfectamente podría competir en estilo, elegancia, clase y saber estar con la reina Letizia o incluso con Rania de Jordania. Al menos por

unas horas. Las que me conceda el Lorenzo sin sudar, claro está.

Desconfianza. Miedo. Incertidumbre. Impresión... ¡EMOCIÓN! Puedo decir que durante todo el proceso he experimentado las mismas sensaciones que las invitadas al programa *Cámbiame* de Tele5, pero sin la necesidad de pasar por el apuro de que media España me vea recorriendo la «pasarela del cambio».

—Yo no sé si debo salir así a la calle, Héctor —suspiro al borde de la histeria estudiando con detenimiento la composición de mi rostro (im)perfecto frente al espejo.

—¿Así cómo?

—Con estas pintas —digo tratando de sonreír, pero dibujando una mueca terrible.

No reconozco a la mujer que hay al otro lado del espejo, ese cabronazo hijo de la gran puta que jamás en la vida se ha dignado a decirme lo bella que soy. Hasta hoy...

Héctor ha elegido para mí una camisa blanca sencilla con mangas a la sisa y espalda buche que realza sugerentemente mi escote, unos vaqueros deslavados que me compré hace un siglo y unas sandalias tostadas con cuña. Hasta la fecha, nunca antes me había atrevido a subirme el bajo de los pantalones por encima de los tobillos ni a llevar la camisa por fuera de la cinturilla ni a maquillarme los labios de rojo. Todo es nuevo para mí. Incluso el sonreír.

—No seas tan intensa, *darling* —resopla Héctor al ver mi disimulada cara de pánico—. Ponte esto.

Me lanza su collar gris de cuentas y la pulsera a juego que acostumbra a llevar en su muñeca izquierda.

—Héctor...

—*Darling*, tu imagen acaba de darte un cogotazo en el pescuezo para avisarte de que tienes que olvidarte de una puñeterísima vez de meter la cabeza bajo tierra como los avestruces. ¿Entiendes lo que significa eso?

—Héctor, de veras. No sé yo si...

—¡*Oh, my God!* —Estira el brazo, extiende la mano hacia arriba y cabecea como si no quisiera escucharme más—. Ayayayyy, *baby*. Basta, por favor.

—Mira —susurro tratando de hacerlo entrar en razón—. He consentido que reestructures... ehm... ¿cómo lo llamas tú? Ah, sí. La arquitectura de mis cejas. He permitido que me peines y...

—Sinceramente tienes que reconocer que el *make up* te queda de escándalo, *baby*.

—Sí, sí, Héctor. Lo sé. Y lo admito. Ya ves que no tengo problema en hacerlo. Estoy mejor que cuando voy a la peluquería, pero...

—*Total chic, my love* —me interrumpe otra vez.

—Joder, Héctor. Compréndeme. —Hago el amago de levantarme del filo de la cama, pero él niega vehementemente con la cabeza y me quedo sentada—. Yo no soy así. No estoy acostumbrada a pintarme como una puerta ni a vestirme de esta manera.

—Porque eres más rara que unas bragas con tirantes, *darling*.

—Eso no es cierto, guapo. —Inspiro y mis pulmones se llenan completamente. Tardo unos segundos en expulsar el aire, los suficientes como para experimentar un rango amplio de síntomas similares al ataque de pánico que incluyen una aceleración en el pulso, latidos rápidos del corazón e incluso mareo—. Mis cachetes llevan horas rozándose entre sí como el estropajo sobre los platos sucios, así que no me vengas con gilipolleces, Héctor. Precisamente, hoy no es el día de las bragas con tirantes.

—Vamos a ver, Cata. No creerás que ya te has convertido en una mujer moderna por llevar un hilo dental metido en el culo, ¿verdad?

—Joder, Héctor. —Resoplo—. No me vengas con esas porque todavía soy capaz de...

Héctor retira los rizos descontrolados que caen en cascada por su frente y se los coloca detrás de la oreja.

—Eso digo yo, *darling*. Joder. Ponerse un tanga está a la orden del día.

—Sí. Claro que sí. A la orden del día de la que esté acostumbrada a utilizar este tipo de prendas. No te olvides que el ser humano es raro. «Raro, raro, raro» como decía el padre de Julio Iglesias en sus intervenciones televisivas. Y yo más rara que esas bragas con tirantes que he llevado toda la vida, pero...

—¿Pero?

—Eso digo yo, Héctor: PERO.

—POROM POMPERO. —Se ríe con sordina—. ¿Qué me quieres decir, Cata?

Me mira. Lo miro. Me encojo de hombros y le sigo el juego cuando se coloca a mi lado.

—POROMPOM PÓN, POROPO, POROMPOM PERO, PERÓ. POROPO, POROM POMPERO, PERÓ. POROPO, POROMPOM PON.

—Escuuupe. ¡Ya!

—Eso digo yo, Héctor. ¡Ya! Deja de mover los dedos como si estuvieras realizando un encantamiento.

He cumplido casi todos los objetivos que redacté anoche pulcramente en mi agenda. He llorado, he reído, he gritado, he cantado... Incluso he corregido DIEZ exámenes más de los que me había propuesto. Afortunadamente, ya solo me quedan... OCHENTA. Ayayayyy, qué tortura para una mujer de casi CINCUENTA que solo desea meterse en la cama, taparse la cabeza con la almohada y dejar de respirar unos segunditos. Voy a probar. Uno, dos, tres... cuatro... Ay, basta, que me ahogo. Dejar de respirar no es la solución a los problemas.

Trago saliva, muerta de miedo. La seguridad con la que me está hablando Héctor hace que mis hombros se relajen un poco y mi boca se entreabra en una mueca ligera.

—*Baby*, la vida son dos días y ya has consumido dos y medio, así que... DISFRUTA. VIVE. ¡FLUYE! Déjate llevar por la corriente. —Me abraza como si fuese una niña perdida en un centro comercial inmenso. Luego se lleva el pulgar a la boca, mordisquea su uña y añade—: Catita, en la vida es necesario sentir experiencias que te hagan un *click* en la mente. Percibir el efecto de la inquietud. Apremiar cómo se deslavan los pensamientos que atormentan tus noches de insomnio y ser capaz de arrojarlos al cubo de la basura. Tienes que ir con la cabeza bien alta y mirando al frente, *darling*, porque la vida es muy puta.

—Pero yo soy más guapa —convengo, dando por concluida la conversación.

Cinco minutos después salgo del portal con ganas de subir a la montaña más alta. De llegar a la cima y gritarle al mundo que estoy cansada de martirizarme. Que estoy harta de mi negatividad, de mi pesimismo y de mi malestar personal. Estoy agotada, sin fuerzas... Exhausta de arrastrar una pesada carga de sentimientos dolorosos sobre la espalda. Gracias a Héctor he descubierto que de vez en cuando hay que soltar lastre y permitir que el globo en el que se encierra el oxígeno de nuestras (in)satisfacciones vuele alto porque vivir en un mundo oscuro y tenebroso, con una neblina permanente, no es sano.

El Lorenzo me guantea como a un saco de boxeo cuando cruzo la calle. Despacio. Con clase. Sin mirar atrás. Moviendo las caderas como si mis pies estuvieran sorteando un centenar de boñigas de cabra. Esquivando coches.

Apartándome de algunas personas. Buscando la sombra para no sudar.

Aunque mi futuro tiene, precisamente, menos futuro que Missiego bailando el «cachete con cachete, pechito con pechito, ombligo con ombligo» en la cuerda floja a cien metros de altura, que un bombero en el desierto haciendo simulacros de incendio o incluso que un enfermo de Parkinson robando sonajeros, recorro calles, avenidas y plazas enfilando las estrechas sombras que proyectan algunos bloques sobre el acerado.

Me pierdo. Me encuentro. Y me vuelvo a perder. ¿Dónde voy? Ni yo misma lo sé.

El Rusco, con su vieja fachada de losetas floreadas, su toldo raído de color verde y sus ventanas grasientas, llama mi atención cuando lo veo a lo lejos diez minutos después. Algo hay en ese bar que me inspira confianza. Por supuesto, no es el café. Ni Arturo, el camarero. Ni ese trapo asqueroso que utiliza para limpiar el aceite de la barra, de las mesas, de las sillas... y hasta de... Da igual. La cuestión es que ese local tiene magia. Y los churros. Y las manchas. Y la madera abigarrada y oscura de las paredes y el techo. Y las cortinas pesadas que cubren las ventanas. Y... ANDRÉS. ¿Estará tomando su té?

Una fuerza atávica de una naturaleza difícil de domeñar me obliga a recorrer los escasos trescientos metros que me separan del local, de los churros y, posiblemente, de ÉL.

Me recibe la oscuridad de la madera añeja, las telarañas que cuelgan de las antiquísimas lámparas de latón y la tenue luz que proyectan los focos. El suelo parece distinto. Los rayos de sol que se filtran a través de las pesadas telas que tapizan las ventanas crean sombras extrañas sobre la madera deslustrada. El reguero de servilletas de papel arrugadas, huesos de aceituna y palillos desgastados que me encontré ayer perdura junto a la barra. La risa de un viejo desdentado al fondo del local, el volumen alto de la televisión que pende de dos cuerdas muy finas de un pilar o incluso el crepitar del aceite de la gran freidora donde se hacen los churros son como un hipnótico sortilegio para mis oídos.

No saludo. No digo «hola», ni «buenos días» ni un «qué tal». No muevo las cejas rítmicamente, ni agito los dedos ni cabeceo para saludar. NADA. Simplemente, recorro el salón. Sorteó las mesas y las sillas vacías que, con sus respaldos tan altos como torres de catedral, descansan pesadamente sobre la madera desgastada del suelo. Me siento. Y espero.

—¿Café? —me pregunta el camarero tras soltar un periódico sobre la

mesa.

—Mejor té. —Sonríó—. Con una rodajita de limón, por favor.

—¿Algo más?

—Media MEDIA.

—Marchando media MEDIA de churros —vocifera Arturo cuando gira sobre sus talones. Su voz tosca retumba ligeramente al impactar contra el artesonado del techo.

—¿Qué?! —responde una mujer.

Arturo apoya un codo en la barra, abre los ojos de par en par, encoje el pulgar y el meñique y hace bailar el resto de los dedos.

—Lola, quiero TRES churros. ¿Sabes contar? Uno, dos y tres.

—Oído.

Óscar Wilde afirmó una vez que «la mejor manera de liberarse de una tentación es caer en ella». Mágicas palabras para describir lo que yo he hecho siempre. Tentar. Y tentarme...

Decir que nunca he caído en la tentación es faltar a la verdad porque, en realidad, siempre me he lanzado sobre ella sin valorar las consecuencias y sin tener en cuenta que es una simple y estúpida estrategia que nos envía el Diabolo para hacernos pecar. Para humillarnos. Para comprobar si somos fieles a nuestras convicciones y aherrojarnos la capacidad de decidir libremente.

«Sí o sí. No, no, no. Sí. No. No. Sí. ¡Sí, sí, sí! Nooo... No voy a comerme esto porque engorda, porque luego se me pega en la tripa, en las cartucheras, en la papada... Bah, da igual. Por una vez, ¿qué va a pasar?».

«A nadie le faltan fuerzas; lo que a muchísimos les falta es voluntad». Esta frase no es mía. La dijo Víctor Hugo y es el claro reflejo de lo que a mí me ocurre cada día. Comer me encanta. Y comer cosas «prohibidas» en una dieta, más. Podría esperar al lunes para ponerme a régimen otra vez. Sin embargo, esa no es la solución. Mi plan comenzó ayer cuando decidí comprarme ropa interior que nunca antes me había puesto. Se inició anoche cuando fumé por primera vez un Slim mentolado de Héctor. Incluso cuando él utilizó su *spanglish* para darme un guantazo sin manos y hacerme ver que me estoy consumiendo poco a poco por mi actitud y por mi agrio carácter. Por no darme cuenta de que la felicidad de una mujer, aunque se pinte en plural, es singular y no tiene por qué depender de un hombre.

—Señora, ¿se encuentra bien?

—Ehm... Sí. Sí, sí, sí —balbuceo cuando Arturo coloca la taza de

humeante té con una rodajita de limón sobre mi mesa—. Perfectamente.

Me mira con el ceño fruncido y se le escapa una sonrisa.

—Aquí tiene su media MEDIA.

Los churros vuelven a estar exquisitos. Suaves. Crujientes. Con la cantidad de aceite justa. Calientes...

—Gra... gracias.

¿Por qué estoy tan nerviosa? Paso las hojas del periódico mientras se enfría el té. Es de ayer, pero me sirve igualmente para disimular ese estado de excitación al que mi cuerpo tiene que hacer frente cuando la puerta del local se abre y... BOOM. Aunque estoy de espaldas, sé que Andrés acaba de cruzar el umbral del Rusco. Su aroma, una mezcla de limón y flores silvestres, ha llegado hasta mis fosas nasales despertando las células que tengo dormidas entre las piernas. ¡JODER! Joder, joder, joder. Comienzo a temblar.

«Cata, contrólate», me dice Pepito Grillo sentándose sobre mi hombro izquierdo. El corazón amenaza con estallar como una patata caliente en mi pecho.

¿Cuento? Uno, dos, tres... cinco... ¡Ay, me he saltado el cuatro! Empiezo otra vez. Uno, dos, tres, cuatro... seis. Vaya, ahora se me ha escapado el cinco. Da igual. Las casualidades, que suelen presentarse como un mensaje inesperado en el WhatsApp o una carta de embargo del banco, a veces te nublan la mente. A mí, Andrés no me nubla la mente. Nooo. Más bien lo que hace es embarullar mis ideas y modificar el orden lógico de mis pensamientos.

—Buenos días.

Como hacen las gitanas con las figuras formadas por los posos del café en el fondo de una taza, leo en cada una de las arrugas de su frente que está encantado de verme.

—Ho... hola —tartamudeo. La saliva ha empastado mi garganta amenazando con estrangularla.

Como ayer, los músculos de Andrés quieren reventar los puños de la camiseta que envuelve su espalda y sus pectorales como una segunda piel. Observo el logotipo impreso con letras blancas, CPS, seguido de un intrincado 69. La vida no deja de sorprenderme.

CPS69

CPS son mis iniciales. «Catalina Pulpón Santos». El 69 la postura que me gustaría hacer con él en la cama, en el suelo, sobre una mesa, en la bañera... o

incluso en la playa. También es el año en el que nací, el número con el que hace unos seis meses Trini y yo cantamos BINGO en la sala Las Vegas cuando nos escapamos un fin de semana a Madrid y el montante del último recibo que me envió la financiera de El Corte Inglés.

La numerología asigna interpretaciones diversas al número 69. El primer dígito, el seis, indica el éxito fácil en determinadas circunstancias y el segundo, el nueve, difunde armonía, justicia, verdad y sentido de equilibrio. Definitivamente, el 69 tiene magia. Como las manos de Héctor. Como las historias de Rosario. Como los churros que venden en el Rusco. Como la polla de Javier. No, no, no. Perdón. Robustiana ha perdido toda su magia desde que está enfermita y su dueño... En fin. De él mejor ni hablar. A día de hoy, tanto Javier como el doctor Molina han perdido todo su atractivo. Como dice Héctor, ya no me «ponen». No encienden mi cuerpo, ni mi mente ni mis pensamientos como... ANDRÉS.

Ufff, ÉL es diferente. Más salvaje. Más duro. Más... Yo qué sé. Es ÉL. Para que te hagas una idea, sus fuliginosos ojos tienen la capacidad de obnubilar mis pensamientos, de caldear mi sangre, de espesarla peligrosamente y de concentrar un calor sofocante entre mis piernas. Pfff. No siento. No percibo. Casi no veo... Solo padezco cada vez que ÉL fija sus ojos en el perfil de mi escote y sonrío como un lobo hambriento.

—Encantada, ¿qué te has hecho? —Aprecio que le gusta MI cambio por la forma en la que envuelve su labio inferior con los dientes—. Te encuentro... uhm...

—¿Diferente?

—No sé si esa es la palabra más adecuada. —Sonríe.

Mi rictus se contrae ligeramente bajo las capas de maquillaje y las partículas de polvo iluminador con las que Héctor ha tratado de disimular las ojeras, las pequeñas arrugas que están apareciendo en la comisura de mis labios y algunas manchitas que tengo en las mejillas.

—¿No te gusta MI cambio?

—Yo no he dicho tal cosa, Encantada.

—Cata —corrijo.

—¿Cómo dices?

—Que no me llamo Encantada. Mi nombre es Cata.

—Uhm... Hermoso nombre.

—Un capricho de mi padre —admito risueña volteando los ojos con

comicidad.

—Los hijos somos siempre el capricho de nuestros padres hasta que llegamos a una determinada edad y nos convertimos en una pesada carga. ¿Puedo?

Me mira esperando que le diga que puede sentarse conmigo. Lo miro. Nos miramos mutuamente con un brillo especial en los ojos. Al menos eso es lo que siento cuando vuelve a posar disimuladamente esos dos brillantes topacios negros que tiene en la cara sobre mi escote.

—Por supuesto. Adelante.

—Veo que al final me has hecho caso.

—Ehm... —Coño, no sé de qué me está hablando. Eso es lo que tiene el quedarse embobada.

—Me refiero a esto. —Roza el perfil de mi taza de té con la yema de su anular.

—Ah, sí, sí, sí. Ayer ya me quedó claro que aquí no se puede tomar café. Los churros están exquisitos, pero el café es una puta mierda.

—Cierto —admite rozando mi mano con un disimulado descuido. Mi reacción inicial es retirarla. Sin embargo, cuando sus dedos se entrelazan con los míos y comienzan a dibujar círculos sobre mis nudillos, desestimo la idea. Su contacto es sutil, suave, dulce como la miel... Tiemblo—. Si quieres luego te invito yo a un BUEN CAFÉ.

Wow. Eso es meter una directa muy directa. Sensuales descargas eléctricas disfrazadas en exquisitos cosquilleos me recorren el dorso de la mano mientras sus acaramelados ojos negros, fijos en los míos, oscurecen la tonalidad tostada de mis pupilas.

No hablamos. No respiramos. Exclusivamente nos miramos con intensidad, con provocación, con ardor... Y con sutiles caricias labiales materializadas en atemperadas sonrisas.

Mi boca se seca. Mi cuerpo humea como la chimenea de una locomotora de vapor. Se enciende mi cuello. Aparecen dos ronchas. Pican. Mucho. Más que mucho. Muchísimo. Santa mierda. ¿Qué me pasa? Siento como si la abeja reina hubiera decidido implantar su colmena sobre mi yugular y todas sus obreras estuvieran agujerándome la piel sin parar.

Me acaricio con timidez. Me rasco con más fuerza. Me deshago en picores que se extienden por mis pechos, erizándolos. Por mi abdomen, arrugándolo a través de los pliegues que se han ido formando a lo largo de los años por la

acumulación de grasa. Por mis caderas... uff. Esa picazón desciende peligrosamente hasta un punto exacto que aún conserva el calor que Javier le profirió la noche que... ahhh... Cruzo las piernas. Ufff, qué alivio. Oh, no. Otra descarga. Uhm... Controlo un suspiro más parecido a un tierno gemido que a la exhalación natural del aire. Mi cuerpo demanda atención en todas partes.

¿QUÉ HAGO?

Solo soy capaz de valorar dos opciones:

» PRIMERA OPCIÓN: aguantar, dejándome llevar por las sensaciones que está experimentando mi cuerpo.

» SEGUNDA OPCIÓN: aguantar, dejándome llevar por las sensaciones que está experimentando mi cuerpo.

Siguiendo el consejo que siempre me da Pepito Grillo voy a contar para elegir cuál de las dos es la mejor. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Joder, ¿para qué perder el tiempo en contar si ya tengo muy claro cuál de las dos opciones es la mejor? Hoy, más que nunca, tengo muy claro lo que QUIERO (hacer): AGUANTAR.

Arturo se acerca a nosotros y coloca sobre la mesa otra taza de té con una rodajita de limón y un plato con un par de tostadas, una porción de mantequilla y otra de mermelada. ¿Cuándo ha pedido Andrés el desayuno? Ni me he enterado.

—Lo siento —resopla Arturo—. Creo que hoy el pan está un poco seco.

—¿Un poco seco? —respondo al ver el contenido del plato—. Creo que el poliestireno expandido tiene que estar más jugoso que eso.

Una bonita sonrisa asoma en los labios de Andrés. Empiezo a toser. ¿Por qué cojones tengo que ser siempre tan bocazas?

El camarero se aleja acelerado hacia la barra. Acaba de entrar un cliente. Uno de los pocos que aún aguantan el sabor del anís con el estómago vacío, el olor aceitado del café, los sonidos de la vieja cafetera y las cucharillas sobre la loza, el estruendoso rugido del molinillo y las conversaciones beodas de los cuatro gatos mal contados que empinan el codo junto a la barra.

—Esto está como un peñasco —admite Andrés golpeando el pan contra el

borde del plato—. Acompáñame.

—¿Adónde?

—Al fin del mundo si tú quieres. —Sonríe arrastrándome hacia la puerta.

Mi corazón convulsiona. Se para. Inicia un ritmo lento. Muy lento. Demasiado lento. Aún no han inventado un electrocardiógrafo que sea capaz de registrar una actividad del corazón tan lenta como la mía.

¿QUIÉN DICE QUE NO A UNA PROPUESTA COMO ESTA?

YO NO, POR SUPUESTO.

YA NO.

Hay trenes que solo pasan una vez en la vida. Bien es cierto que muchos otros deberíamos perderlos sin que nos importe tener que esperar al siguiente, pero... ¡estamos hablando de Andrés! Un hombre que no ha abandonado mis pensamientos desde... uhm... ¿Cuándo conociste a este hombre, Cata? ¿Hace un año? ¿Hace seis meses? ¿Tres? ¿Dos? ¿Uno? ¿Hace tres semanas, quizás? Dios, nos conocimos ayer. Hablamos... ¿Cuánto? ¿Diez minutos? ¿Media hora tal vez?

—Ehm... Un momento. Para, por favor.

—¿Qué ocurre, Cata?

Ay, me encanta cómo paladea mi nombre y lo repite para sus adentros como si estuviera comprobando el efecto que produce cada sílaba cuando la punta de la lengua le acaricia el cielo de la boca.

—No creo que esté bien que tú y yo... —Toso.

—¿Que tú y yo, qué?

—Andrés, soy mercancía dañada y no quiero que en tu vida arrastres con esa carga pesada.

—¿¿QUÉ?! —responde impresionado.

—Nada. Olvídalo. ¿Dónde quieres ir?



MUCHOS MOCOS EN LA GARGANTA

Permítame que te explique una cosa. Pese al paradójico juicio que se tiene sobre los prejuicios y pese a que el ser humano sea «racionalmente racional» y tenga la capacidad de pensar, decidir y tener una visión estratégica, reflexiva y crítica de la vida, de la sociedad y del peligro que le acecha por doquier, la mente está genéticamente diseñada para tomar decisiones al instante. Detrás de todas esas decisiones hay siempre una poderosa batalla en la que se enfrentan el querer con el poder. La gnosis con el despropósito, el desatino, la imprudencia, el desacierto y la precipitación. Y los impulsos temerariamente ciegos contra la intuición, esa lucidez que el corazón conoce y la mente ignora. Presuntamente.

Investigar cómo interviene la racionalidad en la decisión que acabo de

tomar resulta particularmente importante. Son las circunstancias, supongo, el hipnótico brillo de los fuliginosos ojos de Andrés o el efecto narcótico de los churros del Rusco los que han embotado mis sentidos y han motivado la irreflexiva determinación de acompañarlo hasta su casa. O quizás haya sido esa lucidez que el corazón conoce y la mente ignora. No sé. O tal vez esa capacidad que tenemos la mayoría de las mujeres para hacer siete juicios en un abrir y cerrar de ojos sobre la otra persona. ¿Quién sabe?! La cuestión es que mis chips cerebrales llevan desde ayer evaluando aspectos como el atractivo, la simpatía, la agresividad, el estilo, la kinesia, la proxémica y la confiabilidad de Andrés. Y también el ritmo, el volumen, los silencios y el timbre de su voz, la seguridad de sus movimientos corporales, la forma de sus cejas, esa pequeña y misteriosa cicatriz, la forma en la que sus fosas se dilatan al percibir el aroma de mi perfume... e incluso su sentido del humor.

Las mujeres somos como la policía. Sí, sí, sí. Literalmente. Somos fuertes, aguerridas y observadoras. Tenemos la capacidad de tirar de los hilos, por pequeños que sean, cada vez que necesitamos evidencias claras sobre quién es la persona con la que estamos compartiendo el oxígeno. De hecho, el único momento en el que somos «débiles» es cuando tenemos las uñas recién pintadas, un grano a punto de reventar en la punta de la nariz o el maldito dolor de ovarios previo a la visita que nuestra amiga —o enemiga, según se mire— nos hace cada mes con una exorcizada puntualidad británica.

Así que, teniendo en cuenta todo esto... ¿Qué indicios hay de que Andrés sea un asesino en serie muy escurridizo e inteligente? ¿Cuántas posibilidades hay de que el período de enfriamiento entre su último asesinato y el siguiente haya dado paso a la «fase de seducción» de su próxima víctima? Es más. ¿Soy yo la víctima? Uhm... buenas preguntas para unas respuestas que a priori parecen intrascendentes porque... lo reconozco, querido Watson. Estoy... estoy A-CO-JO-NA-DA. Joder, ¿por qué no habré dicho que no a su propuesta?

—Cata, ¿estás bien?

—Ehm... Ssss...

Coño, otra vez la dichosa «i» se ha ido a pasear impidiéndome decir que «sí».

—¿Qué pasa? ¿No te apetece un café?

Agrando los ojos con semblante demudado antes de decir con una sonrisa aviesa:

—Sí. Solo que...

—¿Solo que qué?

Andrés hace una intencionada pausa para clavar su mirada taimada en la mía.

—Olvídalo.

—¿Te ocurre algo, Cata? Estás temblando.

—Sí. Bueno, no, pero...

¿Por qué me siento tan violenta cuando lo miro y él me devuelve una sonrisa tan condenadamente sexy?

—A ver... voy a serte sincero, ¿vale? Si no te apetece UN café podemos...

¿Follar? ¿Gritar? ¿Suspirar? ¿Jadear? ¿Gruñir? ¿Sudar como perros mientras tú me jodes como un campeón y yo me dejo arrastrar por la química que tu cuerpo desprende y que ya me ha corroído los pensamientos como a un cocainómano? Iba a proponértelo después del café, tras la charla insustancial que preveo que vamos a tener, pero... me estás poniendo nerviosa.

Tanto titubeo. Tantas risas. Tantas caricias descuidadas. Tanta caballerosidad al colocar tu mano sobre mi cintura cuando vamos a cruzar una calle para que mis pies, que van sobre unas tormentosas cuñas, vayan al ritmo de tus pasos... Ay, Andrés. Joder, joder, joder. ¿Eso es precisamente lo que tú quieres hacer conmigo? ¿Joder? Pues que sepas una cosa, guapetón. YO TAMBIÉN. Y te puedo decir que...

—¡Cata! —exclama cuando me quedo embobada frente a un paso de peatones.

—¿Qué?

—El muñeco está en verde. ¿Cruzamos?

Al fin del mundo si TÚ quieres.

—Ehm... sí, sí, sí. Lo siento.

Pasamos al otro lado de la calle. Agradezco la sombra que proyectan las intrincadas ramas de un roble solitario que hay en mitad de la plaza cuando Andrés se detiene en un quiosco y compra un paquetito de mentolados Halls.

—¿Quieres uno?

—No, gracias. No me apetece.

Si algún día un desconocido te ofrece un caramelo por la calle, en el autobús o en la puerta del colegio, no lo cojas. Seguramente será una persona buena y no tendrá malas intenciones, pero...

De repente me han venido a la cabeza aquellas palabras exigentes que mi madre me decía todas las mañanas mientras me cepillaba el pelo más de doscientas veces por esa absurda costumbre heredada de su abuela que consideraba que para que el pelo resplandezca es necesario hacer cuatro sesiones de cincuenta enérgicas pasadas desde la raíz a las puntas con tres minutos de descanso entre ellas. Palabras que, por otra parte, me tuvieron traumatizada durante muchos años. A partir de aquel «pero...» siempre llegaban los «por si acaso»:

«Por si acaso no lo cojas —decía, refiriéndose al caramelo—. ¿Y si le ha puesto algo «raro» y te envenenas? Ay, no, no, Cata. Ni se te ocurra coger nunca un caramelo en la calle».

«Por si acaso no te separes mí, ¿entendido? ¿Quién te dice a ti que las intenciones de ese hombre no puedan ser malas? Nunca te fies de nadie, hija. ¿Me oyes? DE-NA-DIE».

«Por si acaso no le mires a los ojos porque puede hipnotizarte, embaucarte, hechizarte como hacen los magos con las palomas y los conejos y... ¡para qué queremos más, Cata!»

POR SI ACASO. POR SI ACASO. POR SI ACASO.

Ufff, más vale un por si acaso que un ¡uy, si lo hubiera sabido! Cierto. Pero cuando eres más pequeña que un pispajo lo que envuelve esa locución conjuntiva condicional que se utiliza para expresar la posibilidad o contingencia de lo manifestado por un verbo cuesta mucho de entender; sobre todo, cuando tu madre usa un dramatismo melifluido y un serpenteante movimiento de dedos frente a tu cara. ¿No se llena una maleta siempre de «por si acaso» y no pasa nada?

Poco a poco, con mucho dramatismo, mi madre fue metiéndome el miedo en el cuerpo. Y con el paso de los años ese temor se ha acostumbrado a imponer su esponjosa y atractiva voluntad. Atormentándome. Coartando mis actos. Ensuciando mis pensamientos. Afrentando a mi alma insustancial. Discriminando mis reflexiones positivas para dar prioridad a las negativas porque el miedo, esa maldita sensación de angustia provocada por la presencia de un peligro real o imaginario que nos hace temblar escalofriándonos la piel de la nuca y erizándonos el vello de los brazos, siempre está dispuesto a ver las cosas peor de lo que son. Lo blanco se vuelve

negro. Lo ancho estrecho. Lo fácil dificultoso y lo espinoso en un sueño embarazoso que no quieres memorizar.

El miedo no deja de ser como el fuego. Si lo vigilas te calienta y te mantiene vivo en los fríos días de invierno. Sin embargo, cuando se expande y humea altivo te controla, te quema... te destruye. Obstaculiza uno por uno tus músculos y termina limitándote todas las fuerzas. Arrasa con todos tus pensamientos. Con el coraje. Con tu libertad y con tu energía.

Hay un proverbio que dice que quedarse en lo conocido por «miedo a lo desconocido» equivale a mantenerse con vida, pero no vivir. La vida no siempre es fácil y el cambio tampoco lo es. De hecho, el cambio muchas veces duele. Y te hace llorar. Porque llorar es la única forma que existe, y que yo conozca, de que el dolor se mitigue un poquito. Al menos lo suficiente como para apaciguar ese miedo silencioso y sibilino que atenaza tus pensamientos y te lleva a ponerte siempre en lo peor. ¿Cuántas veces no tenemos un simple dolor de garganta por haber tomado una bebida fría o un catarro sin importancia por haber dormido una noche con el culo al aire y caminamos pesadamente como un caracol, nos envolvemos en una manta y aseguramos a todo hijo de vecino que se nos acerca que estamos al borde de la muerte? Definitivamente, estoy convencida de que el miedo nos vuelve cobardes, aherroja nuestra valentía y nos adentra en terrenos pantanosos de arenas movedizas muy difíciles de abandonar.

A lo largo de estos días he aprendido que la valentía no es la ausencia de miedo sino el triunfo sobre el miedo. Es más. Valiente no es la persona que no tiene miedo, sino la que, a pesar de sentirlo... SIGUE ADELANTE.

Hasta hace relativamente poco tiempo la nostalgia, la incertidumbre y, por qué no decirlo, el miedo eran sentimientos que me envolvían con un aura muy pesada cuando me planteaba la posibilidad de abandonar a Javier. Por fortuna, triunfé. Y lo dejé. Lo abandoné con un «no te quiero» porque, como decía María Jiménez... SE ACABÓ. Porque me lo propuse. Efectivamente. Y al hacerlo, también sufrí. Como nadie. Como alguien. Como todos... Como todas las mujeres que alguna vez se plantean que su vida tiene que dar un giro de ciento ochenta grados. Porque, desafortunadamente, no somos inmarcesibles y ese estado mental involuntario que resulta de una atracción romántica hacia otra persona, combinada con una necesidad imperante y obsesiva de ser respondida de la misma forma, ha dado paso a un proceso de cambio radical. Me he cansado de luchar, de sentirme vacía, sola, desahuciada y en el olvido.

Necesito recuperarme. Olvidar. Quererme. Y querer porque... «Ahora ya... ahora ya mi mundo es OTRO» y un mal capítulo no significa el final de la historia. Más bien, es un empezar algo nuevo.

—Hemos llegado, Cata.

Me giro y sonrío tímidamente. Los penetrantes ojos negros de Andrés se clavan en los míos como si buscara algo dentro de ellos. En el fondo, muy en el fondo, me asusta lo que veo.

El chirriar de las desvencijadas bisagras restalla en mis tímpanos cuando ÉL empuja con el hombro la puerta de hierro que tiene pinta de ser más pesada que la carrocería del *Batmóvil* con todos los extras y me dice con una cautivadora sonrisa en los labios:

—Hay veces que se atasca un poco. Adelante.

—Gra... gracias —respondo mientras mi corazón alterado intenta huir de mi pecho para no enfrentarse a la incertidumbre de lo desconocido.

Mi cuerpo agradece el frescor que desprenden los viejos azulejos color cobalto del zócalo y la pintura parchada que, aunque otrora fuera blanca, ahora no sé si se ha metamorfoseado en un gris ahumado o en un ocre deslavado. Mis pezones no tardan en marcarse a través de la delgada y casi transparente camisa blanca con mangas a la sisa y espalda buche que eligió Héctor hace unas horas para mí.

—Cata, tenemos que subir a pie. —Las comisuras de sus labios se estiran en una sonrisa indefinida—. Esa caja enrejada que tiene pinta de ser más antigua que el rodapié de las cuevas de Altamira no funciona. Espero que no te importe.

—¿A mí? Qué va. Me encanta hacer deporte —respondo con sarcasmo clavando los ojos con avaricia en la carne apretada de su trasero—. Además, he de reconocer que tengo un poco de claustrofobia.

—Yo también. No suelo coger el ascensor, salvo que...

—Salvo que... —repito sin resuello, casi con la lengua fuera. ¡La madre que lo parió, ¿por qué narices no vivirá en un primero?!

—Salvo que esté muy borracho. Subir cuatro plantas a gatas termina destrozándote las rodillas.

No puedo evitar sonreír otra vez ante su refrescante franqueza. La musicalidad de su tono de voz similar a un ronroneo me seduce. Con esa cadencia profunda y vibrante me embriaga, me subyuga y... me irrita también por la manera que tiene de acariciarme la piel.

—Ya. —Me detengo para tomar aire—. Menudo planazo.

El mío apunta a que no va a salir bien. Aun así, sigo subiendo como una sherpa arrastrando una pesada carga al hombro: la del puto bolso que pesa un quintal por culpa de la agenda, el dinosaurio de la cartera y... Ay, yo qué sé. Subir cuatro plantas por esa estrecha, oscura y lúgubre escalera en pleno mes de junio y con cuñas en los pies es peor que coronar el Chimborazo^[11] con un traje de presión de nailon reforzado con poliéster y aislante térmico de Mylar y un equipo de producción de calor autónomo integrado en la parte superior de la escafandra.

La casa huele a piso viejo cuando Andrés me invita a pasar. Eso, o que mi cerebro, concentrado en hinchar los pulmones, ya no es capaz de identificar los olores.

El vestíbulo es minúsculo y está forrado con un elegante papel pintado con rayas verticales en azul cobalto sobre un brillante fondo plateado. En una esquina, sobre una pequeña cómoda Mathias de cuatro cajones lacados en blanco de Ikea descansan tres jarrones de color negro con sencillas composiciones florales y un cenicero a juego sobre el que deposita las llaves.

En la misma línea de tonalidades, pesadas cortinas de tafetán tamizan la luz de la mañana sobre la gran ventana del salón. Un sofá gris marengo, un espejo con marco plateado bajo el que se ubica un mueble de líneas rectas sobre el que descansa una gran pantalla de cincuenta y cinco pulgadas y una mesa con sus seis sillas forman todo el mobiliario. Sobrio. Elegante. Refinado. Masculino... Como Andrés.

—Bienvenida, Cata. Estás en tu casa.

—Gracias.

Andrés cruza el salón, descorre las cortinas y abre la ventana. Rápidamente, una brisa ligera acaricia mis brazos. El ladrido de un perro congestiona el ambiente. Junto a él, se percibe el bullicio de una típica mañana de sábado en la que la tranquilidad se espabila por la velocidad de algunos vehículos con prisa. Por el rugir del motor de los ciclomotores de aquellos jóvenes que después de una noche de juerga han esperado, o no, varias horas a que se les pase el efecto del alcohol para volver al redil. Por el griterío de unos niños que, aburridos, golpean una pelota contra la puerta metálica de un taller. Y, por supuesto, por el estrés traumático de mi corazón que no deja de fustigar mis costillas como si fuera un martillo percutor.

Pero a pesar de los gritos de los niños, de los acelerones de las motos, del claxon de ese taxi que trata de llamar la atención de un cliente que lo espera en la acera de enfrente y del golpe seco que han provocado las bandejas metálicas de la panadería de la esquina al caer al suelo no hay otra cosa que me enerve más la sangre que oír la dichosa melodía de «Dramas y Comedias» anunciando otra llamada más de Javier. ¡Ay, qué desesperación!

—¿No vas a cogerlo?

—¿Debería? —respondo.

—Puede ser importante.

—O no. ¿Quién sabe?

—Ser o no ser, esa es la cuestión.

—Shakespeare. —Sonrío—. ¿Te gusta?

Sin esperarlo, Andrés se arrodilla en el suelo y recita la primera parte del soliloquio de la obra de Hamlet considerada y usada como síntesis de los procesos mentales de indecisión y duda.

—¿Cuál es más digna acción del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, u oponer los brazos a este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza? Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo, porque el considerar que sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios?

—Cuando el que esto sufre, pudiera procurar su quietud con solo un puñal —continúo yo mientras Alaska tararea con afonía en el interior de mi bolso eso de *no quiero más dramas en mi vida, solo comedias, entretenidas...*—. ¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la Muerte (aquel país desconocido de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan; antes que ir a

buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento?

—Esta previsión nos hace a todos cobardes, así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia, las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan y se reducen a designios... A designios vanos. —Andrés sonrío con magia, mostrándome su dentadura perfecta—. Pero...

Sonrío.

—Vale, vale, vale. Ya me ha quedado claro que te gusta Hamlet.

—Me apasiona. Al igual que los escritos de Goethe, Dickens y Joyce.

—Uhm...

—Por cierto. ¿Sabías que la portentosa figura de Hamlet es un alma en desequilibrio?

—Sí —suspiro—. Como yo.

—Como tú. Como yo. Como todos.

Impresionada por sus palabras, por su arranque, por el mío y por el hecho de haber conseguido hacerme olvidar a Javier, al móvil y a Alaska con sus dramas, sus comedias y su lamentable afonía después de diez minutos sin parar de cantar, me dejo caer en el mullido sofá. Afortunadamente, no protesta, no se queja y no reniega como el mío. Simplemente, se limita a envolverme con mimo, con cariño y con ternura, acariciando mis muslos, mi espalda y lo que no es mi espalda.

—Uhm... qué cómodo.

—Mucho. Es lo mejor que hay ahora mismo en esta casa. Después de ti, por supuesto.

¿HE OÍDO BIEN?

La sonrisa que me acaba de regalar Andrés hace que se me mojen hasta las bragas. ¿O es el sudor que resbala y resbala y acaba siempre donde no debe? *Je ne sais pas.*

Una inusitada excitación comienza a iluminar pequeños rincones de mi ser sembrando un cosquilleo desconocido en mi estómago, en mi pecho y entre las piernas.

—Cata, ¿qué te apetece beber? Te puedo ofrecer zumo de naranja, de piña, de tomate, de uva y melocotón, leche de soja, whisky, ron, tequila, mistela o...

CAFÉ.

Preferiría un polvo, pero no tengo resuello ni las fuerzas para pedirlo. Me limito a decir:

—Un café con leche.

—Perfecto.

Andrés se adentra en la pequeña cocina que comparte espacio con el salón y abre una alacena tras otra hasta que da con lo que busca: una latita amarilla con la palabra CAFÉ serigrafiada con unas letras naranjas muy historiadas.

—Uhm... —Frunce el ceño y se le forman tres surcos horizontales en la frente.

—¿Qué ocurre?

Andrés se encoge de hombros, vuelca la lata y me dice:

—Está vacía. Lo siento.

—Vaya.

—Puedo bajar un momento y...

—No, no, no. Olvídalo. —Me pongo de pie, cojo el bolso que descansa en equilibrio sobre el brazo del sofá y doy un paso al frente—. En realidad, me acabo de dar cuenta de que tengo que hacer una cosa y...

—¿Te vas? —Su desazón alarga la comisura de mis labios levemente.

¿Me voy? Ay... ¡¿Qué hago?! Me tiembla todo.

—Ehm... En este momento soy la peor versión de mi misma, Andrés. Creo que no ha sido una buena idea aceptar tu invitación. No tendría que haber venido. Lo siento.

—Cata, ¿qué me quieres decir con eso?

Viene hasta mí, me agarra del brazo y me arrastra hacia él. Nuestros cuerpos colisionan inevitablemente como los autos de choque en una atracción de feria. Mi centro de gravedad se desestabiliza cuando su pectoral duro, pétreo, de musculatura hinchada, acaricia mis pezones marcados en la tela de mi camisa.

—Andrés, no puedo prometerte nada que...

—Eieiei, ¿quién ha pedido promesas? —Su aliento caldeado y provocador me envuelve la oreja y acelera mis pulsos.

Sus manos de dedos largos y elegantes y uñas cuidadas sujetan mi barbilla con precisión. Me mira. Lo miro. Nos miramos. Hasta que yo decido romper la magia del momento.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y nueve. ¿Por qué? —Trago saliva. ¿Por qué estoy tan nerviosa?

Soy consciente de que el café ha sido una excusa absurda para invitarme a follar. Algo que, por otra parte, ansío desde ayer cuando compartimos risas, churros y alguna que otra pulida confidencia en el Rusco—. Cata, ¿estás bien?

Apoyo indolente la barbilla en su mano y niego sucinta con la cabeza antes de decir:

—Andrés, yo...

—Oye, ¿quieres irte?

—Ehm... no es eso.

—A mí no me gustaría que lo hicieras —añade muy serio.

Nos batimos en un duelo de miradas feroces.

—Esto va a terminar fatal.

—Shhh... No tiene por qué. Es más, Cata. Yo no voy a permitir que ESTO termine mal. —Me acaricia el mentón y apoya el pulgar en la vena que late errática en mi cuello—. ¿Tienes otro plan? Me refiero a ¿un plan mejor?

—No —admito. Él sonríe.

—Dicen que las siete maravillas del mundo son reír, soñar, vivir, admirar, disfrutar, follar y...

Toso. Sus intensos e insondables ojos negros con un particular halo gris en torno a la pupila me miran con apetito, esperanza, deseo y... necesidad.

—Y yo cuando estoy...

—Y tú cuando estás conmigo —susurra besándome con delicadeza en el cuello, justo detrás de la oreja. Su voz suena densa y un poco sucia.

Mis pulsos se aceleran estrepitosamente. Me embriaga SU olor a... a HOMBRE. Mi corazón salta en el pecho cuando sus labios se aprietan contra los míos, casi de sorpresa. Mis manos... ¡Ufff! Mis manos caen pesadamente y culebrean por su cuerpo hasta dar con esas nalgas esponjosas que el vaquero aprieta con avaricia.

Falta de oxígeno, aspiro el sabor de SUS besos. Lleno mis pulmones de SU aliento. Perfumo mi piel con el sudor que desprende SU cuerpo. Exhalo el aroma de SU calor. Disfruto incluso con las caricias de SUS pestañas y el nacimiento impreciso de SU barba.

Apenas oigo lo que me dice mientras dibuja pequeños círculos en mi piel. Sus labios se aprietan en mi cuello que yo ofrezco a su merced. Su lengua chapotea cuando su saliva se espesa en mi oreja. Sus dedos, como tentáculos de un pulpo, reptan por mi abdomen y amasan con delicadeza mis pechos. Envolviéndolos. Instruyéndolos. Adiestrándolos. Provocándolos...

—Uhm... —suplico, pero en tono de imposición, apretándome con más fuerza al calor de su mano.

¿Alguna vez has sentido un repelús? ¿Has experimentado esa sensación tan extraña que amenaza con desestabilizar tus pulsos cuando un escalofrío rampante recorre tu espalda de arriba abajo recreándose en la nuca mientras tus pezones se ponen duros como rocas graníticas y apuntan al frente como proyectiles? ¿Has tenido esa insana percepción en la que tú, como ente abandonado en el espacio sideral, flotas como un barco a la deriva agujado por la ingravidez? Pues bien... Así es como me he sentido yo cuando Andrés se ha acercado a mí y ha ceñido mi cintura con las dos manos, suavemente, sin dejar un milímetro de espacio entre su palma y... MI PIEL. Piel con piel. Solo piel. Células masculinas desnudando mi alma. Lamiendo mis heridas. Borrando como una goma con caricias tiernas, la angustia, el pesimismo y la desesperación que me envuelve. La impotencia. Los errores cometidos durante tanto tiempo. La conmiseración. Y todas esas pequeñas partículas de odio, de antipatía y animadversión que mis poros han sido incapaces de expulsar últimamente.

—¿Sigo?

—Por favor. —Arqueo la espalda cuando su polla dura se aprieta grosera contra mis piernas urgiendo escapar de la cárcel en la que desde hace horas languidece.

Ahí estoy. Sin máscaras ni ropa ni sábanas ni... Uhm... No tengo NADA. Salvo piel desnuda. Salvo calor. Salvo esa arrebolada excitación que cubre la piel cuando sus labios jugosos rodean mis aureolas y relame mis pezones. Uno tras otro. Delicadamente. Tomándose su tiempo. Observando mis reacciones a través del reflejo que nos ofrece estratégicamente el espejo. Envolviendo en suave y deliciosa saliva fresca las dos perlas hinchadas de una tonalidad tostada que encumbran mis senos. Su lengua hace magia sobre mi piel. Roba escalofríos efervescentes que, como fuegos artificiales, iluminan mi ser. Suspiro. Jadeo. Floto... ¿Cuándo he perdido la ropa? No lo sé.

Ambos flotamos entusiasmados con nuestros cuerpos en contacto, disfrutando de la volatilidad que nos proporciona el sexo. Complaciéndonos. Acaramelándonos. Saboreándonos con fruición. Ofreciéndonos como fruta fresca. Acompasándonos a los movimientos del otro. Reduciendo la separación de nuestros cuerpos al mínimo.

Estoy húmeda cuando el filo de sus dientes se clava con sutileza en mi

hombro, en mi brazo, entre mis senos...

—Uhm... Estás mojada, Cata. Lo huelo. Lo noto sin tocarte. —Su voz es ronca y cruda. Su respiración inconexa—. ¿Quieres parar?

Parpadeo. Solo parpadeo. Y con una sutil caída de pestañas le indico que no. No tengo dudas. No hay nada que me detenga. Ya no. En este momento no me apetece pensar si lo que estoy haciendo está bien o está mal. ¡No, no y no! Mil veces no. Mentiría si dijera lo contrario.

Ansío con todas mis fuerzas que Andrés me haga todas esas cosas que Javier no ha sido capaz de hacerme durante tanto tiempo. Que se emplee a fondo. Que utilice todos sus trucos. Toda su magia. Que saque todos los ases que esconde en la manga. Que cruce mis zonas de peligro. Que hunda sus dedos dentro de mí mientras su polla se prepara para... FOLLAR. Lo necesito. Urgentemente. Nada más que eso porque... ¡JODER, ¿acaso no merezco recibir los treinta y seis metros de polla dura, rígida y tiesa que indicaba aquel artículo que Trini y yo estuvimos desgranando el martes pasado?!

Me estremezco cuando Andrés rasga el envoltorio plateado de un preservativo con los dientes. La sangre zumba en mis venas. Estimulante. Anticipándose a lo que está por venir.

—¿Preparada? —Su mano se cierne sobre la mía, invitándome a rodar el látex por su pene hasta la base. ¿Cuándo se ha bajado los pantalones?

—Sí —musito cuando él besa mis labios y se acomoda en mí. Poco a poco. Lentamente. Muy despacio. Con la suavidad de una pluma.

—Cata, ¿sabes cuánto me enciendes?

—No.

—Lo descubrirás pronto —jadea—. Muy pronto.

—Estaré EN-CAN-TA-DAHHH...



BUEN CAFÉ

Floto. Navego. Me alejo... Mi mente viaja por mundos complejos. Foscos. Oscuros. Siniestros. Durante horas he tenido todo lo que quería: SEXO. Puro sexo. Solo sexo. Sexo perfecto. Claro. Sin promesas vacuas. Sin matices extraños. Sin imperfecciones. Sin el tacto insulso de una sábana ni caricias frías sobre la espalda. SEXO REAL. Bueno. Fogoso. Caliente y sudoroso.

Andrés y yo hemos disfrutado de ese tipo de pasión que te adormece las piernas y te hace sentir los dedos súbitamente helados y vacíos de sangre. Hemos follado como robots. Solo ha habido lujuria, erotismo, incontinencia... Fiebre pasajera de sexualidad y belleza. Un carnaval de bailes de vértigo en el

que sus caderas se han movido espectacularmente para mí, solo para mí, entrando y saliendo de mi cuerpo sin vacilaciones, sin contemplaciones y sin falsedades. Sexo decidido, exquisito, real... De ese tipo que roba gemidos, suspiros y jadeos arrebolados y aherroja las preocupaciones dentro de un cofre protegido por siete candados. ¿O eran nueve?

Andrés se ha esmerado en seducirme con su voz ronca y aterciopelada. Ha provocado que mi cuerpo se agite histérico. Que mi pulso no deje de martillar mis sienas durante las más de dos horas que nuestros cuerpos se han entregado a la lascivia, a la provocación, al... PLACER. Lo nuestro ha sido una unión sin ánimo de lucro. Una interacción robot-hombre-mujer-persona. Una asociación terapéutica. Una sociedad limitada entre su piel y mi piel. Sus besos han sido como un bálsamo para mis angustias. Su cuerpo, un sedante para mis desvelos. Y... y su forma de hacerme el amor sin prisas, al principio, y más energicamente, después, una calma chicha para mis desasosiegos.

Andrés ha luchado como un misionero por el regreso de la paz y la alegría a mi rostro. Como un barrenero ha lamido mis muslos tersos y ha frotado sus dedos sobre mi sexo. Hundiéndolos. Rascando. Envolviendo con la manta templada de su saliva las paredes desnudas y los temblorosos perfiles de mi agitada y exacerbada cueva. Ha preparado con un mimo exquisito mi vagina para su esponjosa y exigente polla. Lubricándola. Aceitándola. Seduciéndola con besos tiernos, con caricias suaves y con locos tormentos. Despertando tempestades que han circunvalado todo mi cuerpo mientras yo, agarrada a sus anchos y poderosos hombros como única tabla de salvación, arqueaba la espalda y me ofrecía a él con todo mi esplendor. Sin temor. Sin vergüenza. Sin pudor...

El mármol, con su frígida superficie clareada por la luz del sol, se ha convertido en nuestro particular Lago Azul. Un paraje insólito en el que no ha habido mosquitos, ni cangrejos ni esos fastidiosos granitos de arena que arañan imperceptiblemente la piel cuando hay pasión de por medio.

El cálido sonido de las olas del mar ha sido sustituido por nuestros suspiros, por nuestros gemidos y por nuestros jadeos. Por esos «uhm», «ahhh», «ohhh», «sííí...» que indefectiblemente han escapado de mi garganta cuando sus besos han dibujado intrincados laberintos sobre mi piel. Y también por esas caricias que, como tarántulas capaces de inmovilizar el sentimiento más puro, han tejido una enmarañada red de caos en mi mente cuando nuestros cuerpos se han dejado arrastrar por la pasión, por la desesperación y por esos

juegos lúbricos con una gran intensidad erótica con las que escandalosamente hemos desplegado toda nuestra sensualidad hasta rozar la depravación.

¿Alguien me puede explicar la razón, por absurda que sea, que me ha inspirado a caer rendida a un polvo, a dos, a seis... camuflados tras un «BUEN CAFÉ»? No voy a negar que he disfrutado como nunca. Andrés cumple todas esas normas que a mí tanto me gustan y que dictan que los hombres siempre tienen que ser fuertes, racionales, dominantes, activos, poderosos e invulnerables. Agradezco cada uno de sus abrazos, cada caricia, cada beso, cada gota de sudor con el que ha lubricado mi piel. Me he sentido querida. Apetecida. Codiciada. Deseada. Pero... Ay, siempre tiene que haber un «pero».

—Cata, ¿estás bien?

Andrés ha detenido el ritmo. Su pene ha dejado de friccionar con tanta energía las paredes de mi cavidad vaginal. Sus yemas han dejado de perfilar mis pezones, de recorrer mi esternón y de dibujar escalofríos en mi espalda. Sus ojos han perdido ciertos matices y su voz algo de entonación cuando se ha dado cuenta de que mi cuerpo no está reaccionando como debiera porque mi mente está en otro lugar, con otra persona, con... ¿JAVIER?

—Ehm... Ssss... sí. —Una oleada de excitación tentadora está a punto de robarme el aliento—. No pares, por favor.

—¿Estás segura? —Desfallecida, observo el profundo socavón que se le ha formado en el cuello, justo en la base de la garganta mientras él permanece acostado sobre mi cuerpo, apoyado sobre las palmas, manteniendo el control de sus movimientos—. Podemos parar si TÚ quieres, Cata.

¿Quiero? ¿Quiero terminar con todo esto? ¿Con estos treinta y seis metros de polla dura, energética, vibrante y provocativa que está recibiendo mi cuerpo? ¿Con la humedad de sus besos tiernos? ¿Con las cosquillas, los escalofríos y las alteraciones a las que está haciendo frente mi piel? ¿Deseo terminar con todo? ¿Con ÉL?

Un placer intenso, muy, muy intenso amenaza con hacerme convulsionar cuando su pene se hincha otra vez expandiendo las paredes de mi vagina. Un volcán en erupción crece flagrante entre mis piernas. Aun así, Andrés no se mueve. Me respeta. Aguarda una respuesta sincera que le dé pie a...

—SEGUIR... —carraspeo posando mis labios sobre los suyos. Despacio. Muy despacio. Con un roce erótico que sé que a él le envía descargas eléctricas a la parte más íntima de su ser—. Seguir es lo único que deseo,

Andrés.

Lo siento... Ohhh... lo siento tan cerca... tan sumamente cerca. Su polla se expande un poco más. Solo un poco más. Y se hincha. Más. Mucho más. Acoplándose a las paredes de mi vagina que, gustosa, la humedece, la lubrica, la acaricia. Ohhh, sí.

Andrés aprieta los labios en una extraña mueca. Y después me besa mientras desliza sus manos por mis piernas y asciende provocativamente hasta alcanzar mis costillas.

—Por favor —suspiro deleitándome con el sabor salado y la tersura de sus labios.

—¿Qué?

—Fóllame. Más fuerte.

—¿Estás segura? —Clavo mis uñas en sus nalgas, suspirando encendida de rubor—. Cata, contéstame.

—No pares. Ahhh... Ayúdame... —suspiro—. Ayúdame a olvidar.

Me mira. Y a través del brillo que desprenden sus ojos negros puedo observar el deseo, el apetito, el instinto más animal e incluso la parvedad de la materia.

—Esto es de locos, Cata —gruñe apretando los labios en un mohín de incompreensión y la ferviente necesidad en su voz—. ¿Qué... qué quieres olvidar?

—Todo —suspiro—. TODO.

Andrés saquea mi cuerpo una y otra vez, y otra vez... y otra vez más. Y mi mente, agradecida, vaga como una nubecilla perdida entre los mares abisales de la inconsciencia.

Excitada por la situación, jadeo... grito... robo al aire un poco de oxígeno. Solo un poco. Y lo araño. ¿Al oxígeno? No, no, no. A Andrés. Mis uñas largas dejan unas suaves marcas en sus trapecios cuando me coge por las caderas y, sin piedad, aprieta sus yemas en mi piel, entre mis carnes... contra mí.

—Andrés...

—Dime, Cata —me susurra cuando cambia de postura.

—No pares. Por... por favor.

—Lo sé, preciosa, lo sé.

Que me diga preciosa es algo que aún me enciende más. Me provoca la forma en la que su lengua vibra cuando golpea la bóveda dura de su paladar al

pronunciar la «r». Me excita la presión hermética que ejercen sus labios después de suspirar. Y me seduce la manera en la que se expanden las lengüetas de su nariz al respirar. O incluso la forma en la que entorna los párpados al preguntar:

—¿Estás bien?

Mi vagina se contrae y succiona su enorme erección, paladeándola como el caramelo más dulce.

—Oh, sí... —respondo acalorada, empapada, excitada—. Prométeme que me vas a follar así siempre.

Un espasmo me recorre el cuerpo avisándome que el orgasmo está cerca. Grito. Jadeo. Me muerdo los labios, vaciándolos de sangre, y ahogo mis gemidos entre su cuello mientras mis manos recorren sus bíceps, sus pectorales, su cintura... su trasero. Adoro esta sensación de plenitud que recorre mi cuerpo. Es sana, higiénica y muy necesaria. Al menos para mí que estoy tan desesperada.

—Cata, como TÚ quieras.

Extasiada por su cercanía, cierro los ojos y asiento. Me derrito... Me deshago por dentro cuando Andrés me levanta entre sus brazos y mete su lengua directamente en mi boca con una pasión voraz. Boqueo mientras él gruñe con incomodidad y acelera el ritmo de sus caderas, profundizando cada vez más. Sin soltarme, da un par de enérgicas sacudidas antes de explotar con incomodidad. Dispuesto a llevarme hasta el mismísimo cielo, aguanta el ritmo hasta que... ahhh... hasta que sucumbo al orgasmo más exquisito y placentero que jamás ha experimentado mi cuerpo.

Una tensión endemoniada me recorre la espalda cuando horas más tarde despierto de mi letargo. Me duele todo. El suelo está duro, húmedo y frío. La cabeza me retumba como si mis neuronas estuvieran lidiando una batalla campal.

—¿Quieres algo?

«A ti», me gustaría decir.

Abro los ojos muy despacio. La luz sucia de una bombilla me ciega momentáneamente. Giro la cabeza y veo a Andrés, sudoroso, arrodillado junto a mí, con un refrescante vaso de agua entre las manos.

—Estoy bien —suspiro—. Gracias.

Un extraño cosquilleo nace de mis dedos cuando me incorporo y flexiono las piernas.

—Cata, necesito darme una ducha. —Andrés me besa en el cuello con dulzura—. Puedes venir. Si TÚ quieres, claro. Quizá tú y yo podamos jugar otro rato.

—¿Más? —La puñetera luz que proviene de la farola y se cuele por la ventana me obliga a entornar los párpados cuando giro la cabeza para enfrentarle la mirada—. No creo que pueda jugar más, como tú dices. Estoy agotada.

Me succiona los labios con deleite y yo le respondo tímidamente. Me tienta. Me provoca. Me sondea.

—Prometo ser tu dulce tentación.

—Las tentaciones como TÚ no se merecen pecados como yo. Lo siento.

—Déjame decirte solamente una cosa, Cata. La mejor manera de liberarse de una tentación es caer en ella. No lo olvides.

—Eso es de Wilde.

Sonríe.

—Sí.

—He de irme, Andrés. Es tarde.

Cuando Héctor entra como un reactor en mi salón una hora más tarde, mi piel aún está tersa, caliente, candente después de... Andrés, los polvos, bajar el Chimborazo, la caminata de vuelta a casa, el sofocón que me ha provocado la última llamada de Javier y el profundo olor con el que los placeres del sexo han impregnado mi piel.

—Cata, ¿te ocurre algo? ¿Estás bien?

—Estoy encantada, Héctor —respondo con un tono aflautado y nasal, soltando un suspiro de silencioso alivio—. ¿No me ves?

Acabo de ponerme la vieja camiseta de algodón que me llega hasta la mitad de los muslos. Esa que está pasada, es una caca, una porquería y una mierda. MI mierda. La que tiene varios agujeritos, el dobladillo descosido y una mancha de lejía. ¿La recuerdas?

—¿Seguro?

—Estoy bien, Héctor. De verdad. —A través de las dos pequeñas rendijas que forman mis párpados observo cómo mi vecino flexiona el cuello apoyando la cabeza en su mano izquierda y estudia mi rostro—. Un poco cansada. Nada más.

—*Darling*, no sé si creerte.

—Eso no depende de mí —digo manteniendo apenas un vacilante control.

—Lo sé. Me refiero a que estás... distinta. No sé cómo describirlo, *darling*. ¿Es por lo de Javier?

—¿Te refieres a ese que me tiene hasta el coño? Ay, Héctor. Por favor. No me lo recuerdes. Tengo todavía trescientos veintitrés mensajes de WhatsApp suyos sin leer.

—Cata, estoy hablando en serio —me interrumpe—. Estás... estás...

—Diferente. Cambiada. Distinta. ¿Qué más, Héctor? Quiero darme una ducha y corregir cuatro o cinco exámenes antes de que llegue Trini. ¿Puedo? ¿O tengo que pedir un permiso especial al presidente del Gobierno?

—A mí no me engañas, *darling*. Esta mañana te largaste y... ¡Coño, ¿qué has hecho durante todo este tiempo?!

—Follar, follar y follar. En ese orden, Héctor. Hasta quedarme sin resuello. ¿Qué te parece?

Impresionado, abre la boca de par en par y se deja caer en la cama.

—¡¡¡*Oh, my God!!!* ¿Qué me estás contando?

—Seguí tu consejo, Héctor.

—¿Cuál de ellos?

Le escucho reírse y yo también ensancho una sonrisa.

—Le pedí al «inspector» que investigara mi cuerpo y me impuso un «castigo» muy placentero —admito dibujando dos pares de comillas en el aire.

—¿*Sorry?* —Pongo los ojos en blanco—. Ayayayyy, Cata. Yo flipo contigo. ¡¡FLI-PO!!

—Flipa, flipa. Y jódete porque es cierto.

—Serás... —Se levanta y viene hacia mí. Intento cerrar la puerta del baño, pero la detiene con el pie.

—Héctor, estoy pegajosa y llena de sudor.

—Y yo más nervioso que el fontanero del Titanic, *darling*.

—Esto es un cuarto de baño, por si no lo sabes; una zona íntima donde hay aguas para lavarse el potorro, el sobaquillo y los pinreles, así que... lárgate, por favor.

—No pienso moverme de aquí hasta que no me cuentes TODO con pelos y señales, *my life*.

A pesar de su comportamiento histriónico, de su manera de actuar y de caminar por la vida sin preocupaciones, Héctor no es una persona a la que se le puedan contar medias verdades. Con él solo vale el TODO-NADA.

—Pelos, precisamente, solo tengo en la cabeza y... ¡y! ¿Qué quieres que te cuente?

—TODO. T-O-D-O.

—Es decir, NADA. N-A-D-A.

—Ay, no, no, no, *baby*. Cuéntale a Héctor todo, todito, todo. Por favoor.

—¡Héctor! No seas pesado. Ahora no es el momento ni el lugar.

—Vale.

—¿Qué vale?

Se acerca tanto a mí que su rostro queda a tan solo un par de centímetros del mío.

—Acepto darte una tregua si...

Siento su aliento caldeado y su respiración acelerada en mi cara.

—¿Si qué, Héctor? —Me observa detenidamente escaneando el brillo de mi mirada, el lustre de mis pestañas y el arbolado de mi cara—. Sabes que soy una mujer a la que no le gusta que le impongan condiciones.

—Tu vida es como una novela, *my love*. Y no me gustaría saltarme este capítulo porque se prevé de lo más interesante.

—¿Interesante? —le pregunto con la voz tomada esperando una respuesta rápida.

—Sí. —Se muerde el labio inferior.

—Ufff —resoplo—. Yo diría más bien que este capítulo de mi vida ha sido... ¿cómo te lo explico para que lo entiendas? Uhm... ¡Sí, eso es! Ha sido una de esas tramas que te ponen cachonda desde las primeras líneas. Apasionante, intrigante y muy, muy excitante.

—¡*Baby!* —protesta—. Te odio con todo mi ser.

—Con todo... ¿todo? —Chasqueo la lengua.

—¡Con todo! No hay una parte de mí que no te odie por ser tan...

—Ojo con lo que sueltas por esa boca —respondo con el dedo en alto—. ¿Se puede saber qué cojones te pasa?

—Ay, Cata, *my princess, my darling, my love*. Tu corazón es un raspado de limón: amargo y bien frío. ¿Cómo se te ocurre decirme eso, *baby*?

—¿Decirte qué?

—Que tu día ha sido excitante, apasionante e intrigante —suspira—. ¿A mí? ¿Precisamente a mí que vivo en una montaña rusa de euforia y desesperación provocada por el desamor?

—Ehm..., espera un segundo. ¿He oído bien? No me digas que has roto

con tu novio.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—No.

Al bajar la mirada veo cómo su rodilla se mueve frenéticamente.

—Ayayayyy, Cata. Me estás volviendo loco. ¡¡*Crazy!!* Miénteme, castigame o llévame al delirio si tú quieres, pero.... Cuéntame algo ya, por favor. Eres... eres...

—Incorregible. Pertinaz. Testaruda. Obstinada. Terca. Puta. Reputa. La hostia. ¿Quieres que siga?

—Sí —responde fingiendo que no se da cuenta de lo trascendente de mi declaración.

Los dos nos quedamos callados hasta que, en uno de sus arranques de locura, me apunta con el dedo y me dice:

—Pues quiero que sepas que... *La gente TE señala, TE apunta con el dedo, susurra a TUS espaldas y a TI te importa un bledo.*

Joder. Esto se parece a un musical. Y lo peor de todo es que Héctor canta peor que el pato Donald con la boca llena de polvorones.

—Mira, guapo. Como me expresó una vez una buena amiga de esas que respiran flamenquería y entonan su vida con el temperamento de la gente nacida en Sevilla: ME SUDA EL COÑO LO QUE LA GENTE VAYA DICHIENDO POR AHÍ. ¿Te enteras? —Héctor retrocede ligeramente cuando le agarro del mentón y, componiendo una mueca extraña, acerco provocativamente mi cara a la suya—. Antes sí que me llevaba malos ratos por el maldito e incorregible «qué dirán». Pero a estas alturas de la vida... PA'QUÉ. No merece la pena preocuparse por lo que unos y otros van diciendo de ti, de mí o de aquel. Así que... ¡¡Joder, ¿eso que se oye es mi móvil?!!

—Sí —admite abriendo los ojos de par en par.

Canta una canción de Diego Torres que «la vida viene y va como un vals, un paso adelante y otro paso atrás». Ironías de la vida, un paso adelante y otro atrás es lo que yo quiero dar con Andrés y no con Javier. A pesar de mis dilemas mentales y de ese maldito PERO que siempre surge cuando menos te lo esperas, estoy deseando volver a tenerlo dentro de mí. Acoplarme a él como la pieza perfecta de un puzle. Sentir cómo su tono sensual vuelve a aumentar el ritmo de mis latidos. Follar... Y olvidarme de Javier. ¿Cuándo cojones va a dejar de martirizarme con sus llamadas, con sus perdones, con sus «Cata, te amo», «Cata, te adoro», «Cata, yo... yo te quiero»?

—Dime, Javi. ¿Qué quieres?

—Hablar.

—¿De qué? —Levanto el pulgar cuando Héctor me dice adiós con la mano.

—De ti. De mí. De nosotros. —Oigo la respiración agitada de Javier al otro lado de la línea—. Me gustaría verte.

¡¡¿DE NOSOTROS?!!

Me quito el teléfono de la oreja y cojo aire. Cada palabra que pronuncie al respecto de nuestra relación me aleja un paso del nuevo rumbo que quiero tomar y me acerca otro a lo que creo que he dejado atrás: ÉL.

Un silencio pertinaz hace eco en mis tímpanos cuando me acerco otra vez el teléfono a la oreja y digo:

—Mira, Javi. Déjate de coñas. Eso no puede ser. No es una buena idea.

—Suspiro. Y mi Pepito Grillo aparece de repente, obligándome a contar. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¡veinte! Más relajada, prosigo—: Deberíamos dejar las cosas como están. Recorrer con independencia el resto del camino. Tú por un lado y yo por otro. Además, he quedado con Trini para cenar.

—El camino puede ser más llevadero cuando se comparte con otra persona.

—Y más placentero, Javierito. Según como se mire. ¿Cuántos hay que hacen el camino de Santiago solos para encontrarse a sí mismos? Centenares de personas, ¿no? Y no les pasa nada.

—Te equivocas en un pequeño matiz. Después de una larga jornada de caminata siempre llegan a un albergue donde hay muchos peregrinos. Charlan, se ríen, cenan juntos...

—Hacen de la circunstancia una oportunidad. Y no comparten cama, ni almohada ni... NADA.

—Deberías replantearte muchas cosas, Cata.

—Joder, Javi. Y tú permitirme que lo haga. Sabes que no deseo hacerte daño, pero... ya no te... —Las palabras se me atragantan en la garganta.

—Cata. Por favor. No lo digas.

Y, por una vez, omito las palabras que desde hace tanto tiempo chocan como trenes enfrentados en mi cabeza. No lo amo. No lo quiero. No lo deseo. Ya no siento nada por él. Ni siquiera desprecio. Siento que mi vida rueda

como una peonza enloquecida rasgando el aire. Enfrentándose a los temores, a las angustias, a la desesperanza y a lo desconocido.

—¿Para qué has llamado, Javi?

—He llamado porque pensé que...

—¿Qué, Javi? Déjate de rodeos.

—Me gustaría verte —repite.

—Si lo que te preocupa es eso, quédate tranquilo. El jueves estaré como un reloj en el hospital. No soy tan cabrona como para dejarte pasar solo por el trance de la operación. Al fin y al cabo, Robustiana ha sido una gran compañera de fatigas durante todos estos años.

—Joder, Cata. Siempre tienes que meter la puntilla.

—El problema es que ya ni eso puedes hacer tú.

Mierda. ¿Por qué he tenido que decir eso? Esta forma de enloquecimiento agrio e infeliz no es la mejor manera de manejar la situación.

—...

—Lo siento, Javi. No pretendía hacer leña del árbol caído.

—Cata, esto es pasajero, ¿verdad? ¿Te has dado un plazo?

—¿Para qué?

—Para decidir si esto es solo una cuestión temporal o algo definitivo.

—En la vida no todo es blanco o negro. Hay grises con muchos matices.

Pero en este momento me sobran porque yo soy una mujer de extremos.

—No te entiendo, Cata.

—Javi. Escúchame. Busco a un ser humano que se deje amar en horas hábiles e inhábiles y que, de vez en cuando, pueda ser mi cómplice en los sueños. ¿Lo entiendes?

—¿Acaso yo no soy ese hombre?

No respondo. Me limito a seguir con mi exposición:

—Debe tener experiencia en vuelos hacia nuevos destinos y contar con el coraje necesario para amar.

—A mí me gusta volar. ¿No recuerdas cuando fuimos a Barcelona?

—Javier. La vida está compuesta de pequeñas vivencias, buenas y malas, que nos guían, que nos unen o separan. ¿Qué ocurre cuando algunas se confabulan?

—Ehm...

—Pues que la vida se vuelve un caos.

—Ya.

—Desde hace un corto periodo de tiempo, TÚ y YO hemos experimentado intensos e inquietantes cambios, que tendrás... perdón, perdón... que tendremos que afrontar sin apenas poder digerirlos. ¿Lo entiendes?

—Más o menos.

Sonrío.

—Algo es algo, Javi.

—Cata... —suspira—. Decía un poeta loco que conocerás el amor de tu vida cuando te sostenga la mano y notes que lo que te sujeta es el corazón.

—¿Desde cuándo lees tú poesía, Javierito? —Silencio sepulcral—. Creo que una de las mejores sensaciones del mundo es reírse con otro y darte cuenta a mitad de risa de cuánto disfrutas con esa persona y de su existencia. ¿Cuándo fue la última vez que a NOSOTROS NOS ocurrió eso?



MAYDAY: CÓDIGO ROJO

La próxima vez que tenga una copa en la mano, voy a brindar por los valientes. Por los que corren el riesgo de poner en peligro su orgullo y sus tripas. Por los que piensan en el mañana y por los que tiemblan de ganas y no por miedo. Por esos locos que no se dejan impresionar por el fracaso. Por los que se hacen grandes ante las fobias, por los que rellenan los vacíos del corazón sin pedir nada a cambio y por el sudor. Sí, sí. Por el sudor. Y por los gemidos. Y por las caricias. Y por los besos que se quedan entre las sábanas, en la almohada y sobre la piel cada vez que te entregas al amor, al erotismo y a la pasión. Por las decisiones alocadas que nos llevan a cambiar el rumbo de nuestra vida. Por Gruñón, Tímido, Dormilón, Mudito, Feliz, Sabio

y Mocosos. Por los tangas. Por la ropa ajustada. Por la vaselina. Y por los siete kilos de mantequilla sin lactosa que me voy a tener que untar en las caderas para que me entren los pantalones que llevan más de diez años en el fondo sur de mi armario. Por el diez. Y no precisamente el que va a tener cada uno de mis alumnos esta evaluación, sino por el cuerpo de diez que voy a tener de aquí a unos meses. Por el placer. Por Javier porque... aunque entre él y yo ya no hay nada, se merece ser feliz. Y por mí. Sobre todo por mí porque... estoy harta de ser esa gaviota que surca los mares de olas de plata, de caminar por la vida sin rumbo aparente y de no encontrar el barquito varado en la playa siento que... siento que desde hace mucho tiempo he sido un ser vil y una persona servil. Estoy cansada, agotada, exhausta de tanto llorar. Harta de que las lágrimas arañen mi piel cuando en realidad solo se merece recibir el rubor de los besos húmedos de... ¿Andrés? Joder, sí. Quizás también brinde por él porque con seis polvos ha conseguido encumbrar mi (in)felicidad hasta lo más alto.

Junto a Javier, Andrés ha sido el único hombre en el mundo que ha conseguido robarle sonrisas a mi mirada y suspiros enfebrecidos a mi garganta. Es más. Mi mundo, ese orbe minúsculo que yo he creado para mí, solo para mí, ha comenzado a girar como una temblorosa peonza gracias a su sonrisa traviesa, a su mirada directa, a sus abrazos apretados y a la humedad con la que sus melifluos besos tatuaron ayer mi piel durante horas y horas. Horas en las que su lengua se empleó a fondo para desamarrar, nudo a nudo, las extensas hebras de hilo invisible que enlazaban unos pensamientos con otros.

Andrés es un hombre carismático, atrevido, incansable y resuelto. Reboza vida por la piel. Esa (vida) que a mí se me ha escapado desde que Javier... En fin, dejémoslo simplemente en que se me ha escapado porque no quiero hacer más leña del árbol caído.

A lo que iba... Cuando está conmigo, Andrés no demanda, no exige y no cuestiona nada. Simplemente se entrega a mí. Respira por mí. Besa por mí. Y me folla con la cadencia de las olas y la suavidad de la brisa marina. Me seduce con su mirada. Me acaricia con sus palmas y me enciende poco a poco, muy poco a poco, hasta que... oh, sí. Hasta que mi yo salvaje le pide más, mucho más.

Follar es un acto puramente animal, biológico... físico. La unión de dos cuerpos. Piel sobre piel. Oxidación enérgica de azúcar. Placer indómito sobre

la encimera, en la ducha, en el suelo, sobre la lavadora, en la cama o contra la pared. Sexo puro y duro. Convulso. Confuso. Hambriento. Y ¿dónde queda el amor? En un rincón del corazón porque... el amor, por si no lo sabes, se hace con sentimiento y follarse solo con el cuerpo.

—Cata, ¿estás bien?

Andrés y yo hemos pasado la última media hora en silencio compartiendo exquisitos metros de... espaguetis con tomate para reponer fuerzas después de rodar acoplados como dos piezas perfectas de un puzle por el suelo, tropezar contra la pared, clavarnos los dedos sobre la piel y decirnos suciedades al oído.

—Me voy —respondo limpiándome los labios con una servilleta.

—¿Tan pronto? —La piel me arde cuando sus fuertes dedos empiezan a cosquillearme la cintura.

Miro las manecillas del reloj que cuelga de la pared de la cocina y, aunque una explosión descarnada, primitiva e irracional recorre con violencia mi sexo, digo entre dientes y con la garganta reseca:

—Andrés, son las diez.

—Quédate... solo por esta noche.

—No puedo.

En realidad, no debo. Aún tengo que corregir setenta y cinco exámenes. Y... y también tengo que brindar por los valientes, por los que corren el riesgo de poner en peligro su orgullo y sus tripas y por... Da igual.

—No digas tonterías, Cata —susurra besándome provocativamente el hombro desnudo. Mis senos cascabelean cuando me agarra de la cintura y la fuerza de su abrazo me obliga a apoyar la espalda sobre su pecho.

—Andrés —suspiro—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Otra? —En su frente aparecen tres surcos profundos cuando levanta las cejas.

—Hablo en serio.

—Dispara.

—¿Quién eres? Me refiero a... —Hago largas pausas entre unas palabras y otras mientras mis dedos culebrea provocativamente por la superficie acerada de sus muslos—. ¿Por qué llevas dos días acostándote conmigo? No me conoces de nada. No sabes quién soy ni...

Se encoge de hombros. Al hacerlo, mi nuca encaja perfectamente en su cuello.

—¿Tiene que haber un motivo?

—Tú verás. —Respirar profundo es el mejor bálsamo para que cicatricen los pesares.

—¿No he dado la talla? ¿Es eso lo que me quieres decir?

¿Por qué los hombres son tan simples? ¿Por qué solo piensan con la «cabeza chica», esa que solo tiene un ojo y que siempre está parapetada entre dos fornidos guardaespaldas redondos?

—No, no, no —respondo separándome de él para enfrentarle la mirada—. No es eso.

—¿Entonces?

—No sé... quizá... —dudo. Y la duda, como en política, siempre da tregua a la oposición para intervenir.

—Shhh... No digas nada, Cata. Relájate. Estás muy tensa.

¿No lo voy a estar si sus manos no dejan de trabajar mis hombros, mi espalda y...? ¡Oh, Dios! Otra vez esos toquecitos tan exquisitos en... Uhm...

¡MAYDAY, MAYDAY, MAYDAY!

¡CÓDIGO ROJO!

REPITO: CÓDIGO ROJO.

Hay derrotas que tienen más dignidad que las victorias. Para muestra un botón.

Después de jugar, de gritar, de gemir, suspirar, jadear y follar lo indecible mi estado general es... LAMENTABLE. Estoy hambrienta. Famélica, diría yo. Y ansiosa por un buen café. Un «café» sin suspiros de los que te arañan la garganta. Sin gemidos roncros ahogados por circunspectas miradas. Sin caricias tiernas. Sin el roce enérgico y constante de una piel sobre otra piel. Sin esas acaloradas palabras con las que el cuerpo de un hombre y una mujer se arrastran hacia el más oscuro, profundo y enigmático placer. ¿Entiendes lo que te quiero decir? En este momento, aunque no me importaría tomar otro «BUEN CAFÉ» con Andrés, necesito otras cosas más «normales». Tranquilidad. Orden. Sosiego. Silencio. Serenidad... PAZ.

Horas después, a las seis y cuarto, justo cuando el Lorenzo comienza a desperdejar la mañana del lunes, preciso sentir cómo el agua burbujea en la cafetera. Cómo el aroma a humedad y el perfume de la mezcla tostada se expanden por toda la casa al filtrarse por el papel. Y cómo el amargor del café

recién hecho se instala en mi paladar suavizando el sabor de los besos con los que Andrés ha aromatizado mi boca.

Pero también necesito leer, resolver un crucigrama sin tener que recurrir a Internet, aguzar el oído ante el tictac de las horas. Escuchar a Alejandro Fernández y a Morat interpretando *Sé que te duele*. Sacar los clavos de mis heridas porque duele mucho enamorarse de las mentiras. ¡Mucho! Y disfrutar de una cama a solas porque... Andrés y su «BUEN CAFÉ» han cambiado mi vida, mi ritmo, mi espacio, mi tiempo, mi historia, mis sueños... TODO.

Yo solo quería un café con poca azúcar, quizá un croissant, quizá echarle algún vistazo a las malas nuevas de los diarios o sacudirme esa pereza crónica de mis amaneceres, reza una canción que interpreta Ricardo Arjona y no dos dudas, un duende, un par de fantasmas y un... JODER, ¿quién cojones está llamando a la puerta con tanta insistencia?

Miro el reloj. Ya son las siete y diez. ¿Quién osa importunar a una mujer que está al borde de un ataque de nervios? Si Almodóvar hiciera un *remake* de aquella famosísima y divertida película estoy convencida de que el papel de Carmen Maura sería para mí.

Lo siento, Carmen. No te enfades por lo que te voy a decir. Tú hiciste una magnífica interpretación. Te ceñiste al guion y a las exigencias de Peeedrooo. Lo mío, en cambio, es... innato, consubstancial e inherente a ese grado de locura que buscaba Almodóvar cada vez que te exigía que te volvieras histérica ante la cámara.

Héctor despliega su magia bullanguera nada más entrar.

—*Good morning* —vocifera extendiendo acrobáticamente sus brazos para abrazarme.

—¡Héctor! —El sonido histérico de sus tacones al golpear el mármol se me clava en las sienes—. Apártate. Hace mucho calor.

—Ayayayyy, *baby*. Te pasas la vida protestando. Lo mínimo que podrías hacer es preguntar cómo estoy. Por cierto, ¿cómo estás tú?

—¿Quieres que te dé una ccc?

—¿Una ccc? —responde dejándose caer a plomo sobre el sofá. Algunos exámenes cobran vida, hacen un barani^[12] y terminan estampándose en el suelo.

—Joder, Héctor. ¿A estas alturas de la vida no sabes lo que es una ccc?

—No —niega categóricamente. Al moverse, sus rizos caen descontrolados

por su frente.

—Coño. Parece mentira que seas tan listo para unas cosas y tan torpe para otras —resoplo mientras mis pies se dirigen hacia la cocina—. Una CCC es una respuesta clara, concisa y concreta. ¿Quieres un café?

—Ehm... ¿puede ser una cerveza, *darling*?

—Pues sí que desayunas tú fuerte por las mañanas.

—La cosa no se plantea muy halagüeña, *my love*, así que es preferible recurrir a algo más duro. ¿Me puedes decir qué te pasa de una vez?

—Que estoy muy cansada. —Estiro el cuello como un pavo real. Los huesos de mi espalda crujen—. Me duele todo.

—Ya. Y ¿qué más?

Cojo aire y lo expulso de golpe.

—Héctor, te lo digo muy en serio. No tengo ganas de tonterías tan temprano. Estoy hecha trizas. —Bostezo—. No veo la hora de meterme en la cama.

—¿Y qué te impide hacerlo?

—Tú, por ejemplo. Y los exámenes que tengo que corregir.

—*Darling*, por una vez en la vida puedes ser una cabrona hija de puta con tus alumnos y suspenderlos a todos. ¿Qué te parece?

Levanto el mentón con dignidad.

—Joder, Héctor. Eso no es ético.

—Tampoco lo es que algunos políticos reciban mordidas bajo cuerda y ¡fíjate cómo están de llenas las cárceles!

—A ver cómo te lo digo para que te enteres. Los guardianes del integrista progresista son los que siempre levantan la bandera de la ética y al final son los peores.

—Bueno, bueno, bueno... piénsatelo.

—No tengo nada que pensar, Héctor —respondo con voz pastosa.

—¿Y si...?

—¿Y si qué?

Joder. Cuando se lo propone mi vecino puede ser más pesado que escuchar un recopilatorio de los Pecos en japonés. Una desagradable sensación de náuseas se instala en mi estómago.

—¿Y si decimos que han entrado a robarte en casa y...? Da igual. Es una locura, ¿verdad? —Asiento—. ¡Ya lo tengo, *darling*! Aprobado general. No me digas que no es un plan estupendo, ¿eh?

—Preferiría que me clavaran alfileres entre las uñas.

Cuando la maldad hace acto de presencia, en un primer instante puede eclipsar a todo lo demás. Sin embargo, cuando reptar por las paredes y utiliza su lengua bífida para oler el lugar y el momento idóneo para envenenar, puede dañar y mucho. Así me siento yo en este momento junto a Héctor que vive en un mundo ligero, sin remordimientos ni valores.

Durante unos minutos permanecemos en el más absoluto de los silencios. Mirándonos. Estudiándonos. Burlándonos con los ojos, las pestañas y las muecas que formamos con la nariz, con el entrecejo y con los labios hasta que él me quita la lata de cerveza fría que tengo entre las manos e insiste:

—Ya está bien de tantas tonterías, *baby*. Cuéntale a Héctor de una vez lo que te pasa.

—N-O —deletreo—. ¡NO!

—Mira. No hay más que verte para saber que estás cubierta de mierda, así que...

—Así que nada, Héctor. Deja de ser tan rancio —respondo dando un sorbo largo al café para ganar algo de tiempo—. ¿Quién te ha dicho que yo tenga algo que contar?

—No disimules, *princess*. Arrastras un cubo lleno de mierda.

—¿Un cubo? —Abro los ojos de par en par. No sé por qué me he hecho un café, si lo que necesito son dos chupitos de tequila.

—*Sip*.

—Tesoro, en realidad es un bidón —admito finalmente—. Como los del reciclaje del vidrio que pusieron hace tres semanas frente a la ferretería.

Héctor se sienta sobre su pierna izquierda y se aparta el flequillo rubio de la cara con expresión dubitativa.

—Ayayayyy, tú echas de menos a Javier.

Las comisuras ascendentes de mis labios dejan escapar un suspiro antes de decir:

—Chorradas.

—Que sí. Solo hay que verte, Cata, *my princess, my darling, my...*

—*My NADA*, Héctor. ¡Ya está bien!

—Uiuuuuu. Eso es el júbilo hormonal inconsciente que se ha apoderado de ti.

—¿Sí?

—¿No sabes que la conexión y la complicidad sexual funcionan como el

más potente de los afrodisíacos, *baby*?

—Entre Javier y yo hace mucho tiempo que ya no existe ese tipo de... Joder. Joder. Joder. Soy idiota. ¿Me puedes explicar por qué cojones te cuento a ti estas cosas?

Héctor sonríe, se muerde el labio inferior y se encoge de hombros.

—Porque soy el único que escucha tus mierdas. Porque soy como Napoleón Bonaparte y...

—Y la palabra imposible no está en TU diccionario. Lo sé, Héctor. Lo sé. Al igual que también sé que las mentiras son un gran afrodisíaco.

—Vaya. ¡Ha salido el gordo! Por fin hemos descubierto por qué a Pinocho no dejaba de crecerle la nariz.

—No quiero entonces ni imaginarme lo que hubiera sucedido si en lugar de la nariz le hubiera crecido la... Auuu. —Héctor acaba de lanzarme un cojín y ha impactado de lleno en mi cara—. ¿Se puede saber por qué cojones has hecho eso?

—Catita. Vamos a ver. En ese caso Gepetto tendría que coger una *black and decker* para dar un cortecito y punto. ¿Lo pillas? —Su ceño fruncido se relaja a medida que su boca convierte un gesto incierto en una sonrisa—. Algo parecido, por cierto, a lo que le van a hacer el jueves a tu marid... a Javier.

—¡¡Héctor!!

—¿Qué?!

—¿Cómo puedes ser tan insensible?

—¿Yooo? —responde con un gallito en la garganta.

—Sí. Tú.

Héctor chasquea la lengua contra el paladar, agacha la cabeza y se frota con vehemencia la nariz cuando su iPhone 7 comienza a vibrar. Lo desbloquea. Lee un par de mensajes. Escribe tres. Lo apaga, lo deja otra vez sobre la mesa y me dice:

—¿Sabes cuál es tu problema, Cata?

Uuu... cuando la conversación se pone seria dejo de ser *baby, princess, darling, my love, my life* y paso a ser otra vez Cata. Algunas veces, incluso Catalina.

—No.

—Que después del «fueron felices y comieron perdices» siempre viene la resaca, el mal aliento, las pelusas en el ombligo, los celestes en lugar de los azules y...

—Joder, Héctor. —Suelto la taza vacía en la mesa—. ¿Eso a qué viene ahora?

Mi pregunta suena ansiosa. Va cargada de una gran dosis de preocupación y malestar.

—Mira, Cata. Te voy a pedir una cosa. Solo una. Pero tienes que ser muy clara, ¿vale? —Asiento—. ¿Quién es tu príncipe?

—No te entiendo.

—¿Andrés o...?

—¿O?

Abro los ojos de par en par hasta que caigo en la cuenta de su clara intención.

—Dímelo tú.

—Joder, joder, joder. —El labio inferior me tiembla ligeramente. Desvío la mirada otra vez y él se echa hacia atrás en el sofá con un suspiro—. Creo que estoy como una puta regadera.

—No puedo rebatirte eso, Cata. Lo siento.

—Lo he pasado genial este fin de semana. Ahora solo me queda recuperar la dignidad, cambiarme el nombre e irme del país. —Nuestras miradas se encuentran y él pestañea desconcertado—. ¿Qué? ¿Vas a hacerte ahora el sorprendido? Todavía no puedo entender cómo he podido caer tan bajo ni cómo me he podido dejar engatusar por un «asesino de polvos» con el que ni siquiera he entablado una conversación profunda. He sido una estúpida, Héctor. ¿Me oyes? Una puta estúpida que se ha dejado arrastrar por la angustia y la desesperación. Por el miedo a la soledad. Por... ¡¡Coño, Héctor, lo he hecho fatal!!

—*Darling*, mírame. ¡Mírame! —Llevo los ojos hasta su cara—. ¿Te estás escuchando? Eres perfecta para el hombre que sepa quererte.

—Javier no sabía quererme —lloriqueo.

—Y dejaste entrar a tu «asesino de polvos». ¿Qué problema hay, *my love*? ¿Es ese TU príncipe? ¿El de verdad?

—Que solo han pasado tres días, Héctor —resoplo con desesperación—. ¡¡Tres putos días!! Uno, dos y tres. Y... NO LO SÉ.

—¿Qué me quieres decir con eso, Cata? —Otra vez ha llegado la seriedad, la conversación profunda.

—Joder. Es bien sencillo.

Y tanto que es sencillo. Los impulsos algunas veces nos llevan a cometer

locuras. Llevan implícito un irracional «porque sí», una impaciencia que, a la corta o a la larga, retroalimenta el problema de partida ya que, cuando no hay reflexión la posibilidad de errar aumenta. Y con ello, se desestabiliza la conciencia.

—Me estás volviendo loco, Cata. ¡Crazy! ¿Te das cuenta?

—Puedes irte si quieres.

—Shhh... Más despacio, *baby*. Yo no me muevo de aquí hasta que...

—Hasta que ¿qué?

Héctor se humedece los labios antes de levantarse. Parece molesto. No lo culpo.

—Catalina, ¿me permites que te responda con una ccc de las tuyas?

—¿Quieres que te conteste la verdad o lo que quieres escuchar?

—¡*Oh, my God!* Ayayayyy, y mil veces ay. —Regresó el punto alocado. El que más me gusta de él—. Si te soy sincero estaba pensando en cuántas equivocaciones es uno capaz de perdonarse en una noche. Pero veo que contigo eso del perdón no funciona, *baby*. Cuéntame. ¿Por qué has follado con Andrés? Porque... que no te quepa la menor duda que todos tus problemas vienen de ahí y no del hecho de haber dejado a Javier. No, no, no. Aunque te niegues a reconocerlo, ÉL ES TU príncipe. El verdadero. El que, a pesar de los ronquidos, las pelusas en el ombligo y la barriga cervecera, te ha querido, deseado y amado desde hace más de veintisiete años. El que cada mañana, cada tarde y cada noche me llama para preguntarme cómo estás. El que...

—Porque sí —suspiro como un resorte.

—Porque sí, ¿qué?

—Me he tirado a Andrés porque me ha dado la gana. ¿Te viene bien esa respuesta?

Héctor levanta las cejas sorprendido y pestañea antes de encogerse de hombros.

—Catalina. Tu espartana impasibilidad emocional me saca de quicio. Al final voy a tener que ir a la cocina a por un sacacorchos. Y ¿qué más?

—He... he follado... —tartamudeo hasta que mi lengua se desata—. He follado con Andrés porque me pone su cuerpo, su sonrisa y estar en su cama. Porque su cara de canalla me excita. Porque... porque cada vez que sus manos me atrapan, mis pliegues se empapan. Y porque él ha sido el único hombre que ha sido capaz de ponerme mirando «pa' Cuenca» donde precisamente mi prima Remedios está pasando las de Caín por culpa de la crisis. Sí, sí. Como lo

oyes, Héctor. La puta crisis está amenazando con quitarle la vivienda y mandarla a la puta calle. Y no sé cuál de las dos es más puta, si la crisis o la calle donde, como la cosa no cambie, se va a tener que abrir de piernas frente al primero que llegue si quiere conseguir dinero rápido para solventar la deuda con el banco, ese hijo de puta que, por cierto, come sin parar todos los meses y no caga ni un jodido céntimo.

»Anonadada. Alucinada. Increíble... —continúo mientras Héctor bebe de la lata con el morro fruncido—. Así estoy yo después de un fin de semana de vértigo con Andrés. Cuarenta y ocho horas mágicas en las que ha recorrido un centenar de veces mi cuerpo. Con sus manos. Con su polla. Con su aliento. Con...

—Cata, por favor. ¡Ya está!

Sin embargo, ya no puedo parar.

—Ha chupado y excitado cada uno de los rincones de mi sexo. Ha sido capaz de que mis pezones se encumbren una vez, dos... cien veces para él. Y también ha libado como si fuera dulce miel cada una de las gotas de sudor que han brotado a través de los poros de mi piel. Y dirás... ¿por qué? Pues la respuesta es bien sencilla, Héctor. Porque ha querido. Y porque yo estaba famélica, desnutrida, hambrienta... Codiciaba sentirme deseada y lo he conseguido. Tendrías que ver cómo son sus ojos. Negros, profundos, brillantes... ¡espectaculares! Cada vez que me miran hacen palpar mi corazón como si tuviera cien cuadrigas romanas echando una carrera dentro del pecho. Mi sangre bulle descontrolada por mis venas cada vez que sus yemas recorren la curva de mi espalda. Su aliento me incita, me provoca, me excita... me subyuga. Enciende cada célula de mi piel y...

—Eso digo yo, Cata. ¿Y? ¿Qué me dices de Javier?

—Hace mucho tiempo que Cenicienta dejó de quitar roña y se casó con el príncipe —respondo al respecto.

—Venga, Catalina. Sé honesta. No me vengas a decir ahora que todo esto lo has liado por culpa de lo flojo que es Javier porque... entre tú y yo, no me lo creo.

—¿Acaso yo no merezco disfrutar de un gran festín con un entrante formado por una ensalada de perdices escabechadas con granada y vinagreta de miel y un primer plato de verduritas salteadas, virutas de bogavante, trufa y caviar de beluga? ¿Eso es lo que me estás queriendo decir, Héctor?

—¡No! —vocifera alocado—. *Porfaplease*, Cata. No has entendido nada.

¿Me oyes? NA-DA.

Es cierto. No he entendido nada...



MARTES

A lo largo de la vida he disfrutado con los abrazos que sin querer te hacen cerrar los ojos y remiendan las partes rotas. Con las sonrisas que resplandecen y logran parar el tiempo, el flujo de la sangre y la respiración. Con esos silencios que rompen vacíos y con los que ayudan a mantener el equilibrio después de que los sentimientos se hayan ido de vacaciones, el corazón se haya puesto en huelga de hambre y la razón se haya olvidado de llevar el mando o la batuta de la situación. También he gozado con los besos que recomponen las penas y alejan los miedos. Con esas miradas que abrazan y te quitan la nostalgia sin tocarte. Y con esas caricias que, aunque no resuelvan nada, te ayudan a decirle adiós a las adversidades.

Lo confieso. Hoy, esos abrazos, esas sonrisas, esos silencios, esas miradas y esos besos que me ha ofrecido mi vecino Héctor me han abrigado, me han arropado y me han ayudado a sentir que la vida es menos injusta, menos leonina... ehm... menos puta.

—*Darling*, ¿cómo vas? Son casi las doce.

—Héctor, no me pongas más nerviosa. Estoy... estoy terminando. Solo me queda por leer esta página —digo refiriéndome al último de los veintitrés folios que ha escrito Samuel Cortázar, el alumno que se sienta siempre en la última fila y que, extrañamente, nunca se relaciona con nadie.

—Vale.

Durante horas, Héctor y yo hemos mantenido una intensa conversación sobre el miedo, la angustia, la desesperación y ese terror inconsciente que no anula el recuerdo ni compra el olvido ni nos borra del mapa, pero que sí tiraniza al amor. Al menos, a ese tipo de amor que araña el alma y se mete entre la sangre para rascarte el corazón, angustiarte, torturarte y pisotearlo como una colilla hasta matarte.

Ambos hemos concluido que el amor te permite soñar, te permite amarrar sentimientos puros y te ayuda a coquetear con los sinsabores de la vida si hay una armonía perfecta en la pareja.

El amor no se explica... se siente. No se toca, no se hace, no se busca y no se pide. ¡No! Simplemente se demuestra, se construye con una mirada, se dice con una palabra, se conceptúa con un beso y... se pierde con una lágrima que no deja de ser la sangre del alma a través de la que el corazón habla cuando tu boca no puede explicar el dolor que siente.

—¿Te apetece algo, *baby*?

—Un polvo —respondo acalorada apuntándole con el tapón mordisqueado de mi boli rojo—. Y si es cortito media docena. ¿Qué te parece?

—Ayayayyy, *darling*. No quiero amargarte, pero... supongo que sabrás que hace falta que todas las estrellas del cosmos conspiren conjuntamente para estructurar una vida y solo un minuto para destruirla. ¿Otra vez vamos a empezar con lo mismo?

Me giro y veo su cara de preocupación y su decepción cuando mis labios sonrían traviosos porque no puedo dejar de pensar en... ANDRÉS. Ni en sus ojos ni en sus brazos ni en sus manos... ni en su... ni en eso que le cuelga entre las piernas y que apunta al frente como una escopeta a punto de disparar cada vez que mis labios absorben su cuello, mi lengua juguetea con sus besos

y mis manos aprietan su jugoso trasero.

Lo sé. Lo reconozco. Lo admito. Alejarme de Javier y abrazarme a Andrés como a un clavo ardiendo ha desestabilizado MI vida. Esa vida que a veces duele mucho más que mucho y algo menos que demasiado y que, cuando menos te lo esperas, te sacude con fuerza; casi con la misma vehemencia con la que antiguamente se atizaban las alfombras en el patio los sábados por la mañana para espantar las pelusas que el cepillo no había sido capaz de eliminar. Una vida que, por otra parte, se vuelve muy puñetera y difícil si no tienes a alguien que te impulse porque, tal y como reza el epitafio que se encuentra en la tumba de Óscar Wilde, «lo menos frecuente en este mundo es vivir» puesto que «la mayoría de la gente existe, eso es todo».

Los amigos son verdaderamente la «familia» que se escoge. Quienes verdaderamente nos sujetan con sus pilares y los que nos protegen con esos abrazos que llegan cuando las esperanzas se agrietan y las ventanas chirrían. Hay personas que surgen en nuestra vida y nos hacen felices por simple casualidad. Algunas recorren el camino a nuestro lado, viendo muchas lunas pasar y otras, apenas viajan con nosotros unos meses o las vemos entre un paso y otro.

Héctor es el de las lunas. Y el de los lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábados y domingos. El que escucha, aunque no lo parezca, y sufre con todos los problemas como si fueran suyos. El que siempre tiene tiempo para una lágrima, un chiste, un abrazo, una sonrisa, un manotazo. Y el que nunca evita un alocado, histriónico, impulsivo, amanerado, caricaturesco, apasionado e impetuoso «te quiero». Es, en definitiva, un GRAN AMIGO. De los de VERDAD. De los que no te ponen verde por la espalda. De los que ven la primera lágrima, recogen la segunda y paran la tercera. El que grita como un padre, se preocupa como una madre, fastidia como hermana, irrita como hermano y te ama más que nadie. De los que oyen la melodía de tu corazón y te cantan cuando te falta la memoria. Y de los que te ayudan a ponerte de pie cada vez que tus alas se olvidan de volar.

Él ha sido capaz de hacerme ver y entender que me puedo caer porque estoy caminando sobre una cuerda floja y sin red que me proteja del vacío que hay bajo mis pies. Que mi vida puede dar un bandazo incontrolado cuando menos me lo espere. Que me puedo estampar contra un muro muy duro. Y que, en el caso de que ocurra alguna fatalidad, voy a machacarme los sesos a cabezazos para expiar la culpa porque, al igual que mi Pepito Grillo, él no va

a dejar de martirizarme con sus «te lo dije, *darling*», «no digas que no te avisé, *baby*» y sus «¿por qué no me hiciste caso, *my life*?».

La cuestión es... ¿Voy a caer? ¿Sí? ¿No? ¿Tal vez? Uhm... Un «tal vez» expresa indecisión, subjetividad y una modalidad declarativa que lleva implícita un «sí» o un «no» tardíos por lo que es una respuesta desechable que reduce las posibilidades a dos. SÍ O NO.

Entonces... reformulemos la pregunta inicial. ¿Quiero caer? Es más. ¿Quiero dejarme arrastrar por el placer que me ofrece Andrés? ¿Quiero que sus labios me besen, que su voz me envuelva los pensamientos y la temperatura de su «BUEN CAFÉ» me caliente al despertar? ¿Quiero que el brillo de sus ojos se convierta en mi timón, mi vela, mi barca, mi mar y mi remo como rezaba aquella pegadiza canción de Massiel, la «Tanqueta de Leganitos»?

sí. sí. sí. sí.
Y MIL VECES ¡sí!

Deseo con toda mi alma sentir la protección que me ofrecen sus brazos de poderosos bíceps. Que su saliva sea el agua fresca que calme mi sed. Que sus huellas dactilares se extravíen por mi cuerpo y culebreen por mi sexo. Abriéndolo. Dilatándolo. Excitándolo. Rascándolo. Profundizándolo hasta conseguir que de mi garganta brote un grito que asuste hasta a las ratas que vagan por las alcantarillas. Y, por supuesto, no quiero seguir atada a Robustiana ni a Javier... ni a esa dichosa manía tan pegajosa que tiene de acariciarme los hombros ni a esos besos sin amor que me ofrece por compromiso antes de irse a la obra ni a... ay... ni a su calor ni a su sabor ni a su aroma a ralladura de melocotón. Tampoco a sus almendrados ojos claros ni a los lunares que tiene en el costado ni a... uhm... ni a NADA que tenga que ver con él o que me recuerde a él. NO, NO, NO, NO.

—Héctor.

—Dime, *baby*.

—Lo he decidido.

—¿Qué has decidido? —responde sin levantar la vista de su iPhone 7 donde lleva horas matando marcianitos.

—Tirarme en paracaídas. Lanzarme al vacío. Descalabrarme en la vida.

—¿Cómo dices? —Frunce el ceño.

—Es una sensación maravillosa sentir que el mundo caótico se reorganiza bajo mis pies. —Sus labios forman una «O» perfecta y sueltan un profundo suspiro cuando meto el examen de Samuel Cortázar en la caja—. Es muy excitante saber que puedo dar un zapatazo al pasado y... SEGUIR. O al menos caminar de puntillas tratando de que las cosas me afecten lo menos posible.

Extiendo los brazos y me pongo a dar vueltas por el salón como una de las tantas hebras blancas que desprenden los chopos hembra con la llegada de la primavera y que producen un leve picor en los ojos e incluso un cosquilleo incómodo.

—*Esta vida loca, loca, loca... Con su loca realidad* —canturreo imitando a Pancho Céspedes con su *Vida loca*—. *Que se ha vuelto loca, loca, locaaa... por buscar otro lugar.*

—¡¡María Catalina Pulpón Santos!!

Respiro profundamente.

—¿Qué cojones te pasa ahora, Héctor?! —pregunto con los labios apretados en una mueca extraña.

—Ya está bien, *darling* —responde rápida y categóricamente, mirándome con severidad—. Siéntate y explícate porque... no te entiendo.

La lengüeta floreada del cojín central me hace burla como de costumbre cuando me siento de nuevo en el sofá.

—Ya no amo a Javier —alego poniendo cara de circunstancias—. Él ya no es MI príncipe.

—Ayayayyy, *my princess, my darling, my love*. ¿Otra vez vamos a empezar con lo mismo? No exagero cuando digo que me vas a volver loco. ¡LO-CO! ¡*Crazy, my love!*

—No voy a negar que aún siento algo por él —admito con solidez echándome el flequillo hacia atrás—, pero estoy convencida al cien por cien de que eso que encierra mi corazón no es amor.

—*Baby*, tal vez sea cariño, aprecio... ¿compasión?

—No lo sé, Héctor. NO-LO-SÉ. Amor no es. Eso que te quede bien claro. Después de darle muchas vueltas esta noche a la cabeza he llegado a una conclusión.

—Miedo me das.

—En el amor debe haber respeto, necesidad, ternura y... ¡gestos! ¿Entiendes a lo que me refiero?

—«Pichí-pichá».

—¿Más «pichí» o más «pichá»?

—Un poquito de «pichí» y otro poquito de «pichá» —responde guasón sentándose sobre su rodilla izquierda.

—Dime una cosita. ¿Alguna vez te has enamorado?

—*Baby*, ¿esto qué es? ¿La inquisición? Te recuerdo que estábamos hablando de ti, no de mí.

—Joder, Héctor. ¡Contéstame de una puñetera vez! ¿Sí o no?

Alza los ojos al igual que yo antes de volver a centrarse en mi cara y ofrecerme una sonrisa cómplice con ciertos matices de amargura.

—No. No, no. Pero mis padres sí. —Siento que se le encoge el corazón al mencionarlos. Hace un año escaso que ambos fallecieron en un trágico accidente de tráfico—. Se conocieron a los dieciséis y pudieron... En fin, yo no necesito mucho, *darling*. Una cama, ropa limpia y un... un... Tú ya me entiendes.

—Me hago a la idea. Eres un... ¿cómo podemos denominarlo? Tal vez un ¿romántico moderno?

—Sí. Lo que yo quiero encontrar es ese amor por el que uno lucha y siempre pone primero. El que te hace querer ser mejor. Y hacerlo mejor. Y no solo con cualquier hombre. CON EL HOMBRE. ¿Me entiendes, *darling*? Y cuando lo encuentre... eso será todo.

Arqueo una ceja ante tal aseveración. Sé que sus palabras guardan muy pocas verdades.

—Enamorado e indigente —le recrimino en tono cariñoso—. Bueno. Suena interesante.

—*Sip* —concuerta apretando los labios en un mohín de incompreensión.

—¿Me permites darte un pequeño consejo al respecto?

Su reacción no se hace esperar. Se lleva las manos a la cara, entrecierra los ojos, abre la boca y suspira alocadamente:

—¡Ay, no!

—Te hablo como una mujer con...

—¿Experiencia?

—Como una mujer que una vez sintió que el amor es... ya sabes... ¡maravilloso! Lo... lo sentí en mis carnes. Me refiero al AMOR. Al de verdad. Al que no tiene barreras ni límites ni fronteras. Sé... sé lo que se siente cuando sí lo tienes y sé lo que es cuando no.

—Pero el amor no es lo único que se necesita, *darling*. Hay otras cosas

que son también muy importantes como...

—¿Un seguro médico, una hipoteca, un coche, viajar a las islas Caimán o nadar entre tiburones? No, Héctor. Eso son banalidades.

—¿Sí? —Sonríe porque sabe que ese punto de indignancia al que he hecho referencia anteriormente no va con él—. Lo entiendo, Cata. Y te creo, pero ¿entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Consideras que el amor es lo primordial? —responde bajito.

—Al final, ¿qué es más importante que eso?

—¿El oxígeno? —se burla rompiendo mis esquemas.

—Ay, Héctor. ¡Cuánto te queda por aprender en esta vida! ¿No me acabas de decir que para ti con una cama, ropa limpia y un maromo entre las piernas es suficiente?

—*Darling*, ¿eso qué tiene que ver ahora?

—¡¡Héctor!! —protesto.

—Verás yo... —Noto que traga saliva—. Ehm... bueno... sí, pero...

—Sí, pero no. ¿Te das cuenta? —Héctor evita establecer contacto visual conmigo. En mi cabeza surgen mil y un interrogantes, explicaciones y justificaciones hasta que finalmente le digo—: Escúchame bien. Javier es una criatura muy sencilla con necesidades muy simples. Comer. Beber. Respirar. Echar un polvo de vez en cuando. Y...

—Y ¿tú?

—Yo ya estoy fuera del saco —respondo en voz muy baja—. Cuando los silencios y la indiferencia se convierten en tu aliado más fiel, cuando los desprecios acompañan a las conversaciones, cuando la risa del otro te importuna y cuando la infelicidad se instala en tu vida... eso no es amor.

—Es lógico.

Me estiro la camiseta. Es algo absurdo ya que es muy corta y me llega hasta la mitad de los muslos, pero por alguna extraña razón me hace sentir mejor y más cómoda al decir:

—No es amor que exista un cuarto en penumbras y solo quieras dormir y no hacer, precisamente, el amor. No hay amor cuando no median palabras y se disipa la magia. Cuando no hay confianza ni respeto ni esperanza y no existen los perdones.

—*Darling*, cuando hay amor, no hay barrera que pueda con él.

Trago saliva.

—No es tan sencillo, Héctor. ¿Acaso piensas que el amor puede borrarle las huellas al alma? ¿Crees que una persona que te roba tiempo y destruye tu calma... ehm... —tomo aire— te ama? ¿Lo crees de verdad? Yo no.

—Estás loca, *darling*.

—Joder, Héctor. —Sonríó forzadamente—. En la vida todos tenemos un secreto inconfesable.

—Y un arrepentimiento irreversible, un sueño inalcanzable y un amor inolvidable que no se puede borrar así como así de nuestra historia.

La solemnidad de sus palabras me lleva a mirarle a los ojos de nuevo.

—Por supuesto. La locura es así. Como la gravedad.

—Sí. Solo hace falta un empujoncito para que se apodere rabiosa del cerebro, *darling*.

—Héctor, Héctor, Héctor —resoplo lanzándole una mirada lacerante. Su afirmación ha sido un dardo envenenado que ha impactado directamente en mi pecho.

—Cata, Cata, Cata —responde él imitándome y yo sonrío. Y me río sin parar como hace mucho tiempo que no hago. Y, a partir de este momento, todo me deja de importar porque la risa es un tónico que atrae alegría, que aleja la negatividad y conduce a sanaciones milagrosas junto a la esperanza y los sueños.

Durante unos minutos me olvido del calor, de la soledad, de la incertidumbre, de los miedos que me arañan por dentro desordenando mis pensamientos, de la angustia, del amor, de MI desamor, de Robustiana, de Javier, de Andrés... de TO-DO.

Bueno, bueno, bueno... MATIZO. De Andrés no. ÉL no es tan fácil de olvidar porque su voz aún reverbera en mis oídos y sus yemas todavía están marcadas en mi piel. Además, ansío con desesperanza que sus manos recorran mi espalda y las mías viajen por su estómago en busca de ese hermoso y oscuro vergel de suaves y arrebolados rizos que atesora entre las piernas. Deseo alternar caricias tiernas con otras más duras hasta que de su garganta broten acalorados gruñidos por la provocación. Quiero desafiarlo, estimularlo, excitarlo... clavarle las uñas en la espalda. Sentir su fogosidad y su necesidad. Esa, precisamente, que a mí me hace perder la cordura en menos de un minuto cada vez que estoy a su merced y que no recupero hasta que sucumbo al éxtasis y abro los ojos para ver cómo me observa con una sonrisa traviesa.

Unos brazos me zarandean bruscamente. Parpadeo confusa, saliendo de mi ensoñación, esa en la que Andrés y yo somos los únicos protagonistas, e intento enfocar la mirada.

—Ehm... ¡¿qué... qué pasa?! —farfullo aturdida.

Héctor se lleva las manos a la boca y comienza a entonar mecánicamente como si estuviera hablando por un megáfono:

—Atención. Atención. Tierra llamando a Cata. Tierra llamando a Cata. —Cierro los ojos, aprieto con fuerza la mandíbula tratando de endurecer el gesto y vuelvo la cabeza hacia la ventana. No sé el tiempo que llevo así, como un pasmarote, pensando en tomar otro «BUEN CAFÉ» con Andrés—. Repito. Atención. Atención. Tierra llamando a Cat...

—Joder. Vale ya —le corto—, que no tienes quince años.

Mi vecino se acerca a mí y coloca su mano suave sobre mi brazo.

—Ayayayyy, *my love*. Debes olvidar a ese «asesino de polvos».

—Vete al cuerno, Héctor. No tengo ganas de oír más tonterías esta mañana. Estoy muy cansada.

—¡Estás enganchada, que no es lo mismo!

Abro los ojos de par en par, atrapo su mano entre las mías y sonrío cuando intenta liberarla sin éxito.

—He pasado mucho tiempo a la deriva, así que, ahora que he conseguido saltar fuera del agua y agarrarme a un tronco, no lo voy a dejar escapar tan fácilmente.

—¡*Oh, my God!* Nunca imaginé que follar pudiera crear tanta adicción.

—Todos los días se aprende algo nuevo, jovencito.

—Pues ten mucho cuidado, Cata, porque los romances de gran intensidad pueden venir acompañados con síntomas similares a los de cualquier otra adicción: euforia, deseo, dependencia, abstinencia y las temidas recaídas.

—Chorradas.

—Te aseguro que para la abstinencia sexual todavía no han inventado nada, salvo...

—¿Salvo? —Alzo las cejas con intriga.

—Salvo esos aparatitos tan monos con pilas —responde mordiéndose el labio inferior con picardía.

Durante unos segundos valoro qué contestar hasta que finalmente me atrevo a decir:

—En la medida de lo posible disfrutaré entonces de MI consolador humano

porque las pilas son muy caras. —Me quito la camiseta y me quedo en ropa interior—. Voy a darme una ducha. Espérame ahí.

—Corre, corre. O no llegamos, *my love*.

—¿Cómo?! —Me detengo en seco—. ¿He oído bien? ¿Has dicho «llegamos»?

Sus mejillas se incendian de inmediato.

—¿No quieres que te acompañe, *darling*?

—¿A ver al doctor Molina? —Bajo la mirada y observo el cardenal oscuro y la cicatriz que aún decora mi pierna—. No, no, no. Ni hablar.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Puedes. Otra cosa bien distinta es que yo te lo cuente.

—Tú misma. Pero si se trata de...

—Ni lo menciones —le exijo entre dientes—. ¿Entendido?

—Está bien. Allá tú.

—Gracias —suspiro.

—No hay de qué.

Miro a mi alrededor temiendo que mis palabras puedan llegar a oídos de... ¿quién? En casa solo estamos Héctor y yo. Bueno... y la puñetera moscarda que entró el otro día en mi habitación y ya se ha construido un chalet con piscina, pista de pádel y helipuerto sobre la almohada de Javier.

—Sí, hay que darlas —susurro—. Tú sabes por qué.

—Bueno, bueno, bueno, *darling*. Déjate de tonterías. Los amigos estamos para...

—Lo sé, Héctor. Lo sé. Para recoger las mierdas que van soltando algunas locas como yo.

—¿Y mancharme estas uñas de gel tan estupendas? —responde con sorna—. No, no, no, *my life*.

—Serás cabrón...

—Buenooo... Está bien, *darling*. Por ti... por ti soy capaz de recogerlas hasta con...

—¿Con la lengua?

—Ay, nooo —vocifera. Y al hacerlo frunce el ceño y se lleva las manos a la boca—. ¡Qué ascooo!

—Coño, Héctor. —Le sujeto la barbilla y lo miro fijamente—. ¿Alguna vez te han dicho que eres más gracioso que un zancudo con calcetines de rayas?

—Nunca, *my life*.

—¿Y lo que te pareces a Oriana Marzoli?

—¿Quién es esa?

—Una rubita muy mona que salió el otro día en el debate de Supervivientes.

—Ah, ya. Pues no, *baby*. Nunca me lo han dicho. Me voy.

Abro los ojos de par en par.

—¿Te vas?

—Sí. Tú no quieres que te acompañe y yo... ehm... tengo que hacer un recadito, *darling*.

—¿Un recadito?

—Efectivamente.

—¿Por casualidad no irás a comprarme un regalo? Te recuerdo que...

—No —me interrumpe.

—¿Tal vez... para tu novio? —Se encoge de hombros—. O para... ¿No será para esa vieja bruja de Jimena?

—¿Quién sabe?

—Joder, Héctor. Me lo estás poniendo muy difícil.

—*Darling*, tengo que comprar algo para comer. Una «amiga» —dibuja unas improvisadas comillas en el aire con los dedos— va a ir a un restaurante súper exclusivo y no quiere invitarme. ¿Qué te parece?

Sus palabras, o mejor dicho su tono, me causan un escalofrío.

—Uuu... ten cuidado, majete, porque se está sorteando un guantazo y tú llevas todas las papeletas —murmuro mirándole con media sonrisa en la boca.

Héctor niega con la cabeza. Sin lugar a duda, este muchacho demuestra una paciencia infinita conmigo... SIEMPRE.

—Pues que sepas que no me das ningún miedo, Cata. No, no, no, *baby*. Más miedo me da a mí no saber qué es lo que te va a decir el doctor Molina hasta...

—Mañana, por lo menos —le corto.

Arquea una ceja.

—¿Qué?!

—Como lo oyes, Héctor. En cuanto salga de la consulta, lleve los exámenes al despacho, entregue las actas en dirección y termine mi encuentro semanal con Trini pienso hacerle una visita a Andrés. Lo demás te lo puedes imaginar.

—Ayayayyy, Cata, *my princess, my darling, my...*

—*My* nada, Héctor. Es lo que hay. Lo siento. Tú lo has dicho antes. Me he vuelto una adicta al buen SEXO. —Arrugo el ceño cuando en sus labios se dibuja una ligera sonrisa—. ¿Qué te hace tanta gracia?

Reanuda el paso hacia la puerta y, antes de abrirla con un giro de muñeca, me dice a modo de despedida:

—Ten cuidado, *darling*. Últimamente tus bajos fondos trabajan más que una paloma de la paz en una negociación de desarme. Ah, y sonríe porque... ya es martes. Te veo mañana.



ZASCA

Como la persona más cuerda de toda esta debacle verbal en la que el amor y el desamor se enfrentan en una batalla encarnizada de sentimientos confusos, imprecisos e imprevistos me he permitido la licencia de tener mi propio capítulo. Y dirás... ¿por qué? Pues porque yo lo valgo. Simplemente. Y porque creo que es la mejor forma de ir aclarando algunos puntos que pueden haber quedado poco claros. O la opción de liarlos un poco más. ¡Yo qué sé! La cuestión es que me apetecía compartir contigo algunas palabras y... aquí estoy. En cuerpo y alma. Por cierto... por si no lo sabes, soy HÉCTOR.

Hace unos minutos que Javier me ha escrito un par de mensajes de

WhatsApp. Esos, precisamente, que Cata me ha visto contestar, pero sobre los que no he dicho ni «mu» porque... cuando me lo propongo puedo ser muy discretito, *my love*. Sí, sí. Discretito. Cautito. Prudente. Y circunspecto también, aunque ello implique tener que soltar alguna que otra mentirijilla por el camino.

De vez en cuando, las mentiras piadosas son necesarias para esconder una triste y dolorosa realidad, para hacer que alguien se sienta bien, para adornar aquí y allá una historia, para causar una impresión favorable en las demás personas o incluso para evaluar las dos partes de un conflicto. ¿No miente el ojeroso Matthew Graw Gubler al interpretar al doctor Spencer Reid en la serie *Mentes Criminales* cuando quiere anticiparse a los próximos movimientos de alguno de los asesinos más retorcidos del país y no pasa nada?

Voy a hablarte con honestidad. Estoy convencido de que de vez en cuando no viene mal soltar una verdad a medias o una mentira disfrazada de verdad. Es más. Probablemente el mundo sea un lugar mejor gracias a nuestras mentiras blancas. Pero ¿tú crees que yo soy de los que hacen un «recadito» a la una y cuarto del mediodía bajo un sol de justicia?

Ja. Ja. Ja. Y mil veces ja.

Perdón. Perdón. Perdón. Lo siento, *darling*. No pretendía reírme. Discúlpame si te has sentido mal por mi falta de educación, pero... ayayayyy, ¿recaditos yo? NO. NO. NO. Yo no soy de recaditos. Ni hablar, *my love*. Esa palabra no forma parte de mi diccionario.

En realidad, YO soy de los que se dejan llevar por la impulsividad a cualquier hora y con independencia de la lluvia, los truenos, los relámpagos o el sol y arrasa con la tienda entera si hace falta, *baby*. Soy de los que siempre tienen la cartera con anorexia y la cuenta corriente con más telarañas que las lámparas de la mansión de la familia Adams porque... ¿quién puede resistirse a unos *leggings animal print* de Versace, a un lápiz de labios de Christian Dior o a los extravagantes bolsos de piel de Moschino que venden en las boutiques del centro? Este que te habla no. ¡Por supuesto que no! Y tampoco a las camisetas de Agatha Ruíz de la Prada ni a las botas Fish Cafés de Coppel ni a las *pashminas* de Carolina Herrera ni a la exquisita bisutería que venden en Bijou Brigitte o en Makedoonia. Ay, no, *my life*. Por nada en el mundo me perdería disfrutar de exquisiteces como esas.

Salir de *shopping* o ir a «vitrinear» es para mí como una TERAPIA. Es una

gran alternativa que me permite olvidar los disgustos. Una rica fuente de preparación mental que aclara mis estados de ánimo y me ayuda a mantener una actitud positiva frente a la vida. Y una puta RUINA, pero ¡qué le vamos a hacer, *darling*! No todo puede ser perfecto en esta vida. ¿O sí?

El sol cae a plomo sobre mí como si quisiera matarme cuando salgo a la calle que, en las últimas horas, se ha convertido en un secarral de asfalto. Si sus rayos fueran flechas, estoy convencido de que ya habrían convertido mi cuerpo en un colador.

Cruzo la plaza buscando la sombra, un soplo de aire fresco o un milagro que me ayude a soportar tanto sufrimiento porque... ay, *darling*, me derrito. ¿Cuándo cojones van a ponerle un techito a las calles? Mi sudor se está licuando sobre mi nívea piel deshaciendo mi *make up*. Brillo como la avioneta de Pato WC. Ay, no. ¡Qué asco! Brillo como un Swarovski andante. Como un diamante rosa de sesenta quilates. Como las perseidas que van a surcar el cielo en el mes de agosto. O incluso como las noctilucas, esos seres unicelulares que brillan en el mar cuando se ponen en contacto con el oxígeno del aire.

Javier está en el interior de su destartado Seat Ateca con la cabeza echada hacia atrás, las manos sobre el volante y los ojos entornados. A través de los cristales, veo a un hombre cansado; a un hombre que está muy desmejorado y que presenta una languidez extraña, casi anémica, en sus manos. Sus cejas ligeramente encorvadas y sus ojos envueltos por unas profundas ojeras tostadas confieren a su rostro un aire extraño, sombrío y siniestro.

—Ho... hola —vocifero al golpear la ventanilla con los nudillos.

Javier da un bote en el asiento, parpadea un par de veces y esboza lo que a priori puede intuirse como una ligera sonrisa.

Un olor indescriptible a... ¿humanidad concentrada?... me golpea en la cara cuando abre la portezuela lateral y me invita a pasar al interior del vehículo.

—Gracias por venir, Héctor. Supongo que no te habrá resultado fácil despistar a MI muj... —tose—, a Cata.

—He tenido que mentirle para poder hacerlo —declaro con seriedad entrelazando los dedos sobre el regazo.

Sostenemos un duelo silencioso en el que ambos nos limitamos a parpadear.

—Vaya. Lo siento. ¿Qui... qui... quieres una cerveza? —Está nervioso. Le tiembla la voz, las manos, las piernas... el cuerpo entero. Abre una bolsa de plástico que tiene a los pies, coge una lata y me la ofrece—. A pesar de que he tenido el aire acondicionado en marcha no está muy fría.

No hay un centímetro de mi piel que no esté transpirando, así que agradezco la frescura con la que el bote de aluminio acaricia mis palmas.

—Javi —pronuncio con seriedad—. ¿Por qué me has hecho venir hasta aquí? ¿No tendrías que estar en la obra?

—Ehm...

—Habitualmente una respuesta sincera es suficiente, así que no pierdas el tiempo en componer teorías absurdas, ¿vale? Ah, y no te sientas culpable si en algún momento has pensado que estoy loco, confuso o torturado por haber permitido el otro día que estos deditos tocan tu *cosita*. —Un rubor intenso se apodera de sus mejillas cuando hago referencia al incidente que le va a obligar a entrar en el quirófano—. Da igual, *baby*. Respóndeme. ¿Qué hago aquí?

Javier coge otra cerveza de la bolsa, la abre y bebe sin dejar de observarme por encima del borde de aluminio mientras yo coloco mi lata, que aún está sin abrir, entre las piernas y comienzo a agitar las manos como si fuesen dos abanicos.

—¿Cómo está? —Carraspea.

—¿Quién?

De sobra sé a quién se refiere, pero nunca viene mal asegurarse al cien por cien para no meter la pata, ¿no crees?

—Héctor.

—Dime, *baby*.

—¿Cómo está Cata? —pregunta paladeando con exquisitez el nombre de su mujer.

Alentados por el aire que sale de las rejillas del salpicadero, mis poros comienzan poco a poco a contraerse.

—Ah, bien. Bien —repito distraídamente, percibiendo el brillo acerado de la pátina reseca y viscosa que ha dejado el sudor sobre mi piel—. Y ¿tú?

—Jodido. Y... confuso, creo. —En su rostro se dibuja una mueca de desilusión, de decepción, de arrepentimiento—. ¿Estás seguro de que está bien? ¿De verdad?

—Completamente.

—Ella es así de...

—¿Rara? —Mi pregunta le hace sonreír tímidamente—. *Darling*, partiendo de la base de que todos estamos un poco locos, yo el primero, voy a comentarte simplemente que Cata es como una flor de pétalos dormidos que tiene que recuperar el color. Como una dulce mariposa con alas de cristal que revolotea ante un candil porque tiene miedo a avanzar hacia el sombrío bosque de los sueños. O incluso como un ángel que busca refugio frente a... frente a un sonoro vacío lleno de ausencias donde nada conmuta con el oscuro bucle de los que dejaron en OFF sus vidas.

—Joder, Héctor —resopla Javier expulsando sonoramente el aire por la nariz—. No te entiendo.

—*Darling*, no me sorprende.

—¿Cómo dices? —Una moto acaba de arrancar con un ruido estrepitoso.

—Olvídalo, *baby*. —Sonrío. Hablar con tanta retórica me ha permitido ganar tiempo para llamar su atención—. A ver si me explico mejor. Cata es una mujer... ehm... cabezota, incansable y obsesiva.

—Eso ya lo sé.

Asiento y miro hacia delante porque enfrentarme a sus ojos me resulta peor que cometer un pecado mortal.

—A ver. —Me froto las sienes con los dedos fríos—. Cata se ha dado cuenta de que el amor es mucho más que decir «te amo».

—Ya —responde con un hilo de voz.

—*Baby*, Cata es un ser ESPECIAL que busca que el amor sea mágico, sorprendente, maravilloso y extraordinario.

—Es un ser irracional que construye cada día su presente sin valorar el pasado y sin pensar en el futuro.

Miro confuso a Javier, frunciendo el ceño con desconcierto. ¿Dónde ha leído eso? Desde que lo conozco, es la primera vez que le oigo decir una frase tan profunda y con tanto peso como la que acaba de soltar por esa boquita de piñón.

—*Baby*, ella simplemente es...

—Héctor. Dime de una vez lo que tengas que decir. Dilo y punto.

—Cata es una mujer empañada tímidamente por una sombra de fatalismo. Aunque, por fortuna, ya se ha dado cuenta de que la vida siempre te ofrece una luz de esperanza al final del túnel —apostillo en voz baja.

—Y ¿tú?

La ternura de su expresión y el ilusionado tono que vibra en su voz me hacen sonreír emocionado.

—Pfff, ¿qué puedo decir de mí? Yo... yo... —tartamudeo—, yo soy ese ser solitario que se ha acercado a ella para darle la fuerza y el aliento en estos momentos difíciles. Ese personaje histriónico que mariposea por la vida y que trata de pintar destellos en su oscuridad. El que lucha día a día para que sus emociones sean de verdad y no quejas gratuitas. Y el que ofrece los abrazos sin medir sus tortazos porque... sí, lo reconozco: hace un calor de la hostia y abrazarse no es grato cuando tus axilas lloran amargamente, pero ¿no es más cierto que un abrazo es el mejor regalo que se puede ofrecer para demostrar el amor que sentimos cuando no encontramos las palabras justas? ¿No crees que los abrazos, esos salvavidas que se lanzan en el mar de las emociones cuando la mente no encuentra un vocablo adecuado para describir un determinado sentimiento, perduran en el tiempo si se reciben en el momento preciso?

—Coño, Héctor. Un abrazo es un abrazo. Y punto.

—Javier —suspiro—, en este momento pesan mucho más los hechos, la complicidad, las sensaciones y los detalles. ¿Entiendes lo que significa eso?

—Más o menos.

Esa revelación me detiene el pulso. ¿Por qué algunos hombres son más simples que los de la era de Cromañón?

—*Darling*. Cata necesita sentirse valorada, respetada, amada, esperada... Necesita un amor sincero, consistente y pasional. Un amor ardiente y de calidad que no guarde apariencia ni reservas, que confíe, que se vuelva inolvidable... un amor mejor del que TÚ le das, *my life*.

—Mira, Héctor. No te equivoques. Yo quiero a mi mujer. Además, que te quede clara una cosa: la respeto muchísimo.

Lo observo con los ojos entrecerrados. Su pelo está bastante alborotado, una incipiente barba comienza a despuntar en su rostro y una tímida sonrisa se perfila en este momento en sus labios.

—Lo sé, guapo, lo sé. —Estiro la mano. Antes de que pueda rozarle, Javier retira la suya—. Pero no es suficiente. Cata necesita muchas más cosas.

—Joder. Mi sueldo no da para grandes lujos.

—No es cuestión de dinero, *darling*.

—¿Entonces? —Sus ojos albergan una luz de esperanza.

—A las mujeres les encanta un abrazo sin venir a cuento, un momento de sincero contacto emocional o incluso un beso tierno en la mejilla al despertar.

Algo que tú, por cierto, hace años que no le das.

—Vaya. —Javier se pasa la mano por la cara—. Eso ha sido un tirabuzón de dificultad elevada en el trampolín de los reproches.

—Un «zasca» en toda regla, *baby*, pero... es lo que hay.

—Ya. Me hago cargo.

Asiento con semblante grave.

—Como dice mi amigo Sebas, una vez tocas fondo solo te queda una manera de sobrevivir: sacar la cabeza para respirar y, luego, tirar con fuerzas hacia arriba hasta volverse a levantar y empezar de nuevo. Y todo esto hacerlo con dos cojones, sin soltar una lágrima.

—Héctor. Yo no soy de los de lágrima fácil.

—Cierto. Pero tus cojones están más preocupados por tranquilizar a tu *cosita* que de... Da igual, Javi. Lo siento. Perdóname. No quería decir eso. Sé que en breve vas a renacer de tus propias cenizas como el ave Fénix y que vas a olvidar estos días amargos en los que has estado caminando por la vida como un hombre separado, pero sin serlo.

—¿Separado? —Javier abre los ojos de par en par. La palabra debe haberlo asustado considerablemente porque se pasa la mano por la cabeza una, dos y hasta seis veces con un inusitado tembleque antes de decir—: Cata me pidió hace unos días un tiempo de reflexión, un paréntesis, un... ¿cómo se llama?

—¿Un Kit-Kat? —respondo con el semblante serio.

—Sí, eso es.

—Pues ya ves. Seis días han sido tiempo suficiente para que todos esos eufemismos hayan dado paso a una realidad aplastante, *darling*.

—¿Perdona? —susurra con firmeza.

—Javier. Toma la realidad del asunto de una puñetera vez. El paraíso que Catalina y tú habéis compartido todos estos años se ha derretido completamente como un helado a pleno sol. ¿Me oyes? —Muevo las cejas rítmicamente por detrás del enmarañado de rizos rubios que cae en cascada por mi frente—. Ella ya no te quiere y tú...

—Yo sí —afirma categóricamente.

—Eso no es cierto. No te mientas.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—Porque puedo permitírmelo, *baby* —resoplo componiendo una abierta sonrisa para esconder la inquietud que desde hace más de una hora me sacude

por dentro—. ¿Tan difícil es de entender que el paraíso no es un lugar?

—¿El paraíso?

—¿Tan torpe eres para no darte cuenta de que ese paraíso del que te estoy hablando está formado por momentos, aromas, sabores, encuentros, sonidos y... personas? ¿Otras personas?

Es duro ver una laguna de incertidumbre en una relación. Una mirada que no esperas encontrar. Una sonrisa sin un porqué. Un momento de desesperación y ofuscación. Todo eso es lo que me muestra Javier cuando sus almendrados ojos claros se diluyen en un mar de bochornosas lágrimas.

—Joder. Joder. JODER.

—Javi. —Pongo mi mano sobre su hombro desnudo cuando apoya los codos en el volante y se cubre la cara. Su piel bronceada, cubierta como de costumbre por el polvillo de la obra, presenta ligeras marcas más claras allí donde el tirante habitualmente tamiza el contacto de los rayos del sol—. Lo siento.

—Joder, Héctor. Déjame.

Un músculo se tensa en su mentón. Sus hombros adquieren rigidez cuando se obliga a desviar la mirada y recorre con agudeza las intrincadas letras doradas que decoran su lata de cerveza.

—*Darling*, ¿prometes no odiarme por lo que te voy a decir?

—Odiar es una palabra totalmente aceptable que solo debe usarse cuando no encuentras un sinónimo que indique menos aversión por algo o por alguien. —Abro los ojos de par en par—. No me mires así, Héctor. Esto me lo dijo hace años MI mujer y no he conseguido borraréme de la cabeza.

Nervioso, saco un Slim de mi bandolera.

—¿Quieres?

—No. —Su actitud esquiva remueve mi preocupación.

Cojo el encendedor del coche y prendo el cigarro. Boqueo. Una. Dos. Tres veces... soltando el aire y el humo contenido y sonrío complacido mientras Javier golpea rítmicamente el volante con la frente.

—Catalina está con otro, *darling* —murmuro abstraído ofreciéndole mi cigarro para que dé una calada. Estoy convencido de que el humo lo va a calmar—. ¿Me has oído?

—Perfectamente. —Javier sujeta el cigarro con el pulgar y el índice y aspira hondo de la boquilla—. Héctor, aunque no te lo creas... me alegro por ella.

—Vaya.

—¿Sabes por qué?

—No —mascullo con sequedad—. Dímelo tú, *my love*.

—Porque la AMO. La amo, Héctor. La amo jodidamente como nunca he amado a nadie. Y sufro con todas mis fuerzas porque no soy correspondido. ¿Me entiendes? —¿Lo entiendo? Sí. Claro que lo entiendo—. Amo cuando por la noche me observa en silencio creyendo que estoy dormido. Amo cuando se enfada conmigo y en un abrir y cerrar de ojos sus pensamientos y sus palabras se vuelven ásperos. Amo cuando estamos mucho tiempo sin hablar y ninguno de los dos se atreve a decir la primera palabra. Amo y... la amo.

Su saliva me acaricia los labios cuando me llevo a la boca el Slim que estamos compartiendo y aspiro con temple de la boquilla.

—Y ¿por qué no se lo dices?

—Porque ella no me ama a mí. Simplemente. —Un escalofrío me atraviesa con la virulencia de un látigo la espalda—. Tú lo has dicho antes.

—Eso es cierto —admito esgrimiendo una sonrisa dulce.

—Nuestro «paraíso» se ha derretido. ¿No es lo que tú has comentado anteriormente? —Tras un silencioso pulso de miradas, asiento—. Ya no queda nada de lo que fuimos. Ni tampoco de lo que quisimos ser. El amor es así. Se desgasta. Se marchita como una flor si no sabes cuidarlo bien. Y se corrompe si no lo riegas todos los días con la cantidad exacta de pasión, sensualidad, erotismo y...

—¿Amor?

—Exacto —responde ofendido, con una mirada gélida—. ¿Recuerdas la cartera que le regalé en febrero? ¿La que tiene un dinosaurio bordado en la solapa?

—Sí. Es preciosa.

—Estuve más de un mes buscando algo especial para ella.

—¿Especial? —pregunto confuso.

—Sí, Héctor. Especial. Esa cartera lo es. Para mí lo fue.

—Vaya.

Preveo que este encuentro va a ser más largo de lo que esperaba, así que abro la lata de cerveza y doy un par de sorbitos cortos. Puag, ¡qué asco! Se ha puesto calentorra.

—Pero Catalina no lo supo entender —declara Javier, cariacontecido, refiriéndose a ese punto «especial» que yo tampoco pude ver.

—*Darling* —suspiro—. Está claro que un anillo de brillantes, una gargantilla o un viaje a París hubieran sido detalles mucho más atractivos para celebrar el día de San Valentín que una simple cartera con un dinosaurio bordado en la solapa. O incluso una docena de rosas rojas y una cena a la luz de las velas si me apuras, pero...

—¿Pero?

—Ayayayyy, *my love*. Olvídalo —anuncio en tono tranquilizador, agrandando los ojos mientras mis dedos limpian las gotas de humedad que han perlado mi labio inferior. Siento que Javier se está enrocando. Y yo con él. Que la conversación está empezando a deshilacharse y por más vueltas que le demos al tema no vamos a llegar a ninguna conclusión. Su sonrisa rápidamente se amplía con un claro tinte de cinismo cuando añado—: ¿Quién soy yo para cuestionar tus gustos?

—Eres... Héctor —carraspea nervioso, mirándome con fijeza—. ¿Te parece poco?

—A veces sí y... a veces no. —Sonríó bajando la mirada hacia mis manos—. Depende de las circunstancias, *baby*.

Diez minutos después, tras una ardua negociación, consigo que Javier entre en razón y se olvide del victimismo con el que ha adornado sus palabras a lo largo de toda la conversación.

—Perfecto. Me ha quedado claro, Héctor. Cata no me quiere, no me ama y no siente nada por mí.

—Así es —conuerdo.

—Y ¿ahora qué? Me refiero a qué puedo hacer.

Un escalofrío me recorre la espalda de arriba abajo. Aprieto el bote vacío de cerveza que tengo en la mano y agarro el teléfono que acaba de vibrar.

—Alejarte de ella.

—¿Para siempre?

—Para siempre, Javi. Debes aprender a olvidar a las personas que no te quieren a su lado.

—Héctor. Es curioso, ¿verdad? —murmura con la mirada perdida en el horizonte.

—Uhm... ¿A qué te refieres, *darling*?

—¿Has pensado alguna vez que las personas que normalmente te lastiman son aquellas que una vez te prometieron jamás hacerlo?

—No. —Javier me observa extrañado—. Nunca.

—«Enamórate», me decía mi madre cuando era tan solo un chaval de quince o dieciséis años. «Es lo más bonito del mundo». Y ¡fíjate! Fíjate cómo estoy ahora. Enamorado y desamparado.

—No digas tonterías, Javier. No cometas el error de arruinarte el presente recordando un pasado que ya no tiene futuro. Madura.

Javier evalúa el movimiento de mis largas pestañas, sacude la cabeza, chasquea la lengua y musita con un hilillo de voz:

—Joder, Héctor. ¿En serio me estás pidiendo que madure? ¿A mí? Te recuerdo que tengo cuarenta y ocho tacos.

—Se lo diría hasta a un hombre de noventa y nueve años si hiciera falta, *darling*.

—Pobrecillo.

—Mira, *baby*. Madurar es aprender a querer bonito, extrañar en silencio, recordar sin rencores y olvidar DES-PA-CI-TO —entono haciendo referencia a una de las citas más célebres de Frida Kahlo—. Así que... ya sabes lo que te toca.

Javier levanta las cejas.

—¿Desaparecer?

—Efectivamente —respondo—. Eso es lo que tienes que hacer. Si me apuras, incluso borrar el número de teléfono de Cata de tu lista de contactos para evitar la tentación de llamarla o de escribirle un mensaje a altas horas de la madrugada.

Recibe el golpe de mis palabras en silencio, con un asentimiento.

—Estupendo. Eso haré. No te preocupes.

—Gracias.

—Héctor. ¿Puedo pedirte un favor? ¿El último?

Mi corazón se salta unos pulsos hasta que comienza a bombear sangre a un ritmo demencial.

—Tú dirás.

—Dile a Cata que... que...

—*Baby*. —Sonrío para infundirle tranquilidad—. Olvídalo. No le voy a decir nada. Lo siento. Eso supondría seguir ahondando en una herida que debe cerrarse cuanto antes. ¿Algo más?

—No. Solo quiero darte las gra... las gracias por todo.

Joder. No. Eso no. No me des las gracias, *darling*, porque... he sido un auténtico cabrón. Porque, aunque he intentado ser fiel a los sentimientos de tu

mujer y aunque te he informado punto por punto de lo que tienes que hacer, te he causado un daño emocional. Y no te lo mereces. Nooo. Nadie se merece lo que te está pasando, Javier. Tu *cosita*, tu mujer... Ufff.

¿Sabes cuántas cosas me gustaría decirte? ¿Alguna vez durante la conversación has valorado lo difícil que es para mí estar a tu lado y no poder contarte que...? Ay. No puedo. Hace meses que juré secreto de confesión sin ser cura.

Lo siento mucho, Javier. Yo he sido el transmisor de una parte del mensaje. El que ha verbalizado las palabras que han pretendido ponerte en situación. El que ha utilizado *SU* capítulo para hacerte ver una realidad que tú no has querido —o no has podido— ver.

He perdido mi oportunidad de darme a conocer a los lectores y de mostrarme tal como soy por... cuidarte. Sí. Sí. Por cuidarte. Por aconsejarte. Por orientarte. Y por ofrecerte un abrazo sin manos a cambio de esas respuestas que yo soy incapaz de darte.

Lo siento, amigo, pero... la vida es así. Tarde o temprano, aunque estés alejado, sabrás la verdad. Eso, *darling*, no me cabe la menor duda.



JUEVES DE REALIDADES

El MUNDO es como un gran teatro, pero sin lujosos bambalines, arlequines, telones de fondo de *molton* ignífugo y un pesado cortinón de boca de algodón y mohair con apertura americana. Y ¿qué es la VIDA? ¿Acaso es como el sofá de los Simpsons en el que nunca se sabe lo que va a pasar? ¿Es una cámara de tortura? ¿Un frenesí? ¿Una ilusión? ¿Una sombra? ¿Un espejismo? ¿Un sueño? ¿Una ficción? O ¿una aventura donde existe un delicado equilibrio entre el bien y el mal?

En realidad, la vida no es más que un problema para ser resuelto, un misterio para ser vivido o una creación artística en la que los seres humanos son sus naipes y sus avatares sus castillos más frágiles. O un puto juego, según

se mire, con dos escenas, una historia y un solo guion.

Por un lado, nos encontramos con la escena del AMOR, ese curioso y repentino sentimiento del que nadie se libra en cualquiera de sus versiones y que revuelve las hormonas, el cuerpo, el alma y el ser. Un amor entendido como la abstracción más tangible o como la fuerza en la que termina influyendo una porción significativa de las decisiones que tomamos a lo largo de la vida y que genera una cantidad indomable de causas y efectos en nuestro recorrido.

Como la intensidad carnal, generalmente efímera cuando se comparte con otra persona, el amor se convierte en el motor básico e inagotable del sexo siempre que estén bien canalizadas la libidine y la concupiscencia. O incluso en la representación romántica, apasionada y explosiva de la solidaridad, el respaldo, la protección, la confianza, la camaradería y la incondicionalidad. El amor es, en definitiva, simplemente amor. Cuatro letras. Dos vocales. Solo dos.

Por otro lado, está la escena de la MUERTE, eso que, en palabras de Machado, «no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es y cuando la muerte es, nosotros no somos». Cuando llega la muerte, aparecen el humo, el vaho, la niebla y... y tal vez algún fantasma o alguna mezcla extraña de desengaño, desesperación y desencanto. Después de ese adiós sin rítmicos aplausos, llega el luto. Los «hasta siempre» o «hasta nunca» y todo se vuelve oscuro, muy oscuro, porque... sin oscuridad nunca encontraríamos el camino hacia las estrellas.

Tras el telón, detrás de los elementos de *attrezzo* que configuran la escenografía de esas dos escenas con un único guion, escondemos cosas. Muchas cosas. Los sentimientos. Los pesares. Las angustias. Y también esas cuestiones que solo buscan ser expulsadas de la mente porque el simple hecho de calificarlas con la palabra «secreto» genera una pesada carga que no todo el mundo puede soportar.

Ya ves... Hemos llegado a los SECRETOS, a esa información clasificada, sensible y restringida que necesita un permiso de seguridad especial para ser contada. Hemos alcanzado esa parte del jardín donde florecen los pensamientos, las reflexiones y los misterios materializados en preciosas rosas rojas con espinas de cristal. O incluso esa cámara acorazada donde se ocultan los sentimientos, las emociones y esos pasajes dolorosos que se alejan de nuestra zona de confort.

Precisamente, esos oscuros entresijos personales sobre los que durante tanto tiempo he guardado silencio salieron a la luz hace un par de meses cuando Héctor se presentó una mañana de sábado sin avisar y descubrió unas espesas lágrimas saladas en mis ojos y unas páginas manuscritas en mi bolso. Hoy, aquellas lágrimas han vuelto a brotar y me han impedido acometer los propósitos que mi agenda tenía preparados para mí:

8:30 am	Dar los buenos días a los siete enanitos. ¡Ojo! Castigar a Dormilón por ser el menos “lengüetón”.
9:00 am	Controlar el despegue de la moscarda de modo seguro, ordenado y rápido.
9:15 am	Limpiar los residuos tóxicos de la almohada tras el despegue.
9:30 am	Bajar las seis plantas andando como prueba de resistencia para comenzar la fase de adelgazamiento.
10:30 am	Desayunar a «plan» en el Rusco: media MEDIA de churros y un té con limón.
11:00 am	Disfrutar de un «BUEN CAFÉ» con Andrés. ¿Sudar mucho viene bien para adelgazar?!
15:00 pm	¿¿¿...???
18:00 pm	Comprar dos merengues con chocolate y almendras para reponer fuerzas.
21:00 pm	Brindar con un rosado espumoso por los valientes, por los que corren el riesgo de poner en peligro su orgullo y sus tripas, por los que tiemblan de ganas y no por miedo y... ¿sonreír?

La risa, MI risa, eso que en palabras del gran Neruda es el «lenguaje del alma», me ha abandonado para siempre y nunca más va a regresar. Lamentablemente, la curva ascendente que algunas veces se dibujaba en mis labios se ha convertido en una horizontal muerta y sin vida sobre un cuerpo que está... ¿vivo? Pfff, no lo sé.

Estoy agotada, exhausta, exangüe... cansada de respirar. Buceo entre las aguas mansas de

lo transitorio, lo tangible y la espiritualidad. Todo es etéreo. Todo fluye. Nada pesa... En este momento, a mi alrededor solo hay PAZ. Y SILENCIO. Un cruel, profundo, fragoso, salvaje y traumático silencio que amenaza con robarme los recuerdos, la nostalgia y los remordimientos.

—¡¡Soy yooo!!

Joder. Ya lo dice un refrán: «la palabra es plata, el silencio es oro y en mi casa es del que cagó el moro» porque nunca he dado el paso de invertir unos cuantos miles de euros en comprar media docena de lingotes de ese metal

noble de color amarillo brillante.

—¿Hola, hoolaaa? ¿Dónde estááás?

¿Quién cojones está dando esas voces? ¿Serán Gruñón, Tímido, Dormilón, Mudito, Feliz, Sabio y Mocososo reclamando «comida» tras una jornada de duro trabajo en la mina?

Durante unos segundos, permanezco inmóvil sobre la cama observando el techo con sus desconchones, aguzando el oído... escuchando pasos.

CLAC. CLAC. CLAC.

Definitivamente no son los siete enanitos. Ellos tienen una forma de caminar mucho más tosca, más pesada, más viril.

Un nuevo pico de adrenalina brota en mis venas después de horas en *stand-by* cuando, al mirar los dígitos blancos que aparecen en la pantalla de mi despertador, veo un uno, un nueve, dos puntos que parpadean, otro uno, un cero, una «P», un punto, una «M» y otro punto.

19:10 p.m.

¡¡¡Las siete y diez!!! Mierda. Mierda. MIERDA. He pasado la tarde repasando concienzudamente una y otra vez la escena teatral que Andrés y yo coprotagonizamos ayer y se me ha olvidado por completo todo lo demás.

He soñado con esos diecisiete minutos intensos, exquisitos, escalofriantes y muy placenteros en los que sus pesadas manos inmovilizaron mi cuerpo. He fantaseado con esos mil veinte segundos en los que su lengua no dejó de horadar mi sexo. Excitándolo. Provocándolo. Encendiéndolo. Acalorándolo con sus besos y aromatizándolo con la pasión. He divagado sobre la vida y la muerte. He recolocado todas las realidades. He ocultado mis secretos y... me he olvidado de Javier, de Robustiana, de la operación, de que llevo más de quince horas sin comer y de... ¡¡JODER!! ¿Qué habrá sido de Javier? ¿Cómo he podido olvidarme de él, de Robustiana y de esa parte tan delicada de su piel?

Tiemblo. Sonrío. Retiemblo. Rehílo como un pajarillo asustado cuando Héctor entra en mi habitación y se sienta junto a mí hundiendo un lateral del colchón.

—Ayayayyy, *my princess, my darling, my love*. —Entorno los ojos, sorprendida, y lo escruto ceñuda. Mi silencio le estorba—. ¿Qué haces así?

—Héctor —resoplo finalmente con la voz pastosa—. ¿Cómo has entrado?

—Ehm... soy Spiderman, *baby*. ¿No lo sabes?

—Déjate de chorradas.

Soy incapaz de moverme. Mi cuerpo se ha convertido en una pesada carga. Desde ayer por la noche mis sesos no han dejado de temblar. Tengo un terrible dolor de cabeza, las manos congeladas y un sudor frío, casi mortal.

—*Darling*, ¿recuerdas que hace unos meses me picó una araña justo aquí?

—Señala un minúsculo lunar tostado de su muñeca izquierda.

—No.

Héctor profiere un largo suspiro y permanece pensativo unos instantes.

—¿No?

—No —vuelvo a repetir alzando temerosa los párpados.

—Pues entérate bien de una cosita, *my life*. Desde aquel día, subo más rápido por las paredes que por las escaleras gracias a la agilidad y a la flexibilidad de mis brazos y mis piernas. Bueno... y también a esos lanzatelarañas que he desarrollado en las muñecas. ¿No te parece genial?

—Asiento y me muerdo el labio inferior nerviosa—. Solo hay que ver lo poquito que he tardado en escalar las cuatro plantas que nos separan para darse cuenta de que...

—Sí, claro. Solo te ha faltado decir que has trepado hasta la parte más alta de la torre para salvar a una hermosa princesa que está intoxicada por los vapores que desprenden las bombas fétidas que suelta el ojete de la moscarda que la tiene secuestrada.

—¿Acaso lo dudas?

Abro los ojos de par en par y sonrío tímidamente antes de decir:

—Joder. Y ¿ahora qué vas a hacer? ¿Lanzar los más de siete mil metros cuadrados de tela de araña que has estado tejiendo en tu casa esta semana para atrapar a la puta moscarda?

—Por supuesto. —Sonríe.

—Y después de todo eso supongo que me bajarás por la fachada, ¿no?

—Ehm... ¡Claro!

—Y ¿habrá un aguerrido maromo con fornidos brazos para recibirme cuando lleguemos al portal?

Sonríe, se aferra a mi muñeca y me guiña un ojo.

—Uno no, *darling*. ¡Siete!

—Ya. Y ¿me echará un buen polvo? —Mis latidos se aceleran golpeando

con fuerza mi pecho—. Lo pregunto porque... a ver, estaré muy asustada y ya sabes que últimamente follar es lo único que consigue apaciguar un poco mis nervios.

Una húmeda y sibilante brisa penetra por las rendijas de la persiana acariciándome la cara. Mi piel se eriza ligeramente y Héctor envuelve mis manos entre las suyas.

—Tendrás todo lo que TÚ quieras, *darling*.

—¿Todo TODO? —pregunto imprimiendo a mi voz un tono ronco y grave.

—Todo lo que se pueda, *baby*. Recuerda que yo no soy mago.

—Coño, Héctor. ¿No acabas de decir que tienes superpoderes?

Sus ojos estudian mi rostro.

—A ver... Te cuento. Yo no he estudiado magia en Hogwarts ni tengo la capacidad de concederte tres deseos como ese genio de piel azulada de la película *Aladdin*.

—Pues perdona que te lo diga, Héctor, pero... menuda mierda de superpoderes que tienes. ¿Por qué cojones me has puesto entonces la miel en los labios? Yo ya imaginaba que...

—Sí, claro —me interrumpe—. Tú te imaginabas en brazos de un tipo con la carita de Chris Evans, los músculos de The Rock y el culito de Chris Hemsworth, pero...

—No creo que eso le hiciera mucha gracia a Elsa Pataky. —Toso.

—Ayayayyy, qué humor. Te noto un poco sarcástica hoy, ¿no? ¿Estás bien, *darling*?

—Sí —respondo con otra pulla—. ¿No me ves?

Héctor abre y cierra la boca varias veces sin emitir sonido alguno.

—¡*Oh, my God!* —Observa disimuladamente mi cara y mis manos hinchadas y me dice con los ojos desorbitados—: Te vas a quedar petrificada cuando te cuente una cosita que he visto mientras iba trepando por la pared.

Intuyo que mi vecino tiene miedo. Lo noto por la manera en la que acaricia mis manos y por la forma con la que sus desvaríos tratan de centrar mi atención en absurdos que hasta la fecha nunca me han importado un pimiento.

—A ver... —resoplo endureciendo el tono—. Cuéntame. ¿De qué se trata esta vez?

—*My love*, me ha parecido ver a una mujer en el quinto —comenta animado guardándose la llave con la que en realidad ha entrado en mi casa en

el bolsillo trasero del pantalón—. No me he fijado muy bien, pero creo que estaba haciéndole un trabajito manual al choricillo del ricachón de Salamanca.

—Joder, Héctor. Déjate de tonterías. Estoy cansada.

—Eso debe ser de tanto follar, *baby*.

—Ya habló la voz de la experiencia —suspiro fascinada por la agudeza de su ingenio.

—¡Ay, *darling*, quién tuviera un «asesino de polvos» como el tuyo entre las piernas!

Alzo la cabeza para mirarlo. Rápidamente la vuelvo a hundir en la almohada. Hoy me pesa demasiado. Seguro que la he llenado en exceso de pensamientos.

Respiro hondo tomando aliento en una bocanada larga y punzante antes de concentrarme de nuevo en un punto fijo del techo. Concretamente, en la mota oscura que hace días comenzó a aparecer junto al tabique que separa la habitación del cuarto de baño.

—Coño, Héctor. ¿Por qué no te embadurnas las pelotas con miel y le pides a tu novio que te empale en una granja de hormigas? No sé. Puede ser una solución provisional para remediar tu ansiedad.

—*Baby*, ¿tú crees que lo soportaría?

Cierro los ojos y aprieto la mandíbula antes de decir con un apagado hilo de voz:

—¿Quién? ¿Tú o él?

—Yo, por supuesto.

—Estoy convencida.

—¿En serio? —Agranda estupefacto los ojos y forma un mohín travieso con la boca, similar a una «o»—. ¿Tú crees?

—Ya sabes lo que suelen decir: a falta de pan, buenas son tortas.

—Ja —replica circunspecto.

—Por cierto, ahora que he mencionado las tortas... a ver si te comes unas cuantas porque estás más escuchimizado que un espárrago triguero.

—Ayayayyy, *darling*. Qué manera de meterse con un primor como yo que está desafiando los cánones sociales de belleza.

—¿Cánones de belleza? ¿Tú, precisamente? Hay que joderse, Héctor. Lo que tiene una que escuchar en este estado.

—*Baby*, uno de los retos más grandes que he tenido que superar ha sido simplemente aceptar quién soy y eso es algo en lo que todavía sigo trabajando.

Así que el hecho de que TÚ me llames delgaducho no me importa. Al contrario. Me halaga. Ay —suspira—, ¡cuántas desearían tener este cuerpecito serrano y este desparpajo con el que lo paseo!

Ya lo dijo el célebre literato inglés William Hazlitt: «el silencio es un gran arte para la conversación». Sin embargo, cuando se prolonga más allá de los gestos y las pupilas no se dilatan sino que se delatan, un silencio puede llegar a ser peor que el grito más fuerte. Por eso, tras varios minutos en los que ninguno de los dos nos decimos nada, salvo con la mirada, soy yo la que vuelve a tomar las riendas de la conversación y expreso:

—Héctor. Guapo. Corazón. ¿No tienes nada que hacer?

—Uiuiuiiii. Eso tiene pinta de ser una compasiva, competente, confiable, altruista y empática forma de decir «vete a por una torta con chocolate espolvoreada de coco y canela a la cocina».

—Es una manera fina y educada de decir «vete a tomar por culo y deja de joderme porque estoy muy cansada y me estás dando el coñazo». ¿Te enteras?

Héctor cruza una pierna con otra y comienza a bailar el pie.

—¿Se puede saber qué te pasa, *my love*?

—Siento que está llegando el final de la historia —suspiro.

—¿El final? ¿Qué final?

—El GRAN FINAL.

—¿Tan pronto? —Sus ojos se ensombrecen ligeramente—. ¿Quieres que llame a...?

—A nadie. —Aspiro lentamente y me giro para mirarlo—. Olvídalo.

—Ay, *baby*. *Porfaplease*, no me asustes.

—Tranquilízate, ¿vale?

—¿Cómo quieres que me tranquilice? —alega dando un poco de énfasis gestual a sus palabras.

—Héctor —digo en un balbuceo—. Olvídate de tus locuras y... ¡mírame! No puedo más. ¿Entiendes lo que eso significa?

—No.

—Me voy. Para siempre.

Frunce el ceño y me mira con evidente preocupación antes de decir:

—¿Te vas?

Por una milésima de segundo siento miedo de lo que está por venir y mi mente se llena de imágenes de pancartas con frases maravillosas:

«CATA, NO TE RINDAS, ABANDONAR ES DE COBARDES»
«CUESTE LO QUE CUESTE... ¡RESISTE!»
«SI VAS A TIRAR LA TOALLA, QUE SEA EN LA PLAYA»
«EL ÉXITO ES LA SUMA DE PEQUEÑOS ESFUERZOS
REPETIDOS DÍA TRAS DÍA»
«¡¡LUCHA!!»
«LO ÚNICO IMPOSIBLE ES AQUELLO QUE NO INTENTAS»

—Ha llegado el momento —subrayo.

—Cata. Una guerrera nunca deja de luchar. Eres... eres una mujer fuerte.

Mi interior se remueve ante la cadencia de su tono, profundo y varonil. ¿De dónde ha sacado de repente esa voz? Sorprendida, acaricio su mentón con infinita ternura y mis propias barreras comienzan a bajar, dejándome más indefensa.

La sensación de libertad que acabo de experimentar al pensar en el final empieza a mezclarse con la angustia, la desesperación, la congoja... y con la culpa que ha llegado con sus maletas, su toalla, el flotador y la nevera con la tortilla de patatas y los pimientos fritos para veranear en mi cabeza que amenaza con estallar.

—Héctor. Por favor. No lo hagas más difícil.

—*Darling*, ¿qué crees que voy a hacer yo sin ti?

—Crear, trascender y experimentar hermosas oportunidades en el mundo. ¡Sobresalir! Escribir tu propia novela.

—¿Una comedia?

—O una historia de terror con asesinos siniestros y desequilibrados, criaturas infernales, manadas de zombis sedientos de sangre, miembros descuartizados y espectaculares efectos visuales y sonoros. Héctor, lo que tú quieras. Estoy convencida de que vas a conseguir todo lo que te propongas en esta vida de mierda que a mí se me escapa.

—Ay, *darling*. —Hace una breve pausa y lleva una mano a su pecho—. ¿Por qué me haces esto?

—La vida toma decisiones por nosotros que no se pueden evitar ni disfrazar. —Mueve la cabeza ligeramente en un asentimiento que me convence muy poco—. Ha llegado el momento de tomar la maleta y emprender un nuevo camino. De alejarme de todo y de todos. Para siempre.

—Catita... —susurra apartándose el pelo para despejar su frente—.

«Siempre» es una palabra muy dura.

Apoyo mi cara en su palma y me dejo mecer. Mis tímpanos ya solo perciben el sonido nervioso de sus tacones al golpear rítmicamente el suelo, el aleteo nervioso de la moscarda que gira sin parar en torno a la lámpara y el runrún del motor de un coche a lo lejos.

—Estos días han sido mágicos —suspiro. Los párpados me pesan. Cada vez más—. No tengo palabras para agradecerte todo lo que has hecho por mí.

Héctor se arrodilla junto a la cama y asiente, ofreciéndome su mano.

—Cata, por favor —masculla dulcemente—. No sigas.

Sus lágrimas crean sombras oscuras en su rostro.

—Cariño, escúchame. —Niega categóricamente con la cabeza y se muerde la lengua. Apoya su barbilla en mi hombro—. Tienes que vivir. Prométemelo.

—Y ¿qué se supone que estoy haciendo, *baby*?

—Sobrevivir. Aguantarme. Sufrir...

El mentón le tiembla.

—Cata, no me importa.

—Eso no es cierto —susurro.

—¿Tú qué sabrás? Cada uno somos nuestro propio demonio y hacemos de este mundo nuestro propio infierno. Y... y... —lloriquea—, yo quiero...

Disconforme con sus palabras, compongo un mohín reprobador y apoyo mis dedos sobre sus labios pintados de rosa.

—Shhh... —siseo—. Aprender es siempre un regalo, incluso cuando el dolor o el sufrimiento sea el maestro.

—*Darling*, no quiero seguir escuchando tonterías. No, no, no. ¡Me niego!

—Allá tú. Tendrás que amordazarme si no quieres escuchar lo que tengo que decirte.

—Pues te pondré un esparadrapo si es necesario, *baby*. Así practico. —Abre el primer cajón de la mesilla de noche y se pone a registrarlo concienzudamente—. ¿Dónde cojones lo tienes?

—Héctor. ¡Héctor! ¡¡¡Héctor!!!

Llora desconsoladamente.

—¿Dónde está?!

—Pero ¿qué crees que estás haciendo?

Gruesas lágrimas empañan también mis ojos y zigzaguean por mi cara arañándome las mejillas.

—Buscar el jodido esparadrapo porque no tengo ganas de seguir

escuchándote —balbucea como un bebé.

—Ahí no está.

—Eso es —solloza con el rostro desencajado—. Seguro que está en el botiquín.

—¡Basta! —reclamo, casi sin fuerzas.

Sin poder contener el acceso colérico que se ha apoderado de él, se detiene en seco, gira sobre sus talones y se aferra a mi mano con violencia.

—Mierda, Cata. ¿Por qué no cierras esa puta boca y me dejas en paz?

—Que te jodan —vomito con las pocas energías que me quedan.

Héctor se detiene en seco y se apoya contra la pared, pensativo. Pasa unos segundos en silencio. Pocos, supongo, o muchos... no lo sé. La cuestión es que, cuando nuestra conversación se reanuda, su tono vuelve a sonar apasionado, entusiasta y fogoso.

—Ayayayyy, *my princess, my darling, my love*. Lo siento. De verdad. Espero que puedas perdonarme algún día, Cata. Yo... yo... —tartamudea mirándome fijamente—, yo no quería decir eso. Créeme, *baby*.

Percibo cómo sus ojos me estudian a fondo y tratan de averiguar qué me pasa por la cabeza. Desafortunadamente, ni yo misma sé ya a estas alturas qué es lo que mantiene con vida a mis neuronas. El dolor de cabeza es insoportable.

Aprieto los ojos, respiro despacio tratando de llenar mis pulmones y mientras expulso el aire lentamente, asiento casi imperceptiblemente agradeciendo sus disculpas y respondo con un susurro liviano:

—Olvídalo.

Siento un gélido escalofrío cuando se arrodilla junto a la cama.

—No sé si alguna vez voy a poder perdonarme esto, *baby*, pero ¿te das cuenta de que hablar contigo algunas veces es peor que enseñarle a comer percebes a una vaca?

Sonrío. O al menos, intuyo que mis labios se olvidan momentáneamente de esa línea recta horizontal y se curvan con sutileza hacia arriba.

—¿Alguna vez lo has probado en tu desesperación? —susurro y muevo la mano con pesadez para secarle un par de lágrimas que hormigean en su barbilla mientras él estudia mi rostro como si mis gestos ocultaran la clave de todos sus miedos, los míos y los del mundo entero—. Me refiero a lo de enseñarle a una vaca a comer percebes.

Héctor no se inmuta ni se escandaliza ni estalla en rabia. No hace nada

salvo rozar mi brazo en silencio con las yemas de los dedos mientras yo le lanzo una mirada ligera y quebrada por las lágrimas.

Hay momentos en la vida en los que no entiendes por qué suceden las cosas. Instantes en los que tratas de asimilar la información que recibes, aunque tu cabeza se niegue a aceptarla. Segundos en los que cierras los ojos con la única intención de que tus pensamientos desaparezcan en ese corto lapso de tiempo. Pero...

Desgraciadamente, esas cosas, esa información y esos pensamientos no se evaporan ni se escapan ni se esfuman. No sucede nada porque cuando vuelves a abrir los ojos y parpadeas para acomodarlos a la luz, aparecen nuevamente las lágrimas para devolvarte a esa puta realidad de la que has intentado escapar. Y maldices. ¡Claro que maldices! Y gritas una, dos y hasta catorce veces a la vida por privarte de personas que merecen la pena. Y, al mismo tiempo, recuerdas momentos compartidos entre esas dolorosas lágrimas. Y... sonríes. Sonríes porque sabes fehacientemente que esa persona también sonreiría contigo para aliviar tus lágrimas o, al menos, dulcificarlas un poco. Y te tranquilizas. Respiras en calma y... alcanzas la PAZ.

Desafortunadamente, yo ya no puedo hacer nada de eso. Mis labios son incapaces de sonreír, aunque mis ojos sí lloran. Mi corazón late febril y no apaciguado. Y en mi mente... uff... en mi mente hay un torbellino de pensamientos extraños, siniestros e infaustos.

Hace horas que mi cuerpo se retuerce silenciosamente, averdugado por un dolor insano. Mi mente divaga en un mar que, a priori, está en calma —aunque no tanto— mientras mis ojos sostienen esa severa mirada que ofrece la muerte cuando anuncia el eterno descanso.

¿Duele el dolor? Si pudiera gritar, si fuera capaz de alzar la voz, te diría que sí; que el dolor duele mucho. Es más. El dolor genera mucho dolor. Y también impotencia, angustia y desesperación. Mucha desesperación.

—No —declara Héctor finalmente secándose las lágrimas con un manotazo y componiendo una tímida sonrisa—. Pero no me negarás que sería un puntazo.

—¿Uhm? —No sé a qué se refiere. Ya no sé nada... o casi nada.

—Enseñarle a comer percebes a una vaca, *darling*. ¿Te imaginas, *baby*? Sería un *show*.

Parpadeo como única respuesta. Estoy agradecida de que haya vuelto el Héctor de siempre. El risueño. El cariñoso. El jovial. El de los *baby, darling*,

my love y *my live*. Y el del *Oh, my God* y los «ayayayyy». El que me gusta en realidad.

—Héctor —suspiro profundamente regalándole una mirada tranquilizadora, casi sin vida—. Te lo suplico. Máchate.

—*Darling*, voy a estar contigo hasta el final.

—Hazme un favor.

—Los que quieras, *baby*.

Mi cerebro tarda cinco minutos en reestructurar mis pensamientos y desmenuzar mis deseos en frases lógicas. Cinco minutos en los que Héctor se ha entregado otra vez en cuerpo y alma a la tarea de recordar mis virtudes y querencias como una plañidera con enormes bordones en las manos.

—Héctor. Calla. Por favor. No conviertas... —toso—, no conviertas este final en algo trágico. ¿Me lo prometes?

—¡*Oh, my God!* ¿No te das cuenta de que no hay peor tragedia que saber lo que es correcto en cada momento y no hacerlo?

—¿Me lo prometes? —insisto.

—Por Snoopy si hace falta —suspira acongojado al percibir el ronquido gutural, rítmico y tranquilo que anuncia la bajada del telón y el final de MI historia.



LÁGRIMAS

Baby, no voy a llorar... No voy a llorar... No voy a llorar... ¡Coño, quiero llorar! ¿No dicen que las lágrimas son la última sonrisa del amor? ¿O la forma en la que el cuerpo habla cuando la boca no puede explicar la emoción que siente?

Sí, *darling*. ¡Quiero llorar! Quiero tirar esta pesada carga que he llevado sobre la espalda desde que me enteré hace dos meses que Cata tenía un tumor cerebral metastásico. Quiero derramar, una a una, todas esas angustiosas gotas saladas envueltas en la insalubre magia del dolor, el padecimiento y la molestia. Quiero expulsar la rabia, la pena, la desesperanza, la congoja y la lástima de mi cuerpo. Y gritar al mundo que «la vida es corta, el reloj un

embustero y todo lo que importa no se compra con dinero». Sí, sí. Como lo oyes. El dinero no lo es todo; puede comprar una cama, un reloj, un libro o incluso medicinas, pero no el sueño, el tiempo, la inteligencia, la salud o la VIDA.

Entonces... ¿Lloro o no lloro? Joder. Joder. Joder. ¿Qué hago, *my love*?

Ya está. Lo he decidido. No voy a llorar. En palabras de Paulo Coelho «si actúas como una víctima, es probable que seas tratado como tal», así que, antes de que el dolor temporal se transforme en un dolor permanente y las lágrimas hagan surcos profundos en mi piel, voy a alejarme del victimismo. Aunque...

¿De quién fue esa absurda idea de que los chicos no lloran? ¿De Miguel Bosé? Ayayayyy, Bosé, Papito, Miguel. ¿Lo decías en serio? Aún recuerdo cómo me miraba mi padre cada vez que salías por televisión moviendo las caderas al ritmo de *Los chicos no lloran* y mi madre te acompañaba en los coros con esas enigmáticas frases:

*Es mi vida, no quiero cambiar,
los chicos no lloran solo pueden soñar.
Es mi vida no quiero cambiar,
los chicos no lloran tienen que pelear.
Es mi vida jah! Es mi vida jah!*

¡Oh, *my God*! Qué bonita voz tenía mi madre. Cuánta dulzura atesoraban sus caricias y cuántas sonrisas su mirada. Cuántas veces me guiñó el ojo a escondidas. Y cuántas veces con *Bambú* y su rítmico *Y mientras que ella plancha el corazón, yo le doy bambú...* ¡turap tuhe oh yeah! me quiso decir que me olvidara de las palabras de mi padre, de su seriedad, de su sobriedad y de su exigente y absurdo malestar general.

Recuerdo a mi padre decir con aquella voz potente de locutor de radio: «Héctor. La valentía más grande del ser humano es mantenerse de pie aun cuando se esté cayendo a pedazos por dentro». Estoy convencido de que esta frase no era suya y que la tuvo que leer en alguno de los cientos de libros que acumulaban —y siguen acumulando— polvo en el trastero, esa espelunca rumorosa ubicada en el sótano donde se encerraba cada mañana y pasaba horas aislado del mundanal ruido, de las protestas de mi madre que no dejaba de recriminarle que no le ayudaba en casa, de las noticias buenas y malas, de

los chismes del vecindario que siempre ha sido muy aficionado al cotilleo —algunos de mis vecinos podrían sustituir a Lydia Lozano, Mila Ximénez o Kiko Hernández, colaboradores del programa de televisión *Sálvame*, y no se notaría la diferencia—, e incluso de mí.

Odié aquella frase por todo lo que implicaba para mí. A día de hoy, sigo odiándola. Y sé que la odiaré toda mi vida a pesar de que aferrarse al odio es como tomar veneno y esperar que otra persona muera por ti.

El odio no es más que un lastre que violenta tu interior y que solo atiende a su propia voz. La forma más extraña de matar la nobleza del corazón. O esa cadena que nos ata al pasado y nos impide avanzar. Aun así, esa frase solo me genera... ODIO. ODIO. ODIO. Y antipatía. Y un rencor similar al que experimenté con los dos agentes de la guardia civil que me interceptaron hace casi un año en el portal para anunciarme que un SsangYong Rexton 270 había colisionado con el Škoda Fabia de mis padres y se había dado a la fuga. Ambos, que regresaban de Benidorm donde habían ido a celebrar sus bodas de plata, fallecieron en el acto. Triste, ¿verdad?

Aquel día lloré muchísimo hasta que mis lágrimas se secaron. Y así lo hice día tras día y noche tras noche durante un mes hasta que una tarde, frente a un exquisito merengue envuelto con chocolate y almendras, Cata me dio un topetazo en el hombro con su agenda y me dijo una de sus frases típicas: «Joder, Héctor. Ya está bien. Estoy hasta el coño de lloriqueos y lamentaciones».

Cata era así. Directa. Incisiva. Recta. Áspera. Mordaz. Era simplemente... CATA. Una mujer realista, cabal, muy tozuda y con un exquisito toque de timidez que afrentaba con su mal humor y con un vocabulario desacertado que no escapaba, por cierto, de lo que la institución de la Real Academia Española ha recogido durante años y años entre las páginas de su diccionario más famoso. Joder, coño, hostia y puta son palabras tan reconocidas por la RAE como caca, culo, pedo o pis. Sí, sí, sí, *darling*. Te reto a que las busques si te ha entrado alguna duda al respecto.

A aquel comentario tan directo le siguió otro mucho más revelador: «Héctor. Espábilate. La vida son dos días y ya has consumido dos y medio así que... DISFRUTA. VIVE. ¡FLUYE!». Pensar que el viernes pasado fui yo el que pronunció esas palabras hace que el corazón se me encoja como un chicle porque... ¡Ayayayyy, *baby!* De nuevo aquí estoy, triste y solitario, haciendo un recuento de mi vida y ocupando otro capítulo de esta historia que ya ha tenido

un final, pero no EL FINAL.

Y me jode mucho, *darling*. ¡Mucho más que mucho! Demasiado, quizás. Porque, aunque no te lo creas, aunque pienses que estoy faltando a la verdad y que solo busco mi momento de gloria, he de confesar que encontrar las palabras exactas que expliquen lo que no le ha dado tiempo a contar a Cata es muy difícil. Aun así, a pesar de que en estos momentos lo único que me apetece es olvidarme del mundo, de todos y de todo, lo voy a intentar, *my love*. Te doy mi palabra de *scout*.

Dicen que cuando una y otra vez los malos recuerdos vuelven a los ojos en forma de lágrimas, generalmente ocultamos las sonrisas del presente. Yo quiero ¿sonreír?

sí. sí. sí.

Sí. Lo he decidido. Quiero sonreír. Es más, necesito sonreír. Por mí. Por mis padres. Por Cata y por ti porque nos has aguantado hasta el final. Porque has reído e incluso habrás soltado alguna lagrimita por el inesperado «final» y... ¿por qué no, *darling*?

Estamos muy acostumbrados a las novelas románticonas con historias cliché en las que el típico malote conoce a una chica buena de la que se enamora perdidamente. Historias en las que, por hacer el panolis con sus amigotes, el chico pierde a la chica. Historias en las que la reconciliación se produce en la típica terminal internacional de un aeropuerto después de una fatigosa carrera en la que él salta veinte veces por encima de bultos y maletas, se cae otras treinta y suelta varios tacos a los agentes que le cortan el paso por el control de seguridad. Historias en las que hay un intenso cruce de miradas que permite al chico recuperar el aliento mientras sus dedos culebrean por la espalda de su amada. E historias en las que, como colofón, llegan el *I don't want to miss a thing* de Aerosmith, el giro de cámara de trescientos sesenta grados que te revuelve el estómago por el mareo que te entra, el beso cálido, sincero y amoroso cargado de cientos de perdones y el ansiado FIN.

También existen esas historias en las que un rico magnate del petróleo seduce a una mujer tímida rompiendo las barreras que a ella le impiden dejarse arrastrar por la pasión, la locura, el amor, el erotismo y el pollón que a él le crece entre las piernas y que ya ha puesto en candelerero a más de un

millar de rubitas simplonas «sin chicha ni calia^[13]». Y, nuevamente, llega el FIN.

Sin embargo, no estamos tan hechos a las historias de amor real que nos encontramos todos los días en la calle. A las que esconden sentimientos muy profundos. A las que ocultan algunos secretos para evitar sufrimientos innecesarios. A las que te hacen reír igual que llorar. Ni a esas que tienen magia o un amor de verdad.

Darling, la historia de amor de Javier y Cata era de este tipo, de las de verdad. De las que ocultaban sentimientos, pesares, angustias e incluso el propio amor. Sí, sí. No estoy loco, *baby*. Aunque Cata se haya hartado de gritar a los cuatro vientos que no ama a Javier, que no lo quiere o incluso que no siente nada por él, es incierto. Era incierto. Hay veces que el amor nos lleva a omitir algunos detalles, a ocultar la verdad o incluso a utilizar el silencio como recurso porque este es el único que tiene el poder de liberar a las personas que nos rodean de terribles sufrimientos. Es más. Dicen, yo no lo sé a ciencia cierta, que «pretender amar y no sufrir es lo mismo que querer volar sin levantarse del suelo».

Alejando a Javier, Cata consiguió que sus alas se desarrollaran un poco más para poder alzar el vuelo y alejarse del mundo terrenal. Logró liberarlo de la angustia. Del dolor. Del sufrimiento. De la enfermedad. De ese maldito tumor cerebral metastásico que estaba inflamando los tejidos nerviosos de su cerebro provocándole fortísimos dolores de cabeza. Del trance de la despedida. Y de un final trágico. Eso sí que fue amor puro. AMOR en mayúsculas. AMOR DE VERDAD.

Sobre este tema, precisamente, le pregunté ayer por la tarde a Catalina cuando nos reunimos en su casa para merendar. Esta fue nuestra conversación:

—*Darling*, ¿por qué haces esto?

—¿Hacer qué?

—Alejarte de Javier.

—Porque me sale del coño —escupió furiosa.

La contemplé atónito.

—¿No crees que deberías contarle que estás enferma? —agregué con firmeza poniéndome en pie para abrir la nevera y coger una lata de cerveza fresca.

—No.

Di un par de sorbos y volví a sentarme en el taburete frente a Cata que, con deleite, engullía otra porción del merengue envuelto con chocolate y almendras.

—Pero...

—Héctor. Ni peros ni leches. He dicho que no —resopló con la boca llena—. N-O. ¿Entiendes lo que significa eso?

Su tono frío y amenazador me hizo fruncir el ceño, pero asentí. Luego, tras unos segundos de reflexión, confesé:

—Creo que estás siendo muy injusta, *my life*. Conmigo. Con él. Y contigo. Sobre todo contigo.

—Sí, claro. Con todo el mundo, no te jode. —Su tono de voz denotaba cierta tensión—. Déjate de coñas, Héctor. No le voy a decir nada a Javier. NADA. Además...

—Además, ¿qué?

—Héctor. Javier no se lo merece. Punto.

—Yo tampoco, *baby*, y... mírame. Aquí estoy. Como un campeón.

—Porque eres un cotilla —bramó ofuscada, aturdida y molesta a partes iguales—. Si no hubieras husmeado en mis papeles tú tampoco te habrías enterado de nada. Además, no sé si lo soportaría.

—Ayayayyy, *my princess, my darling, my love*. Nunca lo vas a saber si no se lo dices.

—¡Qué pena!

—Catita, sigo sin entender nada —insistí con semblante amenazador y tono gélido sosteniendo su acusadora mirada.

—Joder, Héctor. ¡Que no! ¿No te das cuenta de que tengo un puto bicho en la cabeza que está corroyéndome la sesera?

Suspiré profundamente y pasé las manos por mi rostro en un ademán de frustración.

—Javier no se merece que este sea el último recuerdo de vuestro matrimonio.

—Yo tampoco me merezco sufrir de esta manera y... fijate. Hay días en los que no soy capaz ni de peinarme.

—Eres fuerte.

—Algunas veces creo ser fuerte —puntualizó.

—¿Cómo se hace eso? Explícamelo, *my love*, porque... uff, no te lo vas a creer, pero tengo el corazón contraído.

—Por lo general, no es lo único que se os contrae a los hombres. Hay cierta parte del cuerpo que se os arruga con mucha más facilidad.

—Por si no lo sabes, *baby*, el mío está... ehm... —tartamudeé—. El mío lo tengo encogido de pena.

—¿De pena? —Comencé a sentir un nudo oprimiéndome la garganta—. Mira, Héctor. Déjate de coñas. De pena es como algunas veces tenéis los tíos la polla.

—*Darling*, ¿por qué no te vas a la mierda?

—Porque me gusta vivir en un lugar donde se puedan apreciar todas las estaciones, aunque el verano sea la que menos me gusta de todas —repuso Cata con determinación.

—¿A ti nadie te ha dicho nunca que eres una jodida amargada, resentida, maniática y trastocada hija de la gran puñeta?

Sonrió.

—Bueno, con tantos adjetivos y tan enfáticamente... ehm... no. Creo que no.

—Vaya.

—Vaya ¿qué?

—Que me has dejado colgado —manifesté con rotundidad volteando los ojos—. *Darling*, ¿qué te digo yo ahora?

Cata sostuvo mi mirada un instante mientras recalculaba su plan y componía una nueva estrategia dialéctica con la que afrentarme.

—Héctor. El merengue me ha dado energías suficientes como para ir a la guerra si es preciso, así que puedes decirme lo que te apetezca.

—Pues lo único que te voy a decir es que tienes un poco de chocolate justo aquí —apunté sagaz señalando sobre mi barbilla la posición en la que el chocolate había manchado la suya antes de abandonar la cocina y dirigirme al salón.

La vida es fría y te invita a seguir porque, por lo general, después de la tempestad siempre llega la calma. O, al menos, eso dicen.

—¿Quieres un poco? —me preguntó Cata poco después cuando entró en el salón mostrándome el plato donde ya solo había dos o tres porciones minúsculas de merengue.

—¿Vienes con la pipa de la paz o en pie de guerra?

—Héctor, ¿cómo van tus pilas? —Se dejó caer en el sofá como una pesada carga—. Pregunto por saber el nivel hasta el que pueden llegar mis

comentarios.

Permanecí unos segundos en silencio y con el ceño fruncido, sintiendo el repiqueteo de mi pulso acelerado en mi sien.

—*Darling*, ¿de verdad te gusta ser así?

—Así ¿cómo?

Estupefacto, la vi apretar los labios mientras sostenía mi penetrante mirada sin bajar la suya.

—Siendo una...

—Eieieiii, ojito, Héctor. No te pases ni un pelo.

—¿Yooo?

—Tú no. Mi prima.

—¿Qué tiene que ver Remedios ahora en esto? —Cata compuso una expresión grave y sus ojos se oscurecieron un poco, lo suficiente para indicarme que otra vez había vuelto a despertársele el dolor de cabeza—. Olvídalo, *baby*. No quiero saber nada más. A partir de ahora me lavo las manos totalmente.

Cata envaró la espalda, cogió el último trocito de merengue del plato y me lo metió en la boca para callarme.

—Héctor —suspiró—. No puedes decir eso y quedarte tan tranquilo.

—¿Por qué?

—Joder. No me digas que mi lengua está compitiendo con la de un santo porque... no es verdad. Eres parte interesada en esta historia.

—A ver, *baby*. Una cosa es el dolor que me causa saber el sufrimiento innecesario que vas a generar en los demás y otra la adoración que siento hacia el arrojito y los cojones que le estás echando al asunto. No te equivoques.

—Nunca sabes lo fuerte que eres hasta que ser fuerte es tu única opción —resopló tras unos segundos de burlas graciosas.

Con esas palabras, Cata me lo dejó todo claro. Se estaba haciendo la fuerte para no decaer en una situación tan complicada como la suya. Tengo la sensación de que el final, su final, lo sentía cerca porque, después de aquella conversación, llegaron otras de cierto calado hasta que a las doce y diez de la noche llegó la más dura. Al menos, la más complicada de todas las que yo haya compartido con ella a lo largo de estos meses: la del «y después qué».

En el Paramount Channel acababa de comenzar la película *Emmanuelle en Venecia*. Un tostón, al menos para mí, que me estaba produciendo un sueño atroz.

—Menudo coñazo, *baby*.

—Y que lo digas. ¿No hay otra cosa?

—Déjame ver. —Cogí el mando a distancia y comencé a hacer *zapping*—. Anuncios, anuncios, más anuncios...

—Coño. Parece que todas las cadenas se han puesto de acuerdo para jodernos a la vez.

—Eso se llama competencia, *my love*.

—No, guapo, ¡no! —convino Cata con su toque de gracia particular—. A eso se le llama complot.

—*Darling*, llámalo como quieras —suspiré con una sonrisa efectista en los labios que consiguió tranquilizarla, al menos momentáneamente—. ¿Qué pongo?

—Apaga la televisión.

Torcí el gesto y la miré de reojo, arqueando una ceja.

—¿Ocurre algo, *baby*?

—Héctor, tengo que comentarte una cosa importante. —Un leve temblor pulsó su mandíbula cuando mis ojos se abrieron de par en par—. Cuando me muera no quiero tonterías. ¿Me explico?

La determinación con la que pronunció sus palabras me incomodó al instante.

—Ayayayyy, *my princess, my darling, my love*. Tú no te vas a morir. No, no, no. Todavía no.

—Héctor —suspiró ella y al hacerlo sus fosas nasales se dilataron como nunca antes las había visto—. Escúchame. Te lo pido por favor.

Asustado, tragué saliva y desvié la mirada mientras mis dedos tamborileaban temblorosos un cojín y mis pinreles bailoteaban sin parar en el suelo.

—Ay, no sé si quiero escucharte, *my love* —declaré finalmente tras unos segundos de reflexión.

—Tú lo que tienes es la cara muy dura —afirmó esbozando una sonrisa perversa.

—Sí. Fíjate. —Comencé a darme tortazos en la mejilla.

CLAP. CLAP. CLAP.

—Deja el numerito ese.

Mi desaliento crecía a medida que avanzaba el tiempo.

—¡*Oh, my God*, Cata! Escupe lo que tengas que decir de una vez o pongo la película. —Sus ojos relampaguearon y se clavaron con intensidad en los míos. Aun así, le apunté con el dedo y le dije con un tono de voz amenazante—: Te lo advierto, *darling*. Prefiero ver cómo Emmanuelle le hace un cunnilingus a esa rubita que viaja con ella en el barco a...

—Joder, Héctor. Basta ya de gilipollices. Límitate a ver, oír y callar. ¿Entendido?

Levanté la cabeza y la miré fijamente. Durante unos segundos me planteé incluso la posibilidad de salir corriendo. ¿Qué o quién me lo impedía?

—Perfectamente —declaré, aunque no estaba muy convencido de querer solo ver, oír y callar como ella pretendía.

—Gracias. ¿Ya puedo hablar?

—Uhm... Sí. Supongo que sí.

Sonreí nervioso mientras mis labios envolvían el agujero de la lata de cerveza.

—Bien. Estarás de acuerdo conmigo que no soy una mujer a la que le gusten las ostentaciones.

—Ay, *baby*. —Puse los ojos en blanco—. Ve al grano. Te lo ruego.

Cata se echó a reír, pero hasta su risa era algo tensa.

—Héctor. Prométeme ser cauteloso hasta que llegue el día sobre el que no quieres que hable.

Hice una cruz sobre mi pecho, a la altura del corazón.

—*Darling*, te lo juro por mi suegra.

—Coño, Héctor —espetó entre dientes con voz firme—. Tú no tienes suegra.

—No te pongas así, *my life*. —Sonreí para desdramatizar—. Era una pequeña broma.

—Pues entérate de una puta vez que yo no estoy para bromas.

—Lo siento, *baby*. Perdóname —recalqué—. Te lo juro.

Tras tomar una profunda bocanada de aire, Cata se atusó el flequillo, encajó una sonrisa protocolaria en sus labios y susurró con voz rasgada:

—En ese cajón están los papeles del seguro de defunción. ¿Me has oído?

—Ehm... sí —admití tímidamente.

—Vale. También hay una carta para Javier y un sobre para ti.

—¿Para Javier?

—Sí. Para él —admitió sin ambages—. Entrégasela un mes después del funeral. En ella se lo explico todo.

Abrí los ojos de par en par. Tanto, que incluso temí por si se me escapaban de las cuencas.

—¿Todo?

—Sí —confirmó—. Todo lo que se puede explicar.

Me puse rígido y apoyé la espalda en el respaldar floreado del sofá.

—¿Lo de Andrés también?

—¿Quién es Andrés? —respondió sarcástica fijando su mirada en el suelo.

—Ayayayyy, *my princess, my darling, my love*. No me vengas ahora con esas. ¿Me puedes explicar qué papel ha jugado Andrés en todo esto?

—Héctor, me niego a escucharte ni un segundo más hablar sobre ese tema.

Cata se levantó como un resorte y se acercó a la ventana. En el exterior, la noche estaba cerrada y la luz de la menguante luna bañaba toda la plaza de un pálido color plateado, tiñendo las copas de los árboles y arrullando el canto de las aves nocturnas. A lo lejos, en el horizonte, unas nubes negras anunciaban que una tormenta estaba cerca.

—¿Por qué has consentido en probar su «BUEN CAFÉ»? ¿Por qué has permitido que sus dedos dibujen intrincados laberintos en tu piel? ¿Por qué has accedido a entregarle tus gemidos, tus jadeos y tus suspiros? Dime, *baby*. ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Ay, yo qué sé, Héctor. No me jodas.

—Joder es precisamente lo que tú has hecho estos días con él porque te has alejado de Javier, *my love*.

—Efectivamente. Y no me arrepiento porque... ¿sabes una cosa? —Negué—. En cuanto termine de hablar contigo voy a tomarme otro «BUEN CAFÉ». Ahora prométeme que no vas a avisar a nadie cuando llegue el... «momento».

—¿Qué momento?

—Ese «momento».

—¡¡¿Qué?!! —repliqué irritado.

Cata se acercó lentamente a mí y, cogiéndome de la barbilla, me obligó a mirarla.

—Héctor. Héctor. Héctor... Te gusta desafiarme, ¿verdad?

—Cata, me estás asustando.

—Pobrecito.

Su penetrante mirada burbujeó en mi pecho.

—*Darling*, no entiendo cómo puedes ser tan fría.

—No quiero que nadie sufra innecesariamente. Punto. No hay más que hablar.

—Estás haciéndome sufrir a mí —murmuré con voz ronca.

Nos sostuvimos la mirada en un pulso duro hasta que ella esbozó una sonrisa ladina y suspiró con frialdad:

—Lo siento. Todo no puede ser perfecto en esta vida. Tú solito te metiste en esto por cotilla.

—Ahí llevas razón, *baby*.

—Siempre llevo razón —advirtió ella con gesto desafiante dando un golpe seco con la palma de la mano sobre uno de los cojines floreados del sofá.

—Ayayayyy, *my life* —barboté con el corazón en un puño—. Me estás asustando.

—No me jodas, Héctor. Te lo pido por favor. Tonterías las justas porque estoy...

—Como una puta cabra, *darling*. Ya lo sé.

—¿Lo sabes? —inquirió Cata alzando las cejas rítmicamente mientras yo asentía exhalando despacio, muy despacio—. Vaya. Pues permítame que te diga que no lo parece.

Ocultar la verdad no es mentir. Pero sí puede ocasionar el mismo daño que una mentira. No fui capaz de hacérselo ver a Cata aquel día y hoy... En fin. Hoy ya nada importa porque ella ya no está aquí. Su cuerpo descansa inerte y sin vida sobre la cama esperando a que lleguen los servicios sanitarios que certifiquen su muerte.

Y, aquí estoy yo, cerrándole paso al dolor y pensando cómo afrontar lo que me viene a partir de ahora porque... Sí. Cata me pidió un funeral solitario y tranquilo, pero... Y ¿después qué?



UNA SEVILLANA TRISTE & UNA RUMBA SALEROSA

En el baile, acordarse de los pasos, de meter la barriga, de mantener en su posición correcta el pañuelo que llevas anudado en el cuello, de levantar el brazo, arrancar la manzana del árbol con mucho arte y salero y acercártela a la boca para darle un mordisquito pequeño antes de coger la siguiente, de tener la precaución de no chocar con la bailarina que mueve las piernas como una jaca jerezana haciendo que los volantes de su vestido ondeen al aire o prestar atención a la letra de la sevillana, obliga a mantener la cota de concentración por todo lo alto y hace que sea casi más complicado que formar parte de la doctrina religiosa a través de la que Tom

Cruise, el protagonista megalomaniaco de *Misión Imposible*, busca la felicidad y la comprensión de sí mismo y de los demás como seres espirituales. Ufff.

Las coplas de una sevillana son el escenario en el que se narra una historia principal organizada en cuatro escenas, con tres estrofas y un gran final. Emotivo. Elegante. Trascendente. Apoteósico. Súper especial. De esos que te dejan con un subidón de adrenalina y ganas de más. Mucho, mucho, mucho más.

Darling, acabo de cambiar las sábanas a mi cama. Esta noche he pasado un calor horroroso y me he levantado empapado en sudor. Durante toda la noche he tenido un gran batiburrillo en la cabeza. Mis pensamientos no han dejado de girar y de dar vueltas como los caballitos de un ti vivo al ritmo de esa sevillana tan «sentía» que canta el grupo Ecos del Rocío al son de una guitarra.

Algo se muere en el alma, cuando un amigo se va.

*Cuando un amigo se va,
algo se muere en el alma
cuando un amigo se va.
Algo se muere en el alma,
cuando un amigo se va.*

Es verdad. Algo se ha muerto en mi alma desde que Cata no está. Si algo he aprendido a lo largo de estas dos semanas en las que todo ha hecho PUF a mi alrededor es que solo podemos enfocar nuestras vidas hacia el camino que pensamos como el más óptimo porque casi nunca somos dueños de nuestro destino. Nada es eterno y todo es efímero en nuestras vidas. Y, quizá por eso, la misma es tan bella como condenada con nuestros devenires cotidianos y nuestras humildes estancias terrenales.

Baby. Por mucho que queramos desviarnos de la senda, por mucho que prefiramos el atajo de la izquierda y no el camino de la derecha o por mucho que intentemos cerrar los ojos ante los problemas que golpean en nuestra puerta, la única libertad de la que disponemos realmente es la de equivocarnos sin ayuda de nadie como cuando bailamos una sevillana. ¡Qué se le va a hacer! La vida es así y tenemos que aprender a disfrutarla, aunque el alma la tengamos rota de dolor. O, a pesar de que nuestro ánimo esté hecho trizas y no

seamos capaces de encontrar todos los pedacitos para unirlos, uno por uno, con el «pegamento de los corazones rotos».

Un sudor frío me recorre la espalda cuando mis ojos vuelven a encontrarse con los dos sobres que puse hace quince días sobre la destartada mesa Bjursta de Ikea que a mi padre se le antojó colocar junto a la puerta-ventana del salón, complicando el acceso a la terraza.

Despacio, muy despacio, recorro los escasos cuatro o cinco metros que me separan de la mesa arrastrando los pies. Con manos temblorosas, como si me hubiera tomado veinte o treinta litros de café, cojo el sobre que lleva mi nombre, lo abro, extraigo el papel y leo en voz alta:

Héctor, corazón...

Si estás leyendo esto, TODO habrá acabado.

Así, sin ambages y fiel a su personalidad, comienza la carta que me ha dejado Cata. Una lagrimilla brota de mi ojo izquierdo y resbala por mi mejilla creando un surco profundo en mi *make up*. Ay, *darling*. Presiento... presiento que esto va a ser más doloroso de lo que me imaginaba. Más desagradable que una infusión de Salfumán. O incluso más traumático que ver a E.T. quitándose las espinillas frente al espejo. ¡*Oh, my God!*

Inspiro para insuflar aire a mis pulmones mientras miro el gotelé del techo y trato de olvidarme del nudo que se me acaba de formar en la garganta observando las sombras que crea el relieve de las pequeñas gotas que comienzan a amarillear por culpa del humo de mis cigarros. Algo más tranquilo, bajo la mirada y vuelvo a concentrarme en las palabras de Cata.

Héctor, corazón...

Si estás leyendo esto, TODO habrá acabado. Siento haberte hecho sufrir. Como bien sabes, mi intención era marcharme sin hacer ruido. Sin embargo, cierto cotilla metió las narices donde no debía y... En fin. El resto no hace falta que te lo cuente. Nadie mejor que tú para saber de lo que estoy hablando.

Una sonrisilla nerviosa se dibuja en mis labios. Doy unos pasos al frente, me siento en el sillón de relax que pertenecía a mi madre y continúo leyendo:

La vida es como un juego. Hay que hacer malabares constantemente con cinco pelotas muy frágiles —el trabajo, la familia, la salud, el amor y la amistad—, más delicadas incluso que el propio cristal. Si una de ellas falla, si una de esas cinco pelotas cae al suelo, se golpea y se astilla o, peor aún, si se rompe, todo deja de ser un juego.

Héctor. ¿Cuántas, de esas cinco pelotas de las que te estoy hablando, crees que han sufrido daño en mi vida? Piénsalo un momento, por favor.

—Ayayayyy, *my princess, my darling, my love*. No tengo nada que pensar —anuncio en voz alta como si tuviera a mi vecina sentada en el sillón de enfrente. El corazón late con fuerza en mi pecho—. A ti se te rompieron dos bolas, aunque te negaras a reconocerlo.

¡*Oh, my God!* Cuando me doy cuenta de que estoy hablando solo, estiro el brazo, cojo la cajetilla de cigarrillos mentolados que está sobre la mesita *Chippendale* que tengo a mi izquierda, esa que mi madre heredó de su abuela y que con tanto mimo conservo, y enciendo un Slim. Rápidamente el humo apacigua mis nervios y mi corazón recupera su ritmo. Retomo la carta.

Héctor. Conociéndote como te conozco, estoy convencida de que habrás pensado en dos: en la pelota de la salud y en la del amor. ¿Me equivoco?

Niego categóricamente moviendo la cabeza de izquierda a derecha una y otra vez. Mis rizos caen en cascada por mi frente cubriéndome parcialmente los ojos de donde acaban de escaparse dos gruesas lágrimas.

Querido, permíteme decirte una cosa. Has errado. La única pelotita que se estropeó fue la de la salud. Con la del amor, he jugado como me ha dado la gana. Quizás la he sobado un poco y se ha ensuciado, también, pero esa porquería que ha revestido su superficie es solo el resultado de haber travesado bien con ella.

Asombrado, seco mis lágrimas de un manotazo, frunzo el ceño y permito que mis labios dibujen una «o» perfecta. Aunque estoy más nervioso que Dumbo haciendo funambulismo sobre la cuerda floja, sigo hacia delante y... continúo leyendo.

Joder, Héctor. Hablo en serio, corazón. No pongas esa cara. Cierra de una puta vez esa boquita de piñón que Dios te ha dado o, cuando menos te lo esperes, puede aparecer una jodida moscarda, confundir tu lengua con la funda de una de tus almohadas y comenzar a construir un chalet con piscina, una pista de pádel y un helipuerto.

Sonrío y miro alternativamente el papel y el reflejo que me ofrece el espejo que tengo enfrente. *Darling*, dibujada en el cristal aparece la silueta de un sudoroso y enjuto joven de diecinueve años con rubios y alocados rizos sobre la cabeza, con dos abanicos de hermosas y larguísimas pestañas cargadas de rímel, unos ojos llorosos y una expresión desconcertada.

¡Oh, my God! ¿Ese soy yo?

Observo con atención. Esas orejas son iguales a las mías. Y esa peca tostada bajo el ojo izquierdo. Y ese lunar de la sien. Y ese pequeñísimo hoyuelo del mentón. Y... Joder. Definitivamente, la imagen que está ofreciéndome el espejo ¿es la mía? Uhm... No, no, no. Es solo una versión demacrada de lo que he sido estos días, así que tengo que animarme y sonreír más porque... ayayayyy, la tristeza y la nostalgia está causando estragos en mi piel.

Inspiro profundamente cargando mis pulmones con el pesado oxígeno que hay en el salón y vuelvo a la lectura.

Retomando el tema de las pelotas, te diré que no voy a contarte nada que no sepas ya sobre la salud porque... a mí simplemente se me ha escapado de las manos. Esta puta enfermedad que padezco llegó cuando quiso, se instaló con nocturnidad y alevosía en mi cabeza y me ha hecho polvo. Ya sabes el dicho: «polvo somos, del polvo venimos y en polvo nos convertiremos».

En lo referente al polvo, quiero que sepas que los polvos que estoy disfrutando con Andrés son... maravillosos. Exquisitos. Placenteros. Extraordinarios. ¡DELICIOSOS!

No lo olvides nunca, Héctor. De vez en cuando hay que darle un caprichito al cuerpo. Y no me refiero a esos que se compran con dinero. No hablo ni de leggins animal print de Versace ni de lápices de labios de Christian Dior ni de los extravagantes bolsos de piel de Moschino que venden en las boutiques del centro y que a ti tanto te gustan. Por supuesto, tampoco me refiero a esas camisetas de Agatha Ruíz de la Prada que últimamente te ha dado por comprar ni a las botas Fish Cafés de Coppel con las que, estoy convencida, se te tienen que cocer los pies. Ni a las pashminas de Carolina Herrera ni a la exquisita bisutería que venden en Bijou Brigitte o en Makedoonia ni a nada de eso por lo que tú te vuelves loco y que está arrastrando a tu cuenta corriente hacia el rojo solo por... ¿aparentar?

Joder, Héctor. Olvídate del «postureo» de una puta vez. Deja de regirte por la imagen y por las apariencias y busca una verdadera motivación u otro hobby más asequible porque, con la edad que tienes, no vas por buen camino y yo ya no voy a estar cerca para sacarte las castañas del fuego.

En realidad, el tipo de capricho sobre el que te quería hablar es una ganga y está tirado de precio. No podría ser de otra forma. Ya sabes que eso de gastar no va conmigo. Me refiero a ese tipo de capricho más... lascivo. Lúbrico. Intemperante. A esa satisfacción puramente carnal en la que no es necesario amar o estar enamorado de la otra persona. A esa relación consensuada que solo pretende llegar a un fin: compensar una condición fisiológica. Al sexo... Sí. Sí. Has leído bien, Héctor. Al sexo. El sexo es un gran antidepresivo, ayuda a conciliar el sueño y, además, es

muy bueno para quemar calorías. ¡Qué lástima no haberme dado cuenta antes! Así que, come ¡joder! Y olvídate de esa absurda obsesión que te ha entrado últimamente de estar siempre más delgado que un palillo porque, cuando empieces a follar de verdad, te vas a quedar más chupado que el Espíritu de la Golosina y... Bueno, come y punto. ¿Entendido?

Suspiro. Mis pulmones se llenan dilatándome el pecho y mis labios ensanchan una tímida sonrisa para ofrecérsela nuevamente a la imagen del espejo.

Joder, Héctor. ¿Otra vez vas a poner esa carita? Mira, mira, mira... No me toques el coño porque... Bah, olvídale. Precisamente, ahí quería yo llegar: al coño, a ese rinconcito que las mujeres atesoramos entre las piernas. Y a Javier, por supuesto, ya que ha sido él el encargado de tocármelo cuando yo decía arre y no so. Ah. Y por descontado, también quería llegar a Andrés, el tercero en discordia y el que, como bien sabes, ha aliviado a mis bajos fondos del estrés.

No me gustaría que confundieras la separación o el distanciamiento que he mantenido últimamente con Javier con orgullo o enojo. No, no, no. De este tema ya hemos hablado hasta la saciedad, así que simplemente voy a decirte que... ehm... a ver cómo te lo cuento para que lo entiendas y se lo puedas explicar bien a él.

Uhm...

Alejarme de Javier ha sido un mecanismo de defensa al que he recurrido para no hacerle daño. Una vía rápida para apartarlo de mi enfermedad. O una argucia barata, si se puede denominar así, con la que he intentado evitarle un sufrimiento innecesario.

Siento, y fijate que te hablo desde la perspectiva de una persona que sabe que le queda tan solo un suspiro, que no lo he conseguido. Me refiero a lo de no sufrir. Tengo la sensación de que su padecer ha sido al final

mayor de lo que en principio yo me esperaba porque... no ha entendido nada. No ha comprendido que algo pasaba más allá de ese «soy una cabrona y no te quiero». ¡¿Qué le vamos a hacer?! Mi marido siempre ha sido un personaje de mente lenta.

Es probable que él haya sido también el hombre más torpe, despistado y despreocupado que haya conocido en mi vida. Pero, sin duda, ha sido el hombre al que más he amado y... ¡no! No lo he odiado, aunque algunas veces haya dicho lo contrario.

A pesar de todo, no me arrepiento de haber terminado con él, de haberlo alejado de mi cama, de mi vida, de mi piel... A veces el amor es así de puñetero y te muestra una parte de ti que no sabes que existe. Y te enseña cosas de gran valor o simplemente te anima a lanzarte a los brazos de otro hombre que aromatiza tu vida con un exquisito y sabroso «BUEN CAFÉ».

No quiero volverte loco. Ya sé que a lo largo de estos días mis pensamientos han ido de la Ceca, donde he estado atareada vanamente y caminando sin sentido, hasta La Meca. Sé también que «donde ayer dije digo, hoy digo Diego». Que estos días he deambulado atolondrada y trasnochada. Que he sido irreflexiva, maquinal e inconsciente y que de mi boca ha salido más de una pildorita que, en cualquier otra circunstancia, se podría haber entendido como el devaneo alocado de una mujer perturbada. Ya, todo da igual.

Quizás el cáncer me ha hecho perder un tornillo, la tuerca o la ferretería entera. Tal vez esta jodida enfermedad me ha vuelto loca. No lo sé. Aun así, desde estas líneas, quiero pedirte perdón. Por mi actitud. Por mis palabras. Por mis gestos. Por TODO.

Loca, precisamente, estoy por haber tomado un «BUEN CAFÉ» con Andrés. Aunque no te lo creas, ese café ha sido la mejor medicina que he encontrado para aliviar la presión con la que la sangre alimenta a este bicho que

tengo en la cabeza. Sus besos, sus caricias, sus... sus buenos polvos son mágicos para mí y me ayudan a olvidarme, momentáneamente, de la enfermedad. De lo puta que algunas veces puede llegar a ser la vida. De la cabrona que soy por haberme alejado de Javier. Del dolor que te estoy causando a ti con mi actitud. Y del sufrimiento que van a experimentar todos los que me quieren cuando se enteren de mi decisión de morir sola.

Bueno... por fin, llega lo más significativo de esta carta: mis querencias, mis deseos y mis últimas voluntades. Paso a enumerártelas:

Quiero...

...quiero que llames a Andrés, a mi «asesino de polvos», a mi medicina particular. Su número de móvil está apuntado en mi agenda. Dale las gracias por todo. Por haber conseguido robarle una sonrisa a mis labios mientras su polla horadaba mi coño. Excitándolo. Dilatándolo. Invadiéndolo con sus treinta y seis metros de erección.

—¡¡¡¿Cómo?!!! —estallo en voz alta—. Ayayayyy, *my princess, my darling, my love*. Definitivamente el cáncer te afectó más de lo que yo pensaba.

Héctor. Cambia de una puta vez esa cara de lelo que has puesto otra vez porque... no me he equivocado. No, no y mil veces ¡no! Treinta y seis metros de polla es lo que se ha comido mi coño cada vez que Andrés y yo hemos disfrutado de un polvo maquillado tras un «BUEN CAFÉ». Así que, llámalo, cuéntale quién eres y dile que... uhm... olvídale. Simplemente dale las gracias en mi nombre y dile que nuestro café se ha caducado. Evita cualquier otro tipo de información porque su polla se puede asustar y... Ay, ¡para qué queremos más! ¿Para qué vamos a darle ese disgusto a esa poderosa pieza con la que yo he suspirado, gritado, codiciado, gemido,

jadeado y gozado EN-CAN-TA-DA estos días? Así que, simplemente, dale las gracias.

Quiero...

...quiero que cojas las llaves de mi piso, entres en él y te dirijas a mi habitación. En el armario, dentro del bolsillo de ese chaquetón tostado que a ti tanto te gusta, encontrarás cien euros. Cógelos, llama a Trini e invítala a comer en Los Olivos. Procura hacerlo un martes ya que es el día que sirven una carne estofada con tomate que quita «er'sentío». ¡Ole, ole y ole! Fíjate, me ha salido la vena flamenca y todo. Al menos, espero que te hayas reído un poco con esta salida de tono porque sé que esta carta te estará matando el alma. Héctor. De corazón. Lo siento.

Siéntate de frente a la puerta. Así Trini estará de espaldas al resto de comensales y sus lágrimas no llamarán tanto la atención. Si hace falta, pide una botellita de vino —un Faustino, a poder ser— para que se ponga a tono y el trance sea más llevadero. Esto es solo una sugerencia, por descontado, aunque deberías valorarlo porque... Trini es una mujer muy calmada, pero cuando le entra la lloradera, te aseguro que es una caja de sorpresas.

Dale las gracias por haber sido una gran compañera en la Universidad. Por haber reído y haber llorado cuando alguna vez le he narrado alguna que otra de mis miserias. Dile también que lo de los treinta y seis metros es cierto, pero no lo de los ocho minutos. Al menos, no con Andrés, ya que cada acto ha durado la friolera de... Bah, no importa. Dile que ha durado más de ocho minutos y punto.

De mi parte, recuérdale que riegue de vez en cuando la planta que tenemos en el despacho, que salude a Eusebio, que disfrute todo lo que pueda con Pablo y le dé cuanto antes una patada en los cojones de mi parte porque... uhm... porque ¡sí!

Solo te voy a decir que no hay más ciego que el que no quiere ver. Lo sé. Pero lo que no estoy dispuesta es a que el cabronazo de Pablo le haga sufrir. Esto que quede entre tú y yo, pero... el otro día, cuando me perdí, me crucé a ese pipiolo del brazo de una rubia peliteñida con tetas de plástico, así que imagínate el batacazo que se va a llevar Trini cuando descubra que su «hombre», ese cabronazo hijo de la gran puta con el que está disfrutando de su particular fenómeno cougar, se la pega con otra.

Quiero...

...quiero que visites al doctor Molina. La dirección de su consulta está también en mi agenda. Te aseguro que en cuanto lo veas se te va a abrir la boca de par en par. Tu lengua va a rodar por el suelo como la del personaje de La Máscara interpretado por Jim Carrey. Es más. Estoy convencida de que vas a babear como un sabueso, así que ten cuidado y no resbales.

A él puedes contarle lo que te salga de los cojones. Me importa una m... Vamos, que no me importa lo que le digas. Pero, aun así, no dejes de visitarlo. El doctor Molina está buscando un enfermero y esta es tu gran oportunidad.

Esfuérzate para formar parte de su equipo. Cuando lo consigas, camélatelo, despliega tu arte, haz que se fije en ti y... sedúcelo. Cautívalo para que se olvide de ese tiparraco con el que hace unos días lo vi en Los Olivos porque, aunque ese hombre es guapo, alto, de formas perfectas y muy parecidas a las de Dwayne Johnson, hay algo en él que no me gusta. No sé si son sus ojos, su boca o esa forma que tiene de tocarle el culo, pero me reafirmo en lo mismo: no me gusta.

Esta es la excusa perfecta para que empieces a plantearte también la idea de mandar a freír puñetas a ese novio que tienes, el de sixty one, porque... Joder, Héctor. Entérate de una puta vez. Ese tipejo no te

conviene.

Quiero...

... quiero que consueles a Remedios. Mi prima es una mujer de lágrima fácil y, encima, está pasando por una mala racha. En el cajón de los trapos de cocina, dentro de uno de los dobleces de un paño de color rosa, encontrarás un sobre con mil doscientos euros y un cheque nominativo. Con ese dinero, compra un billete de tren a Cuenca y encárgate tú, personalmente, de acompañar a mi prima al banco a ingresar los 50000 euros que debe.

Procura llevar ese día la lengua muy despierta porque quiero que le digas a ese hijo de la grandísima puta que dirige el departamento de impagos y recobros que es un mamón.

Héctor. Por favor. Asegúrate de que a ese cabronazo se le quede el mensaje bien grabado en la sesera. Es más. Quiero que le tiemblen las pestañas y, si me apuras, hasta las uñas de los pies. ¿Entendido?

Cuando salgáis del banco, lleva a mi prima a la peluquería. Estoy convencida de que no recuerda lo bien que nos sentimos las mujeres cuando nos miman de vez en cuando. Encárgate de que le echen el tinte y le hagan las uñas mientras tú vas a la boutique de enfrente a comprarle media docena de trajes con los que poder salir a buscar trabajo.

Como se os hará la hora de comer, coged un taxi y pegaos una buena comilona en el restaurante Convento de San Pablo. Ya sabes lo que dicen: «las penas son menos amargas con el estómago lleno».

Reíd, disfrutad y pasadlo todo lo bien que podáis. Ah, y no se os ocurra pedir unas croquetas por economizar, a no ser que sean de caviar de Beluga o de carne de rinoceronte africano en peligro de extinción porque la cuestión es que os deis un homenaje a mi costa. Así que ordenad «de lo bueno, lo mejor y de lo mejor, lo

superior» porque... ambos os lo merecéis y, como ya he dicho anteriormente, pago yo.

Cuando la noche comience a echarse, recorred las calles de Cuenca. Es una ciudad hermosa bajo las estrellas. Tenéis que intentar que la Plaza Mayor sea el inicio de vuestro recorrido. Pasad por debajo de los arcos del Ayuntamiento hasta la antepiazza donde comenzaba el Alcázar antes de que hubiese ninguna construcción. En el Convento de las Santísimas Esclavas del Santísimo Sacramento acercaos al torno y haced un donativo de trescientos euros para que «Las Blancas»^[14] recen por mi alma y pidan a Jesús Sacramentado que expíe mis pecados. Después, dirigíos al hotel. Y no os olvidéis de reír, aunque os duelan los pies. Allí, os esperará un gran baño.

Los dos o tres días restantes haz todo lo posible para que mi prima recupere la ilusión. Sé que, aunque lo que te pido es una tarea complicada, no te resultará difícil porque tú tienes el desparpajo suficiente como para hacer reír incluso a un payaso triste. Eres... eres simplemente Héctor.

Quiero...

...quiero que le echés un ojo de vez en cuando a Jimena. Durante todos estos años, a pesar de que vive acompañada de sus gatos, Javier y yo hemos sido su verdadera distracción. Siento que va a notar nuestra ausencia, así que, para que se le haga más llevadera, visítala de vez en cuando.

Acuérdate de que el 18 de agosto Cristina hace dos añitos. Cómprale algo de mi parte. No te olvides tampoco de su madre ni de Rosario. A ella, precisamente, quería yo llegar. Rosario es la dueña de la mercería Apolonia. Héctor, corazón, recuérdalo bien: ese local tiene magia. Visítalo y cuéntale a su dueña mi historia. Siento que mi personaje tiene que formar parte del

extenso elenco de artistas, brujas, magos, embaucadores, políticos, mercaderes, zares, reyes, infantes, próceres, obispos, militares de las más altas esferas y putas que han pisado alguna vez ese local a lo largo de su historia. Cuando lo visites, déjate llevar y entenderás por qué te lo digo.

Llegados a este punto, solo me faltas tú, mi querido Héctor. Bueno... Y Javier. Pero considero que él, al igual que tú, se merece su carta, esa que, como ya te he comentado en más de una ocasión, le entregarás un mes después de mi funeral.

En lo que a ti respecta, quedan pocas cosas sobre las que no hayamos hablado ya. Simplemente te voy a decir que... te quiero. Adoro esa amistad desinteresada que me has ofrecido. Admiro tu risa, tus lágrimas y tus «ayayayyy». Héctor, no te lo vas a creer, pero cada vez que me has llamado baby, darling o princess me he sentido una mujer especial. No lo olvides nunca: «hay veces que encontramos seres que cambian nuestra vida solo con el hecho de ser parte de ella». Tú has cambiado la mía. Has traspasado mis barreras y te has preocupado por mi (in)felicidad. Eres un ser exclusivo que huele a sencillez y refleja un brillo especial en el alma. Eres... eres mágico, asombroso, maravilloso, extraordinario e incomparable. Un ser cariñoso, bondadoso y dulce como la miel. O... o como esos merengues con chocolate y almendras que tanto nos gusta tomar a la hora de la merienda. Pero también tienes ese puntito de picardía que hace que la vida sea más llevadera. Y esa sagacidad deslumbrante con la que a mí me gusta interactuar.

Hay muchos tipos de amigos. Los amigos con derecho a roce. Los tóxicos. Aquellos por los que tú das, pero ellos no. Aquellos que te suelen decepcionar y tienen una forma muy peculiar de entender una amistad. Los que solo sirven para ir de marcha. Los de toda la vida, esos que, aunque no los veas nunca, siempre te hacen una

llamada por Navidad. Los imaginarios. Los protectores. Los intermitentes. Los íntimos... Después, en la parte más alta de la pirámide, estás TÚ.

Hace días leí que «la amistad es el ingrediente en la receta de la vida, el refugio seguro en los malos momentos y una ola de felicidad que nos alegra los corazones en los instantes buenos. Que la gente más importante es esa que te quiere cuando ni tú misma te soportas. Y que los amigos son ángeles que te dan alas cuando las tuyas no se acuerdan de cómo volar». Tú has sido ese amigo. El ingrediente perfecto. La persona más importante. El ángel risueño. El ladronzuelo que ha robado las amarguras de mis pensamientos. Ese encantador de serpientes que ha duplicado mi felicidad al ritmo de sus «ayayayyy, my princess, my darling, my love. Y ese ilusionista que ha dividido, sin recurrir a las espadas, mi tristeza con sus baby, darling, ¡oh, my God! y my life.

Por eso y por muchas otras cosas más, no quiero decirte adiós, corazón. No habrá distancia suficiente para acabar con nuestra amistad. El cariño nos mantendrá unidos para siempre como reza aquella canción que tanto me gusta de Los Manolos.

¡¿Cómo?! ¿No sabes quiénes son Los Manolos? Ay, Héctor, por favor. Búscalos inmediatamente en Internet y en Spotify porque... en los noventa fueron lo más, un grupo de rumba-rock que se vestían con histriónicos trajes amarillos con pantalones con patas de elefante, camisas de lunares con cuellos tipo avión imposibles de almidonar, gafas de sol de espejo y patillas postizas. Como sueles decir tú, ayayayyy, estoy... estoy convencida que su atuendo te va a encantar. ¿Cómo se me ha podido pasar hablarte de ellos? No me lo voy a perdonar nunca.

Rápidamente, me pongo en pie, corro hasta la cocina donde tengo el

ordenador cargando, lo enciendo y... ¡Mierda! ¿Por qué cuando más prisa tienes llegan esas malditas actualizaciones que ralentizan el ordenador y lo convierten en una sudorosa tortuga rosa sin patas enchufada a la corriente?

Cuando por fin despierta mi tortuguita y mis dedos aporrean las teclas al escribir «Los Manolos» en la barra de búsqueda de Google doy un grito alocado porque... ¡Oh, my God! ¡¡¡Qué trajes!!! Ayayayyy...

Alocado, con los ojos abiertos de par en par, muevo los pies, las manos, las caderas y hasta las pestañas al ritmo de rumba:

Amigos para siempre
Means you'll always be my friend
Amis per sempre
Means a love that can't never end
Friends for life
Not just a summer or a spring
Amigos para siempre.

Respiro con dificultad cuando me vuelvo a sentar en el relax. *Baby*. Definitivamente, esa rumba explica a la perfección lo que fuimos, somos y seremos siempre Cata y yo: amigos para siempre.

—Ayayayyy, *my love* —suspiro con el corazón desbocado tras el baile. Doy un trago a la lata de cerveza que ya se ha calentado demasiado, espanto los rizos alocados de mi cabeza que se han quedado pegados a mi frente por culpa del sudor y añado como si Cata, mi Cata, esa amiga cuyo recuerdo sé que va a permanecer siempre en mi memoria, estuviera sentada en el sillón de enfrente—: ¿Por qué no me hablaste de este grupo antes?

Sé que, allá donde esté, Cata habrá esbozado una sonrisa traviesa y habrá dicho un: «Joder, Héctor. No me toques el coño. Déjate de tonterías».

¿Qué? Héctor, ¿qué te han parecido? ¿Te han gustado los trajes? ¿Y la canción? Supongo que te habrás vuelto loco a dar saltos por el salón, a taconear, a mover las manos para atrapar un centenar de manzanas del árbol e incluso a gritar a todo pulmón con el estribillo. ¿Me equivoco?

Niego categóricamente. Cata nunca se equivocaba. O casi nunca...

Héctor, antes de terminar esta carta, me gustaría decirte un par de cosas más:

Uno. El piso es para ti al igual que los 95555 euros que hay a plazo fijo en el banco. Haz con ellos lo que quieras, pero... ¡cuidado! No me gustaría que los despilfarraras disparatadamente en tonterías. Gestiona bien el dinero, por favor.

He oído por ahí que el de Salamanca está interesado en vender alguno de sus pisos. Al parecer, los chorizos no dan tanto dinero como nos ha hecho creer y necesita liquidez. Si te lo deja a buen precio, cómprale uno de los tres pisos. Invertir en ladrillo, aunque estamos en crisis, siempre es un plan seguro.

Dos. Trata bien a Gruñón, Tímido, Dormilón, Mudito, Feliz, Sabio y Mocosó. Sácalos al balcón a tomar el aire de vez en cuando. Y animalos a que te acompañen con sus cánticos cada vez que escuches a Los Manolos. Seguro que entre los ocho formáis un buen coro.

Héctor. Quiero que sepas que tu apoyo incondicional ha estado siempre en mi corazón.

Cata.

P.D. 1. Vive intensamente y recuerda: antes de hablar... ¡escucha! Antes de herir... ¡siente! Antes de rendirte... ¡intenta! Y antes de morir... ¡VIVE! Ah, y no te olvides de mandar a tomar por culo a ese novio tuyo, el de sixty one, y de arrimarte al doctor Molina.

P.D. 2. Por si no te ha quedado claro... TE QUIERO. Gracias por todo.

P.D. 3. No lo olvides nunca, corazón. En la vida, siempre hay una sevillana triste y una rumba salerosa que la contrarreste.



AGOSTICIDIO

Darling, ¿me puedes explicar qué se hace en agosto? ¿Ir de vacaciones a la playa para que el típico dominguero que va con siete u ocho niños, la abuela, la colchoneta y la nevera con seis kilos de sardinas para asar, la tortilla de patata, veinte litros de cerveza y la sandía te clave la sombrilla en el ombligo porque no hay un centímetro de arena libre? ¿Morirse del asco en casa viendo esas películas francesas, canadienses o alemanas que no valen un pimiento y que sustituyen a la filmografía estadounidense o española porque al directivo de turno le han hecho una oferta veraniega y ha decidido comprar películas a precio de saldo? O ¿acudir a las fiestas cutres de algún barrio con sus típicas orquestas pachangueras donde las mujeres

bailan entre ellas porque sus maridos prefieren aguantar la barra mientras sus ojos viajan del escote de la camarera al culo respingón de la panadera? Ayayayyy, *baby*, ¡qué horror! No sé quién fue el «listo» que decidió poner el mes de agosto en el calendario, pero se lució.

—Héctor. Buenas tardes.

La voz de Javier cierra de golpe el baúl donde se acumulan mis pesares, mis problemas y las preocupaciones que llevan días alejando a mi mente de los opios mundanos y socialmente aceptados de esa parte del verano que se desarrolla durante el mes de AGOSTO

—Ho... hola, *baby* —tartamudeo. Suelto el tercio de cerveza que tengo en la mano sobre la mesa de la terraza y abro los ojos de par en par—. ¿Cómo estás?

—Bien, supongo —responde sentándose frente a mí en una silla de plástico que tiene el logotipo de Coca Cola desgastado por el roce—. Siento haber llegado tan tarde.

—Ayayayyy, pillín, pillín, pillín. ¿Dónde habrás estado metido?

—¿Quieres saberlo?

—Solo si tú me lo cuentas, *my love*.

—¿Estás seguro?

No puedo evitar sonreír al decir:

—Estoy deseando saber qué excusa me vas a poner esta vez, *baby*. Solo eso.

—Pues te vas a joder porque yo no soy hombre de poner excusas.

—¡No me digas!

—Joder, Héctor. Vete a la mierda. Eres peor que mi mujer.

Cierro los ojos para ordenar mis pensamientos. Escuchar cómo se refiere a Cata con desprecio me revuelve el estómago.

—Oye. Pues no cometas los mismos errores conmigo, *darling*.

—Vete a la mierda.

Estiro el brazo y muevo los dedos frente a su cara.

—*Darling*, no me viene bien para estas uñas.

Javier se frota la cara y niega con la cabeza de nuevo. Definitivamente, mis salidas de tono no le gustan.

—¿Qué?! —Me reta con la mirada.

—¿Cuándo crees más o menos que vas a darme tu respuesta, *my love*? Lo pregunto por si tengo que encargarme un colchón viscoelástico de poro abierto

Imperial Deluxe 3.0.

—¿Visco qué?

—Da igual, *baby*. ¿Vas a soltarlo de una puta vez? ¿Sí o no?

Derrotado, Javier suspira finalmente tratando de zanjar el asunto:

—He tenido que hacer una parada técnica en el supermercado. ¿Te sirve esa respuesta?

—A medias —respondo desesperado guiñándole un ojo con picardía—. ¿Para?

—Para comprar unos putos nachos, joder. Esta noche me reúno con los de la obra para echar una partidita a las cartas.

Pestañeo con incredulidad y luego agacho la cara hacia la mesa. Ayayayyy, pobrecito. Le voy a joder los planes de un momento a otro. ¡Qué pena me da!

—Esto sí que no me lo esperaba de ti, *baby*. —Sonrío.

—¿Qué cojones es lo que no te esperabas?

—Que te gustaran las cartas, *my love*.

—Te aseguro que hay muchas cosas que te sorprenderían de mí.

—Ajá —suspiro observando cómo un hombre hace malabares con un aspersor al cruzar uno de los jardines de la plaza para ahorrar a la suela de sus esparteñas los veinte metros escasos que le supondrían dar la vuelta a todo el parterre.

—Héctor, no me jodas. ¿Me estás escuchando? —Un surco afilado se le forma en mitad de la frente—. ¿Sí o no?

—Uhm...

—¿Por qué pones esa sonrisita tonta? —responde Javier con inquietud.

—*Darling*, ¿me puedes explicar por qué la gente se comporta de forma tan absurda cuando llega el mes de agosto?

—Es por culpa de este jodido calor. Ya sabes lo que dicen...

—No —admito impulsivo encogiendo los hombros.

—El calor aplatana la mente y el cuerpo.

—Sobre todo el cuerpo —concluyo con un hilo de voz abanicándome con la carta de bebidas que, por cierto, tiene más arrugas que la momia de Tutankamon y está más pegajosa que mi piel—. No hay más que verte, *my life*.

Javier me mira unos segundos mientras yo desvío los ojos de nuevo hacia el suelo tratando de analizar el número de adoquines de color rojo que han tenido que emplear para pavimentar el perímetro del jardín.

—Pues sí. La verdad es que hoy estoy muy cansado. Para qué te lo voy a

negar.

—Y muy sexy, por cierto, con ese polvo blanco que cubre tus hombros.
—Sonrío burlón derramando la mirada por sus brazos antes de decir—: Oye, ¿estás bien?

—En ello estoy.

—*Darling*, ¿me puedes decir de una p... vez que te pasa? Me estás desquiciando.

—Héctor, ¡ya! Para, de verdad. Hoy he tenido una jornada... ehm...
—carraspea— digamos que más complicada de lo normal y no tengo ganas de discutir.

—Ya somos dos —suspiro sin poder camuflar el pudor que me da reconocer que hoy, precisamente hoy, yo también estoy hecho una mierda.

—El camión con el hormigón ha llegado más tarde de la cuenta, el capataz se ha clavado una punta en el brazo, hemos tenido que llamar a una ambulancia y...

—¿Y?

—¡Joder! —Arruga la nariz—. También se me ha averiado el puto coche.

—Vaya. Lo siento.

—Y para rematar, el autobús me ha chupado las últimas energías que me quedaban. —Me echo hacia atrás sobre las dos patas traseras valiéndome de un pie para columpiarme en el asiento y trato de controlar la sonrisa que amenaza con elevar las comisuras de mis labios—. ¿Te lo puedes creer? Tres cuartos de hora ha tardado en aparecer. ¡¡Tres putos cuartos de hora!!

—El mes de agosto es lo que tiene, *my love*.

En la vida hay tiempo para todo. Para nacer. Para admirar todo lo que nos rodea. Para aprender de nuestros errores. Para llorar. Para reír y para quejarnos del calor, del verano y del mes de agosto porque... ¡sí, lo reconozco: agosto es un mes diabólico! Al menos para mí. Bueno... para Javier también.

Agosto es... Pfff. Agosto es un mes en el que se ralentiza el reloj y las grandes avenidas llenas de coches se transforman en páramos de alquitrán por donde no ocurre nada. Es un mes sin horario —aunque sí tenga fecha en el calendario— en el que los Juzgados y Tribunales se paralizan y la oferta de servicio de transporte público se reduce considerablemente debido a las migraciones veraniegas que desertizan la ciudad. Son treinta y un días en los que todo el mundo se olvida del protocolo. Setecientas cuarenta y cuatro horas

en las que la típica maruja que durante el resto del año no sale a la calle sin cuatro capas de maquillaje, el pelo cardado de peluquería y el bolso a juego con los zapatos se pone esa horrorosa batita de estampado floral y se pasea por el barrio con la cara lavada, el pelo reseco por el cloro de la piscina y unas chanclas de un rojo o un verde chillón. Es también el mes en el que el marido de esa maruja que ha estado todo el año a plan —a plan de no privarse de nada, por supuesto— se pasea por el barrio con unas bermudas muy ceñidas de colores imposibles o esas camisetas de propaganda con las que la pescadería de la esquina agradeció en noviembre la fidelidad de sus clientes. Es, en definitiva, un mes de secretos: los que, precisamente, dictan los fantasmas que vagan por la ciudad.

—Javi, ¿qué vas a tomar?

—Una cerveza bien fría, por supuesto —responde haciéndole un repaso pormenorizado al escote de la camarera.

—Que sean dos —reclamo apurando el tercio que me he tomado a solas y que me ha permitido hacerle un «traje completo» al mes de agosto.

—Marchando.

—Uhm... En marcha te pondría yo a ti si... —susurra Javier mirándola de reojo y de arriba abajo.

—¡*Oh, my God!* ¿Eres idiota? ¿Por qué no te cortas un poquito, *my love*?

—Héctor, ¿estás hablando en serio? ¿Me estás diciendo que tú no te has fijado en la delantera que tiene esa chorba? Joder, tío. Sé que pierdes un poco de aceite, pero no me imaginaba que...

—¡Hombres! —suspiro de forma caricaturesca dejándolo con la palabra en la boca.

—Y tú, ¿qué cojones eres? ¿Un ratón?

Ayayayyy, ¿lo soy? Recuerdo que de niño mi padre decía que él era un ratón de biblioteca. ¿Seré yo entonces otro ratón? ¿O, por el contrario, soy una ratita presumida como la del cuento?

—Uhm... *I don't know, baby.*

—Chicos, aquí tenéis —anuncia la camarera al depositar los dos tercios de cerveza bien fría sobre la mesa.

—Gracias, *my love.*

GLOOP. GLOOP. GLOOP.

La nuez de Javier sube y baja perceptiblemente como si el alcohol se le hubiera pegado en la garganta y no consiguiera tragarlo.

—Ahhh —suspira paladeando la espuma burbujeante que ha empastado su lengua—. ¿Y bien?

Sacudo la cabeza tratando de espantar los pensamientos alocados que han estado atormentándome durante toda la tarde. Y el mes de agosto se me sigue haciendo pesado... cada vez más pesado. Llevo semanas ocultando este sentimiento por no resultar un amargado urbanita que palidece tras las persianas bajadas. *Darling*, ¿tan difícil es de entender que estoy deseando ponerme una gabardina y sentir la música celestial que produce la lluvia al golpear la tela impermeable de color rosa de mi paraguas? Ayayayyy, espero con deleite la humedad que desata la locura en mis rizos después del primer chaparrón frío, los relámpagos apocalípticos que cruzan el cielo oscuro y siniestro de las tardes de invierno y el chorrillo de aire que se filtra por el carro de la persiana de mi habitación y que hace bailar a mis pestañas cada vez que me siento en la cama a ver la televisión.

Mis pensamientos pivotan entre el verano y el invierno. Entre esos pizpiretos y microscópicos gusanitos que veo en mis párpados cuando cierro los ojos y la realidad. Entre la verdad y la omisión de una parte de la realidad. Y no deja de ser una contradicción más que me hace quererme un poco menos y odiar aún más el mes de agosto.

—Ehm... perdón, perdón, perdón, *baby*. ¿Me decías algo?

—Sí —afirma Javier categóricamente esgrimando una sonrisa tibia.

—Lo siento, *darling*. Tenía la mente en otro lugar.

—Ya veo, ya.

—*Baby*, por cierto. ¿Cómo estás de lo tuyo?

—Si lo que te preocupa es si se me sigue poniendo dura la polla la respuesta es...

—¿Es? —Abro los ojos con provocación mientras doy un buche largo a mi cerveza y mis uñas de gel golpean con nerviosismo la mesa.

—Héctor —resopla Javier golpeando el culo del botellín contra el filo de la mesa—. ¿Para qué cojones me has hecho venir hasta aquí? No me digas que para interesarte por mi polla ni para saber lo que he hecho hoy en la obra porque no me lo creo.

Suspiro apesadumbrado, suelto el tercio y coloco las manos entrelazadas sobre la mesa.

—*Baby*, no te lo vas a creer, pero... tengo una carta para ti.

—No me jodas, Héctor.

—¿Te dejarías? —pregunto con un tono de voz estrangulado. Javier y yo nos miramos durante unos segundos conteniendo el aliento hasta que yo parpadeo, le lanzo un beso y le digo—: Olvídalo, *baby*. Ha sido una gilipollez de las mías. ¡Venga, abre el sobre y lee la carta de TU mujer!

—No tengo ningún interés en hacerlo.

Aprieto los dientes mientras la desconformidad me ilumina los ojos.

—Javi. Por favor. Te lo suplico. —Hablo como un robot utilizando palabras con peso y muy precisas—. Léela.

—Héctor, tú mejor que nadie sabes lo que me ha costado asimilar que Cata ya no me quiere. Estoy buscando mi camino y supongo que ella estará haciendo lo propio con el suyo, así que... no insistas. Si quiere decirme algo, que sea ella la que se baje los pantalones y venga a buscarme. Dime la verdad, por favor. ¿No te cansas de ser el mono de feria en esta historia?

—Ayayayyy, *darling*. ¡¡Pareces un niño de colegio!!

—Joder. Te he dicho que ¡no!

Dejo escapar un gemido consternado y, con seriedad, suelto la pesada bomba que lleva más de cuatro semanas imprimiendo una película de pólvora en mi lengua. Como reza la canción de Camilo Sesto... ¡ya no puedo más!

—Cata murió el 29 de junio.

Lívido, Javier aprieta la mandíbula, se lleva la mano al pecho como si quisiera acariciarse el corazón, me mira conteniendo el aliento y asiente levemente con una mueca tensa hasta que es capaz de reaccionar.

—Me cago en la puta, Héctor. ¡¿Qué cojones estás diciendo?!

Sostengo su mirada sin amilanarme a pesar de que sus almendrados ojos claros se han convertido en dos lanzallamas que recuerdan a esos sables láser que utiliza Anakin Skywalker en *Star Wars*.

—Que Cata, TU mujer, falleció el 29 de junio —relato escopeteado por segunda vez.

—Mira, guapo. Déjate de tonterías porque no tengo el cuerpo para que hoy me toquen los cojones. Estás desvariando.

—No, *baby*, no lo estoy —subrayo con voz quebrada.

Javier abre los ojos de par en par otra vez, se acerca mí por encima de la mesa y me coge de la pechera. Una botella se vuelca, rueda por la mesa y cae al suelo haciéndose añicos tras el impacto. El líquido espeso y pastoso baña

mis pies.

—¡¡¿Cuántas cervezas te has tomado?!!

—Esta era la segunda —confirmo señalándole los restos del botellín que hay en el suelo.

—Pues deja de beber de una puta vez porque el alcohol se te está subiendo a la cabeza con el calor y...

—Javier. Escúchame —escupo con un débil tono de voz dejándole otra vez con la palabra en la boca—. Cata tenía cáncer.

—¿Cáncer? —repite con voz pausada y suave inclinándose ligeramente sobre la mesa para humillar la cabeza y asimilar el significado de lo que encierra esa palabra.

—Así es.

Ufff. Aún me escuece admitirlo.

—Me cago en la puta, Héctor. Te gusta la calma, ¿verdad? —Asiento—. Pues te estás buscando que te arree una hostia, así que no me jodas y deja de soltar estupideces por la boca.

—Ese fue uno de los motivos por los que se alejó de ti —confieso con voz queda—. Lo... lo siento, *my love*.

Las facciones de Javier abandonan la tranquilidad con la que habitualmente se maquilla su crispación y se vuelven mucho más ásperas cuando sus labios se estiran en una dolorosa sonrisa y responde desafiante:

—¿Lo sientes?

—Mucho.

—Joder. Joder. ¡Joder! Esto es una broma, ¿verdad? ¿Dónde cojones está la cámara?

—No hay cámaras, *my life* —declaro.

—Oye, no me jodas, Héctor. Como me saquen en un programa de televisión soy capaz de cortarte los cojones y de machacarlos con la maza para mezclarlos con el cemento. Seguro que el hormigón mejora sus especificaciones técnicas y... y...

—Tú mismo.

—No voy a consentir que nadie se ría a mi costa. ¿Me oyes? NA-DIE.

Arqueo una ceja y lo contemplo expectante mientras él se bebe de un trago todo el contenido de la botella.

—Javi. Javi. ¡Ya! ¡Mírame!

—La... la clave para la resistencia y durabilidad del hormigón es tratarlo

con mimo y tú... tú... —balbucea roto de dolor.

Extiendo mi mano, envuelvo la suya y abro los ojos de par en par.

—*Darling*, no estoy bromeando. Cata se ha ido. ¡Para siempre! ¿Entiendes lo que significa eso?

Mi mundo vuelve a hacer «puf», «plof», «chof», «gloop»... ¡¡BOOM!!!... cuando dos pesadas lágrimas recorren el rostro de Javier e impactan sobre la mesa.

De nuevo, ese mes que solo se puede soportar si te pasas el día y la noche en la zona de congelados de un supermercado, una sección entretenidísima, por cierto, ya que te permite hacer un análisis pormenorizado de la sociología urbana a una temperatura óptima y aceptable para el maquillaje, ha vuelto a confirmarme la necesidad de desterrarlo de MI calendario a la voz de... ¡YA!

A Javier le tiemblan las manos cuando decide rasgar el sobre que está en la mesa humedeciéndose ligeramente con el sudor del único tercio que ha quedado con vida después de la afrenta. Su reacción es similar a la que hace días experimentaron Trini, Remedios, Soraya y Andrés: asombro, desesperación, estupefacción, impotencia...

—Héctor —suspira con los ojos aletargados por el llanto, la vergüenza y la consternación—. No puedo.

Contrariado, me muerdo el labio inferior con nerviosismo, recibo la carta y la despliego parsimoniosamente. Unos labios rojos tatuados sobre el papel llaman mi atención al instante y obligan a los míos a relajarse. Como siempre, Cata es sorpresiva hasta el final.

Javier contrae el rictus en lo que a priori se podría confundir con una sonrisa, pero que, en realidad, no es otra cosa más que una mueca encorajada maquillada de rabia, pena y mucho dolor cuando le muestro la estampa que su mujer ha dejado en la esquina superior derecha del papel. Comienzo a leer en voz alta:

Javierito. Sé que últimamente me he ganado que te cueste creerme y no sabes cómo lo siento, pero... hazme un favor. ¡Sigue leyendo!

No me recrimines que no sea una persona que expulse sus sentimientos como un expendedor de gasolina a chorro porque... no lo soy. No me eches en cara que lo nuestro se acaba de forma inesperada

porque... es mentira. Y no desoigas a tu corazón cuando vuelva a latir arrebolado por otra mujer porque... es lo mejor que te puede ocurrir a partir de hoy.

Siempre he pensado que hay seres maravillosos en este mundo destinados a cruzarse en tu camino con una misión clara: inundarte la vida con espléndidas sonrisas para que se graben en tu piel y las recuerdes con un esbozo de felicidad en la cara casi sin querer.

Tú, durante un tiempo, fuiste uno de esos seres. Te convertiste en esa preciosa luz que encendía cada noche los rincones de oscuridad que aparecían apagados en mi ser. Te transformaste en ese fuego incandescente que cubría mi cuerpo con planes de locura tan impactantes como para cortarme el aliento haciendo posibles momentos que jamás olvidaré. Pero... llegó agosto. El de 2015. «Aquel agosto de fríos intensos y abrigadas formas, de angustias y heladoras mañanas, de torpes ventiscas y raídas frazadas» como dicen los primeros versos de uno de los poemas de Leydy Loayza Mendoza. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? Hay veces en las que la vida te envía indirectas muy directas que, hasta que no transcurren los años, no eres capaz de interpretar. Espero que hoy lo puedas hacer.

Comienzo a toser. Definitivamente, agosto también fue un demonio para Cata.

—Héctor, ¿qué ocurre?

—Perdón, *baby* —carraspeo aturdido mirándole con fijeza antes de dar un largo buche a la cerveza que acaba de servirme la camarera para aclararme la garganta—. ¿Sigo?

—Estás tardando.

Tú, que eras como una brillante luciérnaga que alumbraba mi vida y mis sueños o ese faro en la costa que guiaba el sinuoso sendero por el que yo caminaba a deshoras, te apagaste. Y, al mismo tiempo, yo lo hice

contigo. ¡Qué le vamos a hacer! Quizás me faltó guardar más besos de tu boca, más sonrisas de tus labios o más caricias en la piel.

Tengo la absoluta certeza de que nos fuimos despidiendo poco a poco con el paso de los años. Que llegó un día en el que, sin querer, enmarcamos en la pared de nuestro dormitorio el recuerdo tan especial que nos unió en esta pequeña y alocada aventura de la vida. Y bendita locura porque... Sí, Javi. La locura fue nuestra. Y también fue... mágica. Al menos hasta que todo nos explotó en la cara provocándonos lágrimas cuando, en realidad, debíamos regalarnos sonrisas. O, como dice nuestro vecino Héctor, hasta que todo a nuestro alrededor hizo... PUF.

Es cierto. Hizo puf. Y no chof. Y no lo supe ver hasta tiempo después. Entretanto, trataste de engañarme diciendo que no ocurría nada. Y te creí cuando, en realidad, yo sabía en mi fuero interno que ese nada camuflaba un algo. Una mentira. Una traición... Oh, sí, Javierito. ¡Me traicionaste! Lo hiciste al acostarte con otra. Y, durante mucho tiempo, no lo quise ver. Aunque lo intuía y sabía fehacientemente que algo extraño estaba ocurriendo fuera de las paredes de nuestra habitación, quise echar la mirada hacia un lado. Me engañé a mí misma diciendo que ese carmín que algunas veces encontraba en tu cuello era el reflejo de uno de mis besos. Uno de esos besos que, precisamente, con tanto amor yo te entregaba cada mañana o te devolvía por las tardes cuando llegabas harto de trabajar en la obra embadurnado de polvo y sabiendo a sudor, a cerveza y a otros labios femeninos que no sé si te daban... ¿amor? Uhm... tal vez sí. Tal vez no.

Del amor se aprende a vivir porque te enseña que la vida es larga si la sumamos en instantes. Pero al mismo tiempo, esta vida puede ser muy corta si pensamos que se acaba o si nos olvidamos de lo momentáneo de las

cosas. Que los instantes tienen que ser eternos para poder disfrutarlos en su pequeñez. O incluso que lo sencillo como caminar de la mano puede ser más difícil que amarar en mitad del océano un hidroplano.

Durante mucho tiempo, he navegado a la deriva y sin rumbo martirizándome con mis propios pensamientos. Fustigándome con los remordimientos porque, y tú me conoces bien, soy de esas personas que no se rinden con facilidad. De las que lloran solo cuando necesitan explotar. De las que prefieren aguantar y aguantar. De las que si aman... aman de verdad. Soy, también, una de esas mujeres desesperadas que recorren el mundo con desesperanza y que son muy difíciles de tratar. De las que no miden sus palabras y a las que no les gusta escuchar; al menos, lo que no quieren oír. Soy, como diría aquel, de esas personas sinceras a las que puedes llegar a odiar. De esa clase de mujer que se guía por su instinto y no se para a pensar porque... pensar, a veces duele.

Tú, en cambio, eres de esa clase de hombres que prefiere la barra de un bar, las sábanas revueltas en otra cama y el alivio melifluido y estudiado en el hogar. Eres uno de esos mortales que disfruta yendo a la playa en invierno para contemplar el horizonte a través del cosmos infinito de tus ojos, pero sin fijarte en los veleros que, azotados por el oleaje, naufragan injustamente en alta mar. Eres, también, un hombre de palabra, pero... ya sabes lo que dicen: «las palabras se las lleva el viento y a las personas el tiempo». Precisamente, porque eres un hombre, entiendo que no me comprendas y que no quieras cambiar, pero... ya nada importa. Te amé. Mucho. Hasta la saciedad. Hasta el infinito. Quizá, incluso, hasta un poco más allá.

Sin embargo, al igual que hace sesenta y cinco millones de años los gigantescos mosasaurios y plesiosaurios dejaron de surcar los mares y los

pterosaurios los cielos porque se cansaron de ¿existir?, me agoté. Ay, sí, Javi. Me agoté. Me cansé de aguantar. Exploté. Te alejé. Te marchaste. Y te ayudé a ir... Como canta Luz Casal:

Yo te dejé marchar,
yo te dejé marchar...
Después de la última noche,
yo te dejé marchar...

Ese amor que yo sentía precisamente desde que los dinosaurios se lavaban los dientes se esfumó. Fue la excusa perfecta para alejarte también de mi enfermedad porque, por mucho que lo intentara, por mucho que quisiera enfrentarme a ella, no había remedio. No podemos hacer nada para cambiar nuestro destino por mucho que antes de cruzar la calle miremos una y otra vez para ver si viene un coche, una moto, un camión o un autobús. El destino, MI destino, a diferencia de lo que hace sesenta y cinco millones de años les ocurrió a los dinosaurios, estaba escrito con letra de médico. Y... ¡no! No tenía t́ipex para modificarlo.

No olvides que el amor duele, que los amigos se van, que el tiempo se pierde... ¡Lucha! Lucha por el amor y no por una cama caliente. Enamórate. Hazlo ¡ya! Y olvídate. Déjate seducir por el mágico placer de sentirte querido otra vez porque, por encima de todo, y aunque a veces cueste, la vida sigue.

¡¡LUCHA!!! Lucha, joder. Lucha, aunque te embargue la desilusión de no ver las cosas como tú quisieras. Mantén en tu vida gente que te inspire, que te haga mejorar y que te anime. Gente que te quiera de verdad, que te ame con la misma pasión que yo lo hice desde que los dinosaurios se lavaban los dientes y te odie, si a eso se le puede llamar odiar, con la misma intensidad con la que yo me entregué a los brazos de...

Eso ahora... ya da igual. No quiero hacerte más daño, Javier. Simplemente te diré que... Ufff. No te voy a decir nada. Lo siento. No lo voy a hacer porque hace un momento te he pedido que te olvides de mí para siempre. Que vivas tu vida. Que seas feliz. Así que... Así que, ¿qué? Ay, soy un mar de incertidumbres, Javier. Perdóname porque...

Si alguna vez preguntas el porqué...

No sabré decirte la razón.

Yo no la sé...

Por eso y más.

¡¡Perdóname...!!

Javier, ¿te suena? ¿Te suenan estas palabras? Son de Alborán, de mi Pablo Alborán, el único hombre que, con su voz, ha conseguido que mi cielo vuelva a tener ese azul que tú le robaste. El único que ha conseguido pintarlo con otros colores diferentes al de las lágrimas. Con el que he navegado entre las olas de su voz porque... tú, y tú, y tú, y solamente tú me destrozaste vilmente apagando un poquito la luz de mi alma.

Te lo digo en serio... Olvídame. A lo sumo, recuérdame de vez en cuando como una parte de tu vida pasada. Y no trates de buscar explicaciones absurdas más allá de estas palabras porque... no las hay. De la misma forma que los científicos no han podido aún dilucidar el porqué de la extinción del Cretácico y nos hacen recordar con bordados de color malva en la solapa de las carteras o en la visera de una gorra que en tiempos pasados ciertas especies golpearon con sus patas la tierra que hoy pisamos, tú no vas a conseguir saber nunca lo que provocó el fin del reino de terror que me ha llevado a alejarme de ti porque... lo reconozco. Ni yo misma lo sé.

Tal vez, como cantaba La más Grande, se nos rompió

el amor de tanto usarlo y... Bueno, eso fue una de entre otras cosas porque... y lo voy a decir porque ya nada me importa, aunque te haya dicho que no. Tú... tú... tú decidiste follarte a Soraya y... Joder. Le hiciste un bombo, Javier. Y, a escondidas, decidisteis tener una preciosa hijita que hace unos días me manchó la camisa de color verde agua que me había comprado por nueve euros con noventa y cinco céntimos para sorprender a mis alumnos.

Tu niña —y no la de Alberto, como habéis querido hacer ver a todo el mundo— llenó de petit suisse esa camisa que llevaba un cuello monísimo de pedrería, por cierto, después de que tú la arrugaras con tus tonterías y me compararas con una porción de pizza. Y me ensañé con ella. ¡Ojo! Con la camisa, no con la niña. Soy bruja, pero no tanto. Destrocé la camisa con las tijeras del pescado porque... sí. Porque esas arrugas y esa mancha de petit suisse que estaban estampadas en la tela habían sido provocadas por dos personas que llevan la misma sangre y no coincide con la mía. Porque esa sangre de la que hablo es la misma que, materializada en gotas de tomate, inundaron el asfalto, maquillaron mi pierna y cayeron sobre mi pecho. ¿Tan difícil es de entender la rabia que sentía por dentro? No, ¿verdad? La rompí. La camisa, te lo vuelvo a repetir. Y al hacerlo descargué todo el odio y toda la consternación que me corroía por dentro. Pero... ¿de qué me sirvió? ¿Quieres que te lo diga? De nada. Perdí nueve euros con noventa y cinco céntimos y muchas energías.

Javier, gracias por hacerme sonreír y sufrir a partes iguales a lo largo de estos años. Gracias por decirme a través de la cartera que me regalaste el Día de los Enamorados que tú, al igual que yo, me amabas desde la época de los dinosaurios.

Aunque no te creí, esa cartera ha pesado en mi bolso desde entonces. Ha sufrido los efectos de la puta

gravedad al igual que la agenda, el móvil, el bolígrafo, el neceser con las dos barras de labios, el eyeliner y los Tampax, el peine, el paquete de toallitas íntimas, el botecito de alcohol en gel, el abanico, el de las varillas de marfil, el calendario de la Virgen del Carmen que perteneció a mi madre, el estuche de las gafas de sol, ese que a ti tanta gracia te hace por su forma de supositorio, la cajetilla de mentolados y...

Pfff. Olvídalo. Simplemente quédate con la copla de que ha pesado mucho.

Aun así, déjame decirte también que... no te creí. No me amabas. En realidad, suponías que me amabas porque tu pensamiento siempre estaba en otro lugar. Con Soraya. Con Cristina... Siempre en el cuarto A.

A ti, al que durante tanto tiempo mendigué mi amor porque, después de más de veintisiete años me convertí en una experta en coleccionar migajas, te dedico estas últimas palabras maquilladas con un rojo beso, el que oculta tras un halo de misterio todo aquello que forjó nuestro amor antes de que se disipara como un perfume abrazado al viento del sur.

Amor, este beso es para ti.

No preguntes, no dudes de él, solo tómalo.

Tómalo porque es un pedacito de mí.

Es...

*Es el mapa que ha guiado
nuestro camino de fuegos y brasas,
el elixir de la pasión que ha arrullado,
durante tantos años,
las cenizas de nuestras horas oscuras.*

Es...

*Es la esencia de sonrisas tiernas
y miradas fieles
con la que he abrazado tu cuerpo;
el silencio sereno, joven y cristalino,*

*con el que las preocupaciones han castigado mis
sueños.*

Es...

*Es la flor deshojada que nunca marchita, aunque no me
digas te quiero,*

el níveo apéndice alado

con el que mi ángel protege tu cuerpo,

el barco velero de casco agrietado y poderoso velamen

que ondea orgulloso cada vez que tus pestañas, como

alas de mariposa, se agitan seductoras cuando...

TÚ, abrazado a mí,

y YO, abrazada a ti,

sucumbimos a la razón,

encendemos nuestros cuerpos

y nos llevamos por la pasión.

Así que...

AMOR, de todo corazón, este beso es para ti.

No preguntes ni dudes de él...

SOLO TÓMALO.

—*Darling*, ¿estás... estás bien?

—Uhm... sí. Sí —declara Javier espantando las lágrimas de sus mejillas.

—Me temo que...

—Esto ha sido peor que una patada en los cojones.

—Y que lo digas, *baby*. No me esperaba que tú... que tú...

—¿Qué yo fuera tan cabrón? —pregunta frotándose la frente con desesperación—. Sí, Héctor. Fui un cabrón. Cristina es hija mía. Un desliz que...

—Eieieiii, *baby*. —Javier tuerce la boca como si fuera a regañarme. Aun así, le golpeo el hombro con el talón de mi mano y le digo amenazante—: Jamás vuelvas a referirte a tu hija como un desliz, ¿me oyes? Jamás. J-A-M-Á-S. A partir de hoy esa criaturita va a ser el jodido sol que ponga luz a toda tu vida.

—Ella no tiene la culpa de nada.

—De nada. ¿Entendido?

—Sí —suspira cariacontecido—. Termina de leer, por favor.

Javi, cuida de Cristina. Ámala. Quiérela.

Protégela. Disfruta de las tetas de Soraya y... por favor, no hagáis sufrir a Alberto porque... no se lo merece.

Cata.

P.D.: ¿Se morirían los dinosaurios por culpa de un cáncer? Investígalo...



UN FANTASMA MUY VIVO

Afortunadamente, llegó septiembre y el calor fue disipándose poco a poco con la lluvia y la brisa de levante. El pelo reseco por el cloro de las piscinas volvió a hidratarse con champús con manteca de karité y mascarillas revitalizantes. Las batas floreadas dieron paso a las faldas por encima de la rodilla y a las blusas con manguitas tres cuartos. Las chancas, a los zapatos de tacón alto a juego con el bolso y a las botas de media caña los días de lluvia. Las bermudas imposibles de los maridos de las marujas, a immaculados trajes sastre o a los típicos vaqueros desgastados *marcapaquete* con los rotos de moda a la altura de las rodillas. Y las camisetas de propaganda, a las camisas de mantelería de cuadros con el caballito en el pectoral.

Después, el otoño hizo su aparición e invitó al mes nacional de las manzanas a ser el rey del calendario y... ¿Cómo?! ¿No sabías que esta deliciosa fruta tiene su propia celebración y que ¡dura todo el mes de octubre!? Ayayayyy, *darling*. Lo mismo ocurre con las palomitas de maíz, con la pizza, con los relojes, el patinaje y los sellos entre otras miles de cosas que han tomado a octubre para celebrar su onomástica y que no voy a enumerar porque no me quiero alargar más. *Baby*, no voy a hacerme el duro. Necesito... necesito llegar al final, a ese gran final que tanto tú como yo esperamos con ansias en esta historia. Quizá, yo un poco más que tú o tú un poco más que yo. Quién sabe, pero... ¡ya!

A lo que iba... Finalizado septiembre llegó octubre, ese mes que a pesar de ser el número diez en el almanaque es en realidad el octavo en el calendario romano. Y dirás... ¿Por qué Héctor me está contando esta milonga? La respuesta es simple, *my life*. Para que te des cuenta de lo cabronazo que es el mes de agosto y de lo sibilino que fue al desterrar a octubre con la única intención de quedarse con su puesto en la lista para lucir más.

Entre tú y yo. Agosto es un camorrista y pendenciero hijo de la gran puta que todos los años se dedica a joderme ahorrándose el placer, los besos, los orgasmos y el cigarrito de después. Pero no lo digas muy alto porque... ayayayyy, *my love*, no quiero que me cuelguen por hereje como a las brujas. No, no, ¡no! Ni que me vayan a quemar en la hoguera porque... Quita, quita, quita. ¡Ni hablar! Eso derretiría mi maquillaje y... ¡coño, que no! A ver si me he pasado todo el verano rehuendo del calor para que ahora venga alguien a asarme como un pollo en la rosticería.

Llegados a este punto diré que hace un par de días que octubre ha dado paso al undécimo y penúltimo mes del año en el calendario. A noviembre. ¡Sí! Por fin. A noviembre...

Noviembre es un mes típicamente otoñal en el que el frío empieza a oler y a percibirse en las carnes. Un mes de transición entre un otoño que termina y un invierno que comienza. El mes de los amantes de la mantequilla de maní, de la calidad y del «veranillo del membrillo» que se cuele, para mi desgracia, «de San Martín a Santa Isabel». Tres días en los que, como dice el refranero popular, «veranillo es».

Adoro la humedad que desprende el mes de noviembre y que acartona la piel. Me encanta ese frío cortante que hace que mi *make up* se complemente con el color rosadito de la piel. Disfruto fingiendo que estoy fumando sin

necesidad de encender un Slim. La gozo cada vez que el vapor de agua de mi aliento se convierte en un humo ficticio cuando se condensa al ponerse en contacto con el aire más frío. Y...

Darling, lo admito: en invierno no fumo. No siento la necesidad de que mis pulmones se cubran de nicotina porque el falso humo que sale de mi boca al respirar es lo suficientemente reparador como para tener que quemar un cilindro alargado de papel con vete tú a saber qué en su interior.

Estoy pensando que... ¡se acabó! Al igual que la Pantoja gritó en su día a unos paparazzi «¡no me vais a grabar más!!» aprovecho estas líneas para anunciarle a las tabacaleras que... NO ME VAIS A JODER MÁS. ¡No! A partir de hoy mi cuerpo va a dejar de ser vuestro conejillo de indias y mi piel va a dejar de sufrir porque... NO VOY A FUMAR MÁS. Por cierto, espero que nadie se ofenda, pero... ¡coño, esto me ha salido del alma! Quizás sean los efectos ~~negativos~~ positivos de la incipiente llegada del invierno los que han desatado mi lengua. O quizás sea por el frío que ha contraído mis venas obligando a que la sangre circule a mayor velocidad para regar las células que conforman mi lengua. ¡¿Qué sé yo?!

¡Maldita sea mi estampa! Sí, lo sé. Para bien o para mal he decidido dejar de fumar y punto. Y aquí estoy... Aquí estoy en pleno mes de noviembre soportando la combustión espontánea de mis neuronas a las que este año no he podido dar unas vacaciones. Aquí estoy pensando cómo contarte el final de esta historia porque... ¿Por qué? Coño, ¿y por qué no?

Ayayayyy, *baby*. ¡Qué dilema! ¿Por qué me meto yo siempre en estos «fregaos»? A ver, a ver... ehm... Déjame que piense un poquito... ¡Se terminó! ¡Allá voy!

Todo comenzó hace un mes. Concretamente, el 4 de octubre. Creo recordar que era miércoles. Uhm... ¡Sí, era miércoles! Lo recuerdo perfectamente porque la noche anterior, Carlos —el doctor Molina— y yo habíamos disfrutado del «martes loco» de Telepizza. *Darling*, no te lo he contado aún, pero hace mes y medio Carlos lo dejó con su churri. Una semana después yo desplegué todo mi arte al guiñarle el ojo un par de veces cuando fui a su consulta para entregarle el currículum y... ¡hasta hoy! Hasta hoy no hemos dejado de follar, follar y follar como perros durante el día cada vez que tenemos un hueco libre en la agenda. Reconozco que las noches son también sublimes, excitantes, fogosas... ¡APOTEÓSICAS!, pero follar en la consulta nos genera un morbillo muy placentero que... uff, uff, ¡UFFF!

Al principio, follar con él no implicaba otra cosa más que un alivio mutuo. Algo sucio. Húmedo. Placentero. Una ida de olla y de pollas. Punto.

Con los días, se convirtió en algo mucho más terapéutico, más... ¿cómo denominarlo? Uhm... se convirtió en algo más... en algo más soberanamente irresistible. Sí. Eso es. Era algo que nos permitía ahogar el dolor, la decepción, la frustración que nos produjo el fallecimiento de Cata y la desolación que se dibujó en nuestros ojos cuando Carlos dejó a su hombre, el de los músculos de infarto y el culo respingón, y yo al mío, el de *sixty one*. Era algo que, en definitivas cuentas, nos ayudaba a interactuar como humanos al tiempo que nuestros gemidos y nuestros jadeos se convertían en una sonrisa mucho más sana porque, y me engañaría si no lo dijera, ambos experimentamos un golpe de suerte que nos pasó por delante en forma de taxi libre.

Desde hace un par de semanas, nuestra relación ha empezado a significar algo más. No sé exactamente qué es. Es más, se me hace muy difícil condensar en una sola palabra lo que significa para mí compartir mi risa, mis ideas, mis pensamientos y mi cuerpo con Carlos, pero... si algo tengo claro es que entre nosotros, todo empezó follando. Mi cuerpo sobre su cuerpo. Sus músculos contra los ¿míos? Ayayayyy, no sé si yo tengo músculos, *baby*. Da igual. Dejémoslo en que todo empezó para aliviar una necesidad fisiológica y hoy se ha convertido en una complicación, en una... en una conexión húmeda que nos permite satisfacer un apetito muy carnal y donde ya se van apreciando los primeros síntomas del AMOR. O tal vez sea esa ilusión que se esconde tras el amor primigenio y la conexión húmeda. No lo sé. La cuestión es que los motivos, las razones, los entresijos y las ventoleras a las que se enfrentan mis neuronas en estos momentos no me permiten desgranar mucho más el tema.

Aquel día —me refiero al 4 de octubre—, después de escuchar toda la historia de Catalina, fue Carlos el que insistió para que no demorara mucho más mi encuentro con Rosario. Dicen que siempre hay que hacer caso a tus mayores. *Darling*, si hasta hace relativamente poco tiempo yo le hacía caso a mi exnovio, el de *sixty one*, ¿no se lo iba a hacer a un maromo que tan solo me lleva doce años y que tiene un cuerpo que te roba «er'sentío» como escribió Cata con flamenquería en la carta que me dejó antes de morir?

La mañana se puso fea nada más entrar en el antiguo café Apolonia. Y no fue por culpa de lo que sucedió allí dentro, sino por la colosal tormenta que comenzaba a caer fuera.

—Buenos días —me saludó Rosario con una voz dulce y aterciopelada antes de que el musical tintineo de los cristales del avisador que pendía del techo dejaran de armonizar mi llegada—. ¿Cómo puedo ayudarle, joven?

Aún me dolían los brazos de empujar la pesada puerta de hierro cuando llegué al mostrador donde había varias cajas acumuladas con botones de distintos modelos y un extenso muestrario de blondas de todos los tamaños y colores.

—Buenos días. ¿Es usted Rosario?

Comencé a toser expectorando la bocanada de polvo que me acababa de tragar al respirar.

—¿Quién lo pregunta: el farsante que aseguró hace seis meses que volvería a revisar el cuadro de la luz o el intachable obispo que viene a darme la extremaunción antes de tiempo?

—Ehm... soy... soy Héctor Ximénez.

—Pues muy bien, Víctor Jiménez. Encantada de que estés aquí. ¿En qué puedo ayudarte?

—Jiménez ¡no! Xi... Ximénez. Con equis. Héctor Ximénez. —Sonreí—. Le aseguro que si le llega a escuchar mi padre que en paz descansa se le hubieran revuelto las tripas. Menudo era él para que le cambiaran el apellido.

—Ahm... vale, vale, vale. Discúlpame. Shi... Shi... Shi...

—Ximénez —susurré juntando los labios.

—Lo sé. Lo sé. Con equis —murmuró Rosario—. Me ha quedado claro, aunque... me va a costar pronunciarlo bien. Desde hace unos meses mis oídos acucian el cansancio de los años y se niegan a captar algunos sonidos como antaño. Resulta un poco extraño, pero... es lo que hay, muchacho. La edad no perdona. Aunque me veas con buena cara, tengo mis añitos.

Rosario me miró con los párpados entornados y maldijo entre dientes mientras sus palabras le tensaban súbitamente el rostro.

—Ayayayyy —exclamé vivaracho—. Tirando muy por encima, le calculo unos dieciocho o diecinueve años más o menos.

—Veinte para ser exactos —contestó ella, pizpireta, sonriendo también.

Mientras compartíamos muecas y miradas extrañas, tuve esa sensación electrificante —un paralizante cosquilleo en el pecho más bien— y la certeza absoluta que te entra cuando confirmas una verdad de que Rosario y yo íbamos a llevarnos bien a partir de ese momento. Por descontado, no me equivoqué.

—¡*Oh, my God!* Pues está usted como una rosa.

—Efectivamente. Como una rosa descapullada y desflorecida.

—Ayayayyy, *my princess, my darling, my love*. Una rosa, al fin y al cabo. ¡¿Qué más da?!

Me llevé las manos a la frente y aproveché para recolocarme los rizos azulados del flequillo. Mi último cambio de *look* había impresionado a más de uno. A Carlos, el primero.

—Ahí te doy la razón, Héctor. Alguna vez he sido una princesa de cuento, la *darling* de algún que otro duque y el amor sincero de varios condes. Es lo que tiene haber formado parte de la historia de este bendito lugar.

Miré en derredor. Definitivamente, aquel local era mágico. Y su dueña... una mujer muy enigmática. Cata no se había equivocado lo más mínimo al describírmela. Por eso estaba allí. Porque Rosario era la mujer que me podía ayudar y aquel el único lugar donde se podía gestar el FINAL de la historia de una GRAN mujer que pasó por la vida «sin pena ni gloria».

Bueno... Eso de pasar por la vida «sin pena ni gloria» es un decir que a Cata le venía que ni pintado porque... de la vida, realmente, disfrutó poco. Una suerte y una pena que, en esta ocasión, no era la mujer del pene como solíamos afirmar entre risas cada vez que alguno de los dos hacía referencia, precisamente, a las adversidades de la vida.

En lo referente a sus glorias, he de decir que tampoco fueron muchas. Salvo la de saber romper a tiempo con una relación en la que el exceso de (des)amor intoxicaba sus neuronas invitándolas a lanzarse a los brazos de otro hombre que supo engatusarla muy bien con su exquisito y aromatizante «BUEN CAFÉ», creo que no hubo otras.

—A ver... —Me froté las sienes con las yemas congeladas de los dedos—. Soy... bueno... era el vecino de Catalina Pulpón. ¿Se acuerda usted de ella?

—Perfectamente —contestó Rosario cerrando el libro que tenía abierto sobre el mostrador—. Cata es una de mis grandes clientas. De las pocas que pueden catalogarse como de toda la vida.

—Era —puntualicé entre dientes.

—¿Qué es lo que era, muchacho?

Suena patético que un joven de diecinueve años le tenga que anunciar a una mujer de ochenta y cinco que otra de cuarenta y ocho ha fallecido por culpa de un cáncer. Es más. Suena patético que un chico como yo que nunca ha tenido miedo de nada, salvo de la soledad, sienta cómo se le espesa la saliva y

las palabras se le atragantan en la garganta porque... ¡sí, lo reconozco! Contarle a Javier que Cata murió el 29 de junio fue duro. Muy, muy, muy duro. Pero, a fin de cuentas, él es un hombre joven capaz de asimilar antes o después que la muerte a veces se presenta sin avisar y arrastra injustamente a quien más se quiere. Sin embargo... joder, *baby*. Rosario tiene la friolera de ochenta y cinco años. ¡¡¡Ochenta y cinco!!! ¿Cómo se le da a una mujer de su edad una noticia tan agria y tan amarga como esa? ¿Con una simple palmadita en la mano? ¿Con una sonrisa temblorosa en los labios? Nooo. Así... así no.

¿Entonces? Joder. Joder. Joder. No me cansaré de decir joder porque... ayayayyy, menudo marrón. ¡JODER!

«¿Qué pasaría si finjo un desmayo? ¿O si salgo corriendo de la mercería? —Valoré—. Ay, no. Eso no porque el agua que se acumula en el asfalto va a salpicarme los zapatos y... coño, que no; que son unos Loubikick Veau Velours/Patent de color rojo que me costaron la friolera de mil noventa y cinco euros y todavía no los he terminado de pagar».

—Mire, Rosario. Puede que suene un poco patético lo que le voy a decir, pero... Cata... Cata...

—Shhh... —siseó ella al tiempo que colocaba uno de sus dedos apergaminados sobre mis labios recubiertos con unas pinceladitas marrones muy suaves. Mi *Dior Addict Lip Maximizer* había conseguido repulgarlos esa mañana, dejándolos con un increíble efecto volumen y acabado *glossy*—. Tranquilo, muchacho. No me digas nada, por favor. Las lápidas del cementerio son muy chivatas y, sin querer, te avisan de lo que les ha ocurrido a ciertas personas. Dicho esto, permíteme que vaya a la trastienda a coger el viejo paraguero de latón que le regaló un miembro de la Guardia Real de Alfonso XII a mi abuela porque...

El musical tintineo de los cristales del avisador que pendía del techo había vuelto a llamar su atención. Y la mía, por supuesto.

—Eso, eso. Escúrralo bien —exigió Rosario saludando al hombre que sujetaba el peso de la puerta de hierro con el pie mientras sacudía el paraguas apuntando hacia la calle.

—¿Puedo dejar esto aquí?

—¿El paraguas? —Él asintió con un sutil movimiento de cabeza—. Por supuesto. Para eso lo he sacado de la trastienda.

—Rosario, así no se le llena el suelo de agua. Ya sabe lo que dicen: la madera y el agua son amigas de conveniencia, no de convivencia.

—Menudo día —protestó la anciana asomándose a través del cristal del escaparate.

El nuevo ¿cliente? se frotó enérgicamente las manos, palma sobre palma.

—Ufff. ¡No se hace una idea del frío que hace en la calle! Buenos días, por cierto.

Uhm... Esa cara, ese pelo castaño con algunas canas estratégicamente colocadas aquí y allá, esa tímida sonrisa y... Ayayayyy, *darling*, ¿de qué me sonaban a mí aquellos ojos color miel decorados con larguísimas pestañas?

Tras un largo silencio plagado de confesiones, roto exclusivamente por el regular goteo del agua en el exterior, Rosario se acercó otra vez al escaparate para observar la calle donde el murmullo del agua era cada vez más sofocante y preguntó:

—José Antonio, ¿qué tal? ¿Qué tal está tu abuela? ¿Se ha recuperado ya de lo suyo?

—Pfff —resopló él usando el aliento para calentarse los dedos—. Rosario, ya sabe usted cómo es ella. No come. Y, por supuesto, sigue en casa con los achaques típicos de la edad.

—Habrá que ver cómo estás tú cuando llegues a viejo.

—Ufff. Eso aún está a años luz, Rosario.

—Todo llega, José Antonio. Todo llega. Yo no creo que pueda verlo, pero...

—Anda ya, mujer. No diga tonterías. —Sonrió él—. A usted no se le va a escapar nada. ¿Me oye? NA-DA. Esté donde esté, estoy convencido de que va a seguir al tanto de todo lo que pasa en el barrio.

—Uiuiuiiii, José Antonio. Más quisiera yo que eso fuera cierto —suspiró ella y al hacerlo sus labios dibujaron una tímida expresión. De repente, sus ojos se ensombrecieron y me parecieron más tristes, más arrugados, más hundidos—. De vez en cuando no viene mal ser un poco realista. No olvides que la edad no perdona y yo acuño ya ochenta y cinco años. ¡Ochenta y cinco! Imagínate.

—No los aparenta.

—A ver. Cuéntame —exigió Rosario con tono flemático—. ¿Qué haces por aquí?

—¿Le han traído ya la camisola que mi madre le encargó la semana pasada?

La mujer suspiró hondo y asintió pesadamente.

—Por supuesto. La recibí anteayer. —Apretó los labios—. El problema es que no recuerdo dónde puse la caja. ¿Te lo puedes creer?

—Vaya. ¿Por casualidad no la dejaría usted debajo del mostrador?

—Puede. Voy a ver.

Rosario recorrió la tienda arrastrando las zapatillas de cuadritos de color rosa con las que se abrigaba los pies y se coló detrás del antiquísimo mueble de madera deslustrada sobre la que el paso de los años había grabado varios centenares de pequeñas muescas.

—Perdone que le interrumpa —susurré yo acercándome tímidamente al hombre de los ojos color miel mientras Rosario se afanaba en encontrar la caja con el camisón—. Por casualidad, ¿no será usted...?

—¿Quién? —Sus cejas se levantaron rítmicamente formándole tres suaves surcos en la frente.

—¡*Oh, my God!* Sí. Sí, sí, sí. No me cabe la menor duda. Usted es...

—Por Dios, ¿se puede saber qué te has tomado para tener tanta energía? —gritó Rosario con un tono de voz desesperado—. Y no le hables a este muchacho de usted porque es muy joven.

—¿Muchacho?

—Sí. ¿Acaso tú no eres un muchacho?

—Por favor, Rosario. ¿No ve que ya peino algunas canas?

José Antonio se mesó el cabello tirando ligeramente de las raíces al echarse el flequillo hacia atrás.

—Mira, guapo. Te conozco desde que eras un pispajo y sé que peinas canas desde los diecisiete. Pero eso no significa que a tus veinticinco hayas dejado de ser un muchacho.

—¿Veinticinco? ¡Ja! —Sonrió—. Le recuerdo que faltan casi tres meses para las ofertas de Navidad y casi un mes más para dar el pistoletazo de salida a las rebajas.

—En este local está siempre todo muy bien de precio. Aquí tienes.

Rosario colocó la caja sobre el mostrador.

—Ya veo, ya. —Los dos compartieron una carcajada tonta e infantil—. ¿Quién sabe? A lo mejor la próxima vez que nos veamos le puedo decir a este muchacho, porque él sí que tiene pinta de ser un muchacho, que voy a hacer otra vez la Primera Comuni3n.

—¡Ay, José Antonio! Me maravillan tus elucubraciones, pero... qué exagerado eres algunas veces. ¿A quién habrás salido tú?

—Ayayayyy, ya lo tengo —me desgañité a lo Marilyn Manson en pleno concierto entrando de nuevo en la conversación.

—¡Madreee! —masculló Rosario mordaz con la mano en el pecho—. ¿Qué se supone que tienes? ¿Una ventolera quizás? O ¿una neurona más traviesa de lo normal por culpa de los vapores del tinte que te has puesto?

—Perdón. Yo... yo...

—Mira, majete. Te lo ruego. No vuelvas a dar otro grito como ese porque en una de estas me voy para el otro barrio y... oye, esto que quede entre nosotros, pero creo que San Pedro todavía no ha tenido tiempo de anunciarle mi llegada a todos los artistas, brujas, magos, embaucadores, políticos, mercaderes, zares, reyes, infantes, próceres, obispos, militares y putas que han pisado alguna vez este local a lo largo de su historia, así que... ojito, señor Shiménez.

—Xi... Ximénez.

Mi saliva reactivó el perfume de menta y vainilla de mi *Dior Addict Lip Maximizer* y me proporcionó una sensación refrescante en los labios cuando chasquéé la lengua contra el paladar y miré fijamente a aquel hombre que respondía al nombre de José Antonio.

—Discúlpeme. ¿Usted... usted... usted es el autor de la novela «Enciéndete para mí»?

Lo miré intrigado.

—Pues sí. Yo soy el autor de «Enciéndete para mí», de «Azúcar y Canela», de «Camino hacia la fresca charca», de «Augusto “Mucho Gusto”» y...

—¡*Oh, my God!* Usted era... es... ayayayyy —grité otra vez.

—Eieiei. Tranquilo.

—No sé si puedo estar tranquilo cuando usted...

Joder. No me salían las palabras.

—Oye. Hazme un favor —suspiró José Antonio—. No me hables de usted porque al final no voy a poder justificar lo de la Primera Comunión el año que viene.

—Mi... mi... —tartamudeé—. Mi vecina era una seguidora tuya.

Lo miré y él me devolvió la mirada con total tranquilidad. La misma que me heló el estómago, la sangre y hasta las pestañas cuando sus labios dibujaron una sonrisa tímida y sus manos abrieron la cremallera de la mochila que llevaba al hombro para extraer uno de sus libros.

—Rosario, ¿me presta un bolígrafo?

—Aquí tienes, guapetón.

José Antonio extendió el brazo y miró la tinta del bolígrafo Bic al trasluz, girándolo entre los dedos.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Héc... Héctor —contesté embobado estudiando el perfil de sus uñas.

—¿Y tu vecina?

Una risa triste y seca brotó de entre mis labios.

—José Antonio —intervino Rosario, carraspeando algo confusa—. No.

—No, ¿qué?

La anciana dio un paso al frente, apoyó las dos manos en el mostrador y declaró cariacontecida, observándome con sus ojos llorosos:

—Catalina falleció hace unos meses.

—Vaya. Lo... lo siento. No lo sabía.

—No podías saberlo, *darling* —suspiré frunciendo el ceño al tiempo que subía y bajaba los hombros.

¿Te cuento un secreto? Me sentó bien oír en la voz de otra persona que Cata ya no está entre nosotros. En cierto modo, me relajé y me desprendí de una carga que me había acompañado durante meses.

—Yo... yo... —tartamudeó José Antonio y se frotó la cara—. Yo... En fin. Yo iba a regalarte este ejemplar de la tercera edición de «Augusto “Mucho Gusto”» para que se lo llevaras a... ¿Cata?

—Así es.

—Bueno, da igual. Te lo regalo a ti para que lo tengas de recuerdo. Presiento que tuviste que ser un gran amigo para ella. Discúlpame... ehm...

—Acercó el bolígrafo al papel y alzó las cejas inquisitivamente—. Héctor, ¿verdad?

—Sí, *baby*. Héctor Ximénez. ¡Xi!-ménez —recalqué—. Con equis.

José Antonio comenzó a bailar la punta del bolígrafo Bic con su bolita de wolframio sobre una de las primeras páginas del libro.

—Aunque este libro es un cuento infantil, estoy convencido de que te gustará. Léelo. Ya me contarás.

—¡No me digas!

—Te digo. —Sonrió.

—Lo leeré. Que no te quepa la menor duda.

Nos reímos y después volvimos a callar cuando los fantasmas del antiguo

Café Apolonia derribaron varias cajas en la trastienda.

—¿Qué tienes ahora entre manos, José Antonio? —se interesó Rosario acercándose a un pequeño hueco de la pared donde la luz mortecina de una vieja bombilla se conjugaba con las sombras de la trastienda.

—En este momento... el bolígrafo. Luego, ya se verá.

Ambos sonreímos. Él y yo. No así Rosario que, abrumada, cerró los ojos y aspiró lentamente antes de decir:

—Me refería a ese otro tipo de cosas que tú sueles hacer para entretener al público.

¡Oh, my God! ¿A qué se refería aquella mujer? ¿Acaso José Antonio se desnudaba cada noche sobre el escenario para mostrarle los músculos y la polla a un grupito de mujeres desesperadas con chorras de plástico sobre la cabeza y bandas alrededor del cuerpo del tipo «soy la novia», «soy la hermana del novio y estoy desesperada», «soy la tía de la novia y esta noche lo voy a petar» o «soy la suegra del novio y como un maromo se acerque esta noche a mi hija juro que la voy a liar»?

Lo sentí temblar como un corderito bajo las capas de abrigo con las que se cubría el cuerpo. *Darling*, créeme. A un bebé se le abriga menos.

—¿A eso? —José Antonio alzó las cejas y se rascó la cabeza enfáticamente—. Ufff, en estos momentos mi imaginación está en dique seco.

¡Oh, my God! ¡Qué lástima! Con aquella afirmación, José Antonio corroboró que cada noche no se caracteriza de policía, militar, bombero o marinero y muestra su anatomía con sensualidad al ritmo de *Need you tonight* de INXS en un local nocturno donde todo es alcohol, sexo fácil, mujeres guapas y dinero a espuestas. *Baby*, José Antonio es simplemente un...
ESCRITOR.

—*Darling*, ¿eso pasa de verdad? —pregunté confuso—. Es decir, ¿es normal que las musas desconecten?

—Sí. Yo suelo desinflarme como un globo cuando concluyo una historia. Mis pulmones se vacían por completo. Languidezco durante semanas hasta que vuelvo a recuperarme y todo vuelve a empezar. Piensa que una novela no se construye en cinco minutos.

—Me imagino.

—Supone un gran esfuerzo —continuó— porque hay que investigar, definir la personalidad de los personajes, organizar las tramas, las ideas, los escenarios...

—Ayayayyy, *my life*. Me estoy agotando solo de escucharte.

—Eso digo yo —anunció Rosario sentándose en el taburete donde habitualmente pasa las horas entretenida con alguna de las historias que le ofrecen los libros de los autores que cohabitan en este fragoso mundo de la literatura—. Ufff.

Una bombillita se encendió misteriosamente sobre mi cabeza.

—*Darling*, ¿te apetecería tomar un café conmigo?

—Muchas gracias, Héctor, pero no puedo en este momento. Mi chica me está esperando para cenar y... ya sabes cómo se ponen las mujeres cuando llegas tarde. Lo dejamos para otro día, ¿te parece?

Fruñí el ceño y asentí.

—Te tomo la palabra, *baby*.

Respiró hondo y se encogió de hombros aceptando mi planteamiento.

—Rosario, dígame qué le debo por la camisola.

—Las gracias. Y la promesa de que vas a tomarte un café con este muchacho porque... presiento que tiene algo muy importante que contarte —añadió con pleno convencimiento.

Han pasado varias semanas desde aquel día y hoy, 20 de noviembre, he vuelto a encontrarme con José Antonio en la mercería Apolonia. Durante todo este tiempo, mi cabecita loca no ha dejado de dar vueltas sobre la misma idea: materializar lo que Cata describió en vida como EL GRAN FINAL de su historia.

—Hola. Nos volvemos a encontrar en el mismo lugar —me saluda él retirándose la bufanda del cuello.

—Sí. Y todavía no hemos tomado ese café, *darling*.

—No te lo vas a creer, pero estoy atravesando un momento complicado.

—¿Personal?

—Creativo —puntualiza—. La editorial me está apretando las tuercas para que les envíe un borrador con una historia distinta. Una historia que englobe amor, desamor, traición, erotismo, pasión, locura... Una historia de esas que se puedan leer junto a un café, sentado en una butaca cómoda o incluso en un bar abarrotado de gente. Una historia con magia. Una historia sencilla. Una historia con un amor diferente que no tiene por qué estar cargada de romanticismo. Una historia de sentimientos. De luchas. De pesares. Y por qué no decirlo... una historia de tormentos. A fin de cuentas, una historia que sea sincera, apasionada, vehemente y...

—¿Real?

—Por supuesto.

—Ahm...vale.

—Mira, Héctor. Te lo voy a contar porque cuando te conocí hace unas semanas me caíste bien. No estoy inspirado. No sé si será por culpa de este puto frío o por esta humedad asquerosa que acartona mis músculos, pero...

—¿Pero? —Abro los ojos de par en par.

—Me siento frente al ordenador y no consigo escribir ni dos palabras seguidas. Es como si mis musas hubieran decidido lanzarse a la buena vida y marcharse una temporadita de vacaciones a un país lejano en el que sucumbir a placeres mucho más mundanos que ayudarme a escribir.

—*Darling*, lo siento.

—Desde hace un mes vengo casi todos los días a este local con cualquier excusa porque se rumorea que es... mágico. Ya sabes —susurra cuando una clienta que lleva más de un cuarto de hora decidiendo si llevarse un sujetador de color negro o uno de color *nude* se acerca a nosotros.

—¿Cuál de los dos os gusta más? —nos pregunta.

—El negro, *baby* —respondo con pleno convencimiento—. Sin duda.

—Por este lugar vagan muchos fantasmas —arguye José Antonio estudiando caviloso las telarañas del techo.

—*Darling*, ¿qué esperas de ellos? —me intereso.

Sonríe y por un momento aprecio la desesperación en sus ojos.

—Que alguno se atreva a contarme su historia y pueda salir de este atolladero en el que estoy metido porque... te lo juro. Estoy... estoy jodido, Héctor. Muy jodido. Como no consiga escribir algo pronto me veo en la puta calle.

La posibilidad de acompañarlo y vivir a la intemperie me tienta durante unos segundos. Sin embargo, al ver la mancha que han dejado un par de gotitas sobre mis botines de mil noventa y cinco euros determino que eso no es vida. Nooo. Al menos, no para mí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara.

—*Darling*, ¿alguna vez has escrito algo que tenga que ver con los dinosaurios?

Levanto el rostro para ver su expresión.

—Nunca.

—¿Y si...?

—Y si... ¿qué, Héctor? —Frunce el ceño—. ¿Qué es lo que me quieres decir?

—Y si... ehm... —Respiro hondo y el polvo barre los restos de nicotina que aún atesoran mis bronquios. Aggg, no sé qué es peor—. ¿Qué responderías si yo te dijera que tu próxima novela se va a titular «Desde que los dinosaurios se lavaban los dientes»?

—Pues te contestaría que estás como una puta cabra porque yo no tengo ni pajolera idea de paleontología. Es más, te diría que se te ha ido la olla por culpa de ese tinte azul que llevas en la cabeza. No, mejor aún. Te refutaría con alguna de las maldades con las que Isabel, mi novia, suele martirizar a su hermano cada vez que lo pilla viendo alguna película porno en el ordenador. Uhm... algo así como que tus neuronas van a...

—Ayayayyy, ¡basta! ¿De qué tienes miedo? Si se puede saber, dímelo ya, *baby*. Te lo suplico.

José Antonio aferra mi muñeca —yo revoloteo con desesperación entre los percheros— y me detiene en seco.

—Mira, tío. Déjame en paz. No te conozco de nada y me parece que te estás metiendo en camisas de once varas. La culpa es mía por haber mencionado que mi inspiración está en dique seco, lo sé, pero...

—¡*Oh, my God!* ¡¡Ya!! Basta de excusas —exclamo impaciente retirando el brazo. Sus dedos se están clavando ostensiblemente en mi piel—. Mira, guapo. No suelo caminar por el lado castigador de la vida. Tampoco tengo el título que me capacite para dar charlas morales a nadie, pero creo que tu actitud no va a garantizarte el éxito.

—Olvídame.

—*Darling*, ¿te recuerdo que la puta calle está llena de miserias sobre las que podrías escribir? ¿Quieres que te diga que cuando estés en ella tus mierdas van a ser mucho más emocionantes que tus historias y nadie va a querer comprártelas porque... joder, la mierda huele muy mal y cuesta mucho eliminarla de los zapatos y de la ropa cuando se reseca? Pues, ahí voy, José Antonio. Tus mierdas son eso: una puta mierda que en este momento no puedes exprimir porque... escúchame. Todos los fantasmas que pululan por este local la han recogido a paladas y por cubos para mí.

A veces con la verdad sin adornar basta.



DURO DE PELAR

Darling, me equivoqué. A veces con la verdad sin adornar NO basta. De vez en cuando el ser humano es tonto hasta para ver la aguja cuando otro la ha sacado del pajar y se la coloca a escasos centímetros de la cara. Quizá mis palabras le sonaron a José Antonio como un cuplé carnavalesco. Tal vez no las acabara de entender y por eso ha tenido la osadía de evitarme durante casi un mes, pero ¡esto se va a terminar!

El frío de diciembre congela mis pestañas nada más pisar la calle. Hace días que media España está cubierta por un manto blanco de nieve. Ya lo dice el refrán: «no hay en diciembre valiente que no tiemble». Yo lo hago, pero con gracia. Y mucho salero, también. ¿Por qué no? Adoro que mi cuerpo se

retuerza de frío y se olvide, al menos por un tiempo, del sufrimiento y la desesperación con la que todos los años lo martiriza el verano —y, sobre todo, el puñetero mes de agosto— con saña.

Me envuelvo en una *pashmina* ancha de color verde de Carolina Herrera y recorro con celeridad sobre mis *stilettos* la distancia que separa mi portal de la merecería Apolonia. Una llovizna ligera comienza a horadar la nieve esponjosa que se acumula sobre la acera, alcanzando el hielo que se ha formado durante la noche y que amenaza con provocar más de un resbalón, justo en el momento en el que impulso mi cuerpo para poder empujar la puerta. El inconfundible olor a antigüedad, a polvo y a naftalina me abraza con mimo cuando accedo al local. Rápidamente, los fantasmas que habitan entre las sombras comienzan a revolotear en torno al mostrador señalando el hueco tras el que se aprecia una mortecina luz amarilla, al fondo de la trastienda. Entre los percheros de pijamas de estampados imposibles y la estantería donde se acumulan medio centenar de cajas de antiquísimos botones nacarados, de tela y de madera, dos preciosos y traviosos querubines de no más de tres años con alocados rizos en la cabeza corretean detrás de una gran pelusa. Un poco más al fondo, Rosario ríe junto a una mujer que acaba de salir del probador con una psicodélica batita de *boatiné*, un artículo de coleccionista que, por cierto, le queda como un saco y traspasa la frontera simbólica de la moda actual y lo que fue la bonanza infinita de los años ochenta.

Darling, no voy a avergonzarme de la escenita doméstica, pero... ¡ayayayyy, qué horror! Te prometo que si un *kompunofóbico*^[15] estuviera buscando un tratamiento de choque para su aversión no lo encontraría en esa batita forrada de *boatiné* psicotrópico que en su día tuvo que causar la quiebra de todas las industrias del botón porque... ¡*Oh, my God!* ¿Cuántos tiene? Vamos a ver... Uno, dos, tres, cuatro... ehm... veinte, veintiuno, veintidós... ¡Ufff, qué locura, *baby!* A simple vista le calculo unos ¿cien? ¿Ciento veinte, tal vez?

Al verme, Rosario abre los brazos de par en par y se acerca a mí con una gran sonrisa en los labios mientras su clienta se vuelve a meter en el probador y sus hijos, que no dejan de gritar, siguen imprimiendo un poco más de historia sobre el frontal del mostrador con las ruedas de sus cochecitos de juguete.

—¡Héctor! Qué alegría me da verte. Gracias por venir.

Envuelvo con mis guantes de lana merina extrafina sus correosas y

apergaminadas manos de laboriosos dedos que están más fríos que las aletas de un pingüino o incluso que la nariz de un esquimal. Luego, me acerco a su rostro y la beso con ternura antes de preguntar:

—Rosario, ¿cómo está usted?

—Ay, Héctor... arrastrando que no es poco.

—¿Cuándo se va a dar cuenta de que esto es demasiado para usted?
—suspiro circunspecto.

Su gesto cambia de repente. Frunce el ceño y me clava una mirada desconcertada.

—¿Tú también vas a venir a torturarme con la edad?

—¿Yooo?

—Entérate de una cosa, Héctor. Aún estoy más fresca que un huerto de lechugas recién plantado, así que...

—¡*Oh, my God!* ¿No me acaba usted de decir que está cansada?

—Y ¿tú no sabes aún que a veces el cansancio no entra por el cuerpo sino por el corazón?

—Ayayayyy, *my princess, my darling, my love* —respondo con gesto afilado imprimiendo a mi voz un tono ronco y grave—. ¿Cómo se come eso?

—Pfff, yo qué sé, Héctor. Tal vez con ¿cuchillo y tenedor?

—¡¡Decidido!! A usted lo que le hace falta entonces es un *tenecuchachillo*.

—¡¡¡¿Un *tenecuchaqué*?!!!

—Un *tenecuchachillo*. —Sonrío—. ¿No sabe lo que es?

Rosario pone los ojos en blanco y niega categóricamente antes de decir:

—Héctor, eres único.

—¿Único? Uhm... ¡no! Yo diría más bien que soy... ¿sublime? Sí, eso es. ¡¡Sublime!! Y tal vez, magnífico como ese artilugio que está causando sensación en algunos restaurantes de moda.

—Ay, Dios mío —suspira Rosario volteando los ojos con comicidad—. ¿Cómo se nota que no tienes abuela, Héctor!

—Desafortunadamente no llegué a conocer a ninguno de mis abuelos —declaro con pesar.

—Por cierto. Como se te ocurra aparecer con algo extraño por esta tienda, algo más extraño que tú —sonríe tomando una profunda bocanada de aire que provoca que sus pulmones respondan con una tos—, te juro que te lo lanzo a la cabeza y después te pongo de patitas en la calle. ¿Me oyes?

—Está bien, está bien. No se preocupe, Rosario. Lo tendré en cuenta.

—Más te vale, hijo. ¡Más te vale!

Cabeceo en dirección a la trastienda donde, junto a un centenario piano de madera desportillada y sobre una de las mesitas de mármol italiano con pedestal de hierro que en su día formaron parte del mobiliario del Café Apolonia, se ha improvisado una pequeña oficina. En realidad, el escenario está configurado exclusivamente por un ordenador que tiene más años que la hipoteca del Partenón, un teclado con las letras desgastadas, una arcaica impresora, dos o tres paquetes de folios y una docena de bolígrafos Bic.

—Por cierto, ¿qué me dice de su nuevo fantasma?

—¿Te refieres a...?

—Sí —afirmo oprimiendo los labios con firmeza y con un movimiento preciso del mentón—. Me refiero a ESE fantasma.

Rosario pone los ojos en blanco.

—Ese tontorrón sigue sin entrar en razón y yo ya no sé ni qué decirle. ¿Te lo puedes creer? Se me han agotado todos los argumentos y justificaciones.

Doy un paso al frente sorteando a los niños que campan a sus anchas por el suelo convirtiendo el pie de varios percheros en un compacto Scalextrix, maquino una sonrisa ladina en los labios, crujo los dedos y declaro categóricamente:

—Rosario, esto lo soluciono yo en un pispás. Ya verá.

—Héctor...

—La vida me ha enseñado que toda adicción, por más que parezca sana, trae una consecuencia negativa y no voy a consentir que ese tontorrón como usted dice siga rebozándose en el fango.

—Tengo la impresión de que los fantasmas de este local le están atormentando demasiado y no está sacando nada en claro.

—Ayayayyy, *my princess, my darling, my love*, ¿no sabe usted que yo soy un maestro espantando fantasmas?

Rosario se acerca a mí y apoya su mano izquierda pesadamente sobre mi antebrazo.

—Héctor. Escúchame. No seas muy duro con él porque no está pasando un buen momento profesional.

Caminamos hacia el centro del local.

—Rosario, estoy pensando una cosa.

—Uiuiuiii.

—¿No será que la tozudez le está impidiendo ver más allá de sus propios miedos?

—Aferrarse por cabezonería, como a un clavo ardiendo, a una historia inexistente le está generando mucho estrés.

—Ayayayyy, *darling*, ¡qué horror! —Me llevo las manos a la cara y contengo la respiración cuando uno de los niños me sonríe como Pennywise, el payaso que popularizó Bill Skarsgård en la película de terror *It*—. ¿De qué historia me está hablando?

—La de siempre, Héctor. Esa en la que no hay nada salvo duda, desasosiego y tristeza y las miserias no salen porque los pesares gravan más.

—¿Uhm?!

—José Antonio lleva casi un mes enfrentándose al folio en blanco. Ha... ha destrozado todos los lápices que compró y... fueron más de cien. Ha explotado varios bolígrafos hasta que la tinta se ha tatuado en sus yemas. Ha desgastado las suelas de sus viejas botas de tanto arrastrar los pies por el suelo. —Abro los ojos de par en par y taconeo con desasosiego tratando de controlar mi ansiedad—. Héctor, fíjate. José Antonio ha recolocado todas las estanterías y a las cajas les ha quitado el polvo, las pelusas e incluso los recuerdos que acumulaban desde hacía casi cien años. ¿Te lo puedes creer?

—La locura es lo que tiene, *baby*. Llega de forma espontánea y te ofrece nuevas sensaciones, nuevas perspectivas, nuevas diversiones y...

—Y la vida comienza a desmoronarse, lo sé, porque las rutinas cambian el enfoque y el desequilibrio inunda tus venas, pero...

—¿Pero?

Chasqueo la lengua.

—Siempre hay un pero, ¿verdad?

—Sí, *baby*. —Sonrío con nerviosismo.

Rosario abre los ojos de par en par y, entre susurros, admite:

—Héctor, gracias a él he encontrado las medias de rejilla y los ligeros que usaban las cabareteras de los años cuarenta que ya había dado por perdidos y los pañuelos de seda pintados a mano que olvidó un marchante de la India sobre el piano en el treinta y seis.

—¿Qué?!

—Shhh... —sisea Rosario con semblante sombrío.

—Ayayayyy, *my princess, my darling, my love* —respondo alocadamente reduciendo unos decibelios mi tono de voz—. A este se le van a terminar todas

las tonterías y me va a escuchar sí o sí.

—Héctor. Contrólate. —Intuyo que está preocupada cuando sus delicados dedos me rozan la piel produciéndome descargas de adrenalina—. No vayas a crear un cisma de todo esto, por favor. José Antonio es... es un buen chico a pesar de todo.

Accedo a un espacio sombrío, oscuro y siniestro donde, entre el centenar de estanterías repletas de cajas de distintas épocas, sigue apreciándose una afinada selección de elementos de mobiliario que perteneció al antiguo Café Apolonia. José Antonio me dedica una mirada inexpresiva cargada de la mayor de las incomodidades cuando me acerco a él y le golpeo en el hombro con insistencia.

—¿Qué cojones haces tú aquí?

—Rosario me ha pedido que venga a echarle una mano, *my love*.

—¿Al cuello?

—O a la polla. Donde tú prefieras, *baby*.

Mi comentario aguijonea su desconfianza y aumenta su malestar.

—No me jodas, Héctor. Estoy pensando.

Suspiro con recelo concentrándome de nuevo en sus ojos que no dejan de lanzar chispas.

—*Darling*, ¿desde cuándo llevas así?

—¿Así cómo? —resopla.

—Pensando. Cavilando. Reflexionando. Meditando. Discurriendo. Razonando. —Pone los ojos en blanco—. ¿Sigo?

—La inspiración no llega si no se la invoca como a los dioses.

Sonrío con crispación.

—A veces no es necesario llegar a ese extremo.

—Ya. Salvo cuando tus musas se van a una playa paradisíaca para disfrutar del sol, del calor y de una caipiriña y se olvidan de que tienen que trabajar.

—Ayayayyy, basta, José Antonio. ¡¡¡Basta, *my love*!!!

De la misma forma que el cohete que la NASA contrató en 2014 a *Orbital Sciences* para llevar suministros a la Estación Espacial Internacional se desintegró pocos minutos después del despegue sin causa aparente formando una gran bola de fuego en la costa este de Virginia, no descarto hacerlo yo también si José Antonio no cambia de actitud.

—Joder, Héctor. ¿Se puede saber qué cojones te pasa ahora?

—*Baby*, olvídate de esas tonterías porque... si tengo que atarte a la silla frente al ordenador y darte una hostia con la mano abierta para que te espabiles y te pongas a escribir la historia de Catalina Pulpón de una puta vez, ten por cuenta que lo voy a hacer, aunque luego tenga que salir corriendo a arreglarme las uñas.

—¿Cómo?! ¿He oído bien? —José Antonio espanta las traviesas ondas de su larguísimo flequillo, frunce el ceño y añade con una especie de hilaridad sardónica—: ¿Me estás amenazando?

—Te lo juro, *my love*. En el próximo consejo de ministros voy a proponer una ley que ampare un sueldo vitalicio para aquellos que, como yo, tratan con personas cabezotas y con una mollera más dura que el cepillo de dientes de un brontosaurio —alego moviendo la cabeza donde alguno de mis alocados rizos ya ha perdido la tonalidad eléctrica del azul y vuelve a mostrar un rubio apagado, casi pajizo. Algunos fantasmas de épocas pasadas me miran asustados y se ocultan entre las cajas—. ¡*Oh, my God!* Simplemente he sugerido que te espabiles y te dejes ayudar porque no me gustaría que desaprovecharas la historia de una gran mujer.

—Olvídame, Héctor.

Indignado, doy un paso al frente y cambio radicalmente el hilo de la conversación.

—*Darling*, ¿qué es la escritura para ti? Y no me vayas a decir que es un simple movimiento del lápiz sobre el papel porque esa respuesta no me sirve.

—¿Por qué te gusta tanto tocarme las narices? —resopla José Antonio entre dientes.

—Porque tocar otras cosas no puedo, *my love*.

—Vete a la mierda.

—Shhh... Cuidado, *baby*. ¿Cómo puedes enviar a la mierda a alguien cuando tú te estás rebozando en ella? —Tras un profundo suspiro que consigue relajar el acelerado burbujeo con el que fluye la sangre en mis venas, sugiero con calma—: Venga, José Antonio. Déjate de tonterías y contéstame de una puñetera vez. ¿Qué es la escritura para ti?

—Escribir es... es... —Exhala una nube de polvo que flota hacia arriba, frente a su cara—. Escribir es trazar signos que representan ideas con un instrumento como un bolígrafo, un lápiz o un ordenador. ¿Te sirve esa respuesta?

Agrando estupefacto los ojos y formo una graciosa «O» con la boca antes

de decir:

—No, *baby*. Me gustaría que fueras un poquito más profundo.

—Héctor. —Su tono es frío cada vez que pronuncia mi nombre—. ¿Esto qué cojones es? ¿Un interrogatorio?

—Oye, no te lo vuelvo a repetir —amenazo con acidez—. Contéstame o te ato. ¡¡Te juro que te ato!!

Aprieta los dientes y sonrío con un tic nervioso. La mandíbula amenaza con desencajarse de su articulación.

—Escribir es la recreación de un mundo a través de las palabras que permite pegar los hechos reales o imaginados sobre el papel con un orden temporal, una estructura, una adjetivación... ¿Te gusta más esta respuesta?

—Mira, guapo —respondo con rapidez—. Que te quede clara una cosa. Para Cata los libros, TUS libros, fueron los amigos más silenciosos y constantes.

—¿Y? —Se encoge de hombros—. ¿Qué cojones me quieres decir con eso?

Me muerdo el labio con fuerza para no llorar.

—*Darling*, un libro es como un refugio donde se pueden guardar todos nuestros recuerdos para que no se mueran de frío.

—Y como una abeja que transporta el polen de la imaginación de una inteligencia a otra. Eso ya lo sé, Héctor. ¿Hace falta que te recuerde que llevo años dedicándome a crear historias? Es más. Yo ya tengo MI propia historia.

—Ayayayyy, *baby*. Tú no tienes nada.

—Eso es lo que tú te piensas. —Nervioso, José Antonio desvía la mirada y medita bien su respuesta—. Oye. Escúchame, por favor. No te lo tomes a mal, pero... no te puedo ayudar.

—¡*Oh, my God!* ¿Por qué eres tan cabezota?

—¿Cabezota? ¿Me lo dices tú precisamente?

—*Darling*, ¿no te das cuenta de que es hacia ese mágico y eterno edén donde se pueden guardar todos nuestros recuerdos el punto al que quiero llevar la historia de Cata?

—Héctor. Lo siento. De verdad —concuerta José Antonio con voz pausada—. No creo que pueda.

—Tú eres el único que puede homenajear con tu exquisita forma de unir las palabras a esa mujer que convirtió a su vecino en su consejero más sabio y en su maestro más paciente —insisto con lágrimas en los ojos.

—En absoluto.

Aprieto los dientes.

—Ayayayyy, *baby*. El destino ha conspirado para que TÚ seas el elegido.

José Antonio se levanta con la furia impresa en su cara y se acerca tanto a mí que temo por mi integridad física.

—El destino es quien baraja las cartas y nosotros los que jugamos siempre y cuando nos guste apostar —afirma entre dientes—. Por si aún no te ha quedado claro, yo no soy de los que malgastan su tiempo en el juego porque... estoy... ehm... estoy esperando para que las palabras fluyan y se puedan materializar sobre el papel.

—*Darling*, ¿a quién quieres engañar? —Las palabras salen atropelladas de mi boca hasta que mi lengua viperina coge ritmo.

—A nadie.

—¿¿Te crees que por invocar a los fantasmas de las putas, de los obispos, de los militares y de todas las jodidas personas que alguna vez han pasado por este local vas a llegar a tener una historia con la que rellenar doscientas o trescientas páginas?!! —El sonido del avisador y el de la puerta al cerrarse llama nuestra atención. Ya no se oyen voces infantiles en el local. Solo el pesado caminar de Rosario y el de los interruptores de la luz al bajar—. Yo puedo ofrecerte algo mucho mejor, *baby*.

—¿En qué te basas para afirmar eso?

—En mi intuición.

—Ahm... ya. Eso es lo típico que se dice siempre.

—Es lo que se suele decir para motivar a las personas, pero ya veo que contigo no sirve.

—No.

—Vale. Y ¿si te digo que la historia que te propongo es una historia sencilla? ¿Una historia con magia? ¿Una historia con un amor diferente que no está cargada de ese romanticismo melifluido con el que habitualmente se aderezan las novelas? ¿Una historia de sentimientos, de luchas, de pesares y de tormentos como la que TÚ estás buscando?

Arrastro una silla y me siento apoyando los codos sobre la mesa.

—No me vas a convencer —resopla—. Me voy.

—*Darling*, lo que te propongo no es una novela de amor al uso entre un hombre y una mujer. Va mucho más allá de la pasión, del erotismo... ¿Qué me dices? ¿Aceptas? ¿Aceptas contar una historia real? ¿Una historia sincera,

apasionada y con fuerza? ¿Una historia sobre un amor que existió desde que los dinosaurios se lavaban los dientes y que, como los yogures, se caducó? ¿Una historia en la que no tendrás que preocuparte por el vocabulario puesto que hacerlo supondría no ser fiel a la personalidad de su protagonista? —José Antonio frunce el ceño y entorna los ojos—. Sí, *baby*. Aunque Catalina fue una experta en todos los géneros literarios y tenía profundos conocimientos de fonética, fonología, sintaxis, semántica, gramática, pragmática y todo lo necesario para entender perfectamente nuestro idioma consideraba que había que utilizar TODAS las palabras del diccionario de la Real Academia Española.

Me mira durante unos segundos. Luego cierra los ojos otra vez y respira hondo.

—Joder. No.

—José Antonio, no... no vas a tener que recurrir a la prudencia lógica de otras novelas ni tampoco a mi memoria selectiva porque, irremediablemente, arruinaría los recuerdos, su optimismo desafiante y el pasado oscuro con el que te vas a encontrar. En realidad... en realidad quiero que en tu libro recuerdes a Cata tal y como era. Con sus virtudes. Con sus miserias. Con su sarcasmo. Con su ironía. Con su locura. Con su vocabulario discordante y con... y con sus «Joder, Héctor. No me toques el coño» porque así era ella. Una mujer sencilla que luchó con el amor, el humor, el desamor, la pasión, la vida y, después de todo, se murió. ¿Aceptas?

Enero

—*Darling*, ¿estás listo?

José Antonio cruje los dedos frente al ordenador.

—Héctor, ¿qué hora es?

—A ver... déjame que mire... Ehm... La una y doce minutos. No, y trece.

—Las 13:13 —suspira José Antonio con una sonrisilla en los labios.

—Efectivamente. Las 13:13 p.m. del día trece.

—¿Eres supersticioso?

—Uhm... ¡no! Creo...

—Pues... allá vamos. Hoy, día trece de enero a las 13:13 p.m. da comienzo el final de una historia y el inicio de otra que perdurará en el tiempo. ¡Allá vamos! El primer capítulo se va a titular... uhm...

—¡Puños fuera!

—Perfecto. PUÑOS FUE-RA. Listo —resopla José Antonio cuando ve las diez letras reflejadas en la pantalla del viejo ordenador—. ¿Qué te apetece que contemos en este capítulo?

—*Darling*, tú eres el escritor, no yo.

—Cierto. Voy a reformular la pregunta, Héctor. Dime algo que a Cata le diera mucho coraje. Algo que odiara mucho.

—Uff, *baby*. Había muchas cosas... Quizá...

—¿Quizá? —José Antonio abre los ojos de par en par, a la expectativa.

—Sí, eso es. ¡La falta de tiempo y gastar dinero innecesariamente!

—Perfecto.

Comienza a escribir:

Si los días tuvieran cuarenta y ocho horas en lugar de...
¿Uhm, cuántas tienen? ¡Uiuiiii, pero qué mal estoy! Déjame un segundo para cavilar, por favor.

Tic, tac... Tic, tac... Tic, tac... Tic, tac...

Por cierto, ¿pensar es gratis? Ehm... sí, creo que sí.

Tic, tac... Tic, tac... Tic, tac... Tic, tac...

Mierda, los días tienen veinticuatro horas. ¡Qué horror!

Joder. Joder. JODER.

...

—Héctor, acércate.

—Voy, *darling*.

—Lee esto. ¿Qué te parece?

—Genial. Solo Cata podría decir estas palabras. —Sonrío y apoyo una mano en su hombro, agradecido. Definitivamente, la historia no puede tener un mejor inicio—. Sigue así, *baby*.

—¿Seguro?

—Totalmente. Y no te olvides que Cata era mucho de sus «Joder. Joder. Joder» y esas cosas, ¿vale?

—Lo tendré en cuenta, Héctor. Es más. Ahora mismo va a aparecer el segundo «Joder. Joder. Joder» y no descarto que surjan muchos más a lo largo de la historia.

José Antonio se mete en una burbuja en la que a partir de ese momento

solo cohabitan el espíritu de Cata, sus dedos, su mente y el viejo ordenador.
Teclea:

Mierda, los días tienen veinticuatro horas. ¡Qué horror!
Joder. Joder. JODER. Veinticuatro horas nada más. ¿Quién puede hacer en tan poco tiempo todo lo que yo tengo pendiente? Pfff... ¡qué desesperación! Si al menos tuvieran treinta y cinco horas... Bah, da igual. Aunque los días tuvieran treinta y cinco, cuarenta y ocho, setenta y siete o ciento cincuenta y nueve mil doscientas treinta y ocho horas, tampoco me daría tiempo para hacer todas las tareas que rellenan las páginas de mi agenda, esa que, por otro lado, nunca abro por la sencilla razón de que siempre está en el fondo del bolso. La hija puta parece que me rehúye.

...

—Héctor.

—Dime, *darling*.

—Voy a meter a...

—¿A? —Abro los ojos de par en par.

—A tu novio en la historia.

—Ah, sí. Por supuesto. Él fue una persona importante para Cata en un momento que... Bah, da igual. Mételo. A él no le va a importar.

—¿Seguro?

—Ni te lo pienses, José Antonio.

—Bajo tu responsabilidad.

—Qué sí —suelto con pesadez.

—Vale. Ehm... Ya lo tengo.

Teclea:

He de reconocer que mi agenda siempre está muy cargadita de mensajes, notas, horarios de clase, sesiones de evaluación y visitas al ginecólogo. Diosss... Solo de pensar en ese hombre me pongo... uff... uff... uff... Cada vez que ese *quemabragas* me mira con sus impresionantes ojos verdes y me dice con su voz profunda, seductora y varonil: «Cata, abre las piernas» me pongo cardiaca.

...

Febrero

Los libros son como los amores. Siempre hay uno que nos marca la vida porque tiene la capacidad de describir grandes historias y el principio de muchas otras que nos atrapan y, como las semillas, da nuevos frutos en un suelo estéril o en una vida yerma. Permiten establecer una conexión mágica con otros mundos entre los que viajamos surcando mares bravíos en busca de una cala con aguas mansas. Pero también son como los bufones porque nos provocan emociones y nos atrapan con la sensibilidad, los pensamientos y los sentimientos de otras personas y nos abstraen hasta el punto de llegar a olvidarnos de todo lo que nos rodea.

—*Darling*, ¿me puedes decir cuántas horas llevas ahí sentado?

—Ehm... —José Antonio mordisquea el tapón de un bolígrafo con nerviosismo antes de decir—: Desde las nueve y media. Creo.

Miro el reloj.

—Son las ocho y cuarto, *baby*. ¡¡Las ocho y cuarto de la tarde!!

—Ufff. —Estira los brazos por encima de la cabeza y después se frota los ojos. Los tiene rojos.

—*Baby*, hace once horas que no te has despegado del ordenador. ¡¡Once!!

José Antonio da un sorbo a un refresco de naranja con el que seguramente habrá intentado controlar los espasmos violentos de su estómago y algún que otro mareo incómodo que habrá amenazado, sin lugar a duda, con llevarle la bilis a la boca antes de decir:

—Once horas en las que me he olvidado incluso de sacar el pajarito para mear, pero... no te preocupes, Héctor. Creo que todavía puedo aguantar un poquito más.

—Oye.

—Uhm... Aquí hay algo que no cuadra —dice señalando un párrafo que tiene marcado en color rojo. Sus dedos son como un vehículo de «Formula 1»: marchan a gran velocidad por el teclado, descansan un par de segundos cada cierto número de horas y vuelven a correr otra vez—. Creo que...

—Oye, oye, oye. —Teclea de forma frenética, como si no hubiera un mañana. Siento que he creado un monstruo—. ¡STOP! STOP, *baby*.

—Coño, Héctor. ¿Qué te pasa?

—*Darling*, tengo la impresión de que te estás obsesionando con la novela.
—¡Bah!
—José Antonio, me estás preocupando.
—Pues ya eres tonto si te preocupas por...
—*Baby*, ¿me puedes decir qué día es hoy? —le corto.
—Ehm... —suspira—. Miércoles. Supongo.
—Catorce de febrero —anuncio con una mirada acusadora colocando un calendario delante de la pantalla del ordenador.
—Efectivamente. Un día como otro cualquiera, Héctor. ¿Por?
—*Hoy es el día de los enamorados, con ansias y esperanzas de un querer...* —canturreo imitando a Amaya Uranga, una de las componentes de El Consorcio.
—¿Qué?! —Su semblante se oscurece de repente.
—No me mires así, *darling*. Lo sé. Dios me otorgó el don de la interpretación, pero no se esmeró mucho con mi voz.
—Ufff. Mierda. Mierda. ¡Mierda! ¡¡¡ISABEL!!!
Me aferro a sus hombros y le clavo una mirada dura.
—*Baby*, tiene que estar quemando todas tus fotos en este momento.
—Joder. Joder. Joder.
—Eso es lo que tendríais que estar haciendo en este momento, *my love*, para celebrar que estáis enamorados porque... lo estáis, ¿verdad?
José Antonio espanta con nerviosismo las ondas de su flequillo y termina de guardar el archivo donde se van materializando los primeros capítulos de la novela con la que pretendo homenajear a Cata.
—Uhm... Eso creo.

Marzo

Darling, ¿quién no ha oído alguna vez esa mítica frase de «¡he creado un monstruo!»? Desde hace un par de semanas me siento como Víctor, el profesor desquiciado que creó a Frankenstein jugando con el equivalente de un set de química del siglo diecinueve. Ayayayyy, *baby*. ¿Por qué no me pude quedar calladito? ¿Quién me mandaría a mí jugar a ser Dios?

—Héctor, creo que esto está encaminado —me dice José Antonio cuando entro en la trastienda de la mercería Apolonia y lo veo con la misma ropa de hace tres días.

Carlos me espera impaciente en la calle junto a su SsangYong Rodius, uno de sus últimos caprichitos.

—Oye. Escúchame. Estoy arrepentido de...

—Héctor. —José Antonio abre los ojos de par en par—. Esto va a ser un pelotazo de los grandes. Estoy convencido.

—¿Seguro?

Ahora soy yo el que se está enfrentando a ese sentimiento que siempre está dispuesto a hacernos ver las cosas peor de lo que son. A ese ladrón de sueños que poco a poco se va apoderando de tus pensamientos para robarte la ilusión, las fuerzas, las ganas... Al miedo.

En palabras de David Fischman, «el miedo es una emoción difícil de manejar porque el dolor lo lloras, la rabia la gritas, pero el miedo te atrapa silenciosamente» y de forma muy sibilina sin que te des cuenta y se hace fuerte cuando llega al corazón. Joder, ¿no decía María Cecilia Betancur en su guía práctica para vencer los temores que todo lo que deseas está al otro lado del miedo? Entonces, ¿por qué llevo días pensando que al otro lado solo hay un abismo?

—No digas tonterías, Héctor —resopla José Antonio—. ¿Has comido?

—Sí. Hace dos horas le di un par de cucharadas a un yogur natural.

—Eso no es comer.

—Pues a ver si te aplicas el cuento porque te estás consumiendo. Cualquiera día, cuando llegues a casa, Isabel no te va a reconocer.

—Ufff... —suspira—. Isabel...

Ojiplático, abro los ojos de par en par.

—¿Problemas?

—Héctor, ¿cuándo no hay problemas en una relación?

—¡*Oh, my God!* Me... me... ¡¡Me estás asustando!!

—Asustado estoy yo con lo que tengo entre manos, Héctor.

Observo con atención. En los últimos días José Antonio ha adelgazado más de la cuenta. Su cabello ha perdido brillo. Sus ojos aparecen velados por unas profundas ojeras marrones que le llegan hasta los pómulos. Definitivamente, tiene que descansar.

—*Darling*, apaga el ordenador. ¡Ya!

—No me jodas, Héctor —suspira masajeándose el mentón justo allí donde unas sombras oscuras empiezan a matizar la piel de sus labios—. No interrumpas mi proceso creativo porque no sé cuándo voy a estar inspirado

otra vez.

—No me vengas con milongas, *my life*. Apaga el ordenador —repito buscando el enchufe—. ¡¡¡APAGA EL ORDENADOR!!! ¡¡¡Ya!!!

—Pero ¿se puede saber a qué vienen estas voces?

—Rosario, no se preocupe —vocifera José Antonio sin apartar la mirada de la pantalla donde las palabras van surgiendo a medida que sus dedos bailan con brío por el teclado—. A Héctor se le ha atravesado un pedo en la tripa y...

—¿Y?

Deambulo por la estancia inspeccionando cada rincón.

—Rosario, corte la luz. ¡¡¡Ya!!!

—Eieiei, ¡ni hablar! —exige José Antonio con un tono de voz amenazante. Abro los ojos de par en par.

—¡¡¡Rosario!!! Se lo pido por favor. Baje el magnetotérmico.

—¿Cómo?! —responde frunciendo el ceño, extrañada. Su audición está cada vez peor.

—El pistón de la luz. Bájelo. ¡¡¡Ya!!!

Abril

Reza un viejo refrán que «abril puede traer rocío; otras veces helada y frío». Hoy, 29 de abril, ha sido el día más frío de todo el año. Al menos, eso es lo que han asegurado en el informativo de la radio que nos ha acompañado durante la última media hora.

—Ufff —resopla José Antonio frotándose enérgicamente las manos—. Estoy congelado.

En la vieja radio comienza a sonar una melódica canción de Jean-Louis Aubert Paroles matizando el estertor que produce el carro de la impresora cada vez que gira sobre el papel.

Voilà, c'est fini

(Esto es todo, ya terminó)

On a tant ressassé les mêmes théories

(Se ha dicho tanto sobre las mismas teorías)

On a tellement tiré chacun de notre côté

(Hemos dibujado tanto de nuestro lado)

Que voilà c'est fini
(Eso ya terminó)
Trouve un autre rocher petite huître perlée
(Encuentra otra pequeña roca con cuentas de ostra)
Ne laisse pas trop couler de temps sous ton p'tit nez
(No dejes que el tiempo se hunda demasiado bajo su pequeña nariz)
Car c'est fini... c'est fini
(Porque se acabó... se acabó)

—*Darling*, ¿sabías que la piedra del mes de abril es el diamante y su flor, la margarita? —pregunto, pasando las hojas de una revista distraídamente.

— *Voilà, c'est fini.*

—¿Uhm?

—¡¡Por fin, Héctor, por fin!!

—*Baby*. Por fin, ¿qué?

—Héctor —exclama José Antonio levantándose enérgicamente de la silla cuando la vieja impresora expulsa la última página de la novela en la que aparece un tímido «FIN»—. Acabé.

—¿Ya?! —Abro los ojos de par en par.

— *Voilà, c'est fini.*

—*Darling*. ¡¡Hoy es Santa Catalina!! —exclamo cuando uno de los comentaristas recuerda que la Santa Sede, bajo el pontificado de Juan Pablo II, reconoció en 1999 a Santa Catalina de Siena como una de las Santas Patronas de Europa e Italia—. No lo sabía.

—Ni yo —suspira José Antonio entornando los ojos. Está agotado.

Un olor similar al del opio espesado emponzoña el ambiente de la trastienda donde los fantasmas han dejado de sobrevolar nuestras cabezas y solo soy capaz de captar suspiros abotargados y silencio, ese maldito silencio en el que solo consigo oír su respiración y unos sensuales golpes de tacón. El de mis zapatos.

—José Antonio, ¿va todo bien? —pregunto al cabo de diez minutos.

—Sí.

—¿Seguro, *my love*?

—Siento que me estoy desinflando. ¿Qué hora es?

—Las seis. ¿Quieres algo?

—Quiero que leas el final.

—¿Qué final?

—El de la novela.

—Este es el GRAN FINAL, José Antonio —respondo levantando el manuscrito.

—¿Tú crees? —Alza las cejas con suspicacia.

—Estoy convencido, *baby*. No sé si aún no te has dado cuenta, pero lo único que pretendía es que el recuerdo de Catalina comenzara a ser eterno y tú lo has conseguido con este libro.

—Héctor —suspira José Antonio soltando el aliento, escondiéndose dentro de su chaquetón y acercando sus manos a la boca para calentarlas un poco.

—Dime, *darling*.

—Lee. Lee entonces en voz alta MI final.

Cata, estas últimas palabras son para ti. A estas alturas de la historia estoy... estoy agotado. Exhausto. Exangüe. Llevo desde el trece de enero dedicado a tu novela en cuerpo y alma. Ya a estas alturas de mi vida, ya no sé exactamente cuál de las dos partes, el cuerpo o el alma, está más cansada.

La vida, o la causalidad —y fijate que no menciono a la casualidad—, me ha dado un poco de talento para escribir. Un poco... El justo para ordenar secuencialmente unos hechos, unas palabras, unos sentimientos. Al talento le sumo un poquito de atrevimiento y mi carácter obstinado, ¡para qué lo voy a negar! O, como diría tu amigo Héctor con un sentido de firmeza absoluto y una gracia sin igual, la terquedad. Estos elementos me han permitido dedicarme al oficio de escribir durante trece años, hecho que no deja aún de sorprenderme. Y lo hace porque... ¿quién soy yo para merecer tanto?

El trece de enero fue el día en el que se inició realmente esta historia —TU historia— y el final de una decadencia personal y profesional que me mantuvo atrapado en un pozo sin fondo durante más de seis meses

en los que fui incapaz de enfrentarme al papel en blanco. El día en el que tu recuerdo comenzó a ser eterno. Para mí. Para ti. Para todas esas personas que, a partir de hoy, van a darle una oportunidad a tu historia. Y, fíjate que.... ni siquiera digo MI historia porque... no lo es. Es tuya. Solo tuya. Lo es desde el momento que tecleé la primera palabra. Bueno... Más bien, desde que acepté la propuesta de Héctor.

A lo largo de la vida el número trece ha estado rodeado de una importante carga negativa. Desde algunas perspectivas, incluso ha estado asociado con la muerte, con los cambios y los imprevistos a diferencia de lo que ocurre en algunas culturas en las que el trece es un número que se asocia con el amor y con la pasión con la que, precisamente, los dinosaurios que habitaban en tu mente se lavaron los dientes hace más de sesenta y cinco millones de años comiendo hojas frescas durante el verano.

El trece de enero, el amor que siento hacia Isabel creó una fisura en mi mente y permitió que TÚ te colaras en ella e hicieras a partir de ese momento lo que quisieras. Juntos, tú y yo, convertidos en un único ser, hemos trasladado al papel la historia de una mujer que un día se sintió como una sirena atrapada en una licuadora, como una coplera sin bata de cola y como un tallo sin capullo o un lirio sin olor. Juntos hemos protestado, hemos reído y hemos llorado con pasión. Siempre en este orden, siguiendo la secuencia del mucho-poco-bastante. Juntos, hemos pasado semanas en las que he sufrido viendo cómo a Rosario se le revolvían las tripas cada vez que Héctor me narraba un pasaje doloroso de tu vida mientras yo lo materializaba con nerviosismo aporreando el teclado del ordenador. Juntos... juntos hemos pasado horas en las que los minutos se han gastado de forma muy lenta porque el segundero caminaba muy despacio recorriendo la esfera

del reloj. Horas... Horas... Horas interminables... Horas que a ti te faltaron porque a veces la vida avanza muy rápido y la salud se empeña en jugar con el botón del sentido del tiempo. Horas que emplearán los lectores de esta historia para, precisamente, recordarte durante mucho tiempo porque... una persona no muere cuando deja de respirar sino cuando deja de ser recordada y su espíritu se pierde entre el oleaje que azota su velero en alta mar.

A partir de aquí, nada más tengo que decir. Vuelvo a salir de... ¿de tu vida? Ay, no lo sé. En estos momentos solo sé que no sé nada, como diría aquel. Y, salvo formar parte de las últimas líneas de TU historia, esa en la que el amor hacia los demás no se marchitó como los pétalos de una flor, me voy...

Me voy porque con tus palabras, con tu sarcasmo, con tus sonrisas y con tus lágrimas ya no has dejado más espacio a mi imaginación. Al menos, hasta que otro fantasma se cuele en mi mente otro día de San Kentigerno^[16] e insista para que su historia perdure en el tiempo. En ese momento, yo me enfrentaré otra vez a mis miedos, al fantasma, al papel en blanco y a los duendecillos que, como tu vecino Héctor, lucharán con uñas y dientes para que una historia importante como la tuya perdure en el tiempo.

FIN

Agradecimientos

Es complicado despedirse de unos personajes que me han provocado tantos dolores de cabeza. Pero, al mismo tiempo, es una alegría que la historia haya llegado a su fin porque es ahora cuando vosotros vais a poder disfrutarla y sentir la misma emoción que he experimentado yo al escribirla.

He de reconocer que la tarea ha sido complicada. Cata ha sido una protagonista exigente. Deseaba que fuera fiel a su historia. Javier, como siempre, ha sido un mandado y Héctor, el histriónico y alocado Héctor, ha sido simplemente él.

No puedo despedirme de esta historia sin dar las gracias a las personas que, de alguna u otra forma, han hecho posible que este proyecto vea la luz. A todas y a cada una de ellas, mil gracias. Gracias por hacer que lo difícil sea fácil. Encajar todas las piezas ha sido complicado, pero, afortunadamente, el resultado es espectacular.

A ti, mamá, solo puedo decirte que te quiero. Nunca dejes de darme esos besos que me das. A ti, papá, también te quiero, por supuesto, aunque gruñas demasiado. Sé que tu seriedad esconde grandes sonrisas. Los dos siempre habéis sido un referente muy importante para mí. Gracias por recoger mis pedazos cuando me rompo y ayudarme a pegarlos con el pegamento de los corazones rotos.

A ti, Ana Belén, mi querida hermana, mi otra mitad en la infancia y mi desvelo actual —la distancia es muy puñetera—, ¿qué puedo decirte que no sepas ya? Te adoro.

Gracias a Ricardo, mi cuñado, por querer tanto a esa mitad, mi mitad, esa que a veces tanta falta me hace. Tus consejos y tu apoyo incondicional los valoraré siempre.

A Ainara, la luz de mis días, esa morenita que me hace reír a carcajadas

simplemente le voy a decir que la amo. Señoritas, señores... Esa niña tiene magia.

Por supuesto, todo mi agradecimiento también para mi familia y amig@s. Enumeraros a todos sería imposible. Gracias por estar siempre ahí: para un café, para hablar por teléfono...

Quiero hacer una mención especial a mi abuela porque, a pesar del sufrimiento y de los años, sus ojos nunca han dejado de brillar de emoción cada vez que me mira. A pesar de todo, a pesar de que no te gusta la vida y que llevas años queriendo partir, sé que algo especial te aferra a la tierra que te vio nacer y te mantendrá, cuando no estés, entre nosotros.

Y, sin duda, gracias infinitas a mi familia literaria. Gracias a todos vosotros he podido mantener mi sueño durante mucho tiempo. Os aseguro, de corazón, que lucharé siempre por cumplirlo porque, como decía Eleanor Roosevelt, «el futuro pertenece a aquellos que creen en la belleza de sus propios sueños».

Todo mi amor,
José Antonio Moreno



-
- [1] San Vito: mártir siciliano del siglo IV, considerado el patrón de los bailarines.
- [2] Lorzalamero: hombre que apuesta por una barriga saludable que no le exige horas en el gimnasio ni le obliga a sacrificar el aperitivo con la cerveza o el vino de rigor.
- [3] Cougar: del inglés, *puma*.
- [4] Zhaocai Mao: gato chino de la suerte que mueve la pata rítmicamente.
- [5] Loop: anglicismo para denominar la sección con forma de gota de agua invertida de una montaña rusa que el tren comienza a ascender hasta que se invierte, continuando su giro y recuperando velocidad.
- [6] Les oiseaux chantaient dans les arbres: Los pájaros cantaban en los árboles. (Traducción del francés)
- [7] Bien que je déteste les Français, je pense que le changement est bon: Aunque detesto el francés, creo que el cambio es bueno. (Traducción del francés)
- [8] Je ne sais pas; qui sait: No lo sé; quién sabe. (Traducción del francés)
- [9] Vicente Mundina Balaguer (Castellón, 1932 - ~), conocido popularmente como el Padre Mundina, es un sacerdote especialista en botánica de la congregación Hijos de la Sagrada Familia, cofundador de la Escuela Española de Arte Floral y director de los Viveros Nazaret (Madrid).
- [10] Aurreku: baile solemne y elegante típico del País Vasco.
- [11] Chimborazo: volcán ecuatoriano con 6384 metros sobre el nivel del mar. Su cumbre es el punto más alejado del centro de la Tierra y «más cercano al Sol» debido a que el diámetro terrestre en la latitud ecuatorial es mayor que en la latitud del Everest.
- [12] Barani: salto mortal adelante con medio giro.
- [13] Sin chicha ni caliá: expresión andaluza derivada de la argentina «ni chicha ni limonada». Indica que una persona o cosa no tiene atractivo o interés por no tener un carácter claramente definido o ser insustancial.
- [14] Las Blancas: Nombre con el que popularmente se les conoce a las monjas del Convento de las Santísimas Esclavas del Santísimo Sacramento de Cuenca.
- [15] Kompunofóbico: persona que siente aversión por los botones de las camisas, vestidos o cualquier otro tipo de prenda.
- [16] San Kentigerno: según el santoral, la onomástica a San Kentigerno se celebra cada año el 13 de enero.